

Del autor de *El color de la ley* y *Acusada*

MARK
GIMENEZ



EL
CASO CONTRA
WILLIAM

se

William Tucker es la estrella del equipo de fútbol americano de la universidad. Cuando la policía lo detiene por la violación y el asesinato de una estudiante, su padre, Frank Tucker, sabe que es imposible que William haya cometido un crimen tan terrible.

Frank, que tuvo que abandonar su carrera como abogado por culpa del alcoholismo, deberá dejar de lado su adicción a la bebida para defender a su hijo.

Juntos aprenderán que hay tres cosas seguras en la vida: la muerte, los impuestos y el amor de un padre por su hijo. Pero ¿será Frank lo bastante fuerte para salvar a William del corredor de la muerte?

EL CASO CONTRA WILLIAM

MARK
GIMENEZ

Traducción de
DARÍO MARTÍN PEREDA



Primera edición: junio, 2017
Título original: *The Case Against William*

© Mark Gimenez, 2016
© de la traducción, Darío Martín Pereda, 2017
© de esta edición, Futurbox Project S.L., 2017
Todos los derechos reservados.

Publicado originalmente en Reino Unido en 2016 por Sphere, un sello de Little, Brown Book Group.
Esta edición en español se ha publicado mediante acuerdo con Little, Brown Book Group, Londres.

Diseño de cubierta: Taller de los Libros
Imagen de cubierta: fstockfoto - iStock; peshkov - iStock; EHStock - iStock

Publicado por Principal de los Libros
C/ Mallorca, 303, 2.º 1.ª
08037 Barcelona
info@principaldeloslibros.com
www.principaldeloslibros.com

ISBN: 978-84-16223-71-8
IBIC: FHP
Depósito Legal: B 13831-2017
Preimpresión: Taller de los Libros
Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)
Impreso en España – *Printed in Spain*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Para Cole

*«No se trata de las veces que te tiran al suelo,
sino de las veces que te levantas».*

Vincent Lombardi

Prólogo

—Formación Flex derecha; X, derecha; tres-veinte-cuatro Tren, Z Colorado. Uno, dos, ¡*hard!*...

—Espera, ¿qué tengo que hacer?

William miró a D'Quandrick Simmons, el número ochenta y ocho, que se encontraba al otro lado del *huddle*^[1] mirando al *quarterback*, ojiplático. D-Quan —su apodo— medía metro noventa, pesaba noventa y siete kilos con solo un cuatro por ciento de grasa corporal. Además, corría cuarenta yardas en 4,4 segundos y podía saltar para capturar cualquier pase que lanzaran cerca de él. Sin embargo, no se le daba bien aprenderse las jugadas. Acababan de pedir tiempo muerto, por lo que William podría para explicarle la jugada a D-Quan. Él señaló al resto de receptores.

—*Cowboy*. Él se alinearé a la izquierda y hará un *cross* profundo para congelar al *free safety*.^[2] Cuz será el hombre en movimiento de la jugada y se desmarcará por la derecha. Espero que el *strong safety* le siga y se vaya con él, luego hará un *out* profundo. Outlaw hará un *square out*.^[3] Tú estarás en el *slot*^[4] izquierdo. Voy a intentar que te desmarques al córner profundo para que hagas el Tren, un *hitch-and-go*^[5] en la línea de catorce...

—¿Qué? ¿Cómo?

William suspiró. Todos los jugadores, salvo él, estaban atontados. En ocasiones, durante los partidos, la presión, la emoción o el propio cansancio hacía que los cerebros de sus compañeros dejaran de funcionar por mucho que lo intentaran o quisieran. Él sacaba partido de la adrenalina, una habilidad innata de aquellos que habían aprendido a jugar en la calle. D-Quan estaba atontado. Además, le faltaba un hervor. William había aprendido que cuando D-Quan sufría uno de esos momentos, lo mejor era ponerle las cosas fáciles.

—Tan solo corre todo el campo y atrapa el balón.

D-Quan se golpeó dos veces el pecho con los puños y después, con los pulgares y los dedos, recreó uno de los postes de la zona de anotación; su gesto personal.

—En la zona de anotación, nena.

Se habían reunido en el centro de la línea de treinta y seis yardas situada en mitad del campo, en el tupido césped verde del estadio con capacidad para noventa mil espectadores. El estrecho espacio que quedaba dentro del *huddle* hedía al sudor y la testosterona que emanaba de cada poro de los once enormes jugadores. Los cinco linieros^[6] ofensivos, chicos blancos de más de ciento treinta kilos cada uno, se erguían apiñados con las manos en las rodillas, jadeando como osos salvajes, escupiendo gargajos y respirando como si no hubiera mañana. Tenían el cuerpo al borde de la extenuación de bloquear a los linieros defensivos (de igual porte), tras tres horas a más de treinta grados en aquel día de octubre en Texas. Ty Walker, a quien llamaban *Cowboy*, de Amarillo, Texas, era el *tight end*^[7] del equipo. Mascaba y escupía tabaco a través de su máscara. Se había criado montando en los rodeos, por lo que los partidos de fútbol apenas le suponían un riesgo que le subieran la tensión. Ernie, el *halfback* del equipo de Houston, era un chico negro, popular, que estaba metiendo la cabeza en la NFL, la liga nacional de fútbol estadounidense, y tan solo quería acabar la temporada universitaria con las rodillas intactas. Los tres receptores: Maurice Washington, también llamado Cuz; Demetrius Jones, o también Outlaw; y D-Quan. Eran chicos negros altos y muy veloces cuyos musculosos brazos estaban cubiertos por completo de tatuajes. Asimismo, sus cabellos se caracterizaban por las rastas que les asomaban por la parte de atrás del casco. Estaban de pie, con las manos en la cintura y con cara de matones, como si estuvieran preguntándose si aquel *quarterback* blanquito podría volver a lanzar una vez más.

Por supuesto que podía.

William Tucker, el número doce, era el *quarterback* senior de los Texas Longhorns. Medía dos metros, pesaba ciento seis kilos y era muy rápido; era bueno tanto lanzando como corriendo. Podría haberse hecho profesional cuando acabó su segundo año universitario o, incluso, después del primero. Sin embargo, quería colocar el trofeo del campeonato nacional al lado del Trofeo Heisman, que había ganado el año anterior por ser el mejor jugador de fútbol americano de Estados Unidos y que volvería a ganar con total seguridad ese año,

convirtiéndose así en el primer jugador en cuarenta años que revalidaría este título. Estaban invictos, 8-0, y eran el primer equipo de la nación. El equipo oponente de aquel día, Oklahoma, tampoco había perdido ningún partido y eran segundos en la clasificación. El ganador de aquel partido —que se conocía como el Red River Rivalry y se jugaba en el estadio Cotton Bowl de Dallas cada año durante la Feria Estatal de Texas— se convertiría en el favorito para alzarse con el campeonato nacional. Iban cuatro puntos por debajo cuando quedaban ocho segundos en el marcador para que terminara el juego. Hasta ese momento durante toda la temporada, habían ganado hasta en cinco ocasiones remontando el partido en el último cuarto liderados por William Tucker. Pero sus compañeros de equipo seguían sin creer en el destino.

Él sí creía.

Había nacido para jugar al fútbol. Más concretamente, para ser *quarterback*. Tenía altura para ver a través de la línea defensiva, unas manos que encajaban a la perfección en el cuero, dando la sensación de que se trataba de un balón para niños. Gozaba también de unos brazos perfectos para atravesar todo el campo de juego con el balón en su poder, un requisito indispensable para hacer las mismas jugadas con muchos pases que usaban los profesionales. Estos estaban ansiosos por fichar a William Tucker. Era el *quarterback* prototipo de la NFL: lo suficientemente grande para resistir el desgaste físico que sufren los *quarterbacks* profesionales a manos de los linieros defensivos de ciento treinta kilos, lo bastante fuerte como para quedarse en el *pocket*^[8] y lo bastante rápido en sus lanzamientos como para esquivar la avalancha de jugadores cuando rompía su defensa y pasaban de jugar defensivo a ofensivo. Era grande; era fuerte y era rápido. En definitiva, era el mejor que podía haber. De hecho, había salido en la portada del momento de la revista *Sports Illustrated*.

En cinco meses podría llegar a ser número uno en el *draft* profesional y firmar un contrato de cinco años por cien millones de dólares base garantizados con el equipo de Dallas. Se decía que los *Cowboys* estaban negociando para ficharlo. William Tucker sería su *quarterback* franquicia. Haría que el Big D — el equipo de Dallas— se olvidara de Meredith, Staubach y Aikman. Los seguidores ya se habían olvidado de Romo. Tenía veintidós años y ya llevaba diez soñando con la idea: «Algún día seré el *quarterback* de los *Cowboys*», como cualquier otro niño de doce años. Ahora, ese sueño se podía llegar a cumplir. Él quería acabar su carrera universitaria ganando un campeonato

nacional, pero Oklahoma se interponía en su camino. Tendría que motivar a sus compañeros de equipo para que jugaran otro gran partido. Aparte de ser deportistas, los *quarterback* eran también oradores motivacionales y líderes religiosos; tenía que hacerles creer que podían conseguirlo. A menudo se sentía como Moisés, si este hubiera sido *quarterback* en la Universidad de Texas en Austin. Avanzó hacia el centro del *huddle* e impuso su voz entre los gritos de los jugadores.

—Mirad a vuestro alrededor, chicos. Es por esto por lo que jugamos. Es por esto por lo que somos jugadores de los Texas Longhorns. Noventa mil seguidores han venido a vernos. Millones nos están viendo por la televisión nacional. Vamos a ganar este partido e iremos directos al campeonato nacional. Todo se acabará si perdemos. No sé vosotros, pero yo no he venido hasta Dallas para perder ante semejante panda de gilipollas de Oklahoma. Pero no vamos a perder. Una jugada. Un *touchdown*. Y ganamos. Ahora aguantad el tirón y ¡dadles una buena a esos de Oklahoma!

Extendió el puño. Luego, los diez jugadores restantes pusieron la mano sobre él.

—¡Uno, dos, *hard*! ¿Preparados? ¡A por ellos!

Rompieron el *huddle* y corrieron a la línea de *scrimmage*^[9]. Los linieros ofensivos se pusieron en formación para bloquear el pase. Comenzó la jugada cuando pusieron el balón en juego. William permaneció detrás de la formación *shotgun*, flanqueado por Ernie, a su izquierda. Miró a los pies del *linebacker*^[10] el lado débil, tenía el pie izquierdo adelantado, por lo que supo que se disponía a realizar un *blitz*^[11]. William hizo señas a Ernie para que se colocara a su derecha. Después se concentró en el jugador medio de la defensa; se acercó lo más que pudo al *center* de su equipo y le dio una torta en el trasero.

—¡El Mike está en la de cincuenta y cinco!

Los linieros ofensivos tenían que encargarse del *middle linebacker*^[12] —que en la jerga del fútbol americano se llamaba Mike—. Si no, los ciento veinte kilos del Mike se estrellarían contra ellos y todo se acabaría para William antes de que pudiera siquiera jugar. Fin del partido.

—¡El Mike está en la de cincuenta y cinco!

El *center*^[13] les gritó la jugada defensiva a cada uno de los linieros.

—¡Fuera! ¡Fuera!

William retrocedió su posición cinco yardas, detrás del *center*. Cuz se abrió

hacia la izquierda. D-Quan se dirigió hacia el hueco que se creó al lado de *Cowboy* y *Outlaw* se abrió mucho a la derecha. Estudió la línea de defensa secundaria. ¿Quién cubriría a D-Quan? Gritó una señal:

—¡Omaha!

Eso significaba que iban a poner en juego la estrategia que hablaron mientras estaban en el *huddle*.

—¡Preparados!

Cuz dio un paso atrás y se puso en movimiento a través de la formación ofensiva. El *strong safety* corrió en paralelo por la formación defensiva, lo que significaba que el *linebacker* del lado fuerte seguiría a *Cowboy* en su escuadra. El *cornerback*^[14] se acercó a D-Quan, dejando libre toda la línea lateral. La defensa cubriría hombre a hombre y el *free safety* ayudaría arriba. El *free safety* avanzó hacia el lateral para cubrir profundo, pero cuando *Cowboy* cruzara su escuadra por delante de él, lo distraería. Con el partido transcurriendo de una manera tan frenética, un único segundo de distracción era todo lo que William necesitaba.

—¡Verde dieciocho, verde dieciocho! ¡Cuarenta y tres! ¡*Hut, hut!*

El centro le pasó el balón directamente. Los receptores rompieron la línea de *scrimmage* como corredores olímpicos. Los limeros ofensivos hincaron sus botas en el césped, gruñendo como jabalíes salvajes y mantuvieron a raya la línea defensiva, paralizándola. El Mike se distanció hacia atrás, haciendo cobertura. El *linebacker* del lado débil hizo un *blitz*, pero Ernie le bloqueó por debajo de las piernas, provocando que diera una voltereta por los aires. William se acercó como un rayo y dribló a la defensa sin saber lo que estaba haciendo y sin saber siquiera lo que haría después. Su intención era que la segunda línea de defensa mordiera el anzuelo y los atrajera hasta el lateral, donde él se encontraba, dándole tiempo de este modo a D-Quan a hacer su jugada en la otra parte del campo.

Aunque su receptor favorito no se fuera a graduar en la fraternidad Phi Beta Kappa (de hecho, ni siquiera terminaría la universidad), era un jugador de fútbol americano buenísimo.

William no quería ni mirar donde estaba D-Quan por si el *free safety* le seguía la mirada para ver dónde iba a mandar el balón. Sin embargo, sabía que D-Quan acababa de llegar a la línea de cuarenta yardas, el lugar donde todos los pases en la zona baja de juego eran interceptados. Lo imaginaba preparado para

recibir el pase: corriendo en el sitio y girando el tronco hacia el *quarterback*, esperando el balón (y rezando) para que el *cornerback* saltara mientras corría por su trayectoria y después lo acompañara, girándose y abriéndose por el lateral, golpeándole a máxima velocidad en la línea de veinticuatro yardas y alzándose por encima del campo como un cohete que sale de la órbita terrestre hacia el espacio. William sabía que D-Quan había dejado al *corner* solo en el momento en el que el *free safety* se detuvo como una roca, encogiendo la cabeza intentando interceptar el *sprint* de D-Quan en la línea de cincuenta y cuatro yardas: la línea de gol. Pero se equivocaba. William no iba a lanzar hacia la línea de cincuenta y cuatro, iba a lanzar a la línea de sesenta y cuatro yardas: al poste del *corner* de atrás de la zona de anotación.

Un campo de fútbol americano mide ciento veinte yardas de largo, incluidas las dos zonas finales, de cincuenta y tres yardas y un tercio de ancho. La línea de *scrimmage* estaba en ese momento en la línea de cuarenta y seis yardas en la parte del campo de Texas. William acababa de entrar en el lateral derecho de ese mismo punto; D-Quan corría por el lateral izquierdo. Un pase desde la posición de William por todo el campo hasta el poste trasero en la zona de anotación de su equipo tendría que recorrer ochenta y tres yardas del campo por los aires. Un balón de fútbol americano tiene la forma de un esferoide de veintiocho centímetros de longitud y cincuenta y seis centímetros de radio de circunferencia en su parte central, y pesa alrededor de medio kilo. Pero no era como lanzar una piedra de medio kilo. Está diseñado para volar en espiral cuando se lanza, a aproximadamente seiscientas revoluciones por minuto, por lo que el aire reduce sus propiedades aerodinámicas: así, los lanzamientos varían en velocidad, precisión y en el punto que alcanzan según el tipo de tiro. Para realizar un lanzamiento preciso de ochenta y tres yardas, se debe lanzar con un ángulo de justo cuarenta y cinco grados del suelo y con una velocidad exacta de cien kilómetros por hora. Puede que solo hubiera tres *quarterbacks* en el país —tanto en la liga profesional como en la liga universitaria— que pudiesen lograr un tiro así, y tan solo uno de ellos se estaba jugando en ese momento la liga. William Tucker hincó el pie derecho, agarró el cuero con la mano derecha y, con un fluido movimiento fuerte, elevó el balón hasta su oreja derecha, dio un paso atrás con el pie izquierdo, giró el tronco y lanzó el balón con un movimiento de manual. El balón salió de su mano, limpio, y supo al instante que había logrado un tiro impecable. Voló en espiral haciendo un arco perfecto, alzándose por el cielo azul hasta parecer que planeaba sobre el estadio. La grada enmudeció:

parecía que los noventa mil seguidores habían contenido el aliento al unísono... William bajó la mirada hacia el césped... D-Quan cruzaba las líneas de cinco yardas de separación con sus largas piernas... el *free safety* miró al balón... y se dio cuenta de su error... viendo como D-Quan volaba hacia la zona de anotación... y extendía los brazos... justo donde cayó el balón.

Touchdown.

* * *

Todos los seguidores de los Texas Longhorns del estadio saltaron de alegría, vociferando, gritando y derramando la cerveza delante de sus pantallas Vizios de diecisiete pulgadas con vicarios sentimientos de victoria.

En Oklahoma, sus seguidores caían al suelo, llorando como bebés y gimiendo por la amarga agonía de la derrota. Vivían y morían por su equipo, ganaran o perdieran. Así se vive el fútbol americano en Estados Unidos. No existe nada más en el mundo. Los jugadores, entrenadores, animadoras y todos los estudiantes de la Universidad de Texas se abalanzaron al campo, rodearon a William Tucker y sus compañeros, ovacionando y vitoreando a sus héroes como si fueran triunfantes gladiadores. Quizá lo eran. Héroes y gladiadores. Los romanos apostaban por gladiadores, los estadounidenses por los partidos. En Las Vegas, los ganadores de las apuestas contaban sus ganancias y los perdedores sus pérdidas tal y como el canal de televisión contaba la audiencia según el *rating* de Nielsen y las ganancias de la publicidad. Los directores deportivos de las dos universidades calculaban sus respectivas ganancias por el partido. Había mucho en juego en la liga de fútbol americano. Todo el mundo ganaba una gran cantidad de dinero, excepto los jugadores. Ellos jugaban gratis para su universidad al menos dos años. Si demostraban estar a la altura, se les ofrecía — a través del *draft* de la NFL— jugar con remuneración ascendiendo de categoría. Ese era el objetivo de todo jugador. El nivel más alto de competición del fútbol americano en Estados Unidos. La Liga Nacional de Fútbol, la NFL.

William Tucker lo había demostrado un día más. Estaba listo para la NFL. Sus días como jugador universitario habían terminado. Sería un chico joven y muy rico. Todos sus sueños se harían realidad.

Pero ese día aún estaba por llegar, aún quedaban meses. Por lo que no pensaba en eso. Había aprendido a vivir el presente, en jugar partido a partido,

sin preocuparse por el próximo o el anterior. Levantó los brazos en el aire y gritó. Se colocó en el centro de un corro que crearon los seguidores en el campo y se deleitó con la adoración de todos ellos, como si hubiera sido el salvador de la humanidad en una invasión zombi de una película. Pero él había conseguido una hazaña de aún más admiración en Estados Unidos: había ganado el gran partido de la liga universitaria de fútbol. Abrazó el momento (y a las dos exuberantes animadoras rubias que se acercaron sigilosamente). Se agachó y las subió, una a cada lado, agarrándolas por sus firmes traseros como si no pesaran nada. Ellas, sentadas en sus brazos, le besaron en la mejilla. Los fotógrafos capturaron el momento, instante que aparecería en cada periódico, en cada canal de la televisión por cable y en cada blog de deportes de Estados Unidos al día siguiente. Para los vencedores llegaba la recompensa, y las chicas. Tantas chicas y tan poco tiempo.

La vida de un héroe del fútbol universitario.

El gran bombo de la banda de los Longhorns restalló como una explosión de artillería y reverberó a través de cada cuerpo; las dos chicas se aferraban firmes mientras él inhalaba su aroma como un narcótico que incendia el sentido de los hombres. Estaban todos intoxicados. El ruido era ensordecedor. Todo ese despliegue era gracias a William. Cuando salía del campo con las dos chicas aún encima los corresponsales a pie de campo de la televisión se le acercaron. Él se dio cuenta de que las dos chicas podrían distraer la atención a los espectadores de su héroe, por lo que las bajó al césped y se puso delante de las cámaras. Dos policías del Estado montaron guardia por si a algún seguidor de Oklahoma le daba por liberar sus frustraciones contra William delante de la televisión pública. La reportera le plantó el micrófono delante de la cara y gritó por encima de todo el caos formado.

—William, un partido impresionante. Hiciste el pase de cuatro de los *touchdowns* y participaste en otros dos. Casi tienes asegurado tu camino a la NFL y el Heisman de este año. ¿Cómo te sientes?

«¿Cómo te sientes?».

Como cualquier estrella del deporte, William Tucker sufría con las preguntas tontas; eran gajes de la profesión. Los reporteros deportivos eran periodistas que no servían ni para ser hombres —o mujeres— del tiempo. Pero él había sido bien aconsejado por su asesora. Se apartó de la cara los mechones rizados de pelo rubio pegados por el sudor y sonrió mostrando los dientes blancos. Estaba acostumbrado a que lo entrevistaran para la televisión, desde los dieciséis años.

Como se dice en Texas, ese no era su primer rodeo.

—Me siento bendecido. Pero no es todo gracias a mí. Todo esto ha sido gracias a mis entrenadores, mi equipo y nuestros seguidores. Ellos son los que se merecen esta victoria. Ellos, y nuestro señor.

Levantó la mirada y señaló con su dedo índice al cielo, como si diera las gracias a Dios. Como si el mismísimo Dios hubiera realizado el lanzamiento. Como si a Dios le importaran una mierda los partidos de fútbol y, en particular, los universitarios.

—Él nos ha brindado esta gran victoria.

Discurso sacado íntegro de «Introducción a las entrevistas a nivel de pista». Era una respuesta cursi y estúpida. Y era mentira, pero era lo que los seguidores querían escuchar, es lo que los medios de comunicación querían que los deportistas dijeran después de cualquier partido y, lo más importante, era la imagen que querían los patrocinadores que mostraran los deportistas para promocionar productos, como llorar cuando la cámara les enfocaba mientras oían cómo sonaba el himno nacional antes de los partidos. Una imagen de persona íntegra, presentable y patriota.

En el campo, solo valía la victoria; fuera de él, solo valía la imagen. Así que William Tucker selló el trato consigo mismo, con su pequeño niño de campo (aunque se había criado en Houston), dedicó una sonrisa «humilde» a todo Estados Unidos y se giró para lanzarse a los brazos de cualquier estudiante que encontrara. O mejor, a los brazos de aquellas dos animadoras; pero oyó lo último que estaba diciendo la reportera antes de dar paso a los comentaristas deportivos arriba en la cabina y a toda la audiencia del país, a lo largo y ancho de Estados Unidos de América.

—Ya sabes, Kenny, he conocido y entrevistado a muchas estrellas del fútbol universitario estas últimas cinco temporadas. Si te soy sincera, todos se creían muy estrellas; «soy capaz de todo» o «tengo el mundo en mis manos» son las cosas que la audiencia odia escuchar decir a los deportistas que luego esperamos que no ganen. Los que muy a menudo terminan teniendo problemas con la justicia porque se creen por encima de la ley. William Tucker no es uno de esos. No solo es uno de los mejores jugadores universitarios del panorama actual de Estados Unidos, sino que también es uno de los estudiantes más finos y educados de hoy en día. Es un modelo a seguir para todos los chicos estadounidenses. Es el joven que todos los padres querrían que sus hijas trajeran a casa. Es demasiado bueno como para ser cierto.

—Vístete y vete.

—William, lo siento. No me siento cómoda teniendo sexo así... Tan rápido.

—Vete. —Cogió el teléfono móvil y empezó a pasar fotos, buscando—. Puedo tener a otra aquí en menos de cinco minutos.

—Podríamos salir juntos un día, conocernos y tal vez...

Rompió a reír.

—¿Una cita? No creo que eso llegue a pasar. Vamos, ahí tienes la puerta, cariño.

—¿Me llamarás?

Rio otra vez:

—¿En qué mundo vives? Soy William Tucker.

El equipo al completo había llegado de vuelta a Austin a las nueve y a las diez ya estaba en la cama con una de las animadoras tetonas. Era fácil. Fácil si eres William Tucker.

—Claro, lo haré.

Dejó el teléfono sobre el sillón reclinable.

—Date la vuelta.

—¿No te vas a poner un condón?

—¿Tienes el sida?

—No.

—Entonces no necesito condón.

—Pero no tomo la píldora. ¿Qué pasa si me quedo embarazada?

—¿No has oído hablar del aborto?

Estúpidas animadoras. Se puso encima de quién sabe cómo se llamaba esa chica y empezó a empujar cuando alguien aporreó con fuerza la puerta de su dormitorio.

—¿¡William Tucker!?

—¡Largo, estoy ocupado!

—¡Policía! ¡Abra la puerta!

—¡Váyanse!

—Si no abre la puerta, la echaremos abajo.

—Si no se van. Voy a...

La puerta se rompió por las bisagras e irrumpieron en el dormitorio. Cuatro policías uniformados se quedaron de pie junto a la puerta, dos de ellos apuntaban

a William con sus armas. Él se levantó, desnudo, y los miró como si fueran simples chicos del agua.

—¿Sabéis quién coño soy?

—William Tucker, queda arrestado...

—¿Por qué?

—Por violación...

—Tiene dieciocho, miré su carnet de la universidad —dijo mientras señalaba a como quiera que se llamara ella, que se precipitó a agarrar la sábana y taparse.

—... y homicidio.

Le esposaron las delgadas muñecas a la espalda. Ya lo habían arrestado antes —hasta en tres ocasiones— y en todas había quedado rápidamente en libertad una vez que se habían dado cuenta de quién era él. Le quitaban las esposas, firmaba algunos autógrafos y se echaba un par de fotos con algún policía emocionado. Después salía por su propio pie.

Así es como funcionaba la vida de William Tucker.

Esperaba que este arresto no fuera muy diferente al resto. Pero cuando los policías abrieron la puerta del coche patrulla y lo sacaron, todo fue distinto a lo que él había pensado. Cámaras, *flashes*, griterío... Entrecerró los ojos por la brillante luz y vio cómo montones de periodistas de todo tipo de medios de comunicación se arremolinaban en torno a él y formaban un pasillo que lo conducía directamente a la cárcel del condado de Travis, en el centro de Austin. No había nada que le gustara más a la prensa que la detención de una estrella del deporte y su entrada en prisión en mitad de la noche. Sus anteriores detenciones fueron por intoxicación pública, conducción bajo la influencia de sustancias estupefacientes y prostitución; pero en Austin tales delitos solo se merecían una breve mención en un artículo o un comentario humorístico en la sección de deportes. Era lo que solían hacer los deportistas.

Pero un caso de violación y homicidio ocuparía la portada de los periódicos, sería la noticia de última hora de todos los informativos de la televisión normal y por cable.

William Tucker, otro convicto más con equipación de fútbol. Su primera reacción fue la de bajar la cabeza y alejarla de la luz, dar la espalda a los gritos; pero recordó a todos los deportistas famosos que había visto por televisión ante la pasarela de periodistas agolpados después de haber sido detenidos, haciendo lo que todos conocían como el «paseillo del acusado». Todos escondían el rostro y daba la sensación de que eran deportistas caídos en desgracia. Delincuentes ya

declarados culpables. Su asesora de imagen había usado ya antes alguna de esas grabaciones para entrenarlo; le había repetido hasta la saciedad que si en alguna ocasión se encontraba ante una situación así, aunque fuese culpable (algo de lo que ella no dudaba), no ocultara el rostro. Debía mantener la cabeza alta. Debía mirar directamente a las cámaras. Su rostro tendría que mostrar conmoción, y su voz expresar recta indignación, la ira de un hombre inocente que el sistema judicial criminal estadounidense había acusado por error. Prepararse para el «paseíllo del acusado» era un entrenamiento básico para cualquier deportista famoso. Así pues, como los deportistas cuentan con su habilidad innata para controlar la situación en momentos de presión extrema, William Tucker recurrió a lo que había aprendido en su adiestramiento mediático sobre el «paseíllo».

—William, ¿la violaste? —gritó un periodista—. ¿La mataste?

Con un tirón, frenó bruscamente a los policías y se detuvo ante los intensos focos de las cámaras. Intentó sacar su voz masculina y fuerte con la cantidad justa de ira y de indignación de un hombre honrado.

—No, no he violado a nadie. No he matado a nadie. Han arrestado al hombre equivocado. Soy inocente.

Su asesora se sentiría orgullosa de él. Ella le había dicho que se mostrara natural ante las cámaras, que ganaría una fortuna con la publicidad. Los agentes le tiraron con fuerza del brazo y lo empujaron hacia el interior del edificio. Cuando las puertas se cerraron, ocultaron toda la intensa luz y los gritos. De repente, todo se quedó en silencio. La gente se daba la vuelta para mirarlo y algunos hasta sacaban fotos con sus móviles de cómo los policías lo llevaban por el pasillo y lo metían en una sala de interrogatorios. Una vez dentro, lo sentaron a la fuerza en la silla que quedaba delante de la mesa. El policía más joven le encadenó el tobillo izquierdo a una argolla incrustada en el suelo de hormigón, después lo liberó de las esposas. William se frotó las muñecas para que se le restableciera el riego sanguíneo.

—Tráeme un Gatorade —dijo al policía que le había liberado las muñecas—. De naranja.

El joven policía se lo quedó mirando y, con una mueca de resignación, salió de la sala. Como muchos otros deportistas famosos, William veía a la policía más como guardaespaldas que como agentes de la autoridad que habían jurado velar por hacer cumplir la ley. Para él, su trabajo consistía en servirle y protegerle, no usar la ley en su contra.

—¿Qué bicho le ha picado? —preguntó al policía de más edad.

—Esta tarde ganaste el partido ante Oklahoma y la misma noche te arrestan por violación y homicidio —comenzó a decir el policía—. Una caída rápida, macho. Por cierto, ¡qué pasada de lanzamiento! Oye, ¿me firmas un autógrafo para mi hijo? Eres su héroe.

—¡Que te den! ¿Sabes cuánto vale un autógrafo de William Tucker?

—Te prometo que no lo pondré a la venta en eBay.

—Como si fuera la primera vez que oigo eso.

El policía no parecía contento. De un manotazo, le acercó el teléfono fijo que estaba al otro lado de la mesa.

—Puedes hacer una llamada, William Tucker.

William se quedó mirando el teléfono. Nunca antes había llegado a ese punto. Nunca antes lo habían encadenado al suelo ni le habían dejado hacer una llamada. En ese punto siempre estaba echándose fotos con policías sonrientes. Sintió una punzada de nerviosismo. Decidió que las circunstancias del partido requerían un tipo distinto de juego. Así que sonrió, como si estuviera promocionando un calzado deportivo.

—Vale, vale... firmaré algunos autógrafos y me haré unas cuantas fotos, ¿vale? Después volveré a mi dormitorio y dormiré algo, descansaré y mañana iré a ver al entrenador. La rodilla me está dando guerra otra vez. Os conseguiré entradas para el gran partido del sábado.

El policía no le devolvió la sonrisa. Su placa rezaba: «sargento Murphy». Era canoso y tenía una barriga prominente. Se sentó al filo de la mesa y se cruzó de brazos. Observó a William. Su mirada irradiaba decepción, como si fuera su padre, y suspiró como si William hubiera destrozado la vida de toda su familia.

—Hijo, esto es serio. Esta vez no te funcionará eso de ser la estrella deportiva. No te salvará en esta ocasión de entrar en la cárcel. Esta vez no se te acusa de intoxicación ni de conducir borracho por la calle Sexta. Se te acusa de violación y homicidio.

La sonrisa de William se evaporó.

—No he violado ni matado a nadie. Esto es una gran equivocación.

—No lo creo, macho. Han encontrado tu ADN en la víctima.

—¿ADN? ¿Qué víctima?

—Una animadora de Texas Tech. La violaste y asesinaste hace dos años, aquí en Austin, el mismo día que jugaste contra los Tech. Con las pruebas del ADN, te vas a pasar el resto de tu vida en prisión.

—¿Prisión?

Algo iba horriblemente mal.

—No puedo entrar en prisión. Tengo partido el sábado. Tengo que ganar el Heisman y el campeonato nacional. Tengo que ser el número uno en el *draft* profesional, jugar para los *Cowboys*, ganar la Super Bowl... Soy William Tucker, un *quarterback* famoso.

—Ya no lo serás más. A partir de ahora, eres William Tucker, un presunto asesino.

En ese momento, la realidad golpeó a William en la cara como si un *linebacker* le hubiera aplacado: este arresto no era como los otros. No estaban sonriendo. No estaban todos de broma. No le habían traído Gatorade ni había tenido un trato especial. No le estaban rogando hacerse fotos con él. Y eso solo podía significar una cosa: estaba en un aprieto serio. Violación. Asesinato. ADN. Prisión. Esa punzada de nerviosismo se había convertido en un ataque de ansiedad que le invadía todo el cuerpo. Se le ralentizaba la respiración; se le inundó la frente de gotas de sudor. No sabía qué hacer. Por dónde podría escaparse de esa situación. A quién llamar. ¿A su asesora? ¿A su entrenador personal de fútbol? ¿A su madre? Se inclinó hacia la mesa extendiendo los codos en ella, cerró los ojos y se llevó las manos a la cabeza. Por primera vez en su vida, William se sintió pequeño.

—Mierda.

Cuando abrió los ojos, los tenía clavados en el teléfono. Miró al policía y le preguntó con voz queda:

—¿A quién debería llamar?

—A tu abogado.

—No tengo abogado.

El policía resopló.

—Muchos jóvenes estudiantes son arrestados por intoxicación pública. Las chicas llaman a sus madres. Los chicos, a sus padres. —Se rascó la barbilla y refunfuñó—. ¿Violación y homicidio? Será mejor que llames a tu padre.

—¿A mi padre?

William volvió a negar con la cabeza escondiendo la cara entre las manos.

—Mi padre es un gilipollas, un perdedor.

DIEZ AÑOS ANTES

Capítulo 1

—¡Eres el mejor padre del mundo!

¿Puede un niño de doce años saber lo que significan esas palabras para un hombre? No. No es capaz. Tan solo otro hombre puede. Otro padre.

—Y tú eres el mejor hijo del mundo —dijo Frank Tucker.

Eso significaba ser padre. Tu hijo es una parte de ti, pero gracias a Dios solo tiene lo mejor de ti y no lo peor. No es la nariz, las orejas o el acné. Uno no quiere mirar a su hijo y pensar: quiero que sea como yo. Quiere poder mirarlo y pensar: quiero que sea alguien mejor que yo. Ese es el sueño que todo padre tiene para sus hijos.

Frank le lanzó la bolsa de fútbol a su hijo. William estaba en sexto curso, pero era más grande que los niños de su edad. Era más alto y más fuerte, tenía la espalda ancha y los huesos grandes. Si uno se fijaba en sus manos y pies —que ya parecían los de un adulto— vería que podría llegar a medir uno noventa o uno noventa y cinco. Ya era capaz de lanzar el balón desde el jardín trasero de casa hasta el gran roble. Treinta y cinco yardas. Frank había medido esa distancia. Rusty, el golden retriever de la familia, ladró a William; quería jugar con él. William hizo como si recibiera un pase del *center* y dio un salto a la derecha para esquivar a Rusty, como si este fuera un *linebacker* que intentaba aplacarlo, ancló los pies al suelo y lanzó el balón hacia atrás. En una espiral perfecta. Con velocidad. El cuero hacía que a Frank le picaran las manos.

—Voy a ser el *quarterback* de los Dallas Cowboys —dijo William—. Seré una estrella.

Era su sueño. Todos los niños de doce años tenían sueños así. Frank, cuando

era pequeño, soñaba con ser golfista profesional, un nuevo Jack Nicklaus, pero no era capaz de hacer un *putt* en un hoyo para ganar un torneo, o salvar su carrera. Al menos lo habían aceptado en la facultad de Derecho. Como solía decir, ese era su plan B. En ese momento se preguntaba si William también necesitaría uno.

Lanzó el balón a su hijo de nuevo.

William recibió el balón, rotó hacia la izquierda, ancló el pie con rapidez y le lanzó el balón con fuerza a su padre como si corriera en una trayectoria de escuadra fuera. Tenía el padre más enrollado de todo el colegio. Los otros padres eran hombres de negocios adinerados, médicos e incluso abogados como su padre, aunque no eran famosos abogados penalistas. Por supuesto, no aceptaba casos de personas malas que habían hecho daño a personas buenas. Tan solo ayudaba a hombres a los que la policía había confundido como culpables, pero que no lo eran en realidad. Él siempre demostraba la inocencia de sus clientes. Siempre decía que defendía a personas con estudios de clase media alta que vestían de traje y corbata, aunque William nunca entendió qué tenían que ver el traje o la corbata con que alguien fuera inocente o culpable.

—Quiero ser tan famoso como tú —dijo William.

Su padre le devolvió el lanzamiento.

—Yo no soy famoso.

—Pero apareces todos los días en el periódico.

—Porque mis clientes son famosos.

William rotó a la izquierda, retrocedió con el balón en su poder y lanzó.

—¿Como la senadora?

—Sí, como ella.

Su padre estaba trabajando en un gran caso en Austin. Había vuelto a casa para pasar el fin de semana.

—¿Por qué todos los famosos te llaman?

—Porque están en apuros.

—¿Por qué?

—Porque cometen errores. O porque el fiscal cree que han hecho algo malo.

—¿Pero no son gente mala?

—No, todos mis clientes son inocentes.

—¿Y qué pasa si son culpables?

—Entonces no los acepto como clientes.

—¿Y qué pasaría si fueran ricos y te pagaran muchísimo dinero?

—Seguiría sin aceptarlos.

—¿Nosotros somos ricos?

—No vivimos mal.

Él a menudo contestaba cosas así, en lugar de responder tan solo sí o no.

Así es como los abogados contestan a las preguntas.

—Vivimos en una casa grande en River Oaks —dijo William.

—No es de las más grandes de por aquí.

Su padre siempre vestía de traje y corbata cuando trabajaba, pero él no era un delincuente. Él solía llevar camisa blanca, corbatas de colores, traje y unos finos zapatos de cuero que intentaba siempre no hundir en alguna de las cacas de Rusty, las que se suponía que William tenía que recoger. Papá se había arremangado las mangas de la camisa. Había conducido de vuelta de Austin y, tras aparcar el Ford Expedition, en el garaje vio a William en la parte de atrás, por lo que corrió a lanzarse con él la pelota, sin ni siquiera cambiarse de ropa. Él era así. No le importaba hacer cualquier cosa en traje, incluso aunque sudara como hacía entonces. Él era bastante mayor, cuarenta y cinco años, pero no parecía que fuera tan viejo como los padres de los otros niños, que eran hombres pálidos, regordetes y calvos. Él era un hombre viril, como los deportistas. Entrenaba en el gimnasio del bufete de abogados. Siempre decía que se mantenía en forma para cuidar de su hijo. Salían a correr por las calles de River Oaks los fines de semana e iban juntos a jugar al club de golf. Y aún tenía pelo. Las otras madres se quedaban mirándolo cuando iba a almorzar con su hijo al colegio o cuando iba a ver sus partidos de fútbol. William estaba orgulloso de que Frank Tucker fuera su padre.

—La cena está lista —gritó Becky desde la puerta de atrás.

William trotó hacia donde estaba su padre, que lo levantó con las manos abiertas; Frank dio una palmadita a su hijo. Chocaron los cinco. Papá siempre decía que William chocaba los cinco desde que era un bebé. Ese era el vínculo que compartían, su momento íntimo, como cuando papá besaba en la frente a Becky. William ya era mayor, así que su padre no le daba besos. Caminaron al lado de la piscina y entraron en la casa. Rusty les siguió. Vivían en una casa grande de dos plantas en una de las mejores zonas de Houston, River Oaks. Muchos, con seguridad, dirían que vivían en una mansión, pero las casas de muchos de sus compañeros de clase eran más grandes que la suya. Mamá quería

una casa más grande. Papá ganaba mucho dinero, aunque decía que mamá se lo gastaba todo. A menudo, William se daba cuenta de que papá quería dejar las cosas claras a mamá, pero nunca lo hacía.

—Tengamos la fiesta en paz —decía siempre a William.

Frank entró a la cocina por la puerta de atrás, donde estaban su mujer, su hija y el olor de las enchiladas de Lupe. Había estado cinco días fuera de casa, aunque su mujer no corrió a abrazarlo desde el otro lado de la cocina. Ni siquiera lo besó. Apenas siquiera dirigió la mirada hacia donde estaba. Ella siempre prefería ser el centro de atención. Elizabeth aún era aquella rubia reina de la belleza de la Universidad de Texas.

—Te he echado de menos, papi.

Su hija le dio un gran abrazo. La apretó entre sus brazos y la besó en la frente. Olía a niña de catorce años, a frescura; no como William, que se duchaba un día sí y otro no. Ella lo hacía a diario. Llevaba puesto su uniforme de animadora. El equipo de fútbol de secundaria jugaba aquella noche.

—¿Cómo te ha ido la semana, cariño?

—Perdimos los dos partidos.

Beckie estaba en octavo curso, en el mismo colegio privado al que iba William. Jugaba en el equipo de voleibol y era animadora de otros. Era rubia, de ojos azules, más alta que su madre y casi tanto como Frank. Era una chica guapa, pero no una reina de la belleza como su madre; en gran parte porque se parecía demasiado a su padre. Era deportista. E inteligente. Madura para su edad. Parecía que se había criado ella misma; lo único que tenían que hacer por ella era pagar su matrícula y alimentarla. Su padre siempre decía que había nacido con treinta años.

—Siento habérmelos perdido.

Apenas lo sentía.

—No te preocupes. Jugamos fatal. Papi, ¿podemos ir mañana a la playa?

Tenían una casa en la playa, en Galveston, a setenta kilómetros al sur de Houston. Un bungaló en la orilla derecha de West End, con vistas a la playa, sin dique. El próximo huracán arrancararía la pequeña estructura de los pilotes, pero Frank la había comprado a un buen precio: un cliente se la había cedido como forma de pago, le dio las escrituras en lugar de sus honorarios. A él, a sus hijas y a Rusty les encantaba la playa; a Liz no tanto. La brisa del mar le estropeaba el

peinado unos cuantos días. Frank Tucker era un hombre de mar. Un día él se iría a vivir al lado del mar, cuando sus hijos crecieran.

—Este fin de semana no podemos. William tiene partido mañana y yo tengo el alegato final el lunes. Volveré a Austin en coche el domingo por la tarde.

—¿Vendrás a mis partidos la semana que viene?

—Dejaremos el caso en manos del jurado el lunes por la mañana. No tendremos el veredicto hasta el jueves o el viernes como muy pronto. Pero nunca se sabe con los jurados, por lo que me tendré que quedar en Austin hasta el viernes. Lo siento.

—No pasa nada, Frank. —Cuando lo llamaba por su nombre de pila, él sabía que iba a decirle algo que llevaba algún tiempo madurando en su cabeza—. Si fuera a un colegio público, podría jugar en un buen equipo y quizá alguna universidad se fijaría en mí. Con el Título IX, podría hasta recibir una beca.

—¿Para jugar al voleibol?

—¡Ajá! Las universidades tienen que dar el mismo número de becas a chicos que a chicas. A ellos les conceden ochenta y cinco becas de fútbol, trece de baloncesto y once coma siete para béisbol.

—¿Once coma siete?

—El fútbol americano y el baloncesto son deportes de equipo, pero no el béisbol. Así que tienen que dividir todo el conjunto de las becas y dan la mitad a los jugadores. De todas formas, se supone que tienen que dar ciento nueve coma siete de las becas a alumnas, y nosotras no tenemos un deporte de masas como el fútbol americano. Así que las chicas siempre consiguen las becas de deportes como baloncesto, *softball*, fútbol, natación, salto de trampolín, hípica, tenis, golf, gimnasia, remo, *hockey* sobre césped, salto de caballo, voleibol, vóley-playa o bolos.

—¿Bolos?

Ella asintió:

—Tienen que equiparar el número de becas, y no van a reducir las de fútbol americano.

—Mejor —dijo William—. Porque yo quiero una de esas becas.

El Congreso de Estados Unidos aprobó en 1972 que los deportes en las universidades precisaban de una intervención del Gobierno federal; los miembros del Congreso no parecían preocuparse ni por la chapuza que habían hecho con la defensa nacional ni por haber jodido la economía del país. Los grupos feministas se quejaban de que las chicas no tenían las mismas

oportunidades deportivas en la universidad, por lo que el Congreso promulgó una ley federal que dividió las becas del deporte entre los chicos y las chicas. Para cumplir con el Título IX, las universidades debían brindar el mismo número de becas a todos, incluso aunque el deporte femenino les hiciera perder dinero, al contrario que el masculino. De ahí surgió el bolo femenino.

—¿Qué opinas de todo eso, Frank? —preguntó su hija.

—Tú ya tienes una beca.

—¿Sí?

—La beca Papaíto —dijo tras asentir—. Gastos escolares pagados, dormitorio en una residencia universitaria y admisión en la universidad que quieras.

—Wellesley. Costará casi sesenta mil dólares el año cuando llegue la hora de ir.

Frank pestañeó, incrédulo.

—¿Realmente crees que podrías conseguir una beca de voleibol para la universidad?

Lupe, la asistente, cocinera y niñera de la familia, se acercó para darle a Frank una Heineken helada. Después de diez años, lo conocía bien.

—Gracias —respondió Frank.

Frank le dio un largo sorbo a la cerveza. No estaba acostumbrado a beber; nunca le había encontrado el gusto al vino o al alcohol. Cuando iba a la Universidad de Texas, había perdido el gusto por la cerveza Lone Star; por entonces solo le gustaba una Heineken bien fría cuando Lupe preparaba comida mexicana, que era una tradición los viernes por la noche en la casa de los Tucker. Después de una larga semana en el juzgado y tres horas de coche, se bebió toda la cerveza en un abrir y cerrar de ojos.

—Frank —comenzó a decir su esposa—, dile a Rebecca que tiene que irse de compras.

Se giró hacia su hija y dijo:

—Vete de compras.

—No.

—No quiere ir de compras —dijo a su esposa, con la mirada puesta en ella de nuevo.

—Necesita un vestido de fiesta nuevo para el baile social de otoño —contestó su esposa.

Liz se sentó en su lugar, presidiendo la mesa. Irían a ver el partido de fútbol

americano después de cenar, aunque Liz se había vestido como si fuera a formar parte de un desfile de vestidos de noche. Estaba sentada con una postura perfecta y esperaba que Lupe sirviera la cena.

—No, no necesito nada, Elizabeth. Porque no pienso ir al baile de otoño.

—Sí que irás, jovencita.

—Elizabeth, es en octubre. En plena temporada de fútbol americano. Soy animadora. Juego al voleibol. No tengo tiempo para fiestas de sociedad.

—Pues saca tiempo.

Becky lanzó una mirada de súplica a Frank. Miró con cara de no saber qué decir a su madre después.

—Liz...

—Irás, Frank. Y todas las chicas llevarán vestidos para la ocasión. ¿Quieres que tu hija nos deje en evidencia a todos?

—Déjame que lo piense.

—Papá, no soporto a los chicos del colegio —protestó Becky—. Son todos unos esnobs ricachones. ¿Por qué tengo que tratar con ellos?

—Es una buena pregunta —respondió Frank mirando hacia su esposa—. ¿Por qué tiene ella que tratar con esnobs ricachones que no le caen bien?

—Por la misma razón que yo tengo que hacer vida en sociedad con esnobs ricachones que no me caen bien.

—¿Para qué? ¿Para aparecer en la columna de sociedad?

Becky rio, pero a Liz no parecía haberle hecho mucha gracia. Frank se dirigió al fregadero y se lavó las manos. Lupe estaba de pie ante los fogones, sirviendo en cada plato la enchilada, los tacos, las judías fritas y el guacamole. Llevaba puesto un colorido vestido de campesina típico de México.

—¿Cómo está tu hijo, Lupe?

Tenía treinta y cinco años, era madre soltera y tenía un hijo de cuatro años. Había nacido con un defecto cardíaco. Pero por fortuna para el pequeño Juan, Houston era el hogar de reputados cirujanos cardiovasculares y el jefe de su madre los había incluido en su póliza de seguro médico.

—Está bien, Sr. Tucker.

William cogió un plato, se sentó a la mesa y atacó la comida. Engullía la comida como un cerdo y olía como tal. La pubertad hacía estragos en los chicos. Frank cogió dos platos; sirvió uno a su hija y otro a su mujer. Volvió a la mesa y se sentó entre sus hijos. La casa tenía un comedor independiente, aunque ellos siempre comían en la cocina. Era más cómodo. Más informal.

—¿Te has lavado las manos, William? —preguntó.

—¿Por qué? —respondió con la boca llena de comida.

—Por higiene.

—Soy jugador de fútbol americano.

Frank se cogió las manos y dijo:

—Recemos antes de cenar.

Su hijo se quedó congelado con un taco en la mano a medio comer mientras su padre rezaba una oración por la familia Tucker. Después, su hijo retomó su asalto al taco indefenso. Frank se dirigió a su esposa:

—Han destinado al hijo de Nancy a Irak —dijo. Nancy había sido durante mucho tiempo su secretaria.

—¡Vaya! Eso es genial.

—Lo dudo.

—He estado mirando una casa en la mejor parte de River Oaks —respondió ella.

—¿La mejor parte?

River Oaks era la zona más rica de Houston. Con gente rica de toda la vida. Y nuevos ricos. Del petróleo. Herencias. Pero dinero a fin de cuentas.

—Yo no me voy a mudar —espetó William.

—Yo tampoco —añadió Becky.

Con la cabeza casi dentro del plato, se metía sin ningún esfuerzo la comida en la boca, como, si en vez de cucharadas, fueran palazos. Mientras tanto, le acercó el puño a su hermana. Ella, con el suyo, le chocó. Chocar los puños era todo un ritual de unión entre deportistas. Hasta hacía dos años, parecían mellizos. El mismo color de pelo, los mismos ojos, la misma constitución. Cuidaban el uno del otro. Habían vivido toda su vida en aquel hogar. Tenía cincuenta años y un jardín en la parte de atrás, piscina y altos robles en el terreno que se extendía detrás de la casa, donde había un cuarto para que Rusty deambulara y jugaran los niños. Ellos tenían cada uno su propia habitación con baño, que hacía posible la convivencia en paz del piso superior. El de ella estaba siempre recogido y limpio; el de él se asemejaba más a un vestuario. La casa estaba construida en un terreno de trescientos setenta metros cuadrados, pequeño para los que había en River Oaks. Frank podía permitirse con facilidad un hogar más grande, pero aquel era cuatro veces más grande que la casa en la que se había criado, en un suburbio de clase trabajadora en Houston. Además, sus hijos eran felices allí. Pero Liz quería una casa más grande. Siempre quería más.

—Está en Inwood, al lado del bulevar River Oaks, en la misma manzana del Club —dijo ella—. Setecientos cincuenta metros cuadrados, seis habitaciones, siete baños. Solo cinco millones.

Tenía una expresión impasible en el rostro.

—Liz, ¿qué quieres que hagamos con siete cuartos de baño y doscientos cincuenta metros cuadrados?

—Recibir visitas.

—¿Recibir visitas? —preguntó antes de mirar a sus hijos—. ¿Vosotros recibís visitas en casa, hijos?

Rieron. Rusty ladró. Lupe ahogó una risita. Liz le lanzó una mirada severa que significaba siempre: «no nos vamos a acostar esta noche». Aunque el sexo se había acabado hace ya mucho tiempo. Tampoco lo había buscado en otra parte. Quizá porque le daba miedo, era demasiado vago o demasiado católico. Él no creía que ella lo estuviera engañando, habría sido todo un escándalo en los círculos de la alta sociedad de Houston. En lugar de ascender en la escala social, se habría convertido, por el contrario, en el centro de todos los cotilleos. Para ese entonces ya dormían en habitaciones separadas. Le decía a sus hijos que sus problemas de espalda le hacían moverse toda la noche y despertaban a su madre. William se lo había tragado, pero solo tenía doce años. Frank sospechaba que Becky no se lo había creído; pero había seguido adelante. Con catorce años, era su mano derecha en casa, lo daba todo para mantener la paz en River Oaks.

Se habían casado hacía dieciocho años. Él tenía veintisiete y ya estaba de prácticas en un bufete en Houston; ella tenía veintidós y se acababa de graduar en la Universidad de Texas. Era una chica guapa que quería convertirse en una estrella. Tenía planeado adaptar su aspecto al de la televisión para dar el salto al estrellato y a los medios; daría resultado. Cuando cumplió los cuarenta, quería convertirse en una dama de la sociedad. Su plan B. Sus caminos se habían separado, como quien dice. De hecho, se habían casado demasiado jóvenes como para conocerse bien, y también demasiado pronto. Cuando habían llegado a saber cómo eran, cómo no, ya tenían hijos. Frank había pensado en el divorcio, muchas veces, pero Liz se habría quedado con la custodia de los niños. A menos que ella no fuera drogadicta o alcohólica, la madre podría estar saliendo con todo un equipo de la NFL y aun así ganar la guarda y custodia. Él sería padre solo cada dos fines de semana, y no podía soportar la idea de una vida así. Se quedaba por sus hijos. Por él. Necesitaba tenerlos cerca. Vivir con ellos. Verlos cada día. Formar parte de sus vidas.

Frank Tucker era un hombre de familia.

Capítulo 2

El *quarterback* del equipo realizó un *wounded duck*,^[15] un mal pase. Un pase que se tambaleaba en el aire como un ave herida. El defensa trasero interceptó el balón en la línea de treinta yardas y lo devolvió para anotar un *touchdown*. El público local se quejó al unísono.

—¡Cogedlo en seis! —gritó William.

Por el este, el horizonte de Houston iluminaba el cielo nocturno que parecía acercarse amenazante sobre el pequeño estadio. River Oaks está situado en la orilla meridional del río Buffalo Bayou, al este del centro de la ciudad. Formaba parte de Houston, pero parecía totalmente ajena. Un mundo distinto. Una isla de cinco mil doscientos metros cuadrados de riqueza y gente blanca, que a su vez estaban rodeados por dos millones de habitantes de esa ciudad de crecimiento descontrolado de mil seiscientos kilómetros cuadrados que es Houston. En un comienzo, y sin contar a las minorías ni a los judíos, el alto precio de las propiedades de River Oaks excluía a aquellos que no podían permitírselo. Ciento cuarenta familias tenían su hogar en River Oaks. La familia Tucker vivía allí porque era el sueño de la madre y quedaba cerca del bufete del padre. En lugar de sufrir a diario una hora de trayecto de ida y otra para ir a trabajar, Frank empleaba esas dos horas para estar con sus hijos.

Eran las ocho de la noche y su hija estaba en la banda con el resto de las animadoras. Su hijo estaba sentado a su lado y su mujer, al otro, en la primera fila de las gradas entre el resto de espectadores blancos, cuyos hijos también asistían a la Academia. Desde la integración racial en los años setenta en los colegios públicos, los padres de River Oaks mandaban a sus retoños a colegios

privados. Frank había llevado a sus hijos a uno de estos colegios porque sus padres no habían podido mandarlo a él: quería lo mejor para sus hijos, lo que él no había tenido.

Los padres y los niños de River Oaks de la grada parecían modelos del catálogo de los centros comerciales Neiman Marcus. No había nadie que llevara una sudadera Nike. El aparcamiento parecía una feria de muestras de Mercedes Benz, con algún Ferrari y Bentley también, para darle variedad. La Academia era una pequeña escuela privada de preescolar hasta secundaria: el año escolar costaba cuarenta mil dólares, mucho más que los colegios públicos de Texas. Pero los que se graduaban no irían a una universidad pública en Texas; irían directos a la Ivy League. La Academia se había convertido en un hervidero de Harvard, Yale, Princeton, Smith y Wellesley. Algunos acababan algo más al este, en Stanford o se quedaban cerca de casa, en Rice. Ninguno iba a la Universidad de Texas o a la Universidad de Texas A&M.

—Hola, William —saludaron dos chicas preadolescentes que pasaron delante de él. Iban vestidas como si salieran de una sesión de fotos de moda. No consiguieron distraer a William del partido.

—Hola.

Soltaron una risita infantil. Frank dio un codazo en el hombro a su hijo.

—Las chicas no te quitan el ojo de encima.

—Las chicas son un muermo, papá.

Su hijo era guapo, tenía las facciones marcadas, ojos azules y el pelo rizado rubio que le caía por la cara. Pero aún no había llegado a la edad para ver a las chicas como una atracción en lugar de un incordio. Le importaba mucho más el deporte que las chicas. Eso era bueno para un niño de doce años. Tanto para el niño como para el padre.

Los primeros doce años de la vida de William habían sido fáciles para Frank Tucker. Había sido casi como tener un hermano pequeño más que un hijo. Le había enseñado todo lo que sabía de cómo se debía portar un hombre: cómo lanzar una pelota de béisbol y cómo batearla con un *swing*, cómo pasar y patear un balón de fútbol americano o cómo hacer un *swing* en el club de golf. Si no lo había conseguido, al menos lo había intentado. Había tenido que pagar la cuota especial del club para enseñarle. Frank nunca quiso imponerle a su hijo su *swing* de golf. También le había mostrado cómo escupir pepitas de sandía. El padre de Frank le había enseñado cómo poner el techo y cómo pintar una casa, cómo usar y reparar un cortacésped, cómo limpiar y desatascar los desagües e incluso cómo

arreglar y cambiar una rueda; en fin, cosas útiles para la vida. Un hombre no debe pagar a otro por algo que él mismo puede hacer. Pero Frank era abogado, no un trabajador de fábrica, por lo que podía contratar a otros para realizar todos esos trabajos y de este modo tener tiempo para enseñarle a su hijo otras cosas menos útiles para la vida.

Habían sido doce años de diversión en la vida de William.

Pero Frank sabía que los siguientes doce años serían mucho más un reto que una diversión para las vidas tanto de padre como de hijo. William entraría en la pubertad; su cuerpo empezaría a cambiar de la noche a la mañana y pasaría de ser un niño a ser todo un hombre. Pero no cambiaría su mentalidad. La madurez física llegaría rauda y veloz; la madurez mental llegaría tarde y con paciencia. Algunos estudios afirmaban que la parte del cerebro que controlaba el juicio en los varones no se terminaba de desarrollar hasta bien entrados en la veintena. Esa diferencia que se creaba entre cuerpo y psique, un chico que pasaba rápidamente a ser un hombre con la mente aún de un crío, podría poner a su hijo en más de un apuro. A lo largo de la historia, la estupidez y la testosterona no parecían haber formado nunca un equipo que diera buenos resultados. Frank se preguntaba si podría proteger a su hijo de sí mismo.

Le pasó el brazo alrededor de los hombros.

—¿Vas a conseguir sacar a la senadora de esta, Frank?

El padre que estaba sentado detrás de ellos se inclinó hacia ellos para preguntarle. Su aliento daba fe de su gusto por los vinos caros.

—Secreto de sumario, Sid.

—No puedo creer que representes a una republicana.

Sid era un demócrata rico (Houston era un bastión del partido demócrata en el estado de Texas), aunque sus hijos asistían a una escuela de élite privada, por lo que no tenían que sentarse al lado de niños pobres negros y demócratas de los colegios públicos.

—Represento a una mujer inocente.

—Es culpable de ser republicana.

El equipo contrario puso en juego el balón. Los jugadores de la Academia perdieron la posesión y los oponentes anotaron en la siguiente jugada.

—¡Guau! —saltó William—. Son malísimos.

Los jugadores del equipo jugaban muy mal. Pero eran buenos chicos. El entrenador era bueno. Y los padres también lo eran. Ninguno se sintió decepcionado por cómo jugaban, ya que nadie esperaba que ganasen.

—No han anotado un tanto en dos años —dijo Sid desde su asiento—, pero diez de esos estudiantes este año bordarán sus exámenes de acceso a la universidad.

El fin aparente de los institutos de enseñanza pública en Texas era la de preparar a los mejores jugadores de fútbol americano del país. Y eso hacían. Los entrenadores de fútbol americano de la División I-A de la National Collegiate Athletic Association de todo el país viajaban cada otoño a Texas para completar la alineación de sus equipos. Pero no hacían escala en la Academia. Allí, los deportes servían para construir el carácter de los jugadores y crear camaradería entre los distintos estudiantes, no servían para formar deportistas de la División I. Y no lo hacían. Ningún estudiante en los cincuenta años de historia había ganado nunca una beca deportiva para la División I. La Academia se encontraba entre las más prestigiosas escuelas preparatorias para la universidad, no se situaba a la cabeza por tener estudiantes deportistas de alto nivel. Por tanto, cada temporada era una temporada perdida. Y esa no iba a ser la excepción. Aun así, ni los padres dejaban de asistir a los partidos ni las animadoras dejaban de hacer su labor.

Dos, cuatro, seis, ¡todos!
¡Los armadillos ganarán!
¡Arriba todos!
¡No paréis de gritar!

Ninguno se levantó. Los estudiantes estaban ensimismados con sus dispositivos electrónicos y los padres, absortos, conversaban de política y de la bolsa. Sin contar que era complicado que se volvieran locos con un equipo de fútbol americano que tenía por nombre «armadillo». Pero Frank se puso en pie y levantó los brazos para empezar una ola.

—¡Armadillos!

Becky rio desde la banda y escondió la cabeza entre los pompones. Su mujer levantó la vista y lo miró como si estuviera loco. Pero después, siguió con lo que se esperaba que hiciera durante el partido:

—Está al lado de Inwood —dijo la otra madre sentada en una postura perfecta, al igual que ella—, tiene solo setecientos cincuenta metros cuadrados,

pero no queremos una casa muy grande. Únicamente queríamos una habitación más para las fiestas de beneficencia.

Frank y William seguían el partido; ella ascendía en la escala social. No había estado nunca fuera de los focos desde su primer concurso de belleza del instituto. Iba siempre perfecta, se sentaba perfecta, se mantenía perfecta. Ropa perfecta, gestos perfectos, maquillaje perfecto, pelo perfecto. Parecía que competía por la corona. Quizá aún lo hacía.

—Algo acogedor.

William lo oyó. Miró a Frank, puso una mueca en su cara e imitó la forma en que dijo su madre:

—¿Acogedor?

Frank se encogió de hombros y le tendió la mano extendida. Chocaron los cinco.

Elizabeth Tucker contempló la envidia en los ojos de su amiga. La misma envidia que una vez reflejaban los suyos. Se había criado en la otra punta de la ciudad sin nada. Odiaba ser pobre. Ella solía leer la sección de sociedad del periódico, las fiestas, las reuniones de sociedad y a la gente guapa; siempre se preguntaba cómo serían sus vidas. Cómo sería tener algo en la vida. Cuando aprendió a conducir, solía pasar con el viejo coche de la familia por las calles de River Oaks. Algún día, solía decir. Algún día viviría allí.

Y ese día había llegado.

Había visto la cara de su marido cuando dijo «acogedor». Él no la entendía. Ella había crecido en una familia de don nadies. Ella necesitaba ser alguien, pero parecía que él no. Él era casi una celebridad, una estrella de cine de serie B, pero era como si a él no le importase. No deseaba convertirse en una estrella emergente de Houston mientras que ella ardía en deseos.

Ser alguien.

Aunque era él quien traía el dinero a casa, era ella la que necesitaba ser alguien. Y vivir en River Oaks, en la mejor zona de Houston, en una casa cara. Preparar la sección de sociedad. Ser la envidia de los demás.

William estaba concentrado en el campo de juego. Sus amigos se pasaban los partidos correteando alrededor del campo de fútbol, pero él prefería ver el partido con su padre. De hecho, él prefería pasar tiempo con su padre, más que con sus amigos. Ver partidos, salir a correr por River Oaks, jugar al golf en el

club, tener sus charlas de hombre a hombre (podía hablar de cualquier cosa con su padre). Frank le entendía. Él comprendía lo que se le pasaba por la cabeza de una forma de la que su madre y Becky eran incapaces. Porque claro, ellas eran mujeres. Su padre y él, hombres. Papá decía que las mujeres no entendían a los hombres, y que los hombres no entendían a las mujeres; es por eso por lo que Dios les dio a ellos la televisión por cable y miles de canales de deportes.

William soltó un quejido. El *quarterback* cortó otro lanzamiento.

—No ha sabido leer bien la jugada.

William no solo veía el partido; estudiaba el juego. Analizaba las jugadas, la alineación, la defensa, qué funcionaba y qué no. El equipo de ese año se trababa y jugaba con torpeza, tanto que iban perdiendo 0-40 a la mitad del partido.

—¿Cuándo fue la última vez que ganamos un partido, Frank? —preguntó el padre, sentado detrás—. ¿Allá por 1970?

—En el 98. Pero eso cambiará cuando William sea nuestro *quarterback*.

Capítulo 3

—Tendrían que meter a William ya en el equipo —dijo el padre sentado al lado de Frank—. Es mucho mejor que el *quarterback* que tenemos.

—En seis años estará jugando en los Aggies —repuso otro.

—¡Venga ya! —respondió el primero—. Jugará en los Longhorns, ¿verdad, Frank?

—Puede que en Harvard —contestó Frank.

Ambos lo miraron como si fuera un Chevrolet que pasara por bulevar River Oaks.

—¿Harvard? —repitieron al unísono.

La tarde siguiente, Frank estaba sentado en el mismo asiento de las gradas del mismo campo de fútbol. El equipo de William jugaba contra otro colegio privado. Las clases de la Academia eran reducidas, por lo que el equipo lo integraban alumnos de sexto, séptimo y octavo que jugaban juntos en el mismo equipo, normalmente contra otros integrados en su totalidad por chicos de octavo. El equipo de William era igual de malo que el universitario, pero él era bueno. Muy bueno. Anormalmente bueno. William Tucker era un niño prodigio, como Mozart o Bobby Fisher. Aunque su físico era su don de la naturaleza, era un deportista nato. Era excelente en todos los deportes: baloncesto, béisbol, fútbol, tenis, golf... pero lo que él lograba en el campo de fútbol americano desafiaba a la realidad. No era un chico de doce años normal. Era más grande, más fuerte y más rápido que un chico de catorce. Había realizado tres pases perfectos de *touchdown*, pero los receptores no habían podido cogerlos. Había

corrido para cuatro *touchdowns*. Y en ese momento corría para el quinto.

Frank se levantó para ver mejor el juego de su hijo.

William retrocedió unas zancadas antes de pasar. El equipo defensor convergió hacia él. El atrape era inminente. Pero en el último momento, se dio la vuelta esquivando el atrape y dejando a los jugadores que cargaban contra él en el aire, ansiosos por alcanzarlo. Se desmarcó por el lateral y esprintó. Sus pies eran veloces, sus pasos rítmicos y delicados. Ni un solo jugador lo tocó.

Touchdown.

El resto de padres enloquecieron. Chillaban de alegría, algo común en el fútbol americano. Frank no sabía por qué no le afectaba el virus del fútbol, algo extraño en un hombre de Texas. Había jugado en el equipo del instituto, como muchos otros chicos, pero nunca había soñado con ser un profesional. Nunca había sido lo suficientemente grande, lo suficientemente fuerte o lo suficientemente rápido. Su hijo era mucho más que capaz, pero Frank no vivía ni moría por el sueño de fútbol americano de su hijo. Muchos hombres, incluso abogados triunfadores, grandes médicos o geniales hombres de negocios, querían tener un hijo como el de Frank. El deseo de todo hombre era que su hijo llegara a ser una estrella del fútbol americano; no importaba cuál fuera su raza, religión, estatus social o económico. No importaba que fuera un hombre negro pobre sin estudios de Fourth Ward o un hombre culto y rico de River Oaks, todos querían que su hijo fuese un *quarterback* famoso. Todos querían disfrutar de la gloria de su hijo. Ver como se convertía en el hito que ellos no pudieron ser. Triunfar en el campo de fútbol americano era muy diferente que hacerlo en el juzgado, en una sala de juntas o en un quirófano.

El fútbol americano era una cosa de hombres.

Y su principal consecuencia es que todos admiraban las habilidades de los jugadores. Puedes esforzarte y llegar a ser un buen abogado, un buen médico o un buen hombre de negocios; todo eso puedes conseguirlo con esfuerzos, no es un don de Dios. Tener éxito en el fútbol americano requiere dedicación, pero no importa lo que te esfuerces, ya que si no eres grande, fuerte y veloz no serás nada.

De nada valía que te esforzaras si no medías dos metros, pesabas cien kilos y no eras rápido.

La vida de Frank Tucker no estaba ligada a la de los balones de cuero.

Tampoco a las proezas en el fútbol de su hijo. No necesitaba que su hijo cumpliera los sueños de infancia que él no pudo cumplir. Pero, como el resto de hombres, veía jugar a los grandes deportistas y se preguntaba qué se sentiría al hacer el *home round*^[16] de la victoria en la World Series, o anotar el *touchdown* final de la Super Bowl, o hacer un golpe con un hierro cuatro y ganar el Open. Pocos seres humanos vivirían dicha experiencia. Y los que sí la viven, no podrán explicar lo que sintieron a aquellos que no. Por tanto, Frank estaba entre una multitud de padres y, como ellos, veía a su hijo de doce años correr por el campo y se preguntaba qué se sentiría al ser William Tucker.

William Tucker se sentía como ese león de la película que había visto en la clase de Ciencias Naturales. El león acechaba al antílope antes de empezar su persecución por la sabana africana, abalanzándose sobre él, mordiéndole en el cuello para rompérselo. Era una brutalidad, no hay duda, pero era también emocionante ver cómo el león sacaba la bestia que llevaba dentro. ¿Sabía el león lo que estaba haciendo? No. Tan solo hacía lo que estaba en su naturaleza. Mientras veía la película, pensaba: «Es como yo. Así es como soy en el campo de fútbol. Está en mi naturaleza». En el campo, él sacaba la fiera que tenía dentro. Y se sentía bien. Muy muy muy bien.

* * *

—Frank, tengo unos clientes para ti.

El partido había terminado y Brian Anderson se acercó. Era un abogado del mercado bursátil, en una gran firma empresarial de Houston. Tres años antes, cuando había estallado la burbuja del punto com, la Reserva Federal había llevado ante la justicia casos de fraude en la seguridad contra sus propios empleados, que habían cobrado sus acciones antes del *crack*. Cuando el mercado subía y los inversores se hacían ricos por el valor de sus acciones, todos eran felices y la economía seguía funcionando como siempre. Pero cuando el mercado caía y los inversores veían bajar el valor de sus acciones, cundía la desesperación y la economía se tambaleaba. Para mantener distraída a la población, el Gobierno encarcelaba a quien fuera. Brian había recomendado esos clientes a Frank. Se trataba de un grupo de genios de veintitantos que estaban

acusados, por un tecnicismo de las leyes de seguridad, de crear un engañoso o una desvinculación de la política. Se habían convertido en cabezas de turco en una sociedad capitalista como si fueran corderos en un sacrificio pagano al dios del sol. Después de un juicio que duró tres semanas, el jurado los absolvió.

—¿Quién es?

—Un director ejecutivo. Tiró a la basura sus acciones justo antes de un informe trimestral.

—A eso se le llama tráfico de información privilegiada.

—No si eres un miembro del Congreso.

El Congreso estaba exento de las propias leyes que creaban para los ciudadanos, tal y como sucedía en los gobiernos de Rusia y de China. De esta manera, los quinientos treinta y cinco miembros del Congreso podían, libremente y de manera legal, comprar y vender acciones con información reservada mientras que los otros trescientos millones de norteamericanos no podían. Frank no estaba conforme con esa ley, pero aun así se tenía que cumplir.

—¿Es culpable?

—Puede pagar —dijo con un gesto de indiferencia.

—Lo siento, Brian.

—Por el amor de Dios, ¿cómo lo haces para ganar tanto dinero y nunca representar a culpables? —preguntó Brian con incredulidad.

Los abogados penalistas defensores tenían que convivir con una cruda realidad de la vida: muchos de sus clientes eran culpables. Dedicaban su carrera profesional no a defender a gente inocente, sino a culpables de violaciones, asesinatos, pandilleros, traficantes, estafadores, defraudadores, timadores, desfalcadores, ladrones, embusteros y mentirosos.

Frank Tucker nunca había convivido con esa realidad. Siempre defendía a gente inocente. En Texas no había escasez de clientes, personas inocentes falsamente acusadas por fiscales demasiado entusiastas, mal informados o con ambiciones políticas. Muchos de esos acusados residían en ocasiones en cárceles estatales. A menos que Frank Tucker fuera su abogado defensor. Nunca había perdido un caso.

Por supuesto, no tenía discrepancias con los principios constitucionales que establecen que, incluso los acusados que eran culpables, tenían derecho a un juicio justo y a un abogado competente. Pero él no les asistía. Y el derecho de sus hijos superaba los derechos constitucionales: sus hijos tenían el derecho de tener un padre del que se sintieran orgullosos, y no creía que defender a un

despiadado violador les hiciera sentir así. Por eso solo defendía a inocentes. Por sus hijos.

—Un gran partido, William.

—Gracias, señor.

—¡Fantástica carrera!

—Gracias, señor.

Los padres se habían reunido en el campo detrás del banquillo para saludar a los chicos. El equipo de William había perdido otra vez. Iban 0-6 en la temporada. Se sentía ninguneado. Muy pocos chicos de la Academia eran deportistas. Como Ray, que medía un metro veinte y pesaba cuarenta kilos. Con las hombreras parecía un enano. El pantalón de su equipación le quedaba tan grande que las rodilleras le protegían los tobillos. No podía correr, bloquear o recibir el balón. ¡Qué diablos...! No podría recibir un balón aunque estuviera hecho de fieltro y él estuviera recubierto de velcro. Pero a pesar de todo, era el mejor amigo de William. Se acercó y se sentó al lado de Ray en el banquillo. Este estaba acurrucado con los hombros en las rodillas y la barbilla sobre las manos. William trató de animarlo.

—Buen partido, Ray.

—Mi padre se va enfadar conmigo.

—¿Por qué?

—Él quiere que sea jugador de fútbol americano de mayor.

—¿De verdad? —preguntó William, intentando aguantar la risa—. ¿Qué se fuma?

—¿Tabaco?

—Mmm... no. ¿Él jugaba cuando era joven?

Ray negó con la cabeza.

—¿Tu padre también quiere que seas jugador de mayor?

—Creo que quiere que sea abogado.

—Pero si eres buenísimo, William.

Se encogió de hombros.

—Se me da bien jugar a cualquier deporte. Pero a ti se te dan bien las matemáticas. Tío, tienes deberes de Mates que yo no sabría hacer ni en sueños. Me encantaría ser tan listo como tú.

Ray era el capitán del equipo de matemáticas. La mayoría de los alumnos

preferían una plaza en el club antes que en el equipo de fútbol. Así de malo era el equipo de la Academia.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Se me dan bien las matemáticas.

—A todo el mundo se le da bien algo, Ray.

—Pero ser la estrella del equipo de matemáticas no es lo mismo que serlo del equipo de fútbol. Tío, algún día serás un deportista famoso.

—También hay matemáticos famosos.

—Dime uno.

No se le ocurrió ninguno.

—Pero los matemáticos también hacen cosas interesantes —dijo William—. Mi padre me dijo que inventaron internet.

—Al Gore dijo que él inventó internet.

—¿Quién es Al Gore?

—Los algoritmos tal vez. Suena igual.

Ray rio como si le hubieran contado el chiste más gracioso del mundo. William no lo entendió.

—¿Es eso alguna clase de chiste matemático?

—Sí.

Ray se sentó bien. Ya parecía más contento.

—¿Quieres venirte mañana a casa y jugamos a algún videojuego? —preguntó William.

—Claro.

—Justo después del partido de los *Cowboys* —dijo mientras se levantaba—. ¿Vale?

—Claro. Gracias, William.

Apartó el brazo de su pequeño amigo.

—No le des más vueltas.

Ray no dijo nada y William le dio a su amigo un abrazo, como hacían los profesionales después de un partido. Ray se marchó cuando Frank llegó con la mano en alto. William la chocó.

—Buen partido, William —dijo su padre—. Siento que hayáis perdido.

—No pasa nada. Me divierte jugar con mis amigos.

Vieron cómo Ray le daba su casco a su padre.

—¿Cómo se llama tu amigo?

—Ray.

—¿Es buen chico?

—Sí, es pequeño como una piedrecita, pero me cae bien.

Muchos de los chicos de la Academia eran tan bajitos como Ray. Otros, como Jerry, del club de fotografía del colegio, eran más como un pedrusco. Se acercó corriendo con su gran cámara colgada al cuello.

—William, ¿puedo hacerte una foto con tu padre?

Su padre le pasó el brazo por los hombros y le sonrieron a la cámara.

Capítulo 4

—Tendría que haber cambiado de jugada a una *hot route* —dijo William.

—¿Quién? —preguntó su padre.

—El *quarterback* de los *Cowboys*, mira los pies de Sam.

—¿Quién es Sam?

—El *strong safety*. En la NFL lo llaman Sam. Mira cómo tiene los pies, se ve que va a hacer un *blitz*.

—¿Tú eres capaz de ver eso?

El domingo pasado se habían ido a Galveston, a practicar lanzamientos en la playa, pero ese domingo se quedaron en el cuarto de estar de River Oaks para ver el partido. William estaba sentado delante del televisor con las páginas de deportes de los periódicos abiertas y desperdigadas por el suelo. Su padre estaba sentado en el sillón de cuero al lado de la lamparita. Becky estaba tumbada despatarrada en el otro sofá. William veía el partido de los *Cowboys*; su padre trabajaba en el alegato final; y su hermana leía algo sobre magia. Después del partido, su padre tendría que conducir de vuelta a Austin. El alegato final del juicio de la senadora era a la mañana siguiente. Cuando el partido estaba en anuncios, William volvía la atención a las páginas deportivas.

—Roger Clemens gana su partido número trescientos.

Papá resopló.

—Sammy Sosa batea su *home run* seiscientos.

Resopló una vez más.

—¡Mierda! ¡Han detenido a Kobe!

Eso atrajo la atención de su padre. Kobe Bryant era una estrella de la NBA.

—Esa lengua, William. ¿Por qué?

William se detuvo a leer el cuerpo de la noticia.

—Violación.

William sabía a grandes rasgos lo que era una violación: cuando un hombre abusaba de una mujer; porque se lo había preguntado una vez a su padre, aunque no estaba aún del todo seguro lo que quería decir «abusar». Le podría haber preguntado a su padre, pero él tenía una regla: «Si me haces una pregunta, te contaré la verdad. Estate siempre seguro de que quieres saber la verdad». En esa ocasión no estaba seguro de querer saberlo, no por el momento.

—Pone aquí que violó a una chica en un hotel de Colorado, una recepcionista.

—¿Dónde?

—En su habitación.

—¿Hubo testigos?

—No.

—Es su palabra contra la suya.

—¿Qué?

—Que es la palabra de ella, contra la palabra de él.

—Él ganará el juicio.

—¿Cómo estás tan seguro de eso, William?

—Porque es Kobe Bryant, una estrella del deporte. Ningún jurado lo condenaría.

—Puede que él sea una estrella en una cancha de baloncesto, hijo, pero eso no le hace un ser humano más especial que esa chica.

Su padre siempre decía cosas así: «Inocente hasta que se demuestre su culpabilidad más allá de la duda razonable», «ningún hombre está por encima de la justicia», «todas las personas somos iguales ante la ley»; tal y como hacía su profesor de ética. Pero hasta los chicos de esa edad sabían que los mayores no se creían todo eso. Tan solo lo decían porque se suponía que tenían que hacerlo. Todos menos su padre. William a veces pensaba que su padre sí que se creía todo eso que decía.

—Todos somos hijos de Dios —dijo William. Se acordaba del sermón de esa mañana.

—Así es.

—Bueno, puede que sí, pero puede que Dios quiera más a su hijo Kobe que a quien quiera que sea esa dichosa recepcionista, también hija suya.

—¿Y eso por qué?

—Porque Dios le ha dado dos metros y un mate devastador. También es una estrella del baloncesto, rica. Él no le ha dado nada a esa tía. Solo es una estúpida recepcionista.

Papá refunfuñó, lo que hizo que William se enorgulleciera. Porque cada vez que papá refunfuñaba, era señal de que su hijo le había dado un motivo para que pensara.

—Cuida ese lenguaje, William.

Una idea le vino a la mente.

—Papá, puede que Kobe te contrate como su abogado. Apuesto que te pagaría una millonada. Te harías muy famoso si fueras su abogado.

—No acepta casos de clientes acusados de violación —respondió Becky.

Frank Tucker representaba solo a hombres de negocios acusados por error en causas penales. Ejecutivos de empresas y políticos. En Houston se asentaban miles de empresas multinacionales; por lo que los delitos fiscales de los trabajadores estaban siempre en auge. Siempre había hombres de negocios con cargos de todo tipo de delitos por fraude; políticos con cargos de violación de la ética estatal y federal, infracciones de las leyes de financiación de campaña y conducta oficial indebida. Así era Texas. El negocio estaba siempre en auge.

Los abogados penalistas de esos hombres de negocios rara vez se hacían famosos, al contrario de los que representaban a asesinos. Todo el mundo conocía a Johnnie Cochran y a F. Lee Bailey después de que representara a O. J. Simpson en su juicio por asesinato. Pero los casos de los hombres de negocios no eran tan espectaculares como los de los asesinatos, por lo que Frank Tucker solo era bien conocido por los abogados que acusaban a los clientes a los que él representaba. Sin embargo, el año anterior había dado el salto a las portadas de los periódicos cuando había aceptado a un cliente que se vio envuelto en el caso de Enron. Enron Corporation era una compañía energética con altas pretensiones que tenía sede en Houston en los años noventa. Tuvo unos ingresos brutos de cien mil millones de dólares. Tenía activos por valor de sesenta mil millones. Sus acciones se cotizaban en bolsa a noventa dólares. Se vieron envueltos en un caso de fraude generalizado. Después de que la compañía colapsara en 2001, todos los altos directivos, entre ellos Ken Lay, el presidente del consejo y Jeffrey Skilling, el director general, fueron acusados en el caso. Incluso el jefe de

contabilidad de Enron, el distinguido Arthur Anderson, fue acusado de obstrucción a la justicia.

El cliente de Frank, el vicepresidente derechohabiente de treinta y cinco años que en realidad no era más que un chupatintas que estudió en Harvard, había sido acusado de fraude. Él era culpable de ser un estúpido, y no había celdas suficientes en Estados Unidos para encarcelar a todos los ejecutivos que eran culpables de ese delito. No era más que un crío que seguía órdenes y creía en la compañía; había invertido hasta el último centavo que tenía en acciones para la empresa. Lo había perdido todo: su trabajo, sus ahorros, su plan de jubilación, su reputación; tal y como lo habían hecho todos los trabajadores. Pero las amplias redes del departamento de justicia lo habían cazado en respuesta a la postura de los miembros del Congreso. Las redes habían capturado tanto a los tiburones como a los pececillos. Después de un juicio que duró cuatro semanas, el jurado absolvió a su cliente. Fue uno de los pocos acusados en el caso Enron que no fue condenado. Mientras salía del juzgado después de que se supiera el veredicto, los trabajadores de Enron, furiosos, escupieron a Frank. Fue la primera vez. Muchos norteamericanos habían aclamado a O. J. durante su juicio; aunque entonces estaba acusado de asesinar brutalmente a dos personas inocentes, una de ellas su exmujer, a la que casi decapitó. El cliente de Frank había sido acusado de malversación de fondos, lo que supuso que perdiera su trabajo y que las acciones de la compañía en el mercado de valores cayeran. Pero Frank había aprendido hacía mucho tiempo que, para ser abogado penalista, hacían falta agallas, pues los veredictos no siempre eran bien vistos.

Y el veredicto más duro con el que tenía que vivir era con el suyo propio.

Capítulo 5

—Señoras y señores del jurado, las últimas dos semanas hemos sido testigos de un hecho que no se supone que debe ocurrir en Estados Unidos: una persecución política. La ambición política del fiscal del distrito le ha llevado a plantear una acusación criminal con una motivación política. El señor Dorkin, el fiscal del distrito del condado de Travis, ansia desesperadamente el sillón en el Senado de Estados Unidos que la acusada, Martha Jo Ramsey, ocupa. El señor Dorkin, un demócrata hasta la médula, está buscando apoyos para entrar en campaña y liderar el Partido Demócrata de Texas. Como no los ha encontrado, ha maquinado su venganza. No contra sus compañeros de partido, sino en contra de la acusada. Contra el Partido Republicano. Creó pruebas de la nada y las llevó ante dos grandes jurados, jurados que se negaron a elevar cargos. Pero como se suele decir, a la tercera va la vencida.

—Pero al final, formuló los cargos.

—Cuatro cargos de conducta oficial indebida. Delitos graves de segundo grado. Declara que la senadora Ramsey, mientras ejercía de secretaria de estado de Texas, usaba a trabajadores estatales en sus propios negocios políticos y luego les ordenaba destruir los informes que ponían de manifiesto y eran prueba de los hechos.

—¡Vaya! Suena algo serio, ¿no? Una política corrupta de Texas. Muchos vinieron antes que ella. Políticos que pagaban a prostitutas con dinero del estado. Políticos que se beneficiaban de sus contactos para comprar acciones rentables en el mercado o para adquirir tierras. Los hubo que hasta robaron fondos del Estado de bienestar. Así que, ¿cuál es el delito del que se acusa a la senadora

Ramsey?

—Tenía a su secretaria escribiendo notas de agradecimiento.

Dos miembros del jurado se quedaron con los ojos en blanco. La senadora era muy querida en el estado de Texas. Frank intentaba que ese sentimiento no cambiara. Cada mañana, cuando entraba al juzgado del condado de Travis, la senadora respondía a las preguntas de la multitud de reporteros que se apostaban a las puertas, sonreía a las cámaras, firmaba autógrafos y se hacía fotos con los votantes. Parecía la madre perfecta de cualquier serie de televisión, como aquella que reponían una vez tras otra y que Frank veía cuando era pequeño, *Leave it to Beaver*. ¿Quebrantaría June Cleaver la ley de manera intencionada? Frank no lo creía.

Y tampoco lo haría el jurado.

—Notas de agradecimiento, es por eso por lo que está hoy aquí ante ustedes, una senadora de Texas, acusada por un fiscal celoso. El señor Dorkin quiere que la envíen a prisión por unas notas de agradecimiento. Para que cumpla condena con asesinos, violadores y traficantes de drogas. Solo por unas notas de agradecimiento.

Frank Tucker apuntó con el dedo al fiscal del distrito.

—Ha gastado su tiempo y su dinero en buscar venganza. Es un político fracasado que ha querido pagar su frustración contra una acusada inocente. Es igual que un matón de colegio, que quiere usar su fuerza para abusar de sus compañeros de clase. Señoras y señores del jurado, como ciudadanos estadounidenses, ustedes son los compañeros de clase de la senadora. ¿Van a quedarse ahí, sin más, y dejar que acosen a su amiga? ¿O van a levantarse y hacer frente al matón?

* * *

El juez Harold Rooney, al mando en el caso de «el estado de Texas contra Martha Jo Ramsey», mandó al jurado a deliberar a las 11:04 de la mañana. Una vez que el jurado abandonó la sala del juzgado en el centro de Austin, el juez hizo señas a los abogados para que se acercaran.

—Esto podría llevarles unos días, caballeros. Creo que podría estar para el jueves a primera hora.

Después se giró al abogado defensor.

—Frank, si quieres puedes volver a Houston. No leeré el veredicto hasta que puedas volver. La senadora tendría que quedarse aquí, en Texas.

—Gracias, Harold.

Frank sintió que los ojos del fiscal del Estado le taladraban la cabeza. Dick Dorkin y él habían sido compañeros de clase en la Universidad de Texas en la facultad de Derecho hacía veinte años. Frank había sido el número uno de su promoción; Dick había sido el número doscientos treinta y tres. Doscientos treinta y tres de cuatrocientos alumnos. A Frank lo habían contratado en una gran firma de Houston; Dick había conseguido trabajo en la oficina del fiscal del distrito. Frank era un buen abogado; Dick, un buen político. Veinte años después, Frank era socio del bufete en el que trabajaba; Dick era el fiscal electo del distrito en el condado de Travis. Cuando no consiguió un sillón en el Senado, se corrió la voz de que en ese momento tenía los ojos puestos en la mansión del gobernador a tan solo unas manzanas del juzgado. Una condena mediática le podría acercar a su sueño.

Dick Dorkin había sido el rival de Frank en la facultad de Derecho: nunca supo por qué. Ese día, Frank lo había convertido en su enemigo de por vida. Pero era lo que tenía que hacer cuando una acusada inocente se enfrentaba a la pérdida de su libertad. Un abogado tenía que luchar por su cliente, incluso aunque se granjeara alguna enemistad. Un abogado tenía que vivir en comunión consigo mismo. Con su propio veredicto. Consigo mismo.

—Frank —dijo el juez—, he oído que tu hijo es el mejor jugador de fútbol americano de Houston.

—Solo tiene doce años.

—En solo seis jugará para los Longhorns.

El juez también se había graduado en la facultad de Derecho en la Universidad de Texas.

—Bueno, eso es pensar...

—Discúlpeme, juez Rooney.

El alguacil se había acercado al estrado.

—¿Sí?

—El jurado ya tiene el veredicto.

—¿El veredicto? —Miró el reloj. Eran las 11:19—. ¿En quince minutos?

—Sí, señor —dijo encogido de hombros.

El juez miró a los abogados. Con las cejas arqueadas. Luego se dio la vuelta para decirle al alguacil:

—Bien, hágalos pasar.

El jurado absolvió a la senadora de todos los cargos.

Capítulo 6

El primer ojeador universitario apareció cuando William tenía catorce años.

—Es el mejor que he visto nunca, Frank.

Los siguientes dos años trajeron consigo una vorágine de acontecimientos. El caso contra Kobe en Colorado se había desestimado. En Houston, el caso contra Enron, en cambio, no. Kobe pagó una indemnización de millones de dólares a la recepcionista para no ir a juicio. El presidente de la junta de Enron y el director ejecutivo fueron enviados a prisión. La Corte Suprema de Estados Unidos anuló de forma unánime la condena por obstrucción a la justicia del jefe de contabilidad, Arthur Anderson, pero ya nada se podía hacer para salvar a la compañía ni a sus cinco mil empleados. Martha Stewart cumplía condena por usar información privilegiada. El presidente de la Cámara de Representantes, en cambio, no. George W. Bush ganaba la reelección y el huracán Katrina inundaba Nueva Orleans, así como el segundo mandato de Bush. Tom Brady y los Patriots ganaban su tercera Super Bowl. La Major League Baseball estableció un programa de pruebas de detección de uso de esteroides, después de que los bateadores que habían batido el récord de *home run* de los años noventa se hubieran visto involucrados en un escándalo de sustancias para mejorar su rendimiento. Lance Armstrong ganó su séptimo Tour de Francia consecutivo; al menos parecía que aún quedaba un deportista limpio en Estados Unidos. Librábamos una guerra contra Irak y Afganistán. Habían creado algo llamado Facebook. Creían que miles de personas iban a poner toda su vida ante los ojos del mundo. Frank seguía representando a hombres de negocios en sus juicios y seguía ganándolos todos. William seguía jugando partidos de fútbol americano

en su colegio privado y seguía perdiéndolos todos. Un jueves de octubre, entrada la tarde, jugaba un partido con sus compañeros de octavo. Iban perdiendo. Su padre estaba de pie detrás de la verja que rodeaba el campo de la Academia. Sam Jenkins estaba de pie a su lado. Olía a tabaco y Old Spice. Era bajo y fornido. Era un ojeador universitario.

—Tiene catorce años —dijo Frank.

—Es especial.

—Es un niño.

—Es un deportista. Con un gran futuro. Si sabes gestionar su carrera, claro.

—¿Su carrera?

—Sí, claro, su carrera. Una carrera que podría valer más de doscientos millones de dólares, Frank. La élite de los deportistas profesionales gana más dinero que los actores de Hollywood hoy en día... ¡Joder! Y muchísimo más que los picapleitos.

—Solo juega con niños de octavo en un equipo de colegio.

—En tan solo cuatro años podrá jugar en el equipo universitario, y en ocho años en la liga profesional, o puede que en seis si deja la universidad antes de que acabe.

—No lo hará.

—¿Jugar como profesional?

—Dejar sus estudios.

Sam asintió.

—Eso es lo que todos dicen. Pero cuando un equipo de la NFL le ofrezca un contrato millonario, un grado universitario no le parecerá lo más importante.

—¿Cuáles son las probabilidades de que William juegue en la liga profesional?

—¿Cuáles son las probabilidades de ganar la lotería? Pero siempre hay gente que la gana.

Sam exhaló el humo del puro que se quedó flotando en el aire.

—Frank, si William fuese un músico prodigioso, un pianista, ¿no querrías alimentar ese don?

—Por supuesto.

—Vale, es un prodigio del fútbol.

—¿Cuántos pianistas sufren conmociones o daño cerebral a largo plazo?

—¿Cuántos ganan diez millones al año? Frank, tu hijo tiene un don. Llevo treinta años ojeando a chavales, y nunca he visto a uno como él.

—¿Ojeas a niños de catorce años?

—No. Ojeo a niños de doce. El problema es que están a punto de entrar en la pubertad, y la mitad de los que son buenos, cuando acaban la pubertad no son tan grandes como cuando la empezaron. Normalmente, diría que lo dejes en el instituto un año, puede que dos. Dale la oportunidad de que crezca antes de que entre en la liga universitaria. Pero William es la excepción. Ya es casi un hombre. ¿Cuánto mide? ¿Metro ochenta?

—Metro ochenta y cinco.

—¿Qué pie calza?

—Un cuarenta y seis.

Sam silbó.

—Un cuarenta y seis con catorce años. Cuando crezca puede que tenga un cuarenta y nueve, o un cincuenta. Me imagino que llegará a medir uno noventa o, quizá, dos metros. ¿Sus manos son grandes?

—Más que las mías.

—¿Cuánto pesa?

—Setenta y dos kilos.

—Cuando esté en octavo, pesará cien kilos y sin necesidad de esteroides. Es algo que siempre preocupa. Ves a los chicos de dieciséis, diecisiete y dieciocho matándose para ganar músculos, y siempre te preguntas si se estarán poniendo o no.

—¿Los chicos de instituto se meten esteroides?

Sam soltó una risotada.

—Pasas demasiado tiempo en los juzgados. Por Dios, se ponen hasta el culo. Cuando pasan la pubertad y se dan cuenta de que no son tan grandes como habían creído, deciden darle un empujón a su cuerpo. Hacen cualquier cosa por cumplir su sueño. Por eso siempre pregunto por el pie y las manos.

—¿Por qué?

—Veo a chicos dopados que pesan cien kilos pero que usan unos botines de fútbol de la talla cuarenta y tres, y qué quieres que te diga, no me he caído de un guindo. Demasiado grande para esos pies. Lo mismo pasa con las manos. Los chicos crecen, y con ellos, sus manos y sus pies, y no al revés.

—Para ser ojeador, eres todo un científico.

—El peso y la altura es una ciencia, pero las agallas y el corazón no lo son. Un chico necesita tener agallas para competir y corazón para ganar. Son cosas que no se pueden entrenar.

Mientras, en el campo, William corrió a su izquierda, esquivó a dos defensas, rompió cuatro placajes y esprintó por la banda para anotar un *touchdown*. Sam miraba al hijo de Frank con asombro. Señaló con el puro el campo.

—Eso tampoco se entrena, Frank. Algunos chicos lo tienen y otros no. Y tu chico lo tiene.

Sam dio una calada a su puro y exhaló el humo una vez más.

—Cuando comencé en esto de ojear, mi mentor era ya un veterano. Descubrió a Joe Namath cuando iba al instituto. Me decía que verlo jugar era como tener un orgasmo. Nunca lo entendí. Hasta ahora.

—¿Un orgasmo? Me estás asustando, Sam.

Sam sonrió antes de morder y tirar un trozo del puro.

—Lo veo jugar y me recorre un escalofrío por la espalda. —Sam recorrió con sus dedos la frente y después extendió el brazo a Frank.

—¡Mira! Se me pone la piel de gallina.

—Ya se te pasará.

—La última vez que estuve la mitad de emocionado viendo a un chico de octavo fue cuando vi a Troy Aikman en Oklahoma. Ese chico sabía jugar. Le situé en el número uno cuando acabó el instituto. Lo hizo bien en el fútbol americano: fue número uno en la *draft* de la NFL, ganó tres Super Bowls con los *Cowboys*, llegó al Salón de la Fama, ganó millones. Pero él no era tan bueno como lo es William con catorce. Frank, si no alimentas su don, dale la oportunidad de que viva su sueño, de lo contrario, te odiará.

—¿Me odiará?

Frank sonrió. Creía que Sam estaba de broma. Pero no lo estaba.

—Lo hará.

Frank no podía imaginar que su hijo llegara a odiarlo.

—¿Qué me aconsejas, Sam?

—En primer lugar, está en un pequeño colegio privado. No tiene un equipo que lo merezca —dijo Sam mientras señalaba al campo—. No puede mejorar entre esa panda de perdedores.

—¿Perdedores? Son buenos chicos.

—Son terribles. No tienen línea ofensiva, ni receptores que sepan jugar. Solo lanzan el balón diez veces en un partido. No puede desarrollar sus habilidades de *quarterback* jugando a la vieja usanza, jugando de manera ofensiva corriendo con el balón. Hoy en día se juega con pases adelantados, Frank. En los partidos profesionales se centran en eso, lo que significa que en los partidos

universitarios también lo hacen; y así hacen en los institutos, se juega con pases adelantados. Por eso los novatos en las universidades destacan cuando llegan, por eso luego se hacen profesionales y empiezan una carrera en la NFL. Empiezan a prepararse en tácticas ofensivas desde el instituto. Tienes que llevar a William a un gran colegio público que juegue con ese estilo ofensivo profesional, que haga cincuenta lances por partido y que tenga buenos jugadores en el equipo, sobre todo negros, con rapidez y habilidad. Y que tenga también un campo cubierto.

—¿Un campo cubierto?

—Llueve mucho en Houston, Frank. Un día de lluvia es un día de entrenamiento perdido. Por eso todas las grandes escuelas públicas de Texas tienen campos cubiertos para entrenar.

—Creía que el sistema de enseñanza pública estaba arruinado.

—Siempre hay dinero para el fútbol americano. Cuando se jugó la Super Bowl en Dallas, los equipos entrenaron en campos cubiertos de institutos.

—A él le encanta este colegio.

—Frank, las familias se mudan por todo el país solo para que sus hijos puedan jugar en los mejores institutos públicos y que entrenen con las mejores tácticas ofensivas de los profesionales.

—¿Te estás quedando conmigo?

—¿Tengo pinta de estar quedándome contigo?

No la tenía.

—Si quieres que llegue a la NFL, tiene que ponerse en marcha ya.

—A mí no me importa.

—A él sí.

—Tiene catorce años. Todos los chicos de catorce años sueñan con ser jugadores estrellas del fútbol americano profesional.

—La diferencia es, Frank, que su sueño sí que se puede cumplir. Él puede ser una estrella. Lo tiene todo a su favor: altura, peso y rapidez. Y puede llegar a ser más grande, más fuerte y más rápido.

Dijo esas tres últimas palabras como si fueran una sola.

—He leído sobre ti, Frank, la reseña que escribió el *New York Times* cuando ganaste el caso de la senadora...

Frank Tucker se había hecho famoso. La absolución de la senadora lo había impulsado a la cima, destacaba entre los miles de abogados penalistas de Estados Unidos. Se podría haber especializado en la defensa de miembros del Congreso

acusados de violaciones de la ética y de la ley, pero no quería pasar mucho tiempo en Washington, alejado de su familia. Además, había miles de hombres de negocios que tenían problemas con la justicia en Texas. ¿Por qué irse de allí?

—¿Cómo es que nunca has perdido un juicio? ¿Cómo ganas todos los casos?

—Porque tengo la justicia de mi lado.

Sam dio un bufido.

—Sí, claro. Los ganas porque eres más inteligente que el contrario. En los juzgados, los más inteligentes vapulean siempre a los más estúpidos, ¿no? Es la ley de los hombres. En el campo los más grandes, fuertes y rápidos ganan siempre a los más pequeños, débiles y lentos. Es la ley de la naturaleza.

Frank echó una mirada al equipo de su hijo: más pequeños, más débiles y más lentos perdiendo ante un equipo más grande, más fuerte y más rápido.

—En segundo lugar, tiene que pasar el verano en un campamento para *quarterbacks*.

—¿Un campamento para *quarterbacks*?

Se trata de un campamento de verano en el que montan *quarterbacks* profesionales y entrenadores. Trabajan con las mejores promesas del fútbol americano de la nación. Lanzamientos en movimiento, juego de pies, habilidades de liderazgo, simulacros de pase, leer la defensa del oponente, reconocer cómo cubre el equipo contrario, organizar y llevar a cabo jugadas... Enseñan a los chicos a cómo jugar en su posición. En un par de veranos iré al campamento para la élite, al Elite Eleven.

—¿Otro campamento?

—Un campamento para los mejores *quarterbacks*. Los traen de todos los rincones del país, invitan a cincuenta o sesenta chicos de cada campamento. Puede que un chico de cada campamento vaya a la fase final del Elite Eleven, que dura cinco días en la sede de Nike. Lo suelen llamar «The Opening».

—¿Cuánto cuesta todo eso?

—Miles de dólares. Decenas de miles.

—Eso es mucho dinero.

—Acaban ganando millones con su contrato.

—¿Qué más?

—Tienes que ponerle un programa de entrenamiento con un entrenador profesional. Que esculpa su cuerpo. Los *quarterbacks* de hoy en día están petados. ¿Alguna vez has visto cómo estudian a los jugadores durante la exhibición de la NFL Scouting Combine? Los tratan como si fuera un mercado

de la carne, de pie en lo alto de una tarima, desnudos, en ropa interior, para que los dueños de los equipos y los entrenadores puedan verles el físico.

—No, nunca lo he visto. Ni quiero hacerlo.

Sam rio.

—Es un poco extraño, los dueños blancos de los equipos y los entrenadores miran con cautela a estudiantes enormes negros de la misma forma en que los dueños de las plantaciones miraban a los esclavos negros cuando los vendían en los muelles de Galveston. Una vez vi un programa en la tele por cable sobre esclavitud, me impactó mucho. Pero la diferencia es que esos chicos negros van a ganar millones de dólares y no a recoger algodón. De cualquier forma, puedo darte los nombres de algunos entrenadores en Houston. Y también de algún entrenador para su velocidad, como Michael Johnson, en Dallas. Medalla de oro olímpico, entrena a promesas y a jugadores profesionales para que den un paso más a la Scouting Combine. Hace que mejoren sus tiempos en carrera de cuarenta yardas, pasan de hacerlo en cuatro segundos con cinco a hacerlo en cuatro segundos con cuatro. Un paso más rápido puede marcar la diferencia entre jugar en la NFL y trabajar en Walmart.

—¿Cuánto costaría eso?

—Nada que un abogado famoso no se pueda permitir.

—¿Qué más?

—Un nutricionista. Los chicos se hartan de comida rápida, ganan grasa en lugar de músculos. Necesita tener una dieta estricta.

—¿Con catorce años?

—Tendría que haberla empezado con doce.

—Colegio público, un campamento para *quarterbacks*, entrenador personal...

—Y torneos de siete contra siete.

—¿Qué son?

—Torneos de pases. Un QB y seis receptores contra siete *linebackers*. Cada verano los hacen.

—¿Qué hay de las vacaciones familiares?

—Vais de vacaciones a donde se celebren los torneos. —Sam dio una calada al puro y exhaló—. Mira, Frank, si quieres que William llegue a la NFL, el viaje empieza ahora. Y su familia tiene que acompañarlo, dedicar sus vidas para lograr su meta.

—¿Por qué?

—Porque los otros William Tucker que hay ahí fuera, tienen a sus familias a su lado. Es lo que hay hoy en día.

—¿Hay más como él ahí fuera?

—No, aunque sus padres creen que sí.

—¿Por qué lo creen?

—Por fama y fortuna. Hay treinta y dos equipos en la NFL. Treinta y dos *quarterbacks* titulares. Y ganan de media cinco millones. Y cuando William llegue a ser el número uno, ganará veinte millones. Al año. Te lo garantizo.

—Pero tiene que tener una buena educación, puede que en una escuela de la Ivy League, después...

—¿Ivy League? —dijo Sam entre risas—. Joder, Frank, la mayoría de los equipos de institutos de Texas podrían darle una paliza al equipo de fútbol americano de Harvard. Olvídate de la Ivy League, Frank. William tiene que ir a una gran universidad de primera división.

—... a la facultad de Medicina, o a la de Derecho.

—¿Y ser abogado, como su padre?

—Quizá.

—¿Cuándo piensas jubilarte, Frank? ¿A los sesenta y cinco?

—Depende de lo que se gaste mi mujer de ahora en adelante.

—Los *quarterbacks* se retiran a los treinta y cinco. ¿Ves las Olimpiadas?

Frank asintió.

—Todos esos atletas que ves tienen dieciséis, diecisiete o dieciocho años. Llevan viviendo en residencias para deportistas desde que tenían diez, para que vivan cerca de sus entrenadores; para que entrenen cada día y llegar a su único objetivo: la gloria. Tienen una oportunidad para la fama y la fortuna; una oportunidad en la vida. El deporte hoy en día es más joven que nunca. Solo tienes diez años para conseguirlo. Entrás en este juego a los veintidós, y sales a los treinta y dos. Si juegas bien, podrás vivir bajo un colchón repleto de billetes. Tendrás la vida solucionada.

—¿Todo es por el dinero?

—Todo es para que William haga lo que está destinado a hacer desde que nació. Jugar al fútbol americano.

Frank miraba cómo su hijo jugaba. ¿Eso era para lo que William había nacido?

—¿Alguna vez te has equivocado, Sam? ¿Con algún chico?

—Claro. Una vez, con un chico, Montana. Delgaducho, lento, no podía

lanzar el balón más de cincuenta yardas. No lo habrían seleccionado para el equipo del instituto. Pero le recorría sangre fría por las venas. Ganó el campeonato nacional con el equipo de Notre Dame y cuatro Super Bowls.

—Me refería al caso contrario. Un chico que creías que iba a conseguirlo, y que no lo hiciera.

Sam asintió con la cabeza.

—Muchas veces. Nunca estás del todo seguro del potencial de un chico. De sus agallas y su corazón. No sabes si soportarán la presión y lo lograrán o si fracasarán. Y siempre está el factor de las lesiones. Tan solo una lesión puede hacer que una prometedor carrera se evapore.

—¿Qué pasa si te equivocas con William? ¿Quieres que lo deje todo, su gran educación en la Academia y su futuro en la Ivy League por el fútbol? ¿Qué pasa si no lo consigue?

—Tiene un plan B.

—¿Qué plan B?

—Un papi rico. Puede volver a la universidad, quizá en la facultad de Derecho. No te preocupes por William. Los que me quitan a mí el sueño son los niños negros que no tienen un plan B. El fútbol es lo único que puede sacarles del barrio. Es un todo o nada. Muchos de ellos terminan sin nada. —Sam se dio la vuelta y miró al campo—. Pero no me equivoco con William.

—Así que, ¿se supone que tengo que tomar la decisión más importante de la vida de mi hijo tan solo basándome en tu opinión?

Sam levantó las manos a modo de rendición.

—Yo no soy su padre, solo soy un ojeador.

Sam se rio entre dientes, dio una larga calada al puro y soltó una nube de humo.

—Frank, cuando eras niño, ¿soñabas con ser deportista profesional? Estoy seguro, joder, que no soñabas con ser abogado.

—Golfista —dijo Frank, asintiendo con la cabeza.

—¿Te encantaba jugar?

—Sí, me encantaba.

—¿Y eras bueno?

—No lo bastante.

—¿Qué pasaría si lo hubieras sido? No solo bueno, sino muy bueno. ¿Cómo te habrías sentido? ¿Habrías perseguido tu sueño? ¿No te habrías enfadado si tu padre no te hubiese dado la oportunidad de cumplirlo?

Sam Jenkins respondió a su propia pregunta.

—Lo habrías odiado. Y William te odiará.

Sam saludó con la mano del puro al equipo en el campo.

—Este es su sueño, está ahí fuera. ¿Le vas a quitar ese sueño a tu hijo, Frank?

Un buen padre no le quitaría su sueño a su hijo, ¿no?

El equipo de William iba perdiendo. Otra vez. Él había anotado cinco *touchdowns*, pero el otro equipo había anotado nueve. Su equipo corría por el campo. Un liniero derribó a Ray y lo tiró al suelo. Todas las botellas de agua que llevaba en su carrito salieron despedidas por los aires. Ray era entonces el gestor del equipo, también conocido como el chico del agua. William se paró y ayudó a su amigo a levantarse. Después, recogió las botellas de Gatorade de plástico del suelo y las puso otra vez en el carrito. Se parecía a uno de esos lecheros que repartían la leche hace años, solo que él llevaba Gatorade.

—¿Estás bien, Ray?

—Sí. Gracias, William. —Asintió con la cabeza al resto de jugadores—. No tienen ningún respeto a los jugadores.

—Choca —dijo William, extendiéndole el puño.

Chocaron los puños.

Sam Jenkins se había marchado, y Frank seguía de pie apoyado en la verja, reflexionando sobre los consejos que el ojeador le había dado, cuando su teléfono móvil sonó. Miró el prefijo del número. Era de Austin.

—Frank Tucker —respondió.

—Frank, somos Scooter y Billy.

Scooter McKnight era el director deportivo de la Universidad de Texas. Billy Hayes era el entrenador del equipo principal de baloncesto. Estaban hablando desde el manos libres. Frank tenía la sensación de que no lo llamaban para darle entradas gratis para algún partido.

—¿Podemos hablar? —preguntó Scooter.

—Dispara.

—No, por teléfono no. ¿Podrías venir a Austin? ¿Mañana?

—Mañana no puedo.

—¿Y el sábado?

—Scooter, le dije a mi hijo que jugaríamos al golf...

—Es importante, Frank.

Scooter no era muy dado al drama. Así que Frank y William jugarían entonces el domingo.

—Vale, ¿nos vemos en tu oficina del estadio?

—No, en la cárcel.

—¿Cárcel?

Scooter suspiró al otro lado del teléfono.

—Pon las noticias.

Frank colgó el teléfono y se preguntó de qué querían hablar. Mejor dicho, de quién querían hablar. Frank había llevado algún asunto de gran repercusión mediática para el departamento deportivo. O lo que es lo mismo, había representado a deportistas que se habían puesto en el lado contrario al de la ley. Muchos eran jóvenes y estúpidos, con un hígado de hierro. O eso pensaban. Antes de ir a la universidad, se tiraban un año viviendo la vida, con el cuerpo de un adulto y la mente de un niño. Se unían la testosterona y la estupidez y el resultado era, una vez más, desastroso. Sabía que la reunión del sábado no iba a ser un asunto alegre. Las personas felices no llaman a abogados penalistas.

—Mañana tenemos el almuerzo en sociedad.

El perfume de su mujer delató su presencia. Se dio la vuelta, a ella. En ese momento, tenía cuarenta y dos años, pero el entrenamiento diario y los tratamientos de bellezas habituales en el *spa* habían frenado su envejecimiento. Aún se mantenía esbelta y en forma; subir en la escala social de Houston requería resistencia.

—¿A qué hora?

—A mediodía.

—No puedo ir.

—Me lo prometiste.

—El hijo de Nancy regresa de Irak.

—¿Y qué?

—En un ataúd.

El hijo de Nancy había muerto con veintidós años, solo ocho años más de los que tenía William. ¿Qué haría William cuando tuviera veintidós? Sabía dónde no, muriendo por un DEI (dispositivo explosivo improvisado), en la carretera de un país que odiaba a Estados Unidos y ayudando a su gente. ¿Estaría jugando al

fútbol americano profesional para entretener a estadounidenses que amaban ese deporte más que a su propia vida? ¿Estaba el sueño de su hijo en las manos de Frank? ¿Tenía razón el ojeador, Sam? ¿Qué haría un buen padre?

—¿Con quién estabas hablando? —preguntó su mujer.

—¿Por teléfono?

—No, ese hombre que estaba a tu lado.

—Un ojeador universitario.

—¿Por qué hablabas con él?

—Había venido para ver jugar a William. Estaba ojeando a un chico de catorce años...

—¿Y qué te dijo?

Frank contó la conversación que tuvo con Sam Jenkins a su mujer.

—¿De verdad cree que puede llegar a ser una estrella de la NFL? —preguntó.

—Parece que sí.

—Entonces, tenemos que hacerlo.

—Espera, Liz. Tenemos que pensárnoslo, las consecuencias que podría tener para William... No tenemos que ver solo lo que él quiere, sino también lo que él necesita en su vida. Qué es lo mejor para él. Parece ya todo un hombre, pero no sabe que aún es un crío.

—¿Cómo es una vagina?

Frank escupió trozos de carne del taco de su boca. Becky se cubrió la cara con las manos.

—¡Ma-dre-mí-a! William, no hables de guarrerías. Y menos cuando estamos comiendo.

Liz se había acercado a la cocina para ver lo que estaba haciendo Lupe. Ya no cenaban en la cocina como cualquier familia acomodada, como solían hacer. Ahora estaban teniendo una cena formal en un elegante comedor en su nueva mansión de setecientos cincuenta metros cuadrados. Hacía un año que vendieron su antigua casa y se mudaron. Era nueva y austera, con mármol por todas partes. Parecía un mausoleo. Frank no sentía que fuera su casa. Los niños, tampoco. Ni siquiera Rusty, que era lo único que quedaba de su antiguo hogar. La casa nueva había costado cuatro millones y medio de dólares. Frank había pedido una hipoteca de dos millones. Todo para vivir en paz. Para estar con sus hijos. Becky,

que ya tenía dieciséis años y solo le quedaban dos años más allí en casa, y William que parecía mayor de lo que era con tan solo catorce años, atravesando la pubertad como podía. En algún momento del año anterior, las chicas le empezaron a despertar la atención.

—Tan solo era una pregunta —dijo William.

Un año antes, William había descubierto que existía un mundo secreto llamado sexo y empezó a acribillar a preguntas a Frank. Preguntas anatómicas y de cuestiones mecánicas. Cinco, diez al día, quizá. Frank se sentía como si estuviera declarando en el juzgado. Hasta que Frank le recordó a su hijo su regla: si le hace una pregunta, le contará la verdad; así que tenía que estar seguro de querer saberla. Desde entonces, se limitó a hacer una pregunta al día. Él no podía estar hablando de sexo todo el día, y más cuando hacía tiempo que ya no lo practicaba. Pero sentados en la mesa durante la cena no era el momento predilecto para que le hiciera su pregunta diaria.

—¿Por qué me preguntas eso? ¿Dónde lo has oído?

—Algunos chicos estaban hablando de eso durante el entrenamiento. Timmy McDougal dijo que había visto una por internet. Después su madre bloqueó todas las páginas porno del ordenador. Petey Perkins dijo que había visto la de su hermana. Cuando lo dijo, a todos nos entraron ganas de echar la pota.

Lupe llegó en ese momento con una fuente de comida mexicana. Ella también era lo que quedaba de la otra casa. Todos los muebles eran nuevos, pero la asistenta llevaba ya dos años con la familia. Ya no llevaba vestidos de campesina mexicana llenos de colores, sino un vestido completamente negro, como una camarera de un restaurante de lujo. Liz había decidido que Lupe tenía que renovarse y llevar un uniforme nuevo acorde a la nueva casa.

—¿Qué quieres saber? —preguntó Frank.

—Tengo catorce años y nunca he visto una, ni siquiera en foto. Ya debería saber algo así.

—¿Podemos hablar de otra cosa? —dijo Becky.

—¿Por qué?

—Porque es asqueroso.

—Le estaba preguntando a William.

—Todos los chicos lo saben. Me siento un estúpido.

Frank trató de recordar cuándo fue la primera vez que vio una. Fue en una revista *Playboy* que un chico había metido de contrabando en el instituto. Estaba en noveno curso, y nunca más vio a las chicas de la misma manera. A Frank le

había tocado responder a todas las preguntas sobre sexo de su hijo, tener las típicas charlas padre-hijo. Contarle la verdad sobre Santa Claus fue mucho más fácil. Esa charla también le había tocado a Frank.

—Muy bien. Después de cenar, buscaremos una foto de una vagina en internet.

Becky se quedó mirando a Frank con la boca abierta. Este le respondió levantando las manos sin saber qué decir.

—¿Qué?

—Si te hubiese pedido ver un pene cuando tenía catorce años, ¿me habrías enseñado una foto en internet?

—No.

—Exacto.

—¿Y has visto alguno?

—El suyo... pero hace tiempo —dijo, señalando a su hermano.

Tenía muchas más cosas que contarle, pero Frank no logró reunir el valor para preguntarle. Ella respondió de todas formas.

—No te preocupes, papi. Sigo siendo virgen. No voy a dejar que sea el recuerdo de instituto de un chico. Soy más lista que eso.

Frank se inclinó y la besó en la frente.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por ser una buena hija, no como yo, que soy un padre horrible.

—De nada.

Todo el mundo decía que criar al primogénito era fácil. Al segundo, no tanto.

—¿Puedo hacer otra pregunta?

—No.

Pero la hizo de todas formas.

—Jimmy dice que las chicas se meten un DIU en la vagina para no quedarse embarazadas. Pero yo le dije que eso sería peligrosísimo porque el hijo de tu secretaria murió por un DIU en Irak. Jimmy es tonto, ¿no?

—Sí que lo es —dijo Becky.

—Es tonto, pero no por eso —dijo Frank—. El hijo de Nancy murió por un DEI, un dispositivo explosivo improvisado. Un DIU es un dispositivo intrauterino, un método anticonceptivo que usan las mujeres.

—¿Les duele?

—¿A las mujeres? Sí.

Frank sonrió a Becky.

—¡Qué divertido! —dijo a su padre.

—¿Qué hay de postre? —preguntó su hijo.

El móvil de William sonó. Tenía un mensaje. Lo leyó, saltó de la silla y corrió a la cocina, donde estaba la tele más cercana. La encendió y puso las noticias locales. Su madre se quedó a su lado. Estaba enfadada porque papá no iba al almuerzo con ella al día siguiente.

—¡Papá!

Papá y Becky llegaron unos segundos después. William señaló a la televisión. El reportero informaba: «Bradley Todd, la estrella de baloncesto de la Universidad de Texas, ha sido hoy arrestado en Austin por la supuesta brutal violación y el asesinato de una compañera de universidad. En estos momentos, lo están trasladando a la cárcel del condado de Travis. El fiscal del distrito va a pedir la pena de muerte».

—Así que eso era —dijo papá.

—¿Qué?

—El director deportivo y el entrenador me llamaron hoy mientras jugabas. Tenemos una reunión este sábado por la mañana. Para hablar de eso.

—¿No íbamos a jugar al golf?

—El domingo.

—¿Es el hijo de los Todds de Highland Park? —preguntó Liz—. ¿Los multimillonarios?

—No lo sé.

Ella sí lo sabía.

—Están en lo más alto de la sociedad de Dallas.

—Su padre pagará para sacarlo de ahí —apuntó William—. Tal y como hizo Kobe.

—A Kobe no lo acusaron de asesinato.

—No vas a ser su abogado, ¿verdad? —preguntó Becky.

—Depende.

—¡Papá! ¡No puedes representar a un violador asesino!

—No voy a hacerlo. Lo voy a conocer, comprobar si ha sido acusado injustamente, si es inocente.

—¿Y si no lo es? ¿Qué pasa si no es inocente?

—Tendrá que buscarse otro abogado.

Capítulo 7

La cárcel del condado de Travis estaba en la esquina de la Décima y la calle Nueces en el centro de Austin. En un día normal, cientos de hombres residían allí; miles más residían en una instalación penitenciaria al sur de la ciudad. Todos estaban allí de manera involuntaria. Habían sido arrestados y se les habían elevado cargos por infringir el Código Penal de Texas. Asalto. Robo. Violación. Asesinato. Muchos no podían salir bajo fianza. A muchos otros se les denegaba. Todos querían salir. Con desesperación.

Bradley Todd era uno de esos hombres.

Sentado en el lado de los reclusos tras la partición de metacrilato de la sala de visitas, no tenía pinta de ser ni un violador ni un asesino. Parecía un misionero mormón, muy alto. Tenía veinte años y era la estrella del equipo de baloncesto de la UT (Universidad de Texas). El entrenador Billy Hayes movía la cabeza de un lado a otro, desesperado.

—Cuando por fin encuentro un chico blanco que puede jugar en primera división, va y hace esto.

—¿Sí? —preguntó Frank—. ¿Lo hizo?

—¿Qué? ¿Matar y asesinar a esa chica? No, quería decir que lo arresten.

—Arrestadlos, Horns. —Scooter McKnight suspiró.

«Arrestadlos, Horns» era el eslogan del equipo, los Longhorns. Después de que algunos deportistas de la UT hubieran sido detenidos en los últimos años por infringir la ley, los medios de comunicación de Austin habían cambiado su grito de guerra, ahora era «Arrestadlos, Horns».

—Es solo un jugador —dijo Billy—. Un tirador nato. Podría ser profesional,

pero quiere ser médico... Increíble, ¿verdad? Una acusación falsa podría arruinar toda su vida. Es religioso, republicano... Los republicanos no violan ni asesinan a compañeras de universidad, por el amor de Dios. Frank, va los domingos al campus. ¿Cuántos jugadores de baloncesto hacen eso hoy en día? Esa chica, se lanzaba a los brazos de cualquier deportista famoso. Es difícil decir que no cuando todo lo que tienes que hacer es decir sí. Después se quejan de que las violen.

—¿Cuántas se quejan de que las asesinen?

El entrenador le lanzó una mirada a Frank.

—Ya sabes lo que digo, Frank. Míralo.

Hablaban en voz baja. Frank, Billy y Scooter estaban de pie, esperando, en el lado de los visitantes, tras el metacrilato; los padres de Bradley estaban apoyados contra la pared detrás de ellos. Eran, como bien había dicho su mujer, la familia Todd multimillonaria de Highland Park. Su hijo medía casi dos metros diez. Tenía el pelo corto. No parecía que llevara ningún tatuaje ni ningún *piercing*. Estaba comprometido con su novia. Era blanco. ¿Pensaría Frank lo mismo de él si fuese un chico negro acusado de violar y asesinar a una chica blanca? ¿Si llevara rastas, tatuajes y los pantalones por debajo del trasero? ¿Si se llamara D'Marcellus o LaMichael? ¿Si sus padres fueran pobres?

—Pueden pagar todo ese dineral, Frank —dijo Scooter—. Viven en Highland Park.

Los multimillonarios de Dallas vivían en Highland Park, tal y como los de Houston lo hacían en River Oaks.

—Sabes cuánto cobras, y están dispuestos a pagarlo. Te quieren a ti.

—¿Por qué?

—El padre es amigo de la senadora Ramsey. Ella le dijo que te contratara.

—Ya sabes mi regla, Scooter.

—Es inocente, Frank.

—El inspector de policía a cargo de la investigación ha dicho por televisión que tenían su ADN.

Billy suspiró y asintió.

—Su semen. Ya te lo he dicho, esa chica se lanzaba a los brazos de cualquier jugador.

Frank analizó a Bradley Todd. ¿Era un brutal violador y asesino o habían acusado a un joven inocente? Como ocurrió con los tres jugadores de Lacrosse, de la Universidad de Duke, que cometieron el error de ir a una fiesta en la que la

stripper Crystal Gail Mangum actuaba. Después de que la fiesta se les fuera de las manos, la *stripper* acusó a los tres jugadores de violarla. La universidad, la facultad, los estudiantes, la policía y el fiscal del distrito (que estaba en medio de su campaña para optar a la reelección) daban por sentado que eran culpables. Las feministas y las distintas facultades del campus se manifestaron y exigieron que se expulsaran a los jugadores. Y así fue. El gran jurado declaró a los jugadores culpables de violación y secuestro. Para fortuna de los jugadores, sus padres tenían dinero; se gastaron tres millones de dólares para probar la inocencia de sus hijos. El fiscal general del estado de Carolina del Norte declaró que los tres jugadores habían sido acusados en falso y reveló que el fiscal del distrito, Mike Nifong, había ocultado una prueba de ADN que los exculpaba. Por tanto, Nifong fue inhabilitado de su cargo, acusado por negligencia y condenado por desacato; cumplió un día de condena. Los jugadores demandaron a la Universidad de Duke, con la que llegaron a un acuerdo y se matricularon en otra universidad. Mangum escribió una biografía y fue años más tarde condenada por apuñalar a su novio hasta matarlo. Tres jóvenes inocentes podrían estar aún en prisión si ningún abogado hubiera confiado en ellos.

—Tengo que hablar con él —dijo Frank—. A solas.

—¿Por qué? —preguntó Billy.

—No se puede asegurar la confidencialidad abogado-cliente si hay terceras personas presentes. Se te podría llamar para testificar durante el juicio.

—Pero yo soy su entrenador.

—Lo siento, Billy. No existe ningún privilegio legal por ser entrenador de baloncesto.

—No me parece justo.

Frank les repitió su petición a los padres de Bradley.

—Yo me quedo —dijo el padre—. Quiero oír lo que tienes que decir. Yo soy el que te va a pagar.

—Si acepto el caso. Y no puedo decidir si lo hago o no hasta que no hable con su hijo, señor Todd. A solas.

El padre se quedó mirando fijamente a Frank, hasta que se rindió.

—El juez se ha negado a fijar una fianza. Dice que es un peligro público. Si acepta el caso, ¿podrá sacarlo de ahí?

—Podré.

—Es inocente, Frank.

Un padre creará siempre a su hijo, pase lo que pase. El señor Todd salió de la

sala. Su mujer fue detrás de él. Scooter y Billy los siguieron. Frank se sentó delante de Bradley Todd. Su expresión era la de un cervatillo que estaba siendo alumbrado por una linterna, parecía estar a punto de salir corriendo. Es lo que siempre ocurría cuando detenían a un ciudadano estadounidense. Cuando aparecía la policía, te esposaban, te leían los derechos Miranda, luego te llevaban a prisión, cogían tus huellas dactilares y una muestra de ADN con un frotis bucal. Te atenaza el miedo a Dios. El miedo a perder tu libertad. El miedo a prisión. A Bradley Todd le embargaban todos esos miedos. Frank descolgó el teléfono que tenía en su lado tras el metacrilato que les separaba y, con señas, le pidió a Bradley que descolgara el de su parte.

—Bradley, soy Frank Tucker. Soy abogado penalista. Normalmente defiendo a hombres de negocios, no a jóvenes acusados de violación y asesinato. Así que, si voy a representarte, tienes que contarme la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. ¿Has entendido?

—Sí, señor.

—¿Violaste y asesinaste a Rachel Truitt?

Rachel Truitt era una estudiante de primer año en la Universidad de Texas, Austin. Tenía dieciocho años. Había sido brutalmente violada y estrangulada hasta la muerte detrás de un bar en la calle Sexta.

—No, señor Tucker. No la violé. No la maté.

—La policía encontró tu ADN en su cuerpo. Tu semen. ¿Mantuvisteis una relación sexual?

Bradley bajó la mirada.

—Sí, señor.

—¿El mismo día que fue asesinada?

—Sí, señor.

—¿Dónde?

—En el campo de baloncesto, después del partido.

—¿En el campo? ¿Dónde?

—En el vestuario de las chicas. No había nadie.

—Creía que estabas comprometido.

—Sí, con Sarah Barnes. Ella es estudiante de segundo año de universidad también.

—¿Pero mantuviste una relación sexual con Rachel?

—Intenté resistir la tentación, pero ellas se acercan mucho. Solo tengo veinte años, señor Tucker. En el instituto no me miraban. Pero en la universidad, si eres

un deportista famoso, eres como una estrella de Hollywood.

—¿No te pusiste un condón?

—Nadie lo hace.

—¿No has oído hablar del sida? ¿O de las enfermedades de transmisión sexual?

—No nos preocupan esas cosas.

—Podrías contagiarle algo a tu prometida.

—No lo haré.

—¿Cuándo la conociste?

—¿A mi prometida?

—A Rachel.

—Diez minutos antes de acostarnos. No sabía ni su nombre hasta que lo leí en el periódico.

—Así que, ¿se acercó a ti cuando acabó el partido y diez minutos después estabais teniendo sexo en el vestuario femenino?

—Sí, señor. Me fijé en ella durante el partido. Me sonrió y me esperó hasta que terminó el partido.

—¿Te pasa eso a menudo?

—Sí, señor. Y no solo a mí.

—¿Cuántas veces te ha pasado?

—Puede que cinco.

—Encontraron su cuerpo ese mismo día, a medianoche. En la calle Sexta. ¿Dónde estabas aquella noche?

—Con mi prometida. En su apartamento.

—¿Está ella dispuesta a testificar?

—Sí, señor.

—¿Te someterías a la prueba del polígrafo?

—Sí, señor Tucker. Por supuesto que sí.

—¿Aceptas el caso?

El fiscal del distrito, Dick Dorkin, estaba sentado en el despacho del juez al lado de Frank. El juez Harold Rooney estaba sentado en su mesa, frente a ellos. Era por la tarde. Harold había ido porque Frank se lo había pedido; el fiscal del distrito lo hizo porque no tenía familia con la que pasar el sábado.

—Es culpable, Frank, y tú no representas a clientes que son culpables —dijo

Dick—. ¿O no es así?

—Es inocente.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo miré fijamente a los ojos y le pregunté si había violado y asesinado a Rachel Truitt. Me dijo que no.

—Está mintiendo.

—Un chaval de veinte años no miente tan bien.

E fiscal del distrito miró al juez.

—Harold, no puedes dejar que Todd salga de prisión. Es culpable y un peligro para la sociedad. Se le ha pedido la pena de muerte, por el amor de Dios.

—Frank —dijo el juez—, podría fijar la fianza en cinco millones de dólares, pero su padre podría pagarlo con su tarjeta de crédito.

—¿A dónde quieres llegar? Eso es lo que pretendo, que salga de prisión bajo fianza.

—¿Que salga de prisión bajo fianza? —preguntó el fiscal del distrito, sin creérselo—. ¿Un acusado de violación y asesinato? Harold, no puedes hacer eso.

El juez exhaló.

—Frank, todos conocemos tu reputación. Tu regla. Estoy depositando mi confianza en ti. No me hagas parecer un tonto.

—No pasará, Harold.

—Fianza fijada —sentenció el juez.

Capítulo 8

«Tu palabra contra la mía». Pero ella estaba muerta. Él, en el estrado.

—Bradley, ¿violaste a Rachel Truitt? —preguntó Frank a su cliente.

—No, señor.

—¿Te acostaste con ella?

—Sí, señor.

Frank condujo a su cliente a que relatará todos los detalles del encuentro con Rachel en el vestuario de la cancha de baloncesto.

—Después de que se marchara, ¿volviste a ver a Rachel?

—No, señor.

—Aquella noche, ¿estrangulaste a Rachel hasta matarla?

—No, señor.

Hacía tan solo dos semanas que la victoria del equipo de fútbol americano de la UT y del campeonato nacional en el estadio Rose Bowl había desaparecido de todas las portadas de los periódicos de Austin, reemplazándolo por «el estado de Texas contra Bradley Todd». Los periodistas y las cámaras estaban apostados en la plaza, a las puertas de los juzgados del condado de Travis, en el centro de Austin. Los más curiosos habían madrugado para estar en primera fila, como si ese juicio por violación y homicidio fuese un *reality show*. Quizá lo fuera en Estados Unidos en el 2006. Frank pensaba que el caso Enron había sido un circo mediático, y lo había sido; pero un caso de un deportista famoso era un circo de tres pistas.

Eran los primeros días del mes de enero, y Frank se encontraba otra vez en el

juzgado con un caso penal entre sus manos ante el juez Harold Rooney y contra el fiscal del distrito del condado de Travis, Dick Dorkin. Este no se había recuperado desde la absolución de la senadora de hacía dos años. La audiencia previa al juicio había sido polémica. El fiscal del distrito estaba decidido a condenar a Bradley Todd. Vencer a Frank Tucker. Convertirse en gobernador.

Frank había solicitado que el juicio se celebrara lo antes posible, de acuerdo con la ley de juicios rápidos, y rechazó todas las prórrogas que pidió el fiscal. Cuando la acusación no tiene pruebas, se presiona la celebración del juicio. Se fuerza a que se retiren todos los cargos o se acelera el proceso. La vida de Bradley Todd se había detenido: lo habían suspendido del equipo de baloncesto después de que las feministas y que la facultad acampara en protesta por el campus; era inocente hasta que se demostrara su culpabilidad en cualquier parte, con excepción de la Universidad de Artes Liberales; y seguiría siendo así hasta que el jurado llegara a un veredicto. Algo que ocurriría en cuestión de días.

—Señor Dorkin, su turno —dijo el juez.

El fiscal del distrito del condado de Travis se levantó y se acercó hacia el testigo.

—¿Después de que mantuviera una relación sexual con Rachel, adonde se dirigió?

—Al vestuario masculino. Me di una ducha y me fui al apartamento de Sarah.

—¿Sarah Barnes? ¿Su prometida?

—Sí, señor.

—¿Y qué hizo el resto de la noche?

—Me quedé con Sarah en su apartamento.

—¿No salió a ninguna parte?

—No, señor.

—Sabe usted que Sarah está sentada fuera de la sala ahora mismo, esperando para testificar después de usted.

—Sí, señor.

—¿Sabe usted, señor Todd, que si Sarah mintiera para protegerle estaría incurriendo en perjurio?

—Sí, señor. Pero no lo hará. Ella no va a mentir. No tiene por qué hacerlo. Estuvimos juntos toda la noche.

—Pero si ella miente, y se descubriese más adelante, se le acusaría y condenaría. ¿Lo sabe usted?

—Sí, señor.

La policía había recabado el semen de Bradley del cuerpo de la víctima, pero no tenía ninguna otra prueba física que lo vinculara con el crimen. Y la prometida de Bradley testificaría sobre su paradero en el momento del asesinato. Testificaría que estaba con ella en su apartamento. Frank también la había entrevistado. No le cabía duda de que le había contado la verdad. Pero el fiscal del distrito seguía convencido de su culpabilidad. De que había quedado con Rachel Truitt en ese bar. De que habían tenido sexo salvaje que había desembocado en una muerte violenta. Pero no tenía pruebas. No tenía testigos. No tenía grabaciones de las cámaras de vigilancia en las que apareciera Bradley. Nada. El fiscal tendría que haber retirado los cargos y haber esperado hasta encontrar alguna prueba (de la que estaba seguro que existía), que culpara a Bradley en un año, cinco o diez; los crímenes de sangre no tenían vigencia ni prescribían. Pero una desestimación del caso tendría mala prensa y le salpicaría en los debates entre los candidatos para gobernador. Así que el fiscal presionó y siguió adelante con el caso. Su única esperanza en condenar a Bradley recaía en romper a su prometida en el estrado, desestabilizarla.

Sarah Barnes era guapa y cristiana. Llevaba una cadena con una cruz colgada al cuello y juró «decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad, con la ayuda de Dios». Se sentó en la silla de los testigos. Frank le formuló algunas preguntas preliminares que concernían a la relación que mantenía con el acusado y, al final, le formuló la única pregunta que le importaba.

—Sarah, ¿estuvo el señor Bradley con usted en su apartamento desde las seis de la tarde del sábado 8 de octubre del año pasado hasta la mañana del siguiente domingo?

—Sí, señor.

—No hay más preguntas.

El fiscal del distrito atacó:

—Señorita Barnes, ¿le contó Bradley a usted que mantuvo una relación sexual con Rachel aquella misma tarde?

—No, señor.

—¿Así que le mintió?

—No me lo dijo. Pero, sí, es lo mismo que una mentira.

—La traicionó.

—Sí.

—¿Pero usted aún lo ama?

—Sí.

—¿Aunque le mintiera y la traicionara, usted aún lo ama?

—Sí.

—¿Por qué?

—Es un buen hombre. O lo será cuando se convierta en uno.

—Mide dos metros. ¿No es un hombre?

—No. Solo es un niño grande que es capaz de jugar a un deporte estúpido como el baloncesto. Que, por alguna razón que se me escapa, lo hace muy atractivo para las chicas del campus. Mírenlo, ¿dirían que se parece a Brad Pitt? No, no se parece. Pero a las chicas se les caen las bragas por él, por cualquier jugador. Me dan pena.

—¿Los jugadores?

—Las chicas.

—¿Quiénes? ¿Todas las chicas que tuvieron sexo con Bradley?

—Sí. Rezo por ellas.

—¿Por qué?

—Porque les hace falta algo. Necesitan algo que él no puede darles.

—¿Qué?

—Amor.

—¿Usted cree que él la ama?

—Sé que lo hace. Pero solo es un niño de veinte años. Voy a aguantar con él hasta que crezca, hasta que sea un buen hombre de cuarenta años. Será un gran padre. Y un buen médico.

Se dio la vuelta para mirar al jurado. No le vaciló la mirada.

—Bradley estuvo en casa conmigo aquella noche. Toda la noche. Lo juro ante Dios.

Todo el jurado, compuesto por personas blancas, absolvió a Bradley Todd.

La realidad era que Bradley Todd era un íntegro y acicalado chico blanco que solo decía: «sí, mamá» y «no, señor». Su testigo, que le servía de coartada, era una chica guapa blanca cristiana. Si Bradley hubiera sido un pandillero negro con rastas, que hablara el lenguaje de la calle, tuviera tatuajes por todo el cuerpo, los pantalones por debajo del culo y su coartada fuera una testigo prostituta y drogadicta, lo habrían mandado a prisión de una patada en el trasero en menos que canta un gallo. Frank lo sabía. Pero también sabía que Bradley Todd era inocente.

William estaba sentado en la sala de estar viendo un partido de la NFL por la tele. Los *play offs*. No a los Dallas *Cowboys*. Ellos no habían entrado en los *playoffs*, otra vez. Se imaginaba llevando la equipación plateada y blanca con el número doce a la espalda y una estrella en el casco, liderando a los *Cowboys* hasta la Super Bowl. Ganaron dos Super Bowls cuando Roger Staubach era el *quarterback* del equipo en los setenta, y tres Super Bowls a principio de los noventa cuando Troy Aikman era el *quarterback*, pero no habían ganado ninguna desde que William había nacido.

Aún era su sueño ser el *quarterback* de los Dallas *Cowboys*. Ser rico y famoso. Pero primero tenía que jugar en la primera división, en la división I-A, en un equipo universitario de fútbol americano. Lo que significaba que tenía que conseguir una beca deportiva. No puedes ser sin más *quarterback* en un equipo de primera división. ¿Vendría algún entrenador de primera división a la Academia para reclutar a William Tucker? ¿Incluso si fuera bueno? ¿Muy bueno? ¿Cuándo su equipo era realmente malo?

Su equipo del colegio había perdido 0-10. Realmente, a él no lo importaba perder, no al principio, pero al final de la temporada, él estaba ya cansado. Cansado de perder. Cansado de ser el mejor jugador del campo, en cada partido, pero perderlos todos. Odiaba perder. Él imaginaba que le gustaría ganar, pero no lo sabía porque nunca había ganado un partido. Y el equipo superior de la Academia había perdido también todos los partidos, así que no parecía que las cosas fueran a cambiar al año siguiente. O el siguiente. O los demás. En la Academia, los deportes de equipo siempre perdían. Era de esperar.

Pero perder era una mierda.

¿Conseguiría una beca universitaria jugando en un equipo de perdedores? ¿Un equipo malísimo? ¿Y si el equipo superior iba perdiendo en la liga con el record de 0-40? No hacía más que darle vueltas a eso en la cabeza, porque el próximo año entraría en noveno curso. En el instituto. Donde los chicos se convertían en hombres. Cuando se probaban a sí mismos en el campo de fútbol. Cuando probaban que eran lo suficientemente buenos para jugar en la liga universitaria. Que eran unos ganadores. A los entrenadores de jugadores universitarios no les pagaban para que su equipo perdiera, por lo que no reclutaban a perdedores.

—Tu habitación es un desastre.

La madre de William había entrado en su habitación. Era una auténtica

leonera, y lo primero que pensó es que su madre le mandaría recogerlo todo. Deambuló por la habitación moviendo la cabeza, asqueada; se paró y cogió una foto enmarcada de William y su padre de hacía dos años, la foto que Jerry, del club de fotografía, les había sacado después del partido. Después de otra derrota. Puso la foto en su lugar y se sentó a su lado, en la cama.

—Tienes revisión médica mañana. Lupe te llevará después del colegio.

—¿Me van a pinchar?

—William, ya eres mayorcito para que te den miedo las agujas.

—Si no me dieran miedo, me tatuaría como los profesionales.

—Entonces creo que es bueno que te den miedo. Pero no, no te van a poner ninguna inyección mañana.

—No estarás mintiéndome otra vez, ¿verdad?

La última vez le dijo que no lo harían y no fue así.

—¿Te mentiría tu madre?

—Sí.

—Tu padre ha llamado. Ha ganado.

—¿De verdad? ¿Bradley Todd es inocente?

—Al parecer sí.

—Vaya. Papá es un gran abogado, ¿verdad?

—Sí, lo es. ¿Quieres ser de mayor abogado, como tu padre?

William señaló al televisor.

—No. Quiero ser *quarterback* profesional.

—¿Alguna vez ha llegado alguien de la Academia a la NFL?

—¿Estás de broma? —preguntó entre risas.

—Bueno, puede que solo sea un sueño.

—¿No crees que soy lo suficientemente bueno?

—Creo que podrías serlo. Si haces todo lo que el ojeador dijo que deberías hacer.

—¿Qué ojeador?

—El ojeador de la universidad que fue a ver uno de tus partidos este año. Habló con tu padre, le dio algunos consejos.

—¿Cómo cuáles?

—Que tendríamos que conseguirte un entrenador personal y un nutricionista, mandarte a una escuela para *quarterbacks*... y que te cambiáramos a un buen colegio público para que puedas jugar a un buen nivel. Desarrollar tus habilidades.

—¿A un colegio público? Siempre dices que la basura blanca, la gentuza, va a los colegios públicos.

—Si va a un colegio público, yo también quiero.

Becky estaba de pie en la puerta.

—Mi equipo de voleibol es tan malo como el suyo de fútbol americano.

—¿Existen equipos profesionales de voleibol? —preguntó su madre.

—No.

—Entonces tú no irás a ningún instituto con basura blanca. Te quedarás en la Academia.

—¡Eso no es justo! Si él va a un colegio público con basura blanca, ¿por qué yo no puedo?

—¿Tengo que dejar el colegio? —preguntó William—. ¿A mis amigos? ¿A Ray?

Su equipo perdía todos los partidos, pero le gustaba su colegio. Le gustaban sus amigos.

—No, cariño, claro que no tienes que hacerlo. Te puedes quedar en la Academia.

—Vale.

—A menos que quieras ser una estrella del deporte.

La cuestión es que mamá quería tener un famoso en la familia. Ella siempre había querido ser famosa. Pero no lo consiguió. Becky tampoco lo sería; quería ser escritora. Papá era de cierta manera famoso, para ser un abogado. Pero los abogados no eran deportistas famosos. Ninguno lo era.

—¿Qué piensa papá?

—Que deberías ser abogado.

Capítulo 9

Es un día complicado para un padre cuando un hijo golpea una bola de golf más lejos que él. Por una parte, se siente orgulloso de que su hijo pueda golpear con tanta potencia la bola. Por otra, se da cuenta de que ya no es su niño pequeño. Es ya su pequeño hombre. O en el caso de William, un pequeño gran hombre. Y se da cuenta de que ya no es el mejor físicamente.

—Papá, quiero ser *quarterback* profesional.

El verano en Houston era muy caluroso y húmedo, pero el invierno era templado y soleado. Se podía jugar al golf en enero. Frank se agachó para recoger la bola. Una Titleist Pro-V-One. Una bola que valía cuatro dólares. No podías golpear una bola barata X-Outs en el club de campo de River Oaks. Frank había ingresado al club cuando lo hicieron socio del bufete.

—Vale.

Le respondió como si le hubiese dicho que quería ser astronauta.

—Mamá me ha contado que hablaste con un ojeador.

—¿Te lo ha contado?

—Sí.

Frank no lo había hecho.

—Quiero cambiarme a un colegio público con la basura blanca.

Había hablado como su madre.

—Pero si te gusta tu colegio. Te gustan tus amigos.

—Me gusta mucho más el fútbol. Papá, estoy ya harto de perder. Quiero ser un ganador. Quiero jugar grandes partidos de fútbol americano en el instituto e ir a la primera división universitaria. Y después a la NFL. Ese es mi sueño.

—Mi sueño era convertirme en golfista profesional cuando tenía tu edad.

—¿Eras bueno?

—No lo suficiente.

—Pero yo sí lo soy. Soy buenísimo.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo soy papá, lo sé. Sé que soy distinto al resto del equipo.

—¿Distinto?

—Soy más grande, más fuerte, más rápido. Mejor.

—Con catorce años. Puede que no lo seas a los dieciocho.

—Lo seré. Una vez que crezca tanto como mis manos y pies.

William levantó la mano y la estiró. Frank apoyó su mano contra la de su hijo, como si estuvieran chocando los cinco. La mano de William era mucho más grande que la de su padre.

—Ya soy tan alto como tú, y ya tengo los pies más grandes que tú. Seré lo suficientemente grande. Soy un prodigio de la naturaleza, como todos los deportistas.

—¿Qué quieres decir?

—Las personas normales no pueden lograr lo que logran los deportistas profesionales. LaDainian Tomlinson, LeBron, A-Rod... son un prodigio de la naturaleza. Ser tan grandes, tan rápidos, tan fuertes, tan buenos... no es normal. Yo no lo soy.

No lo era.

—Papá, te quiero y estoy orgulloso de ti, eres un gran abogado, ayudas a personas inocentes como Bradley Todd. Pero no quiero ser como tú de mayor. Quiero ser yo mismo. Quiero liberar a la fiera que llevo dentro.

—¿A qué fiera?

—La que vive dentro de mí.

—¿Y quieres hacerlo en un campo de fútbol?

—Sí. Es lo que soy, papá. Cuando estoy en el campo, sé que es donde debo estar. Nací para jugar al fútbol americano.

—¿Cómo te sientes allí?

—Completo.

Frank se preguntó si alguna vez se había sentido completo. Cuando el jurado emitió su veredicto de no culpable en el caso de «El estado de Texas contra Bradley Todd», se sintió aliviado, pero no completo. No existía la perfección en el sistema legal estadounidense, ni cuando absolvían a una persona inocente.

Porque, aun así, existía una víctima inocente. Rachel Truitt había sido violada y asesinada, y su asesino seguía suelto. Bradley había tenido su justicia, pero Rachel no tuvo la suya. Aún no.

—¿Qué pasa si te lesionas? ¿Qué pasa si te lesionas la rodilla y ya no eres tan rápido?

—Podría todavía lanzar con una rodilla lesionada, como Joe Namath. Pero no me pienso lesionar.

—¿Cómo sabes que no lo harás?

—Lo sé.

Frank hizo un buen lanzamiento. A cuarenta y siete yardas, aún le quedaba mucha distancia hasta el hoyo. Se sintió bien. Pero no completo. William colocó la bola sobre el *tee*, el soporte, se mantuvo de pie a su lado y osciló para efectuar un *swing* que pasó al lado de Frank al vuelo. Hizo un *drive* perfecto. Frank extendió la mano abierta a su hijo: chocaron los cinco. Sid y su hijo pararon su carrito de golf para mirar.

—Déjale que golpee por ti, Frank, será mejor —dijo Sid con una sonrisita antes de volver a poner en marcha el carrito.

—Papá, no quiero ser abogado.

—No tienes por qué ser abogado. Pero necesitas ser algo en esta vida, ir a la universidad. La Academia es una de las mejores escuelas preparatorias del país, un pase directo para la Ivy League.

—Tú no fuiste a la Ivy League.

—Mis padres no se lo podían permitir. Pero yo sí me lo puedo permitir. Harvard y Yale tienen equipos de fútbol americano.

—Pero yo no quiero jugar para Harvard o para Yale. Quiero jugar para los mejores: UT, Notre Dame, Alabama. Papá, el fútbol americano es mi destino. Es donde debo estar. En un campo de fútbol. No soy tan listo como Becky. A ella le encanta el colegio, pero eso solo es un *hobby* para mí. Soy un estudiante de fútbol americano, no de matemáticas o ciencias.

Frank se puso al hombro su bolsa de golf. Podrían haber conducido en un carrito, pero él creía que una caminata de cuatro horas con tu hijo formaba parte también de ese deporte. No es solo un deporte, es una forma de compartir tiempo con un hijo sin teléfonos de por medio.

—¿Qué pasaría si dijera que no?

William se puso el asa de la bolsa al hombro y miró a Frank a los ojos.

—Te odiaría. Puede que no ahora. Pero dentro de unos años, cuando sea

mayor y recordara mis años en el colegio y me preguntara si podría haber cumplido mi sueño, te odiaría, papá. Por no dejar que lo intentara —dijo en voz baja, casi con tristeza.

William Tucker se cambió a un colegio público al año siguiente.

Capítulo 10

Era cinco de agosto y, a lo largo y ancho de todo el estado de Texas, decenas de miles de estudiantes de instituto entraban en los campos de fútbol americano para tener su primer día de entrenamiento de la temporada de otoño. Aunque aún no fuera otoño. Era verano. Y hacía mucho calor. En Odessa estaban a cuarenta y cuatro grados. En Dallas, a cuarenta. En Houston, solo a treinta y siete, pero con un noventa y cinco por ciento de humedad. Parecía que el aire salía de una sauna de vapor.

El cuerpo de William Tucker brillaba de sudor, y aún no había empezado el entrenamiento. No llevaba más que un pantalón corto de deporte y sus zapatillas de fútbol americano; su equipo de protección llegaría la semana siguiente. Tenía dieciséis años, medía un metro noventa y pesaba ochenta y seis kilos. Tenía solo un diez por ciento de grasa corporal. Entrenaba cinco días a la semana con su entrenador personal. Tenía una dieta estricta que le había preparado su nutricionista deportivo. Pulió sus habilidades de *quarterback* en campamentos y su velocidad con su entrenador olímpico. Podía hacer diez repeticiones de ciento diez kilos en *press bank*. Quince repeticiones de sentadillas con ciento cuarenta kilos. Correr cuarenta yardas en cuatro coma cinco segundos. Lanzar un balón de fútbol americano a setenta y cinco yardas. Le medía ciento dieciséis centímetros el contorno del pecho y setenta y seis el de la cadera. Estaba musculado, tenía la piel bronceada y el pelo rubio y rizado. El balón de fútbol americano de cuero que sostenía parecía una prolongación de su cuerpo.

Estaba sentado en las gradas del nuevo estadio del instituto en el que empezaría a estudiar en unas semanas. Tenía una capacidad para veinticinco mil

espectadores. Los padres hacían cola durante toda la noche a las puertas del edificio de administración cuando salían a la venta las entradas de toda la temporada. Se ponían a la venta solo cuando un abonado de la presente temporada perdía su abono, algo que no sucedía nunca; o moría, que no ocurría muy a menudo, pero sí lo suficiente como para aguantar en la cola. El marcador estaba instalado en el extremo norte del campo, era una pantalla de vídeo gigante de alta definición, en el que aparecían al momento las mejores jugadas durante los partidos. El césped era el mismo sobre el que jugaban los profesionales. Alrededor del estadio se asentaba el nuevo campo cubierto de entrenamientos; con aire acondicionado. Aunque los entrenadores preferían que el equipo entrenara fuera, para que los jugadores se aclimataran a jugar bajo el calor. Era eso, o que los entrenadores eran unos...

—Sádicos hijos de puta —dijo Bobby.

Bobby Davis jugaba de *center*. Medía uno noventa y cinco y pesaba ciento treinta kilos. Le habían ofrecido una decena de becas deportivas para jugar en primera división universitaria. Era un jugador veterano y se ponía esteroides. Por lo que apestaba. William siempre que se ponía a su lado, lo hacía contra el viento.

—No están contentos hasta que alguno se desmaya durante el entrenamiento —dijo—. Les debería bastar cuando echan la pota, pero el año pasado perdimos los regionales. Estos días de verano van a ser duros.

—¿De verdad?

Bobby se rio y negó con la cabeza.

—Estos chicos de colegios privados. Venís aquí para jugar grandes partidos, pero no sois más que una panda de monaguillos que van a un local de estriptís. Dime, William, ¿eres tan bueno como dicen?

—Sí.

—¿Eh! No seas tan modesto.

—Me has preguntado.

—¿Te pones nervioso antes de jugar un partido?

—¿Está un tiburón nervioso en el agua?

Bobby se rio.

—Si juegas tan bien como dice tu ego, tío, vas a ser el típico estadounidense.

—No es ego si puedes hacerlo.

Bobby refunfuñó.

—¿Quieres algo de *doping*?

Dianabol. Estanozolol. Nandrolona. Oxandrolona. Esteroides anabólicos. Los deportistas de instituto se sabían el nombre de todos, como las niñas preadolescentes se sabían las letras de Britney Spears.

—No me hace falta.

—Tendrías que haber visto a algunos de los *quarterbacks* del campamento de fútbol americano al que fui en junio. Son unos putos animales. Unos putos animales peludos. —Bobby rio—. Y ahí estaba yo, pesando solo ciento veinte kilos y con casi diecinueve años...

—¿Tienes casi diecinueve?

—Mi padre quiso que tuviera un año sabático antes de entrar en la universidad, para que creciera más.

—Funcionó.

—De cualquier forma, era un campamento para la élite de los jugadores, para chicos como yo al que le llueven las ofertas de primera división universitaria. Le dije al entrenador de la línea ofensiva que empezaría a jugar en mi primer año. Entre risas me dijo: «Si pesas ciento veinte kilos no podrás». Me dijo que tendría que estar en ciento treinta kilos si quería jugar en la liga profesional. Le pregunté: «¿Qué tengo que hacer?» y me respondió: «Gana músculo, Bobby».

—¿Te dijo él que usaras esteroides?

—No, pero sabía lo que quería decir. Todo el mundo lo sabe. A todos les dice lo mismo, excepto a esos putos receptores negros tan rápidos que vienen de los barrios. Tío, esos chavales podrían ser profesionales nada más acabar el instituto.

—¿Y con esa mierda subiste diez kilos?

—Esa mierda funciona. Deberías probarla.

—Ya te lo he dicho, no la necesito.

Veían cómo las animadoras practicaban sus bailes en la banda del campo. Entre ellas estaba Becky.

—Tu hermana es bastante mona —dijo Bobby.

—Ni se te ocurra.

Él rio. William no.

—Lo siento, tío —dijo Bobby—. No sabía que eras tan quisquilloso con tu hermana.

Lo era. Después de un rato, se tranquilizó.

—¿Te gusta este instituto? —preguntó William.

—Me gusta jugar al fútbol aquí. Pero no me gusta mucho ir a clase.

—¿Cuál es tu nota media?

—Uno con siete.

—¡Qué nota más baja!

—No es baja para un jugador de fútbol americano.

—¿Qué estudias?

—Fútbol. ¿Por qué tengo que malgastar mi tiempo estudiando matemáticas o inglés cuando voy a ir a la universidad solo para jugar al fútbol americano?

—¿Tienes nota para entrar a la universidad?

—No piden ningún requisito académico para los deportistas. Si sabes jugar, entras —dijo entre risas—. Los entrenadores universitarios no se preocupan por tu expediente académico, tan solo revisan tus antecedentes penales.

Bobby se echó hacia atrás, con las manos en la cabeza como si todo lo que viera fuera él.

—Mira, William, en el mundo hay leyes. Nosotros no tenemos. Si sabes jugar al fútbol, digo jugar de verdad, estás a otro nivel de las personas que no saben jugar. Vives por encima de la ley.

Una animadora guapa pasó delante, correteando; los saludó con la mano y les sonrió.

—Hola, William.

No sabía quién era.

—Te conoce.

La observaron con atención. Ella miró atrás de reojo para cerciorarse de que lo estaban haciendo. Siguieron mirando como caminaba hacia el resto de las animadoras. Entre ellas, su hermana. Cuando su padre permitió que William dejara la Academia y lo matriculara en un colegio público, Becky quiso igualdad de condiciones. Ella jugaba al voleibol y el equipo de ese colegio era muy bueno. Ella quería conseguir una beca.

—Se llama Chrissie. Es la acróbata del equipo. Si entras en el equipo, te entrará ella.

—¿Cualquiera del equipo?

—Solo con los del equipo. Ella no se tira a uno del banquillo, William.

Como si él lo supiera.

—Las chicas hacen cola por los del equipo.

William sabía que estaba a punto de empezar a jugar en uno de los mejores equipos de fútbol americano de Texas, pero ¿estaba preparado para las animadoras? Bobby rio y señaló a alguien.

—Ese es Ronnie, un niño rico.

Otro jugador se levantó y se acercó a las animadoras, tratando de ligar con alguna de ellas. Era un *linemen* ofensivo, como Bobby. Era grande, pero no tenía mucho músculo. Era grande en otro sentido, ocupaba mucho espacio.

—Se cree que puede pagar para entrar en un equipo de primera división —dijo Bobby—. No hay ni siquiera tanto dinero en el banco de su padre como para conseguirlo.

—¿Qué hace aquí?

—Lo mismo que tú. Es otro niño rico de River Oaks que convive con basura blanca, que espera poder jugar partidazos de fútbol americano en un buen equipo, mejorar su juego, conseguir una beca para jugar en primera división. Nada de eso le pasará nunca a Ronnie.

Mientras, en el campo, el intento de Ronnie de ligar con las animadoras había fracasado estrepitosamente. Tenían el ceño fruncido y habían acabado por ignorarlo. Estaba claro que no le había hecho mucha gracia. Becky se marchó de donde estaban y él la agarró del brazo. La fiera que llevaba dentro William rugió en su interior. Saltó de donde estaba sentado, corrió gradas abajo y saltó la barandilla. Aterrizó ya en el campo y esprintó hacia donde estaba su hermana. La fiera agarró a Ronnie por la garganta, de un tirón lo separó de Becky y le levantó el puño a Ronnie.

—¡Guau!

Un brazo enorme rodeó el pecho de William y tiró de él hacia atrás.

—¡Joder, William! —dijo Bobby—. ¡Eres un puto animal!

William se liberó del abrazo de Bobby y se encaminó hacia donde estaba Ronnie. Pesaba veinte kilos más que William, pero se echó atrás. William le puso un dedo en la cara a Ronnie.

—No vuelvas a tocar a mi hermana.

Ronnie tenía los ojos aterrados de un antílope delante de un león.

Se dio la vuelta y se marchó. William se dio la vuelta hacia donde estaba su hermana.

—¿Estás bien?

—Sí. Gracias, William.

Bobby Davis sonrió.

—Tío, va a ser un año divertidísimo con una fiera como tú jugando de *quarterback* en el equipo.

Bobby extendió los brazos hacia el estadio donde jugarían su primer partido tres semanas después.

—Y te va a encantar. Llevamos siete u ocho partidos sin perder, invictos. ¡Ni te imaginas en el equipo que vas a jugar!

Capítulo 11

En el estadio, parecía que el Barnum & Bailey Circus había llegado a la ciudad.

El juicio mediático de un deportista famoso era un circo de tres pistas. Pero un partido de fútbol americano que enfrenta a los dos mejores institutos y que además cuenta con deportistas famosos en ambos equipos un viernes por la noche en Texas, era el mayor circo de todos. Era finales de octubre, y el calor y la humedad de Houston ya se habían marchado. Corría aire fresco y se podía sentir el entusiasmo y la melodía de las bandas de música de ambas gradas que competían por sus equipos, separadas por cincuenta y tres yardas y un tercio de verde césped cuidado que envidiarían a las mismísimas calles de golf del club de campo. Veinticinco mil padres, estudiantes y entusiastas del fútbol americano abarrotaron las gradas; miles más, que se habían quedado sin entradas, se quedaron en el perímetro vallado del extremo sur de la zona de anotación. Frank Tucker tenía dos entradas. Normalmente, lo habrían puesto en la lista de espera y tendría que haber esperado, al menos, cinco años para poder conseguir un abono de temporada. Pero los padres de los jugadores tenían asientos reservados en la primera fila de las gradas, a pie de pista. Era una de las ventajas de que tu hijo jugara en el equipo que ocupaba el primer lugar de la liga en el estado de Texas.

El instituto público al que iba su hijo tenía matriculados a cuatro mil estudiantes entre noveno y decimosegundo curso de enseñanza secundaria. Dos mil eran chicas. En un partido de fútbol americano jugaban once jugadores ofensivos y once defensivos. Cada año, los entrenadores tenían que seleccionar a veintidós jugadores de entre esos dos mil. Siempre lo conseguían. Chicos blancos enormes de familias trabajadoras, chicos negros muy veloces del barrio

y un *quarterback* rico que venía de River Oaks. El instituto público de River Oaks también acogía a alumnos del Fourth Ward, una zona marginal. Negros y latinos. Dos tercios de los estudiantes eran de grupos minoritarios; un tercio eran blancos. Todos eran pobres. Los niños ricos iban a un colegio privado. William Tucker no. Su padre no quería que su hijo lo odiara. El fútbol americano era su sueño. Para el resto de jugadores, era su billete de salida de Fourth Ward.

Las animadoras, con sus uniformes, saltaban por los aires, daban volteretas y hacían piruetas acrobáticas en la banda. Los estudiantes rondaban alrededor de los puestos de comida. Los padres se quedaban sentados en las gradas.

No se parecía en nada al ambiente de la Academia.

Las chicas llevaban prendas ceñidas y parecía más que iban vestidas como prostitutas de la calle que como estudiantes de instituto. Los chicos blancos llevaban sudaderas con los logos de distintas universidades: UT y A&M, pero no de Harvard o del MIT; y los chicos negros llevaban capuchas y pantalones por debajo de la cintura que dejaban ver sus calzoncillos de colores. Los padres no llevaban las últimas prendas de Neiman Marcus, sino lo último de Nike y Adidas, como si todos ellos hubieran firmado contratos publicitarios con esas marcas. Sudaderas, zapatillas y jerseys de fútbol americano. Gorras con las viseras hacia atrás, tatuajes en los brazos, en los tobillos y en la cintura. Furgonetas y todoterrenos de fabricación estadounidense llenaban el aparcamiento. Cámaras de vídeo hechas en Asia se repartían por todas las gradas; los padres capturaban los días de gloria de sus hijos en cinta para los entrenadores universitarios o para la posteridad. Frank estaba de pie tras la verja de la banda. Solo, sin cámara de vídeo. No conocía al resto de padres y Liz se había negado a ir; no podía estar rodeada de gente de clase trabajadora y de tanta multiculturalidad, estaban muy por debajo de su estatus social. Ella había animado a William a que se cambiara a un instituto público, pero no quería ser testigo directo de cómo llegaba al estrellato. Era como si alguien quisiera ser político pero no estuviera dispuesto a zambullirse en el sucio fango que era la recaudación de fondos. Frank había crecido ahí, entre la clase trabajadora, pero no se sentía a gusto. Los tiempos habían cambiado, la ropa había cambiado. La gente había cambiado. Muchos de los padres seguían trabajando en la planta industrial petroquímica del puerto del Canal de Houston, muchas de las madres también trabajaban para la industria; pero no eran como los padres y madres que él recordaba de pequeño. Aquello eran padres de la tele, como War y June Cleaver, y no como estos padres de ahora que se parecían a los Osbournes.

—¡Que te jodan, capullo! —gritó uno de los padres al árbitro.

—No es exactamente como el público de polo de River Oaks, ¿no?

Sam Jenkins, el ojeador universitario, se puso al lado de Frank. Fumaba un puro y seguía fiel a su Old Spice. De hecho, en algo tenía razón: no se parecía a los partidos de polo que se jugaban en River Oaks.

—No.

Sam rio.

—Este es el público de los partidos de fútbol americano, Frank. No verás a ningún jurista, a ningún director de empresa o a ningún médico en un partido de instituto. Esto no es la Academia, con esos chiquillos que no saben jugar al fútbol de verdad. Esta es la clase trabajadora. La NFL se nutre de la clase media y de los latinos. Joder, ¿has estado en algún partido de los Houston Texans?

—No.

William era seguidor de los *Cowboys*, así que Frank no le había presionado para llevarle a ningún partido de los Texans.

—Es como una corrida de toros en Ciudad Juárez, todos hablan en español. Incluso en los asientos más caros. Ninguno tenía seguro médico, pero todos se dejaban miles de dólares en la reventa de entradas para partidos de fútbol americano profesional. Para la clase baja, el fútbol es una vía de escape de sus mierdas de vida.

—¿Eres psicólogo ahora?

Sam se encogió de hombros.

—Una parte importante de los ojeadores es entender a las personas, saber qué les emociona. Puedes ver a un chico con todas las condiciones físicas, pero tienes que saber cómo piensa, adentrarte en su mente. Saber si tiene la sangre fría, si en él arde el deseo de ganar cualquier competición, si quieren ganar antes que nada en la vida, si tiene la certeza de ser una promesa.

El nuevo equipo de William era grande, fuerte y rápido. Chicos blancos grandes y fuertes y chicos negros rápidos. Tenían un juego ofensivo de profesionales. William había lanzado treinta y dos pases en la primera mitad, había completado veintisiete de las doscientas setenta y cinco yardas y había anotado cuatro *touchdowns*. Ocho partidos en su temporada de segundo año de instituto, William Tucker era la promesa de las mejores universidades de la nación. Tenía dieciséis años.

—Hiciste bien, Frank.

—¿Si?

Lo habían dado todo por la carrera de William Tucker. Un gran instituto público con un estilo ofensivo de profesionales y un campo de entrenamiento cubierto. Un entrenador personal y un nutricionista. Un entrenador de velocidad campeón olímpico. Un campamento de verano para *quarterbacks*. Torneos de pases de siete contra siete. Miles de dólares. Frank Tucker había alimentado el don de su hijo, sin escatimar en gastos. Parecía todo tan... sueño americano. Gastarse lo que hiciera falta, la matrícula en la Ivy League o que lo entrene un medallista olímpico para que mejorase su velocidad, para comprar el éxito de un hijo. Una vida mejor. Sus sueños. Pero, a pesar de las dudas, Frank tenía que reconocer que todo había dado sus frutos. William había mejorado muchísimo en los últimos dos años. Su juego había mejorado muchísimo. Su tamaño, su fuerza y su velocidad habían mejorado drásticamente. Su juego de pies y sus movimientos al lanzar el balón no aparecían en los libros. Tenía una visión del campo, con veintidós jugadores corriendo por él de manera caótica, omnisciente y precisa. Asombraba cómo concebía la cobertura de los pases y aquellos momentos en los que sus propios receptores estuvieran despejados en el campo, para de este modo poder recibir el cuero y que el pase fuera instantáneo e infalible.

—Es un *quarterback* buenísimo, joder —dijo Sam.

Quizá su hijo hubiera nacido para jugar al fútbol americano tal y como Mozart nació para componer sinfonías y Bobby Fisher para jugar al ajedrez. Quizá somos lo que estamos destinados a ser. Empujar a un chico a que fuese jugador de fútbol americano cuando no había nacido para eso era una equivocación. Pero permitir que un chico fuera lo que estaba destinado a ser, ¿qué había de malo en eso? ¿Si algunos han nacido para ser médicos, científicos o quizá, incluso, abogados, por qué no iba a haber otros nacidos para ser deportistas? ¿Por qué no jugadores de fútbol?

—He seguido de cerca a William —dijo Sam—. Fui a verlo al campamento para *quarterbacks*.

Por su expresión, Frank supo que Sam le iba dar otro consejo para la carrera de su hijo. Él hizo señas al campo de juego sobre el que estaban volviendo los jugadores de ambos equipos para comenzar la segunda mitad de partido. Los chicos se golpeaban el pecho y levantaban los brazos, saludando a sus seguidores como gladiadores victoriosos. Sam asentía con la cabeza.

—En la tele, algunas personas dicen que los niños no tienen autoestima. Una mierda. Los niños tienen la autoestima más grande que todo Wyoming. La

autoestima rezuma por todos los poros de su piel. Desde que salen del vientre de su madre, les dicen que son especiales a cada minuto del día. Y se lo creen. No han dado un palo al agua en su vida, pero ¡joder!, creen que son especiales. Así que cuando pierden en algún deporte, suspenden en el colegio o algo les sale mal en la vida, no es porque no se hayan esforzado en conseguirlo ni porque no sean inteligentes o buenos. No es su culpa, sino de los demás. Hay toda una generación de putos narcisistas porque sus mamis les han dicho que son especiales.

—¿Adonde quieres llegar, Sam?

—Lo que quiero decir es que toda esa mierda no le ha pasado a William. Es especial, de verdad.

Sam dio una calada al puro.

—En el programa del partido pone que William mide uno noventa y pesa ochenta y seis kilos. ¿Es cierto?

—Sí.

—¿Talla de pie?

—50.

Sam resopló con admiración al conocer la talla de pie de William.

—Y ni un tatuaje.

—Le tiene miedo a las agujas.

Sam rio.

—Todos tenemos algo que nos hace adorables. Yo odio las serpientes.

Dio otra calada y con el puro apuntó al campo. Hacia William.

—Cuando sea un veterano, medirá dos metros y pesará cien kilos. Será el número uno en mi lista. Por Dios, estará el primero en la lista de todos los ojeadores. Tendrá que decantarse por alguno.

—Ya hemos recibido muchísimas cartas de oferta.

—Ya os llegarán más.

Frank suspiró.

—Quiero que vaya a alguna universidad de la Ivy League, pero él no quiere. Su sueño es jugar en primera división. Así que, ¿tenemos que ir a hablar con cada uno de los entrenadores de las distintas universidades?

—No, ellos vendrán a hablar con William. Como los Reyes Magos fueron a ver al niño Jesús.

Sam dio otra calada más al cigarro.

—La vida de William está a punto de cambiar, Frank. Para mejor.

Becky Tucker estaba sentada en la banda, en la otra parte de la verja de la de su padre y el hombre del puro. Tenía dieciocho años y era animadora de último curso. En los últimos meses, conforme iba el equipo ganando partidos y William se convertía en el *quarterback* estrella, ella había comenzado a oír rumores en el instituto sobre su hermano y la capitana de las animadoras, Rhonda. Ella era de la misma edad que Becky. No era virgen.

Hacía mucho que no lo era.

Le daban ganas de vomitar imaginarse a su hermano pequeño teniendo sexo con Rhonda. Puede que fuera tan grande como un hombre, pero aún era un niño. Además, los chicos de segundo año de instituto no tenían por qué tener sexo con las de último curso. Cuando estudiaba en la Academia, no había oído nunca que nadie se hubiera acostado con alguien. Por supuesto que algunos chicos lo hacían, pero ninguno hablaba del tema, se quién se follaba a quién, aunque nadie decía solo «quién» en el instituto público. Y todos se hacían fotos de partes de su cuerpo y se mandaban mensajes sexuales los unos a los otros.

¡Qué asco!

Becky nunca había congeniado con las otras chicas. Eran distintas. No eran ya chicas. Eran mujeres. Mujeres sexualmente activas. Rhonda y las otras animadoras hacían piña en la banda, saludando a los jugadores entre risitas. Cotilleando. No cabía duda de que hablaban de quién se había follado a quién. Rhonda saludó a los jugadores. A uno en especial.

—¡William!

Becky vio cómo su hermano se dio la vuelta hacia Rhonda... Y Rhonda le lanzó un beso. Eso hizo. Sintió cómo su ira crecía tanto en su interior que hasta sentía que iba a estallar. Se acercó por la banda hasta donde se encontraba el resto de animadoras, se puso las manos en la cintura, y lanzó una mirada asesina a la zorra de Rhonda.

—¿Te estás follando a mi hermano?

Rhonda sonrió.

—Sí —respondió el resto de animadoras, al unísono.

Capítulo 12

—Papá, estoy preocupada por William.

A la mañana siguiente, Frank se encontraba sentado en su despacho, en la parte de atrás de la casa, con vistas a la piscina. Sus hijos estaban en casa con él; Liz había ido al funeral de Beverly Joiner: otra dama de la alta sociedad que había muerto de cáncer de mama. Frank no la conocía, ni a ella ni a su marido, Dale. Todo lo que sabía era lo que Liz le había contado de ellos: él tenía empresas de petróleo y gas y vivían en una casa de mil trescientos metros cuadrados, contigua al club de campo.

Tenía en el contestador montones de mensajes de abogados corporativos de grandes firmas de Texas, miles de mensajes de agentes deportivos de las mejores universidades y de deportistas profesionales en conflicto con la justicia y que deseaban que Frank Tucker los representara. El caso de Bradley Todd lo había vuelto a catapultar a la prensa nacional. Su fama había crecido. Como la de su hijo. Tenía la mesa repleta de cartas remitidas a William de los entrenadores principales de la UT, A&M, Notre Dame, LSU, Florida, USC, UCLA, Ohio State, Alabama y de decenas de otros equipos de primera división universitaria. Querían fichar a estudiantes de segundo año de instituto. Sentada enfrente de donde él estaba, como si fuera un cliente, estaba Becky.

—¿Por qué?

—Está cambiando.

—¿En qué sentido?

—Se está volviendo una estrella. Eso lo está cambiando. Su actitud. Su forma de ser. Incluso con las chicas. Papá, se está acostando con las animadoras.

—¿Con cuál?

—Con todas.

—¿Flipante, no, papá?

Becky se había marchado y William tenía la mano levantada estirada esperando que le chocara los cinco. Frank le dio una palmada y se sentaron en el lado opuesto del escritorio. William se refería a las cartas de oferta, no de sus relaciones sexuales con las animadoras. Se estaba bebiendo un batido de proteínas.

—Claro, hijo, es genial que todos esos entrenadores piensen que puedes jugar en la liga universitaria.

—Me adoran.

—No, no te adoran, William. Te necesitan. No es lo mismo. Les pagan millones de dólares por ganar partidos de fútbol americano, así que necesitan a jugadores para mantener su trabajo. Te necesitan, pero no te quieren. Tu familia te quiere, ganes o pierdas. Y te querremos, aunque te intercepten cinco lanzamientos.

—Nunca me han interceptado cinco veces en un partido.

—Te pasará.

Frank se reclinó sobre su silla.

—William, ¿te estás acostando con alguien?

—Papá, ¿te acuerdas cuando condenaron a Barry Bond por perjurio ante un gran jurado sobre el escándalo de los esteroides?

Barry Bond fue el mejor bateador de la historia de la liga de béisbol. Frank tenía un mensaje de su agente en el contestador de su móvil.

—No cambies de tema.

—Y Marion Jones confesó que usó sustancias dopantes durante las Olimpiadas de Sídney, donde ganó cinco medallas.

Se enfrentaba a varios años de prisión. También tenía un mensaje de su agente en el móvil.

—¿Y tú qué? ¿Tienes algo que confesar?

—¿Si me dopo?

—¿Del *sexting*?

—¿Es eso una palabra de verdad?

—Es una pregunta.

—¿Estoy bajo juramento, como Barry?

—Estás bajo mi techo.

Se miraron un buen rato hasta que William sonrió e hizo un gesto de indiferencia.

—¿Qué quieres que te diga? A las chicas les encanta William Tucker.

—¿Hablas de ti en tercera persona?

Volvió a hacer otro gesto de indiferencia.

—Todos los profesionales lo hacen.

—Pero tú no eres profesional. ¿Cómo se llama?

—¿Quién?

—La chica con la que te acuestas.

—¿Cuál de ellas?

—¿Te acuestas con más de una?

—A la vez no.

—¿Te has acostado con más de una chica?

—Papá, no es nada del otro mundo. Es como estar mandándote mensajitos con más de una a la vez. Bobby dice que...

—¿Bobby del equipo?

—Sí.

—¿Te aconseja un liniero ofensivo?

—Está en último curso.

—Eso no significa que sea inteligente. Hijo, existen leyes. Si te acuestas con una chica menor...

—Ellas son mayores que yo.

—¿Cuántos años?

—De último curso, de la universidad...

—¿Te estás acostando con universitarias?

—Cuando vuelven a casa el fin de semana.

Hacía unos meses que su hijo había dejado de hacerle preguntas de sexo mientras cenaban. Frank supo entonces el porqué: unas chicas mayores le estaban respondiendo a todas sus preguntas. Frank, entonces, tomó la decisión de que sería mejor que le hiciera él las preguntas a su hijo.

—William, ¿sabes que, si dejas embarazada a una chica y ella tiene al niño, eres responsable de su manutención hasta que cumpla dieciocho años?

—Ahora todas las chicas toman la píldora.

—Aun así, puedes contraer alguna enfermedad de transmisión sexual, como el sida.

—Son buenas chicas.

—¿Usas protección?

—¿De verdad?

—Y aquí vuelven la testosterona y la estupidez, otra vez.

—¿Qué?

—Estás cometiendo una estupidez. Estás jugando a la ruleta rusa con tu vida. Tienes que parar.

—¿De jugar a la ruleta rusa?

—Con el sexo.

William se quedó mirando a Frank como si le estuviera pidiendo que dejara de tomar batidos de proteínas.

—Ni hablar. Mira, papá, sé que el sexo era diferente, un asunto espinoso, cuando tenías mi edad, pero ya no lo es. Es una parte más de salir con alguien: ir al cine, comer una hamburguesa y sexo. Todo el mundo lo hace. —Sonrió como un actor de Hollywood—. El sexo le viene bien a William Tucker.

Frank suspiró. ¿Cómo podría proteger a su hijo de sí mismo?

—Al menos usa preservativos.

Frank no desaprobaba el sexo. Lo primero que pensó fue que estaba celoso de su hijo de dieciséis años. Lo segundo es que tenía que preparar un buen bistec a la barbacoa, no podía tener una vida sexual tan activa a base de batidos de proteínas.

De inmediato se reprendió a sí mismo por tener un doble rasero con sus hijos. Si Becky se estuviera acostando con varios chicos cada semana, estaría destrozado, no se sentiría para nada orgulloso. Tenía que admitir que, en el fondo, se sentía orgulloso por las proezas sexuales de su hijo. No debería, pero lo hacía. Su hijo estaba viviendo el sueño de todo chico de dieciséis años, los mismos sueños con los que Frank se entretenía a los dieciséis. ¿Tendría que reprender a su hijo por lo que él no había conseguido a su edad? No veía que su hijo estuviera dando el primer paso para tener privilegios. Pero sí que había dado el segundo paso.

—Hoy tienes que cortar el césped y lavar el coche, ¿vale? —dijo Frank.

William asintió, sacó del bolsillo su iPhone nuevo y empezó a teclear.

—Pondré a mi gente a ello.

Frank soltó una carcajada.

—Acabas casi de empezar el instituto. No tienes a gente.

—Por supuesto que sí.

Mandó el mensaje y se recostó en la silla, esperando a que alguien le respondiera. No pasaron ni treinta segundos cuando lo hicieron. Leyó el mensaje y rio.

—Dos de primero llegarán en una hora para cortar el césped y lavar el coche.

—¿Me estás tomando el pelo?

—No. Algunos novatos de primero se ofrecen voluntarios para hacer las tareas de los jugadores del equipo de fútbol.

—¿Por qué?

—Porque no pueden jugar al fútbol. Así que si les hacen sus tareas, se sienten parte del equipo. Quieren ayudar a que su equipo gane.

—¿Cortando el césped y lavando coches?

—Tu césped y tu coche.

—William, los demás no estamos para cumplir tus caprichos. No somos parte de tu séquito. Jugar al fútbol americano no te convierte en alguien especial.

—Sí lo hace.

—No, no lo hace.

Su hijo hizo un gesto, mirando a las cartas de oferta.

—Todos esos entrenadores piensan que soy especial. Todo el mundo lo hace. Los medios de comunicación, el resto de jugadores, los padres, mis compañeros de clase, las chicas... ¿Todos mienten?

—No. Pero ellos creen que eres especial solo cuando juegas, por lo que haces en el campo. No creen que seas una persona especial, eso se determina fuera del campo.

—¿Cuántas personas pueden hacer lo que hago en el campo?

—No muchas.

—Entonces soy una persona especial.

—No, William, eres una persona con suerte. —Frank señaló con el dedo, apuntando al hospital del centro de Houston—. Pero no eres más especial que ninguno de los niños pacientes del doctor Anderson de oncología. Tan solo tienes más suerte que ellos. Existe esa diferencia. Nunca subestimes a la suerte, que juega un papel fundamental en la vida de todos.

—Preferiría ser grande, fuerte y rápido antes que tener suerte.

—William...

—Papá, Ray es un cerebritito, un genio de las matemáticas. Probablemente descubra la cura contra el cáncer, pero yo ganaré muchísimo más dinero que él jugando al fútbol americano de lo que él ganará en toda su vida.

—¿Aún quedas con él?

William negó con la cabeza.

—¿Por qué no?

—Porque no está en mi instituto, está en la Academia.

—Pero sigue viviendo aquí, en River Oaks.

—Pero, ya sabes, es un rarito, un friki.

—Pero eso no te importaba antes.

William se encogió de hombros.

—Nos hemos distanciado, como tú y mamá.

Él tenía dieciséis años. Ya entendía por qué su padre y su madre dormían en habitaciones distintas.

—La gente me mira distinto —dijo su hijo—. Como si fuera famoso.

—¿Quién?

—Todos. Veo cómo los padres me miran cuando salgo del vestuario al campo. Hacen cola para verme, como si fuera un animal de zoológico. ¿Alguien hace cola para ver cómo entras al juzgado?

—No, los abogados ya no son los héroes de nadie. Los deportistas son los nuevos héroes.

—¿Soy un héroe?

—Puede que algunas personas te vean así, William, como una estrella o un héroe, pero tú no puedes nunca verte así a ti mismo. Tienes que saber que no es real. Ellos no te quieren.

—Las chicas sí.

—No, a algunas chicas les atraen los deportistas famosos.

—A muchas. —William sonrió.

En ese momento, William se había puesto chulo. Frank negó con la cabeza. Es duro ver cómo tu hijo de dieciséis años tiene más vida sexual que tú.

—¿Se acostarían contigo si fueras un empollón como Ray?

Su hijo rio.

—Los empollones no follan.

—William, lo que quiero decirte es que tienes muchas condiciones para los deportes, más que la mayoría. Eso te convierte en alguien especial en el campo de fútbol, pero no lo serás en ninguna otra parte. Tienes que tener los pies en la

tierra. La fama puede hacer que a las personas se le suba a la cabeza, y cuanto más alto se le suba, más fuerte será la caída. Y esas personas son las que luego requieren de mis servicios. William, eres un gran chico. No dejes que porque otras personas te veneren cambien quien eres.

—¿Como cuando LeBron presentó un programa de televisión nacional para anunciar cuál sería su nuevo equipo de la NBA?

LeBron James era el mejor jugador de baloncesto del mundo. Cuando decidió dejar su primer equipo, los Cleveland Cavaliers, y entró en el mercado de agentes libres, presentó un especial de televisión para comunicar en qué equipo jugaría la próxima temporada, como si fuera el presidente de Estados Unidos y anunciara que el país iba a entrar en guerra.

—Justo como él. Otras personas pueden pensar que eres especial, pero no te lo puedes creer. Hay una diferencia entre ser especial y tener suerte. Sé siempre el William Tucker que eres, y serás feliz sin importar lo que te pase en el deporte. O lo que te pase a ti.

—LeBron parece feliz.

William cogió su móvil. Leyó el mensaje.

—Mi gente ha llegado antes de lo que creía.

—¿Qué les das a cambio a esos novatos por ser «tu gente»?

—Protección. Nadie se mete con ellos en el instituto. Y también jerseys firmados.

—¿Los chicos del instituto quieren ponerse tu jersey de fútbol firmado?

—No, pero sus padres sí.

Frank se echó contra el respaldo de la silla y suspiró. Miró a su hijo. ¿Había caído ya en las garras de la fama, como todos los deportistas famosos? ¿Cómo podía su padre salvarlo? ¿Cómo puedes hacer que un chico ponga los pies en la tierra cuando el resto del mundo lo tenía en un pedestal? ¿Cómo podría hacerlo cuando todo el mundo le decía cada día que era especial? ¿Era ya una estrella? Con dieciséis años, la gran bola de nieve de la fama ya había comenzado a correr, a crecer y era difícil pararla. Lo consumía todo a su paso. Y a Frank le preocupaba que consumiera a su hijo.

Puede que William Tucker fuese demasiado bueno para su propio bien.

* * *

A sus cuarenta y nueve años, Frank Tucker tenía una buena vida, parecía que no tan buena como la de su hijo de dieciséis años, pero, al fin y al cabo, buena. Tenía dos hijos maravillosos. Becky no consiguió una beca por jugar a voleibol, pero la habían aceptado en Wellesley con una beca completa de su padre. Sesenta mil dólares al año. Se había ganado cada dólar que costaba. Y, además, puede que fuera el único gasto universitario que tuviera que desembolsar. A William le concederían la beca que quisiera para ir a la universidad que quisiera. Su pase a la vida adulta. A Frank le preocupaba la promiscuidad de su hijo de dieciséis años, pero ¿qué podía hacer? ¿Habría él parado de acostarse con chicas mayores con dieciséis si su padre se lo hubiera pedido? No. No lo habría hecho. De hecho, él no se había acostado con nadie hasta que empezó su primer semestre en la UT. Y no había parado hasta los cuarenta y tres años.

Cuando tenía veintisiete, estaba seguro de que su mujer lo amaba. Esa era la verdad, se había casado. En su mejor momento, era un hombre apuesto, pero no era un adonis. En el mejor de los casos, era un cinco o, quizá, un seis. Liz era más que un diez. Era la reina de la belleza de la UT, no era moco de pavo. La conoció cuando cursaba su tercer año en la facultad de Derecho y ella aún no se había graduado; él ya había aceptado un trabajo en una firma de abogados en Houston. En un arrebato, él le pidió una cita y se quedó de piedra cuando ella le respondió que sí, porque desde que somos pequeños todos aprendemos cuál es nuestro lugar en la cadena trófica humana. En qué lugar encajas en cuanto apariencia y dinero. Tu compañero tiene que estar a la misma altura. Un empollón no le puede pedir una cita a la reina de la promoción; una estrella del deporte no le pide una cita al patito feo de la clase. Un chico pobre no le pide una cita a una chica rica, ni un chico rico le pide una cita a una chica pobre. No funcionamos así. Nosotros mismos nos ordenamos por cómo vestimos, por cómo somos o por cuánto dinero tenemos. Salimos con los de nuestro mismo grupo. Nadie se sale de su lugar en la cadena. Esa era la regla no escrita.

Frank conocía esa regla. Había salido con chicas monas. Con chicas dulces. Con chicas simpáticas. Pero no con chicas guapísimas. No con chicas guapísimas que quitan el sentido. No con chicas como Liz. Pero se atrevió a pedirle una cita y ella se había enamorado de él. Había roto esa regla y le había tocado el gordo de la lotería.

O eso había pensado.

Cuando eres joven, sin saberlo pasas por alto muchas discrepancias. Te convences a ti mismo de que ella te quiere por quien eres, no por cuánto ganas.

Que eres su príncipe azul, no su cajero automático particular. Después de veinte años de matrimonio, te das cuenta de que ella nunca te ha querido. Y rezas para querer a alguien que te quiera a ti también, que seáis la misma persona. No quieres tener más sexo como un niño de dieciséis años; quieres hacer el amor como un hombre de verdad.

Él había entendido en esos últimos años que Liz nunca lo había querido realmente, tan solo lo había querido para que la mantuviera. Quería cosas. Su profesión era el Derecho, pero su trabajo era darle la vida que ella quería. Todo lo que ella quería. Ella no le había dado amor, pero sí le había dado hijos. Y al final, el amor que ellos le habían dado significaba mucho más que el amor que podía darle una mujer. Otros hombres vivían sin lujos, sin éxito en el trabajo, sin hijos o buena salud. Él lo tenía todo. Vivía sin amor y sin queja. Se sentía en paz.

Cada uno se buscaba la vida para tener un lugar donde vivir, donde dormir y alguien con quien compartirlo. Pero Frank dormía solo.

Había pasado una hora, y Frank miraba por la ventana cómo los dos chicos cortaban el césped. Lo estaban haciendo realmente bien. Mientras, su hijo estaba sentado en una silla de jardín, firmando camisetas de fútbol.

Algo iba mal en esa estampa.

Muchos padres pensarían que esa era la estampa perfecta. Un hijo *quarterback* famoso, que se acostaba con animadoras y con chicas del instituto. Con un séquito que le cortaban el césped y le limpiaban el coche. Era un sueño. Tanto para el padre como para el hijo. Pero no para Frank. Él sabía lo que la presión le podía hacer pasar al ser humano. Cómo podía llevar a un buen hombre, o a una buena mujer, al límite. Muchos de sus clientes se habían precipitado por la presión de tener éxito en la vida. El mundo de los negocios era un ambiente de alta presión. El de los deportes, aún más. El dopaje entre los deportistas profesionales se había convertido en una práctica generalizada. Bateadores de *home run* que llevan ante los tribunales a los comités del congreso de Estados Unidos y después los condenan por perjurio. Estrellas olímpicas del atletismo que son condenadas y sentenciadas a cárcel. La presión por ganar. La necesidad de hacerlo. De sentirse especial. De creer que están por encima de las normas. Incluso por encima de la ley.

El teléfono de casa sonó. Apretó el botón del altavoz.

—¿Sí? Dígame.

—¿Frank? Soy Scooter.

Supo por la voz de Scooter que no se trataba de una llamada casual.

—Han arrestado otra vez a Bradley Todd.

—¿Por qué?

—Por los mismos cargos: violación y asesinato.

—Eso sería doble enjuiciamiento. Fue absuelto. No pueden arrestarlo por segunda vez por violar y asesinar a la misma chica.

Scooter guardó silencio durante un momento. Suspiró al teléfono.

—Es otra chica, Frank.

Capítulo 13

Frank condujo hasta Austin el domingo por la tarde. Se hospedó en el Hotel Driskill del centro; compró y leyó el periódico local y después fue a la cárcel del condado de Travis. Pidió ver a Bradley Todd y esperó una hora en uno de los cubículos de la zona de visitas, tras la partición de metacrilato. Bradley era entonces la estrella de último año del equipo de baloncesto de la UT. Estaba acusado de la violación y el asesinato de Sarah Barnes, su exprometida. Había sido cuarenta y siete veces acuchillada. El Bradley Todd que apareció al otro lado del metacrilato no era el mismo Bradley Todd al que absolvió el jurado dos años antes. Su mirada había cambiado. Se sentó y agarró el auricular.

—¿Qué pasa, Frank? —No dijo señor Tucker—. ¿Qué? ¿Quieres ganar otro millón de dólares?

Frank se llevó el teléfono a la oreja y puso sobre el cristal la primera página del periódico con la foto de Sarah en portada.

—¿Mataste y violaste a Sarah?

—¿Eres mi abogado?

—Depende de lo que respondas. Pero lo que sea que me respondas seguirá siendo confidencial entre tú y yo.

Asintió con la cabeza.

—¿Por qué?

—Rompió nuestro compromiso hace un año.

—¿Por qué?

—Dijo que estaba harta de todas las tías.

—¿Y?

—Intentaba que se echara atrás. Pero ella no quería.

—¿Qué pasó la noche de su muerte?

—Fui a su apartamento y me la encontré con otro tío. Me puse furioso, se estaba riendo de mí.

—Ella había roto nuestro compromiso, ya no era tu prometida.

—¿Qué coño...? ¿Y qué más da? Ella es mía y siempre lo será. Eso es lo que le dije.

—Así que, ¿la violaste y la mataste?

—Me acosté con ella.

—El sexo sin consentimiento es violación, Bradley.

—Ya nos acostábamos cuando estábamos comprometidos.

—No es algo que puedas hacer siempre que quieras en la vida. ¿Qué pasó después?

—Intentó llamar a la policía.

—Y entonces, ¿la apuñalaste? ¿Cuarenta y siete veces?

Se encogió de hombros.

—Me volví loco.

Como si eso pudiera justificar un homicidio. Se miraron a los ojos a través del metacrilato. Frank no quería hacerle la siguiente pregunta, pero no le quedaba otra.

—¿Violaste y asesinaste a Rachel Truitt hace dos años?

En los ojos de Bradley no se veía el menor atisbo de culpa.

—Sí.

—Me mentiste.

Bradley hizo un gesto de desdén.

—Si te hubiera dicho la verdad, no me habrías defendido.

—¿Y Sarah mintió para protegerte?

—Estábamos comprometidos.

—¿Ella sabía que mataste a Rachel?

—No. Le conté que estaba de fiesta en la Sexta, que era verdad. Pero si ella no hubiera dicho que estuve con ella, el jurado me habría condenado.

—Tendrían que haberlo hecho. Ella cometió perjurio por ti. Y ahora está muerta. Yo te creí, Bradley. Pensé que eras inocente. Y ahora otra chica ha muerto.

—¿Entonces vas a ser mi abogado o no?

—No.

Más tarde aquel mismo día, Frank se emborrachó en el bar del hotel.

Capítulo 14

Seis meses después, el teléfono de Frank sonó. Él respondió.

—¿Señor Tucker? Soy la secretaria judicial. ¿Se encuentra en un atasco? El juez y el jurado lo están esperando.

—Mmm, sí, hay un tráfico horrible. Acabo de aparcar. Llegaré en un momento.

Frank desenroscó la botella de Jim Beam de *bourbon* y dio un largo sorbo. Cerró la botella, cogió su maletín y salió del Ford Expedition.

Dos años antes, el mercado de hipotecas de alto riesgo había colapsado. Hacía un año, un gran jurado federal había condenado a uno de sus clientes por fraude hipotecario. Por hacer exactamente lo mismo que el Gobierno federal quería que hiciera: conceder préstamos hipotecarios. Apoyar el mercado de la propiedad residencial. La economía. El dinero fácil mantenía la economía de la nación en funcionamiento, mantenía el empleo de la población y el mercado de valores en alza. El dinero fácil era bueno para Estados Unidos.

Pero cuando el mercado se desplomó, tuvieron que buscar un cabeza de turco.

A los políticos, los traficantes del dinero fácil, nunca se les castiga; a los agentes hipotecarios, los camellos que pusieron todo en marcha, sí. Sus clientes habían aprobado préstamos hipotecarios a cualquiera que estuviera vivo, aunque estuviera en su último estertor, con la garantía, fe ciega y crédito del Gobierno de Estados Unidos. No se tuvo en cuenta que se tuvieran ingresos o no para pagarlos. Los banqueros de Wall Street sacaban a bolsa las hipotecas con

garantías y luego las vendían a fondos de inversiones, fondos de pensiones o a fondos extranjeros, en definitiva, a cualquier pringado que diera con ellas. Nadie se quejaba mientras los precios del mercado de la propiedad siguieran al alza; pero, por supuesto, todo lo que sube, baja.

El mercado inmobiliario se desplomó.

Los políticos señalaron con el dedo a los grandes bancos antes que los votantes los señalaran a ellos. Pero el Gobierno rescató a los banqueros de Wall Street y así condenó a los agentes hipotecarios. Y entre ellos estaba el cliente de Frank. El juicio había durado dos semanas. El jurado ya tenía un veredicto y Frank llegaba tarde. Corrió hacia la sala del juzgado del edificio federal en el centro de la ciudad de Houston. Se apresuró por el pasillo de la sala y se sentó en la mesa de la defensa. Al juez no le hizo gracia. Asintió con la cabeza al alguacil y desapareció por la puerta. Después regresó con los miembros del jurado detrás de él.

El jurado absolvió a su cliente de todos los cargos.

Después de que el jurado hubiera abandonado la sala y el lugar se vaciara, el juez hizo una seña a Frank para que se aproximara al estrado. Frank se acercó donde estaba el juez.

—Otra exoneración, Frank. Felicidades.

—Gracias, Melvin.

El juez olisqueó algo en el aire; algo que salía del aliento de Frank. Con las prisas se había olvidado de usar su espray bucal después del último trago de Jim Beam.

—Frank, ¿has bebido esta mañana?

Como muchos alcohólicos que no sabían que lo eran, intentó tomárselo en broma.

—¡Dios, Melvin! Bebo todas las mañanas.

—¿Has seguido este caso borracho?

Frank se encogió de hombros:

—Y aun así, gano.

—Has ganado, sí, pero no como lo hacías. Antes no cometías ni un fallo, Frank, pero con este caso te has equivocado más de una vez. Solo has ganado porque el fiscal se ha equivocado todavía más.

El juez lanzó una mirada a Frank Tucker. Había ganado peso. Estaba ruborizado por el *bourbon*. Ya no era el hombre o el abogado que fue.

—Frank, ¿qué diablos te ha pasado?

—Una chica murió.

Melvin dio un suspiro.

—Leí todo lo que pasó. No fue tu culpa, Frank. Es parte de tu trabajo. Puede que tus clientes sean culpables.

El juez cambió la cara, y volvió a su rictus de juicio.

—Frank, te has presentado en un tribunal federal borracho... te has pasado de la raya. Necesitas ayuda. Y tus clientes necesitan un abogado sobrio, aunque seas mejor abogado que los demás, incluso cuando estás ebrio. No me dejas otra opción. Tengo que informar al Colegio de Abogados.

—Melvin, por favor...

—Frank, te retirarán tu licencia de abogacía.

Capítulo 15

Frank Tucker no empezó a beber porque su cliente hubiera violado y asesinado a Rachel Truitt, la primera chica por la que Frank fue a juicio con Bradley Todd. Es un riesgo que corren los abogados cuando aceptan un caso, que su cliente les mienta. Estaba convencido de que Bradley le había contado la verdad. Que era inocente. Que no era un asesino. Que no era un violador. Se equivocó. Cuando decidió representarlo, Bradley sí que había matado y violado a Rachel. No tenía ningún sentimiento de culpa ni sentía ningún remordimiento por su muerte. La muerte de Rachel Truitt no había sucedido cuando él estaba al cargo.

Pero sí por la muerte de la segunda chica.

Sarah Barnes había muerto porque él había conseguido que absolvieran a Bradley Todd en el primer juicio. Su cliente era culpable de haber violado brutalmente y asesinado a una compañera de dieciocho años, pero Frank Tucker había conseguido que lo «descargaran» de todo lo que lo acusaban, tal y como recordaron los periódicos refiriéndose a la absolución de Bradley cuando lo arrestaron por el segundo crimen. Por lo que Bradley Todd no entró en el corredor de la muerte y lo dejaron libre para que pudiera violar y asesinar a otra chica joven, como hizo. Sarah tenía veintiún años. Era la hermana de Ben y Carla. Hija de Gary y Cindy. Una buena chica cristiana. Una chica muerta.

Su rostro atormentaba a Frank Tucker.

Su cara volvía a aparecer en los periódicos, pero esta vez no todo eran alabanzas. El fiscal del distrito, Dick Dorkin, tuvo al fin su venganza. El periódico de Austin había recogido su testimonio: «En una ocasión, Frank Tucker me llamó político fracasado. Puede que lo sea. Pero, al menos, no tengo

las manos manchadas con la sangre de una chica. Al menos tengo la conciencia tranquila. Al menos, me puedo mirar en el espejo cada mañana y saber que no soy responsable de la muerte de Sarah Barnes. Quise meter a Bradley Todd en el corredor de la muerte por la violación y el asesinato de Rachel Truitt. Pero su padre multimillonario pudo permitirse contratar los servicios de Frank Tucker y pagarle un millón de dólares para que se librara de todos los cargos. Y Frank Tucker así lo hizo. Él dejó libre a Bradley Todd para que volviera a matar. Y mató. Frank Tucker obtuvo el veredicto que quería para Bradley Todd hace dos años. Espero que él pueda vivir con su propio veredicto hoy».

No podía.

Se quedó mirando la foto que aparecía en la noticia de hace dos años del periódico. La llevaba siempre consigo. Miraba su foto cada día. Vació otro trago de *whisky* de una vez. Con cuatro tragos, su imagen se disipaba en su cara. Al quinto trago solía caer redondo.

William estaba sentado en la mesa dispuesta sobre el césped artificial del campo cubierto de entrenamiento. El entrenador principal estaba de pie a un lado, su madre al otro. Se suponía que su padre debía estar allí pero, si estuviera, sería igual que si no lo hiciera. Si estaba borracho, habría montado un espectáculo para la televisión nacional. Adornando la mesa, había cinco gorras con emblemas de distintas universidades bordadas: UT, A&M, Notre Dame, USC y Florida. Los cinco últimos finalistas que competían por William Tucker.

«Soy una estrella».

William tenía dieciocho años y estaba a punto de graduarse en el instituto. No había cortado el césped, limpiado su coche ni pasado una semana sin sexo en los últimos dos años. Le encantaba ganar. Había conducido a su equipo directo a su tercer récord de victorias invicto y otro tercer récord de victorias consecutivas en el campeonato de fútbol estatal Class 5A. Medía dos metros de altura, pesaba cien kilos con solo siete por ciento de grasa corporal. Tenía ciento veinte centímetros de contorno de pectorales y ochenta y uno de cadera. Hacía tres repeticiones de cincuenta kilos de *press bank* y cuatro repeticiones de cincuenta de sentadillas con pesas. Corría cuarenta yardas en cuatro coma cuatro segundos. Y tenía una talla cincuenta y dos de pie. Era una bestia, un prodigio de la naturaleza y la promesa universitaria número uno de la nación, y la nación estaba esperando a que decidiera con qué universidad jugaría. Ese día iba a tomar la

decisión, justo una semana antes de graduarse en el instituto y del inicio de las vacaciones de Navidad. En enero, se matricularía en el primer semestre de la universidad, y comenzaría los entrenamientos de fútbol americano.

—Dos minutos —dijo el productor de televisión.

El mundo estaba sumido en la crisis económica de 2008, pero los seguidores del fútbol estadounidense, que era lo mismo que decir todo Estados Unidos, se tomaron un tiempo muerto de su miseria económica para ver el canal de deportes ESPN. El día nacional de la firma era el primer día en el que los casi ya graduados de instituto podían firmar la carta de intención formal para jugar en los equipos de primera división universitaria, con una beca completa de estudios en la universidad de su elección. Todo el caro proceso, que les había consumido muchísimo tiempo, había ya comenzado cuando tenían doce años: los ojeadores ya sabían de ellos cuando aún jugaban en el colegio y trazaban su progreso y condiciones físicas durante todo su paso por el instituto. Las cartas de oferta de miles de aquellos chicos que iban a comenzar su primer año universitario; las visitas a los campus por cientos de ellos; la visita de los entrenadores principales a los más selectos: todo aquello acabaría ese día. Ese día, se triunfaba o se fracasaba. Los analistas deportivos de la televisión por cable iban a puntuar a los fichajes universitarios. ¿Quién ganaría? ¿Quién perdería? ¿Quién había convencido a los mejores jugadores de Estados Unidos para que se convirtieran en estudiantes y deportistas en sus universidades los siguientes cuatro años? Muy pocos deportistas podían compaginar el deporte con sus estudios y apenas algunos lograban aguantar lo suficiente como para graduarse. Los mejores jugadores dejaban la universidad en su segundo o tercer año. La fortuna los esperaba en la NFL.

—Un minuto.

Tenía ante él, apuntándole, una cámara de la NFL. No estaba nervioso. Ya con dieciocho años había dado decenas de entrevistas en directo para programas de televisión local, estatal e, incluso, para canales deportivos nacionales. Su firma iba a ser retransmitida en la televisión nacional por ser el mejor jugador de fútbol de instituto de Estados Unidos. Los canales deportivos de la televisión por cable emitían su programación las veinticuatro horas, todos los días del año; los estadounidenses eran adictos a los deportes. Aunque, casi todos, lo eran al fútbol americano. Fútbol de equipos de instituto, universitario, profesional, incluso juegos virtuales basados en esos partidos. El fútbol se había colado en la imaginación de la nación. Era el deporte estadounidense por excelencia. Lo

inventaron en Estados Unidos y lo jugaban en Estados Unidos. En los campus universitarios de todo el país, en otoño, el fútbol americano traía consigo a alumnos, dinero y, quizá, la gloria del campeonato nacional, mucho más que un profesor ganador del premio Nobel de física. El año después de que Johny Manziel ganara el trofeo Heisman en el A&M de Texas, la universidad recaudó su récord en donaciones con setecientos cuarenta millones de dólares. La firma de un *quarterback* estrella era mucho más importante para el futuro económico de la universidad que la de un profesor famoso.

«Soy especial».

Por tanto, su elección retenía la atención del país. ¿A qué universidad iría? ¿Jugaría como *quarterback* para los Texas Longhorns, los Texas A&M Aggies, los Notre Dame Fighting Irish, los Troyanos de la Universidad del Sur de California o para los Florida Gators? Cada una de esas cinco universidades tenían retransmisiones en directo propias dentro del campus, como las del Comité Olímpico cuando anunciaban la siguiente ciudad que albergaría los Juegos. Entrenadores, estudiantes, jugadores y antiguos alumnos se encontraban delante del televisor. Estados Unidos esperaba su decisión. La decisión de William Tucker de ese día determinaría cuál de esas cinco universidades ¿tendría? una oportunidad de oro para alzarse con el campeonato nacional universitario de fútbol americano los próximos cuatro años. Cuál de ellas cosecharía un año de bonanza de ingresos y beneficios en los partidos amistosos, contratos de televisión, entradas para los partidos, suscripciones a sus retransmisiones y en promoción comercial de productos. A cuál de los departamentos de deportes de esas universidades le haría ganar mucho dinero y a cuáles se lo haría perder. El fútbol universitario era un gran negocio que movía miles de millones de dólares.

—Estamos en directo.

—William Tucker, eres la estrella de instituto del año para todos los ojeadores. Un jugador muy especial. Hoy, vas a ser el héroe de una de estas cinco universidades.

En los cinco monitores que tenía delante, William podía ver la conexión en directo con una multitud de estudiantes, entrenadores y de antiguos alumnos de cada una de las universidades, como los fieles que se aglomeran para saber el nombre del próximo Papa. Con la diferencia de que se podía leer en miles de pancartas sujetas por *sexys* animadoras que alentaba a la multitud: «Te queremos a ti, William Tucker», «Ven a jugar con nosotros, William Tucker» y «Este

cuerpo de estudiantes te quiere, William Tucker».

—William, ¿dónde vas a jugar la próxima temporada universitaria de fútbol?

Hubo un redoble de tambores. De verdad, el programa insertó el efecto del restallido de un redoble de tambores.

—¿Será para Texas, A&M, Notre Dame, USC o Florida?

Todos los campus, en los monitores, guardaron silencio. Los estudiantes juntaron las manos tocándose la cara, como si rezaran. Los entrenadores apretaban los puños como si desearan con ahínco que se decantara por su universidad. Los directores deportivos soñaban con lo que ganarían con los ingresos de la final del campeonato de primera división universitaria. Los antiguos alumnos ya veían cómo su equipo ganaba la final contra sus archirrivaes.

—Voy a llevar mi talento para el fútbol americano a...

William alzó la mano y la pasó por encima de cada una de las gorras por unos segundos, para generar más suspense a los espectadores, después cogió la gorra de la UT y se la puso.

—... Austin, Texas. Jugaré en los Texas Longhorns.

La multitud en el campus de la UT saltó de júbilo. Los estudiantes gritaban. Los entrenadores levantaban los brazos en señal de victoria y se abrazaban. William Tucker iba a ir a Texas.

El resto de multitudes, abatidas, se quedó de piedra de incredulidad. Los entrenadores lanzaban improperios y los estudiantes lloraban. A los directores deportivos y a los antiguos alumnos se les cambió la cara, parecía que les acabaran de diagnosticar un cáncer terminal. William Tucker no iba a jugar en sus equipos.

«Soy William Tucker».

Elizabeth Tucker estuvo en todo momento al lado de su hijo. Las normas de la NCAA, la Asociación Nacional Atlética Universitaria, obligaban a que al menos uno de los progenitores firmara la carta de intención si el jugador era menor de veintiún años. Firmaría como la tutora de William Tucker. Su hijo iba a ser la estrella que ella nunca pudo ser.

Firmó la carta y sonrió a la cámara. Con cuarenta y seis años, y después de algún que otro retoquito, aún era fotogénica. Ya no era la reina de la belleza de la UT que fue con veinticuatro años, pero aún era una mujer atractiva de mediana

edad.

¿Pero era lo bastante guapa?

¿Lo bastante como para que pudiera cazar a un divorciado rico de mediana edad o algún viudo? ¿Un hombre con dinero? Había muchos partidazos en Houston. Muchas mujeres de cuarenta habían puesto a sus maridos de patitas en la calle o se les habían muerto y mantenían una competencia feroz para conseguir a un tío con pasta. A sus cuarenta y seis años, podía aspirar a alguno de cincuenta años, cualquier hombre de su edad se casaría con una adolescente de Houston, alguna guapísima. Aunque ella aún lo era, no podía competir contra algo así. Incluso un hombre con cincuenta podía aspirar a casarse con una de veinte. Quizá tendría que intentarlo con uno de cincuenta y cinco. O establecerse con uno de sesenta. Pero eso era lo que quería, establecer su vida con un hombre con dinero. Porque su marido había llevado a la bancarrota a la familia Tucker.

Dos años atrás, había empezado a beber y no había parado desde entonces.

Porque una chica murió.

Perderían la casa, los coches, el abono del club de campo, la universidad de Becky, a Lupe. Todo. El huracán Ike ya había arrasado la adorada casa de la playa de su marido. Su marido había destrozado su familia. Una vez que se corrió la voz entre la comunidad jurídica de que el gran Frank Tucker era alcohólico, había dejado de ser un referente. Los clientes ricos no contrataban los servicios de un borracho para que los representaran en un juzgado. Y menos cuando su libertad pendiera de un hilo. Ni siquiera aunque ese borracho fuera Frank Tucker. La firma tenía la esperanza de que volviera a ser el que era, pero después de un año, lo despidieron. Entonces la vida de Elizabeth Tucker, la vida que se había esforzado por conseguir los últimos veinticuatro años, iba a serle arrebatada del mismo modo que un carterista arranca con fuerza bruta un bolso Gucci. Lo perdería todo.

Ella pidió y cumplimentó los papeles del divorcio ese mismo día.

William respiró muy hondo, exhaló y subió la barra de *press bank*. Ciento cincuenta kilos. Una, dos, diez veces. Colocó la barra en los soportes y se sentó en el banco. Estaba entrenando en peso libre en la sala de musculación del instituto, que nada tenía que envidiar a muchas salas de las universidades que había visitado para decantarse.

—Así que le dije al entrenador que mi número era el doce, ya sabes, porque

era el número de Joe Namath. Y él me dijo: «Bueno, otro jugador lleva ya ese número, pero está a punto de terminar la universidad, así que el año que viene será tuyo». Y le dije: «Siempre he jugado con el número doce. Es mi número». Y él me dijo: «William, no puedo quitarle el número». Y le dije: «¡Seguro que sí, entrenador! Tan solo pregúntele qué prefiere: llevar el número doce o que me tengan como el *quarterback* del equipo y tengan la posibilidad de ganar el campeonato nacional».

El equipo se rio. Todos, salvo Ronnie. No había recibido ninguna oferta de ningún equipo de la primera división universitaria. Ni de la primera división B. Ni siquiera alguna oferta de segunda división. Su carrera de fútbol americano se había acabado. Jugaba al fútbol desde que era un benjamín hasta el instituto, después de miles de horas de entrenamiento, de levantamiento de peso y simulacros, después de tomar esteroides esos dos últimos años para ganar peso, tan solo pesaba ciento dieciocho kilos, poco para un liniero ofensivo. Ronnie jugaría a fútbol con banderas en pista cubierta en su carrera universitaria. También iría a la UT, como William, pero él vería los partidos desde las gradas.

Se moría de la envidia que le tenía a William Tucker.

—William —dijo Ronnie—, ¿sabes que mi padre es el director del banco que tiene la hipoteca de tu casa?

—¿Y qué?

—Dice que tu padre no paga la hipoteca. Que el banco va a tener que ejecutar la hipoteca. Puede que tu familia se quede en la calle. ¿Sabes lo que les hacen a los holgazanes que no pagan su hipoteca? Les mandan un puñado de matones, echan abajo la puerta y dejan todas sus cosas en la entrada. Es un espectáculo digno de ver. ¿Me pregunto qué se sentirá? Todo por culpa de tu padre, que es un puto borracho.

Todo el mundo se quedó en silencio. Los chicos blancos de clase media odiaban a Ronnie; él también se había cambiado a un instituto público para mejorar su juego, pero esa arriesgada apuesta no había reportado ninguna ganancia. Nadie iría en su ayuda. A los chicos negros les gustan las peleas. Jugaban en la calle y habían crecido riéndose de sus oponentes. Todos esperaban a que William reaccionara, hiciera algo. Se levantó de un salto del banco y se acercó a Ronnie. Sin decir ni la más mínima palabra, le pegó un puñetazo en la cara tan fuerte que se desplomó de rodillas y aquella mole de ciento veinte kilos cayó fulminado al suelo.

—¿Todavía te preguntas qué se sentirá, Ronnie?

Becky Tucker estaba sentada en la cama de su dormitorio de la Universidad de Wellesley, a las afueras de Boston. Acababa de ver a su hermano por la televisión nacional. Le parecía algo sacado fuera de lo real. Tenía tan solo dieciocho años y aún iba al instituto. Ella ya tenía veinte y llevaba tres años en la universidad. Había sacado las mejores notas en sus dos primeros años y el primer semestre de ese año. En unos días comenzarían las vacaciones de Navidad. La administración de la universidad le había mandado un correo electrónico aquella misma mañana. Aún no había pagado la matrícula del primer semestre. Llamó a su padre. Después de muchos intentos, le cogió el teléfono. Su voz sonaba como si estuviera mareado. Ella sabía por qué.

—Papá, ¿estás despierto?

Era mediodía en Texas.

—Mmm, sí, cariño, estoy despierto. Algo así.

Ella le explicó la situación del pago del semestre.

—¡Oh! Mmm... vale, vale...

—Papá, no tengo por qué estudiar en Wellesley. Puedo recoger todas mis cosas y volver a casa. Puedo terminar la universidad en la UT o en la A&M, en una universidad pública, en alguna más cerca de casa, para ahorrar dinero.

—No lo sé... puede que...

Se había quedado frito. Oía cómo roncaba.

—¡Papá! —Empezó a llorar—. No fue tu culpa, papá.

* * *

William entró por la puerta de atrás y se encontró a su padre dormido en el sofá del salón. Solo llevaba el albornoz. No se había duchado ni afeitado. El teléfono, una botella vacía de *whisky* y Rusty estaban junto a él en el suelo.

Su padre era un puto alcohólico.

Becky se había largado a Boston; él se marcharía a Austin. William se graduaría antes de tiempo en el instituto para matricularse un semestre antes en la UT. La Universidad de Texas, como todos los centros neurálgicos de los equipos de fútbol, matriculaba a sus estrellas un semestre antes, en el semestre de primavera, para que se aclimatara a la vida del campus, donde, por supuesto, no todos eran novatos de diecisiete años; muchos habían estado un año o dos

preparándose, tenían diecinueve años y podían participar en los entrenamientos de primavera. Aprendían cómo funcionaba todo. Se entrenaban durante el verano en Austin y, de ese modo, estaban listos para comenzar a jugar en otoño. El camino de William Tucker hacia la NFL comenzaba en tres semanas.

Su vida familiar se acabaría en tres semanas.

Estaba contento de que fuera así. Su padre y su madre se pasaban el día peleando, o casi todo el día. Su madre gritaba constantemente a su padre. Ya no iba a la oficina. De hecho, no tenía oficina; el bufete lo había despedido. A su madre la aterraba perder la casa. Que ejecutaran la hipoteca. Que se la embargaran. William iría a la UT pero ¿adonde iría ella? Becky ya se había marchado. William quería hacerlo. La Universidad de Texas era su billete de salida. El fútbol americano. Lo único de lo que dependía su vida. El fútbol siempre lo había acompañado, desde que nació. Su padre se despertó. Se sonó la nariz con la manga del albornoz e intentó sentarse. Vio a William en el salón.

—Hola, William.

Su padre levantó la mano esperando que se la chocara. William ni se molestó en acercarse.

—No has venido a la firma.

—¡Oh! ¡Mierda! ¿Era hoy?

—Sí. Era hoy.

—Lo siento.

Llamaron al timbre de la puerta. William fue hacia allí y la abrió. Un hombre estaba de pie en el porche; tenía unos papeles doblados en sus manos. Se quedó mirando a William.

—¿Frank Tucker?

—Es mi padre.

—¿Está en casa?

—Sí.

—¿Puedo verlo?

—Sí, no sé —dijo William, encogido de hombros.

William dejó que el hombre entrara en el salón y le indicó dónde estaba su padre.

—Es él.

El hombre se acercó.

—¿Frank Tucker?

—Sí.

El hombre tiró los papeles al padre de William. Le dieron en la rodilla y cayeron al suelo.

—Le entrego la documentación en mano.

El hombre se dio la vuelta y se marchó. La puerta principal se cerró de un portazo. William se acercó y recogió los papeles. Los desdobló y leyó la primera línea: «Petición de divorcio».

—¿Qué es eso? —preguntó su padre.

—Mamá te deja.

William dejó los documentos en el regazo de su padre. Se dio la vuelta y comenzó a marcharse, pero se arrepintió a medio camino.

—Tú no mataste a aquella chica, papá. Fue Bradley Todd. Era culpable, y el jurado lo condenó al corredor de la muerte. Tú eres inocente, pero te has condenado a tu propio corredor de la muerte.

William se enjugó las lágrimas que le brotaron de los ojos.

—Nosotros también somos inocentes, papá.

Capítulo 16

William lanzó con ímpetu el balón a D-Quan. Cincuenta yardas campo a través. El balón fue a parar en las manos de su receptor favorito; nunca daba un paso en falso. El entrenador le tiró otro balón a William al campo; dio tres pasos atrás, ancló los pies y lo lanzó con fuerza a Cuz fuera. Perfecto. Otro balón. Otro pase perfecto a Outlaw en una ruta que cruza. Y otro *hitch* maravilloso a *Cowboy*.

William estaba cerca de la perfección más que cualquier otro *quarterback*.

Eran las diez treinta de una mañana de sábado del mes de noviembre en Austin, Texas. El sol brillaba en el estadio y para William Tucker. El equipo estaba entrenando: corriendo, estirando, lanzando, recibiendo, pateando, chutando... la banda comenzó a tocar. Las animadoras salían lanzadas por los aires. Los entusiastas comenzaban a llegar con camisetas, gorras y jerséis de fútbol americano color ocre. Era el día del fútbol americano en Estados Unidos. Era glorioso. Los Longhorns jugarían a mediodía en casa contra los Texas Tech y la televisión nacional lo retransmitiría. Había cámaras desplegadas en puntos estratégicos para capturar toda la acción posible del campo y fuera de él. Captaban siempre, entre jugada y jugada, a las estudiantes más guapas del público, saltando de sus asientos; a los hombres de mediana edad les encantaba ver cómo rebotaban los pechos desde sus casas, y eso hacía que subieran los índices de audiencia. Las estudiantes sabían que para salir por la tele tenían que vestir ropa sugerente.

Y que les botaran las tetas.

Las animadoras del equipo de Texas Tech se contoneaban cuando pasaba William. Lo perseguían con la mirada. Llevaban unos pantalones largos de

uniforme ajustado y una camiseta sin mangas transpirable y cálida que se pegaba a sus cuerpos definidos como una segunda piel. Todas tenían la melena rubia suelta, movidas por la brisa. Él era una estrella, y eso a las chicas les encantaba. No podían evitarlo. Habían crecido soñando con ser las Cenicientas en el baile de instituto, con un príncipe azul que las sacara de la oscuridad y les diera una vida de princesa. Y en ese momento, un alto, atractivo, rico y gran deportista famoso era lo mejor que podrían encontrar, lo más parecido a un príncipe azul. Por eso, William Tucker no tenía que buscar a las chicas. Ellas lo buscaban a él. Él atraía a las animadoras.

—El Dizzy Rooster, en la Sexta. Esta noche. Allí nos vemos.

Ellas soltaron una risita nerviosa. Las miraba a través del campo del equipo visitante. Ya se había acostado con casi todas las animadoras de su universidad, así que se buscaba la forma de llegar a las animadoras de los equipos contra los que jugaba. Tenía veinte años, era estudiante de segundo año de universidad y estaba tocando el cielo con las manos.

—¡Concéntrate, William! —dijo el entrenador Bruce.

Era su entrenador de *quarterback*. Era el mentor personal de William, su confidente, psicólogo deportivo, su mejor amigo y su entrenador. Se pasaban todos los entrenamientos juntos, trabajando las jugadas y planificando los partidos, el nombre de las jugadas y los pases. Llamaba y escribía a William en varias ocasiones al día cuando no estaban entrenando. Siempre le hacía una pregunta de fútbol americano, quería solo controlar a su *quarterback* estrella. Intentaba alejarlo de problemas. Algo que solía siempre empezar con alguna chica y terminar en algún bar de la Sexta.

William solo sonrió e hizo un lanzamiento hacia atrás. El balón parecía que viajara por el aire aún con mayor velocidad. Estaba cuadrado. La adrenalina, la testosterona, las chicas, los partidos... Dios, era fantástico ser joven. Con talento. Guapo. Más grande que el resto. Más fuerte. Más rápido. La primera vez que pisó el campo el año pasado, ya era el mejor *quarterback* universitario del país. Había sido finalista del trofeo Heisman la temporada pasada; era el favorito ese año. Tras siete partidos, su equipo seguía invicto, y con un William Tucker completando todos ellos a un nivel insuperable. No se podía permitir jugar un mal partido. Un mal partido y se despediría del Heisman esa temporada; una derrota y su equipo se descolgaría de la contienda del campeonato nacional. Pero él no tenía partidos malos. Siempre tenía partidos buenos, partidos buenísimos.

Era genial ser William Tucker.

—¡William!

—¿Qué?

El entrenador Bruce asintió con la cabeza y se encaminó a la banda de su equipo. William se dio la vuelta y miró hacia donde se dirigía. Allí estaba su padre, trastabillando. Borracho. Se tropezó con una bolsa de deporte del suelo y se cayó al césped.

—Mierda.

William pasó el balón a Bruce y corrió hasta donde estaba. Su padre levantó la mano esperando que se la chocara pero, en su lugar, William le ayudó a levantarse como si fuera un saco de plumas. Tenía tan solo cincuenta y tres años, pero parecía un anciano.

—Hola, William —dijo balbuceando, dándole un abrazo a William.

El aliento de su padre apestaba a *whisky*, como otros padres apestaban a loción de afeitado.

—Papá, por favor. Me estoy preparando para el partido.

—Solo quería desearte suerte.

Las palabras apenas se distinguían de un balbuceo. Le había dado mucho a la botella después del divorcio. Después de que su madre lo dejara. Después de que lo perdiera todo.

Todo por culpa de una chica muerta. Todo porque se culpaba a sí mismo. El jurado había condenado a muerte a Bradley Todd. Pero Frank Tucker se había condenado a un destino peor: a vivir sin el perdón. Uno de los encargados del equipo de los jugadores se acercó. William le tendió la mano.

—Bennie, lleva a mi padre a una *suite* del estadio, dale un café y algo para que coma.

Bennie asintió.

—Papá, ve con Bennie. Él se ocupará de ti.

—Vale. Te veré después del partido, hijo.

Bennie cogió por los brazos a su padre y lo guio, como un enfermero que ayuda a un anciano. William miró cómo su padre se marchaba tambaleándose, pero se dio media vuelta hacia el campo. Todos habían parado de hacer lo que estaban haciendo. Todos los jugadores y entrenadores llevaban un buen rato mirando el momento incómodo que estaba pasando William. Después, de manera abrupta, volvieron a hacer lo que estaban haciendo. Como si acabaran de ver descarrilar un tren.

Su padre estaba borracho.

Se podía decir que Joe Namath había sido el mejor *quarterback* de todos los tiempos. Fue sin duda el más célebre. Fue en los años sesenta cuando jugaba en los New York Jets. Fue la primera estrella del deporte famosa. La prensa lo había bautizado como «Broadway Joe». Era joven, apuesto y con talento. Lanzaba pases en el campo, y las mujeres se le lanzaban a los brazos fuera de él. Era un hombre de los pies a la cabeza y un seductor para las mujeres. Lo tenía todo. Pero también innumerables lesiones de rodilla. El dolor lo acompañó en cada partido en casi toda su carrera. Comenzó a beber para mitigar ese dolor. Cuando se retiró, era ya un alcohólico. Joe tocó fondo en 2003, cuando apareció borracho en un partido honorífico de los Jets y le imploró a una reportera durante una entrevista en la banda que le diera un beso. En la televisión nacional. Todo Estados Unidos sintió vergüenza ajena de Joe.

Tal y como en ese momento todo el equipo lo sentía por él.

Corrió de vuelta hacia el entrenador Bruce y los receptores. El entrenador lanzó el balón a William. Él gritó: «¡Hut!». D-Quan corrió campo a través hacia la banda, haciendo un *square out* de catorce yardas. William dio tres pasos para atrás, ancló los pies y lanzó el balón.

Pasó a tres metros, sobre la cabeza de D-Quan.

A William le interceptaron cinco pases en aquel partido. Hizo dos *fumbles*. Dos balones que perdió, que cayeron al suelo. Los Longhorns iban perdiendo 28-21 pero aún le quedaban 2:03 minutos en el marcador. William dio unos pasos atrás para dar un pase, pero se abrió un hueco en mitad del campo, por lo que corrió. Veloz. Diez yardas. Veinte. Treinta. Un *touchdown* empataría el partido. Aún podían ganar en la prórroga. Aún podían seguir invictos. Aún podían seguir en la lucha por el campeonato nacional. Aún podía seguir siendo el favorito para el Heisman. Ya veía la zona de anotación.

No veía al *strong safety*.

El *strong safety* corría a toda velocidad, a treinta y cinco kilómetros por hora cuando sus cien kilos impactaron de lleno contra el casco de William desde uno de sus lados con la fuerza de un tren de mercancías. El cerebro de William se estampó contra el lado izquierdo de su cráneo y rebotó contra el derecho, lo que causó a William un traumatismo craneoencefálico. Una contusión cerebral. Una conmoción cerebral. William no recordaba nada después del golpe. La cabeza le daba vueltas y le pitaban los oídos. Estaba tendido boca arriba en el césped.

Tenía la visión borrosa y no veía más que figuras borrosas de pie a su lado.

—¿William? ¿William? ¿Estás bien?

—¿Papá?

—Mierda. Vamos a levantarlo y a llevarlo al banquillo.

Lo alzaron del suelo. Dos que no adivinó a reconocer cogieron a William por los hombros, uno a cada lado. Lo soltaron en la banda. El público vociferaba de enfado. Lo sentaron en el banquillo. Alguien se puso delante y lo miró fijamente a la cara.

—William, soy Bruce.

—Puedo jugar.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿Dónde estás?

—En Dallas.

—¿En qué equipo juegas?

—En los *Cowboys*.

—¿Contra quién estás jugando?

—Contra los Giants.

—¿Cómo te llamas?

—Troy.

William se dobló hacia delante y vomitó. Escuchó una voz distinta por encima de él.

—¿Puede volver al campo?

—No —respondió el entrenador Bruce—. Puede que haya sufrido una contusión cerebral. Cree que juega en los *Cowboys* contra los Giants.

—¿Se cree que es Roger Staubach?

—No, se cree que es Troy Aikman.

—Bien. Si cree que es Romo, lo sacaré del partido. Que vuelva al juego.

William saltó otra vez al campo y perdió el balón en la siguiente jugada.

Frank Tucker estaba otra vez sobrio cuando llegó a urgencias del hospital de Austin en el centro de la ciudad. Se quedó, de pie, en la puerta de la habitación de su hijo. William estaba descansando sobre la cama, tenía un vendaje en el codo izquierdo. Un entrenador y una enfermera estaban con él, uno a cada lado de la cama. Ninguno reparó en Frank. Tenían los ojos absortos en la televisión

que colgaba sobre una de las paredes. Estaba puesto el canal de deportes. Dos analistas deportivos estaban sentados detrás de una mesa de la «sala de control en el día del fútbol universitario» en Nueva York. Estaban analizando a toro pasado el partido de la UT contra los Tech en Austin, Texas.

—El equipo de Texas ha sufrido hoy una derrota humillante —dijo uno de los analistas.

—William Tucker ha jugado un partido bochornoso. Los Longhorns han perdido toda oportunidad de alzarse con el campeonato nacional y William Tucker ha perdido su mejor oportunidad para ganar el trofeo Heisman de este año. La temporada de los Longhorns ha terminado hoy con el peor partido que jamás ha jugado William Tucker. Tres *fumbles* y cinco intercepciones. Hoy, casi nadie ama a William Tucker en Austin. Dios, ha jugado un partido horrible.

—Es difícil concentrarse en el partido si de repente aparece tu padre apestando a alcohol para verlo.

Emitieron imágenes de Frank antes del partido, tropezando con la bolsa de deporte y cayendo al suelo... cómo William corría para ayudarlo... cómo el encargado del equipo acompañó a Frank fuera del campo.

—¿Qué situación tan embarazosa! Con un padre así, ¿quién necesita oponentes?

William apartó la mirada del televisor y vio a Frank. El entrenador y el enfermero siguieron su mirada, se miraron el uno al otro y salieron de la habitación, pasando a su lado sin levantar la vista del suelo o articular palabra. Frank entró en la habitación. Su hijo parecía estar completamente consternado. ¿Qué podía un padre decir en un momento así?

—El siguiente partido irá mejor, hijo.

Eso precisamente no era lo mejor que se podría decir. Su hijo lo miró fijamente.

—Te has destrozado papá, has destrozado a Becky, has destrozado a mamá... y ahora estás intentando destrozarme a mí. Pero no me vas a arrastrar contigo, papá. Vete. Y no vuelvas. No quiero verte nunca más en mi vida.

Su hijo se secó las lágrimas de la cara.

—Soy un ganador, papá. Y tú no eres más que un puto perdedor.

PRESENTE

Capítulo 17

Existen dos tipos de hombres que llegan a Rockport: pescadores o perdedores. Frank Tucker no pescaba. Él bebía. *Whisky*. *Vodka*. *Cerveza*. Casi cualquier cosa que tuviera alcohol. Todos los días. Todo el día. Toda la noche. Hasta que se dormía.

Solo entonces encontraba la paz de su pasado.

Frank abrió los ojos, después apartó la vista de los rayos de sol que se colaban por la ventana abierta. El presente lo golpeó; todavía no estaba del todo consciente para recordar el pasado que lo atormentaba. La cara de la chica que lo perseguía. Su voz suplicante mientras Bradley Todd la violaba. Sus gritos. Cómo él la apuñalaba. Cuarenta y siete veces. Su llanto antes de morir. Su último aliento con vida. No, todavía le quedaba un tiempo precioso para no pensar en Sarah Barnes. Se limpió la baba que le caía de la boca y tiritó de frío de la brisa marina. Se había quedado vestido otra vez con la ropa puesta, con unos pantalones cortos y una camiseta. Rusty le había quitado la manta. Otra vez.

El perro ladró.

A Frank le latía la cabeza con fuerza, como olas que rompen en un dique. Solo que no había ningún dique en el tramo de la playa arenosa del golfo de México. Rockport era un pequeño pueblo de pescadores en la costa de Texas, a medio camino de Galveston y Brownsville, pero muy lejos de River Oaks. Había caído bajo. Había comenzado a caer y no había parado hasta que tocó la arena. Con la cara. Borracho. Se había quedado inconsciente en la playa hacía dos años y nunca se había marchado de allí.

Como tampoco dejó nunca de beber.

Es lo que haces cuando se desmorona tu vida. Cuando todo por lo que habías trabajado en los últimos treinta años se evapora de repente de tu existencia. Cuando tu mujer te deja por otro hombre, rico y sobrio. Cuando tus hijos ya no te responden a las llamadas al ver que eres tú quien los llama. Cuando el Colegio de Abogados te retira la licencia de abogacía por presentarte ebrio en un juicio. Tres veces. Cuando un hombre invierte todo lo que tiene, todo lo que es y todo lo que será, en su familia; y después su familia, de la noche a la mañana, desaparece de su vida como un carterista roba, con sigilo, una cartera por la calle. Lo dejaron a la deriva en un mundo hostil. Se había convertido en un náufrago.

Y bebía.

El lema de la ciudad era: «Rockport: una ciudad de bebedores con un problema con la pesca».

Frank dio una bocanada de aire salado. Estaba corriendo por la playa con Rusty. Aún llevaba la misma ropa. Iban los dos descalzos. Hubo un tiempo en el que corría ocho kilómetros cada día, ya fuera en cinta en el club de campo del centro o por River Oaks los fines de semana; pero en ese momento parecía que correr tan solo dos kilómetros era demasiado para su cuerpo. Eso era lo que le pasaba al cuerpo de un borracho de cincuenta y cinco años.

Paró en seco y vomitó.

Escupió los restos de bilis que le quedaban en la boca y se extendió mirando al sol. Era su desintoxicación cada mañana. Se acercó a las olas, se bajó la cremallera y empezó a mear. Delante de Dios y de todos, salvo que no había nadie allí que pudiera verlo. Tan solo algunas gaviotas fueron testigos de ese acto de indecencia pública, y no abrirían el pico. Rusty y él caminaron los últimos seis kilómetros hasta llegar al espigón de rocas que sobresalía dentro del mar y luego anduvieron los últimos doscientos metros que les quedaban. Las olas golpeaban las rocas, mojando al perro y al hombre. Él miraba fijamente la inmensidad del océano, que no acababa.

Si eso no era el fin del mundo, estaba muy cerca de él.

—¿Dónde coño está el champú?

Frank palpó el fondo con los pies: rocas, madera, piedras, otra roca...

—¡Mierda!

Aquello no era una roca. Levantó la pierna hasta la cintura, donde el agua era

cristalina. Un cangrejo le había pellizcado el dedo gordo del pie y no lo soltaba. Frank tiró del crustáceo hasta que se liberó de él y lo tiró contra las olas. Buscó a tientas con el pie la botella de plástico otra vez hasta que la encontró y se sumergió bajo el agua a por el champú. Se echó en la mano y se enjabonó el pelo enmarañado. Se duchaba en el golfo de México todas las mañanas porque el agua del mar estaba más caliente que la de su ducha. Se le había estropeado el calentador de agua y no podía permitirse uno nuevo. Se aclaró el pelo y se enjabonó el cuerpo. Había ganado peso. Una dieta a base de líquidos causaba esos estragos en un hombre de mediana edad.

Frank miró su casa de la playa, justo a los pies de donde acababa la marea alta. El viento del mar había hecho que la estructura de madera se inclinara hacia el suelo. Hacía que pareciera que se iba a venir abajo en cualquier momento. Una fuerte ráfaga puede que terminara el trabajo. El bungalow de setenta y cinco metros cuadrados (sonaba mucho más romántico que «la chabola»), se había pagado con los honorarios de su último caso. Había seguido el caso borracho, y aun así lo habían absuelto. Su cliente estaba feliz, pero el juez no tanto, lo denunció al Colegio de Abogados. Fue el tercer juez que lo hizo. *Strike* tres y Frank Tucker estaba eliminado. Su licencia fue de inmediato suspendida a la espera de que tuviera una terapia por el abuso de sustancias y rehabilitación.

Tras dos años, seguía a la espera.

Algún día, llegaría un promotor inmobiliario y construiría un bloque de apartamentos a lo largo de la playa, y el gobierno de la ciudad declararía su bungalow inhabitable para que pudieran construir apartamentos para los *yuppies* de Houston o para los refugiados de Matamoros. Pero hasta que ese día llegara, el bungalow seguiría siendo el hogar de Frank Tucker. Y el de Rusty. El perro solo se bañaba una vez a la semana, así que mientras Frank se bañaba se dedicaba a perseguir a las gaviotas por la playa. Se sumergió en el mar para enjuagarse el pelo y el cuerpo. Otro cangrejo le pinzó esta vez el culo; ¿o fue el mismo cangrejo? Todos eran iguales. Frank cogió el bote del champú y se levantó. Se enjugó el agua de los ojos, se peinó el pelo con los dedos hacia atrás y salió del mar hacia la arena. Una pareja canosa con gafas de sol que le cubrían casi toda la cara se habían acercado paseando hasta esa parte de la playa, peinando la zona blandiendo detectores de metales. Más turistas que venían a buscar tesoros perdidos de los españoles. Buena suerte con eso. Frank pasó a su lado; retrocedieron como si hubieran visto un fantasma.

—Buenos días —dijo Frank.

Se quedaron sin palabras. No en el buen sentido, creyó él. Debían de ser de Dallas. Eso o que nunca habían visto a un hombre mayor desnudo.

—Hemos dado un buen paseo, Rusty. Necesitamos recobrar fuerzas, proteínas.

Frank llenó el cuenco de Rusty con comida especial alta en proteínas antes de prepararse el desayuno. Primero se preparó el café. Luego se puso manos a la obra con la licuadora. Dentro del vaso, echó una cucharada de proteína de suero de leche con sabor a vainilla, microfiltrado e hidrolizado con intercambio de iones... un vaso de arándanos orgánicos congelados... un vaso de fresas orgánicas congeladas... un plátano orgánico entero... un vaso de leche de almendras orgánica sin azúcares añadidos... dos vasos de yogur griego desnatado sin grasa... y un chorreón de vodka. El desayuno de los campeones. Encendió la licuadora y mezcló todo el mejunje, después se lo bebió directamente del vaso de la máquina. Caminó los pocos pasos que le separaban de la pequeña televisión y la encendió. La imagen no llegaba bien, así que se levantó para ajustar las antenas que sobresalían por encima del televisor. Encontró el programa matinal Today y se sentó en su sitio favorito, aunque fuera una silla raída. Good Morning, America, en la ABC, era demasiado alegre para verlo tan temprano por la mañana y el programa matinal de la CBS demasiado aburrido, así que se conformó con el Today. Le gustaba Al. Le daba largos sorbos al espeso batido mientras ponían un vídeo breve de Buzz Bissinger, el autor del libro *Friday Night Lights: A Town, a Team, and a Dream* y padre de tres hijos, que había confesado en GQ que era adicto a la ropa Gucci: pantalones de cuero de cinco mil dólares y chaquetas de cuero de veintidós mil. Se ponía lencería de mujer, maquillaje y tacones de aguja de quince centímetros y había hecho, además, sus pinitos dentro del BDSM. Joder, se podría haber callado todo eso. El tío había escrito un puto libro sobre el fútbol americano de Texas, de la que luego hicieron una puta película y una puta serie de televisión; todo sobre fútbol americano en Texas. Pero había obligado a sus hijos a que sintieran esa vergüenza por los medios de comunicación de todo el país. Por supuesto, eso le hizo a Frank que se sintiera de alguna manera mejor consigo mismo: él tan solo había avergonzado a su hijo apareciendo borracho como una cuba en uno de sus partidos que se retransmitía por la televisión nacional. Dejó el vaso de la licuadora en el suelo de tablones de madera, al lado de la silla. La fruta y las

proteínas le dieron energía vigorizante al cuerpo, pero el vodka hizo que...
Se quedó dormido, sentado en la silla.

Rusty ladró para despertarlo. El sol brillaba a través de la ventana que daba al este. Aún era por la mañana. Lo que significaba que tenía que salir para hacer pis o...

—¿Tenemos una cita o algo?

Rusty ejercía, además, de secretaria. Frank se frotó los ojos y se esforzó por levantarse de la silla. Enjuagó una taza y se echó café. Luego salió. Un hombre joven trajeado estaba sentado en una silla de plástico del porche. Se quedó de pie, le tendió la mano y la sacudió.

—Hola, Frank.

—¿Qué tal estás, Ted?

—No del todo bien.

—Bueno, hablemos de eso en mi despacho.

Ted se sacó los zapatos, se quitó los calcetines y se arremangó los pantalones. Se dejó la chaqueta y la corbata puestas; un abogado no podía estar del todo informal. Salieron a pasear por la arena y dieron la vuelta a Galveston. Rusty salió corriendo para limpiar la playa de gaviotas. El primer abogado había aparecido seis meses después de que Frank llegara a Rockport. Se había corrido la voz con rapidez por toda la costa de que el gran Frank Tucker vivía ahora en Rockport. Ya no ejercía la abogacía, pero aún le consultaban abogados que sí lo hacían.

—Los abogados de la acusación son todos unos capullos —dijo Ted.

—Eso es redundante.

—¿Qué?

—Lo que has dicho, que los abogados son unos capullos. Es lo mismo que decir que los abogados son abogados o que los capullos son unos capullos.

—¿Qué?

—No importa. ¿Qué ha hecho?

—Retener pruebas exculpatórias... creo.

—No sería la primera vez, ni la última.

Ted era un abogado penalista defensor en la ciudad de Corpus Christi, a cincuenta kilómetros de la costa. Defendía el caso de un ciudadano mexicano de diecisiete años contra un complot federal de drogas y cargos de asesinato. Un

agente encubierto de la DEA, la agencia estadounidense de la Administración de Cumplimiento de Leyes sobre las Drogas, había sido asesinado en una redada de compra y captación de droga que había salido mal. Con la frontera de la guerra antidroga invadiendo cada vez más el norte, a través del río, ese era un caso de gran repercusión cargado de emociones. Ted tenía treinta y dos y ese era el caso más importante al que estaba haciendo frente en su joven carrera. Ejercía solo; no tenía ningún socio con experiencia que lo aconsejara. Por lo que iba a ver a Frank. A menudo.

—Pero el juez ha desestimado todas las mociones que he presentado para forzar a que se descubrieran las pruebas.

—¿Por qué?

—Mataron a su hijo hace cinco años. Fue de viaje a México durante las vacaciones de verano, no volvió. La policía mexicana dijo que intentó pillar droga por allí, un cártel se lo cargó.

—Y crees que la muerte de su hijo hace que el juez esté en contra de tu cliente mexicano, un presunto miembro de un cártel y un asesino.

—Parece que sí.

Caminaron en silencio por la arena mojada donde la marea alta había dejado conchas, camarones y pescados fuera del agua. Rusty volvió con un palo; Frank lo lanzó con un balanceo lateral, y el perro corrió tras él.

—Mi cliente no está teniendo un juicio justo, Frank.

—Tu trabajo es garantizar que lo tenga.

—¿Qué debería hacer?

—¿Es inocente?

—Sí, es inocente.

—¿Estás seguro?

Ted asintió.

—Es tan solo un chico que estaba en el sitio equivocado en el momento equivocado. Lo único que quiere es volver de una puta vez a México.

—Presenta una moción de recusación.

Ted miró a Frank como si le hubiera aconsejado que nadara hasta Cancún.

—¿Quieres que le pida a un juez federal que lo aparten de un caso? Mierda, Frank, es el único juez federal de Corpus. Podría acabar con mi carrera.

—Podría mandar a un chico inocente a prisión.

Ted se paró y cogió una concha de la arena. La tiró al mar.

—¿Es lo que tú harías, Frank?

—Sí.

—Aunque fuera mexicano.

—Aunque fuera cualquier otro.

—¿Por qué?

—Porque eso hacen los abogados. Defender a gente inocente.

Ted hundió sus pies en la arena un momento y después miró a Frank.

—Frank, no quiero sonar irrespetuoso, pero por defender a inocentes es por lo que estás aquí, en esta playa.

—No, Ted, defender a un culpable fue lo que me trajo a esta playa.

Caminaron un rato más antes de volver al bungalow donde lo esperaba otro hombre en traje, sentado en el porche, tenía los zapatos y los calcetines quitados y los pantalones arremangados. Ted le pagó a Frank cincuenta dólares. En Houston, le habría cobrado mil dólares la hora.

—Gracias, Frank.

Ted llegó hasta su coche, pero se dio media vuelta.

—¡Eh! Frank. Espero que tu hijo gane el gran partido de hoy en Dallas. Odio a los de Oklahoma.

* * *

Frank Tucker era un hombre de familia. Aunque no tenía familia. Su mujer se había divorciado de él y se había vuelto a casar con un hombre adinerado. Era, ahora, la señora de Dale Joiner; un petrolero cuya mujer había muerto de cáncer de mama. Liz tenía cincuenta; Dale, setenta. Pero era multimillonario, lo que le reducía la edad considerablemente.

Su hija había vuelto a casa desde Wellesley y terminó sus estudios en una universidad pública. Becky era profesora de inglés en un colegio público de Houston. Nunca había necesitado a su padre, pero conducía hasta allí una vez al mes para pasar la tarde con un hombre mayor en la playa. Él veía la decepción en sus ojos.

Llevaba dos años sin ver a su hijo.

Ni siquiera habían hablado. O escrito un correo electrónico, un mensaje o una llamada. Antes de que su contrato de móvil se caducara. Frank lo había llamado muchísimas veces a la semana y le había dejado muchos mensajes. Incluso lo había llamado a cobro revertido —la factura del teléfono había

vencido— desde el viejo teléfono fijo del bungalow. Pero su hijo nunca le había devuelto las llamadas.

William Tucker no necesitaba a su padre.

¿Y quién lo culpaba? Su padre se había presentado borracho en uno de sus más grandes partidos, que resultó ser el peor de todos. Había prohibido a su padre que volviera a su vida. Pero Frank Tucker lo había seguido de cerca a través de su hija y conocía su carrera deportiva gracias a las secciones de deporte de los medios. ¿Qué padre no haría algo así? William había ganado el trofeo Heisman en su primer año universitario y sería una apuesta ganadora en su último año. Había llevado a su equipo a una racha de victorias interminable. Tan solo le quedaban cuatro partidos en la temporada, pero a efectos prácticos, el partido contra Oklahoma decidiría el campeonato nacional. Frank encendió la televisión, buscó entre los canales hasta que dio con el partido y después ajustó las antenas para verlo con nitidez. La cámara apuntó al número doce, que corría por el campo. Rusty ladró.

—Sí, es nuestro niño.

Parecía que era ayer cuando William todavía era su niño. Cuando tenía doce años y lanzaba balones en el jardín trasero, soñando con ser *quarterback* profesional. Creía que tenía el mejor padre del mundo. Esos son los momentos que los padres recuerdan y luego lamentan que no duraran más tiempo y terminaran. Lo entristecía que aquel chico de doce años hubiese crecido y fuera ya todo un hombre. Que ya no fuese su niño.

Que nunca más pensara que era el mejor padre del mundo.

Pero había crecido. Y aquel chico que lo abrazaba cuando volvía a casa después de estar varios días fuera con un juicio, el que iba a los partidos universitarios y se sentaba con él en la grada, el que quería pasar tiempo junto a él, el que estaba orgulloso de su padre, el que creía que era su modelo a seguir, había cambiado. Cuando tenía doce años, quería que fuera mejor persona de lo que él era. Cuando cumple veintidós y se da cuenta de que no su padre no es mejor que él, ya no le quedan más motivos para que sea su modelo. Ya no lo veía como un héroe, sino como una persona más. Con sus defectos, fallos, debilidades y miedos. Y había seguido adelante con su vida. Se había alejado. Y su vida se había quedado vacía. Sin hijo.

La fama de William había ascendido tanto y tan rápido como había caído la

de Frank. Tenía veintidós años y era tan guapo como un actor de Hollywood. Tenía habilidades deportivas extraordinarias. Era grande, fuerte y rápido. Era el mejor *quarterback* universitario del país y sería el fichaje estrella del *draft* de la NFL en abril. Pronto estaría forrado.

Frank pronto estaría borracho.

Rusty y él vieron el partido. Texas contra Oklahoma, era un partido de máxima rivalidad en el deporte universitario. Los Longhorns contra los Sooners. Ocre contra rojo. Todos los lados de las gradas del estadio Cotton Bowl Stadium en Dallas estaban teñidos con sus respectivos colores. Noventa mil seguidores. Millones de espectadores por la televisión veían a William Tucker jugar. Impecable. Extraordinario. Corrió para dos *touchdowns* y lanzó tres más. Pero Oklahoma había fichado también a sus jugadores en el estado de Texas y habían ido a jugar, así que el partido no acabaría hasta el último cuarto para William y para los Longhorns. Estaban en el último tiempo. Quedaban ocho segundos. Iban perdiendo por cuatro puntos. Quedaban cincuenta y cuatro yardas para la zona de anotación. No habían ensayado ninguna jugada para esos casos. La cámara apuntó a William dentro del *huddle*, planeando y animando a sus compañeros de equipo en la última gran jugada.

El equipo dejó el *huddle* y corrió a la línea de *scrimmage*. William se quedó detrás de la formación y gritó las señales. Un receptor se puso en movimiento a través de la formación. El *center* pasó atrás el balón a William... su receptor corrió por todo el campo... un *linebacker* le placó, pero el *halfback* le paró los pies... giró hacia la derecha, hacia afuera... hacia la banda... ancló los pies... levantó el balón... dio un paso adelante... y lo lanzó a lo largo de toda la banda... a la zona de anotación... a D'Quandrick Simmons... *Touchdown*. Frank saltó de la silla.

—¡Sí!

Levantó la pata de Rusty para que le chocara y se echó para atrás en la silla. Eso era casi la perfección. Su hijo era un bellezón en el campo de fútbol. Hacía ocho años, el primer ojeador, ¿cómo era su nombre? ¿Sam Jenkins? Tuvo razón después de todo: William Tucker había nacido para jugar al fútbol. Era especial. Pero se había equivocado en una cosa. Aunque Frank había seguido sus consejos al pie de la letra: el instituto público, el entrenador personal, el nutricionista, el campamento para *quarterbacks*, el entrenador para su velocidad... su hijo lo odiaba.

Los seguidores se abalanzaron al campo y rodearon a William. Levantó los

brazos en el aire. En su cara se veía la alegría, pura, de la perfección. El cámara de televisión enfocó su cara y la reportera le gritó una pregunta sobre todo el griterío que se había formado. Su hijo no se estaba colgando el mérito. En su lugar, se lo daba a los entrenadores, a sus compañeros de equipo, a sus amigos y a Dios.

A más de seiscientos kilómetros, Frank se sintió orgulloso. Su hijo se había convertido en un joven íntegro. Modesto. Respetado. No era el típico deportista famoso. Era el joven del que todo padre estaría orgulloso. Pero William Tucker lo había conseguido sin la ayuda de su padre.

Frank Tucker no se había sentido nunca tan inútil.

Frank se despertó otra vez por los ladridos de Rusty. El sol brillaba y se colaba por la ventana este, alargando la sombra de todo lo que encontraba a su paso.

—¿Otra cita?

Rusty dejó caer una bola de golf sobre el regazo de Frank.

—¡Ah! ¿Es la hora del golf?

Frank Tucker colocó una bola Pro-V-One sobre un *tee*, la elección de los golfistas profesionales. Una bola de golf de cuatro dólares. Se puso el último guante que le quedaba en la mano izquierda, uno de cuero FootJoy Cabretta. Sacó su palo *driver* de la bolsa de golf y le quitó la funda protectora. Era un hierro 11 Titleist D210 con un mango rígido Diamana Whiteboard, que haría que la bola no se desviara por el viento, una de las dificultades de jugar en la playa, por supuesto. El mar le quedaba a la derecha y el viento se movía hacia el mar, así que tenía que hacer un tiro *draw*. Se dio la vuelta a la gorra y se ajustó las gafas de sol que tenía atadas con un cordón rojo al cuello. Se acercó a la bola, ajustó la posición de los pies, colocó el *driver* al lado, se balanceó e hizo un *swing*. La bola salió disparada del *tee* hacia el cielo azul y cayó al mar donde se quedó flotando en un momento de intriga... hasta que el viento la devolvió hasta la mitad de la pista de golf improvisada.

Rusty ladró como si aprobara el golpe y corrió hacia la bola.

Muchos de los exclusivos clubs de campo no permitían que sus socios jugaran descalzos o que perros sirvieran como *caddies*. Pero como Frank era el socio fundador de aquel selecto club, podía jugar sin zapatos y con un *caddie* canino. Cogió la lata de cerveza y la bolsa con siete palos de golf dentro: había

pensado que no era necesario para su club de playa que se jugara con los catorce palos reglamentarios; solo llevaba los palos *wedge* para la arena; y se la colgó al hombro. Sentía la arena mojada y fresca en los pies descalzos. La playa no era como el campo de golf del club de campo de River Oaks, pero no tenía que pagar una cuota mensual. Y podía además pasear.

Todavía le quedaban cuatrocientos metros. Tenía que seguir. No podías caminar mucho por las calles de aquel campo de golf improvisado. Rusty montaba guardia para que ninguna gaviota hambrienta confundiera una de las bolas con comida. Frank no podía permitirse perder otra bola Pro-V-One. Tan solo le quedaba un puñado de ellas. Era el único recuerdo que le quedaba de cuando vivía en River Oaks.

—¿A cuántos metros está?

Rusty ladró.

—¿Ciento cincuenta?

Frank dejó la bolsa y cogió un puñado de arena. La lanzó al aire y evaluó la brisa marina.

—La bandera mira a la derecha del *green*. Voy a tener que hacer un *slice*, un golpe curvo de izquierda a derecha. ¿Qué crees? ¿Un hierro siete?

Rusty ladró.

—¿Un hierro seis? ¿De verdad?

Dio otro ladrido.

—Bueno, vale, tú eres el *caddie*.

Frank dio un trago a su cerveza, después sacó un hierro seis y se puso en posición para hacer un *slice*. Hizo un *swing*. La bola atravesó el aire y mantuvo su trayectoria hacia el *green*. Golpeó la arena y se quedó allí clavada. En el sitio.

—Los *green* se resisten hoy.

Rusty volvió a ladrar.

—Sí, hiciste bien en aconsejarme un hierro seis.

Un *caddie* siempre quería que se le reconocieran sus méritos. Caminaron hacia el *green*. La arena estaba blanda y mojada; la bola no se movería de donde había aterrizado. Pero para sacarla de allí, tenía que dar un golpe entre conchas y peces muertos. No consideraba que se libraba de obstáculos, era solo parte del campo. Era una regla de su campo. Rusty cavó un pequeño hoyo a cuatro metros de allí.

—Creo que habíamos dicho que estaba más cerca.

Rusty se quedó al lado de su hoyo.

—Bien. Eres un tiquismiquis en cuanto a las normas del golf.

Frank sacó el *putter*, para dirigir la bola al hoyo, de la bolsa. Alineó el hierro y dio un suave golpe a la bola. Rodeó una medusa muerta, pero justo antes de llegar al hoyo, se torció a la izquierda. Rusty ladró.

—¡Eh! ¿Cuántas veces tuvo Nicklaus que sortear a una medusa en los Masters de Golf?

Caminaron hacia el *tee* de salida del segundo hoyo, un par tres. Frank intentaba jugar nueve hoyos cada día. Nunca se sabe, aún se disputaba el torneo del circuito senior. Su plan C. Se entretenía con esos pensamientos mientras golpeaba con un efecto *hook* muy curvo a la izquierda en el hoyo nueve del golfo de México, con el viento en contra. Rusty corrió contra las olas y se zambulló para cogerla, sin conseguirlo. Coño, otra Pro-V-One que perdía. El mar era un obstáculo de agua lateral, por lo que Frank solo tendría una penalización de un golpe. Pero él ya había golpeado con su hierro cuatro y la bola estaba volando por el aire. Cayó en una duna dentro del *green*. Tendría que golpear desde el búnker; sacó un palo *wedge* lleno de arena y se inclinó. Hizo dos *putts*. Un puto doble *bogey*, porque dio golpes de más. Su *caddie* supo que debía mantener el hocico cerrado.

—Volvamos a la Casa Club. Es el momento de tomarnos una copa.

El sol se ponía ya en el cielo y transformaba las escasas nubes que se veían en el horizonte en una obra de arte de la naturaleza de colores cálidos, naranjas y amarillos. Los atardeceres siempre le daban esperanza a Frank; había sobrevivido un día más. A la vuelta, cogieron un erizo que se encontraron por el camino, un dólar de arena.

—Nuestra recompensa de hoy, dólares de arena.

Frank dejó caer dos dólares de arena en el montón que había en el centro de la mesa de juego.

—¡Guau! Tenemos a un derrochador entre nosotros esta noche —dijo Dwayne.

Frank solo tenía una pareja de cuatros, pero Dwayne siempre había sido un cabrón para marcarse faroles.

—He tenido un pequeño entrenamiento de abogados hoy —dijo Frank—. Luego, un poco de Jim Beam.

No tenía coche, tan solo una Schwinn con una cesta delante. No había leyes

en Texas que impidieran conducir una bicicleta bajo los efectos del alcohol. Antes de que llegaran, cogió la bicicleta para llegar a la tienda de la ciudad y comprar cuatro chuletones y una gran botella de *whisky* para la noche de cartas del sábado. Chuck había hecho a la parrilla los chuletones en la barbacoa portátil Weber, y se encontraban jugando a las cartas y bebiendo *bourbon* en el porche de atrás del bungalow. Todos llevaban puestas gafas: era la maldición de la mediana edad. Dwayne se estaba fumando un puro, Chuck un cigarro y Chico un cigarrillo de marihuana. Frank no podía juzgarlos, él era un borracho, pero se ponía siempre al lado contrario del humo de Chico. Estaba todo iluminado tan solo por una bombilla de sesenta vatios, que arrojaba suficiente luz para ver las cartas. Las canciones de *Phases and Stages* de Willie Nelson se escapaban por la ventana.

—Me gustaba más cuando era joven —dijo Chuck.

—Tiene ochenta —dijo Dwayne—. Ni siquiera estabas vivo cuando él era joven.

Dwayne Gentry tenía cincuenta y cinco y era un antiguo policía de homicidios de Houston. Había nacido y se había criado en Fifth Ward. Era un hombre grande y negro que había sido educado en el Ejército de Estados Unidos. Tras veintidós años de servicio, se había prejubilado. Aunque, en realidad, lo habían expulsado del cuerpo por estar borracho de guardia. Frank lo conocía desde hacía mucho tiempo; era un buen policía. Detenía a los delincuentes. Hacía su trabajo como se debía hacer. Pero cayó bajo por la mujer equivocada. Una mujer blanca casada. Y había caído solo; y cuando estaba en lo más bajo, no pudo volver a levantarse. En lugar de eso, se había dado a la bebida. Era ya un bebedor de los pies a la cabeza cuando Frank empezó a empinar el codo, pero Frank aprendió rápido. Dwayne había llegado a parar en Rockport hacía un año.

—Tu hijo dio un pase que te cagas —dijo Dwayne—. Ganaron en el último minuto a Oklahoma. Se tiene uno que sentir cojonudo.

Chuck Miller estudiaba la grabación de los partidos como si siguiera siendo un entrenador. Era un hombre blanco de cuarenta y nueve años, bajo y fornido. Había crecido en Uvalde y había ganado una beca universitaria de fútbol americano en la SMU, mucho antes que la NCAA incluyera la prohibición de jugar durante un año para la universidad, que se conocía como la «pena capital» en los años ochenta, cuando salió a la luz que los adeptos, entre los que estaba incluso el gobernador de Texas, habían pagado a los jugadores. Chuck había jugado de *strong safety* y era conocido por conducir a su equipo con cabeza; por

tanto, había infligido y había sufrido numerosos traumatismos cerebrales. Había sido un buen jugador, pero no lo suficiente como para que le pagaran en la liga profesional o por los seguidores. Después de que se graduara en la universidad con un grado en fútbol americano, lo contrataron como entrenador de fútbol en un instituto. Pero casi de inmediato se enamoró hasta las trancas de una *majorette* de último curso que tocaba el tambor y tenía diecinueve años. Su madre descubrió el *affair* y lo denunció al director del centro. Se le detuvo por «relación inadecuada entre un educador y una estudiante». Tenía relaciones sexuales con una mujer debajo del límite legal de consentimiento; ante la ley era una mujer mayor de edad que quedaba con hombres mayores que Chuck. Pero no eran pruebas para la defensa a ojos de la acusación. Ella era una estudiante y él era un educador (aunque su abogado defendió que ninguna definición recogía que un entrenador de fútbol formase parte de la comunidad educativa), por lo que se consideraba un delito grave de segundo grado. Para él, no para ella. Era un chico de veintitrés años recién salido de la universidad que acababa de encontrar su primer trabajo. El que también sería su último. El juez le dejó en libertad provisional; el distrito escolar le mandó un aviso de rescisión de contrato. Veintiséis años después, aún albergaba la esperanza y el deseo de que volviera a los partidos. Era muy complicado que te contrataran en Texas después de entrenar a un equipo que perdía una temporada, y mucho más si te habías cepillado a una *majorette*. Nunca volvería a pisar un campo de fútbol. Chuck había acabado en Rockport cinco años antes de que Frank acabara inconsciente boca abajo sobre la arena.

—Daría mi huevo izquierdo por ser tan bueno como tu hijo —dijo Chuck.

—¡Joder! También tendrías que dar el derecho, tampoco es que lo uses demasiado —dijo Dwayne.

Chuck cogió el balón de fútbol americano que siempre llevaba con él e hizo un amago de pase. Llevaba un balón del mismo modo que las viejas llevaban un caniche. Creía que eso lo mantendría concentrado en el deporte.

—¿Sabes lo rico que va a ser tu hijo en unos meses, cuando sea el *quarterback* de los *Cowboys*? Se va a tener que quitar a las tías de Dallas de encima con un palo. Me pregunto si seguirán prohibiendo a los jugadores que salgan con las animadoras. Siempre me ha parecido una regla muy severa.

—Por pensar así, en animadoras, has acabado en esta playa.

—Era una *majorette*.

—Era una estudiante. —Chuck hizo un gesto de desdén.

—Las chicas son mi perdición.

—¿Cuándo fue la última vez que estuviste con una?

—¿En qué sentido?

—Como dice la biblia.

—¿El sexo por teléfono, cuenta?

—¿Esas líneas eróticas en las que tienes que pagar?

—No, sexo real, con otra persona.

—¡Oh! Bueno, eso reduce mucho el círculo. Veamos, hará como once años. No... doce. Creo.

—Las chicas no son tu perdición, Chuck. Las películas que te montas en la cabeza lo son.

—Al menos en mis películas no está casada.

—Mi mujer está casada —dijo Chico—. Pero no conmigo.

Chico Duran tenía cincuenta y dos años y era un exconvicto. Comenzó su carrera delictiva reventando cajeros automáticos y después se pasó al robo de bancos. Al robo electrónico. Nunca le había puesto una pistola en la cabeza a ningún empleado de banca. Se dedicaba a hacer clics con el ratón y transferir cincuenta mil dólares a las Islas Caimán. En trece ocasiones. Chico siempre mantenía que estaba solo dando un palo para dárselo a la clase trabajadora de Estados Unidos.

—El Gobierno ha prestado a los grandes bancos billones de dólares sin ninguna tasa de interés, y estos después nos ponen un treinta por ciento de interés en nuestras tarjetas de crédito. ¿Y eso no es robo a mano armada? ¿Y ellos van a la cárcel? No, ellos no. —Había servido cinco años en una prisión federal. Seguía indignado por su condena aún. Era el que llevaba más tiempo llamando a Rockport como «su hogar».

—Frank, ¿cuánto dinero ganas aconsejando a otros abogados? —preguntó Chico.

—Cincuenta pavos la sesión.

—¿Cómo cuánto al mes?

—Uno bueno, quinientos.

—¿Quinientos? Tío, yo puedo hacer que ganes mil, y no tendrías que estar tratando con abogados.

Lo dijo tal y como si un médico te dijera que no necesitaras un examen rectal en esa misma consulta.

—En negro, sin impuestos, Frank. Todo el mundo está tirando del tren de la

economía del país. Tienes que saltar del tren antes de que todo se vaya a pique.

Chico había encontrado un delito que era más difícil de detectar que el robo de bancos: fraude al seguro médico público. En concreto, conseguía pensiones por incapacidad de maneras fraudulentas. Falsificaba la documentación y ocho semanas después le daban su primer cheque por incapacidad. Empezó hacía cuatro años.

—En dos meses, te tendré en nómina. Un sueldo para toda la vida.

Frank siempre declinaba la oferta de Chico. Aún guardaba la esperanza de que volviera a estar sobrio y recuperara su licencia para ejercer. Un delito por fraude al seguro médico público no adelantaría su meta.

—Pero ¡y lo bonito que es! —dijo Chico—. Mucha gente lo hace. Hay un montón de casos que se pierden en una pila de documentos. Apenas hay posibilidades de que te pillen.

—Apenas.

—No existen garantías en la vida, Frank.

Un expolicía, un exentrenador, un exconvicto y un exabogado. Todos los exalgo allí reunidos. Cuatro náufragos a la deriva en un duro y despiadado mundo. Cada uno era un perdedor en su propia vida. Todos habían tenido la oportunidad de joderse la vida, alguno más que otro. Cada uno había sacado partido a sus oportunidades. Todos soñaban con recuperar su vida, pero en ese momento, los soñadores y los perdedores eran lo que más se parecían a sus familias.

—Panamá —dijo Dwayne.

Chuck y Chico dieron un resoplido. Dwayne estaba siempre buscando otra ciudad en el extranjero donde vivir en la que le durara más su pensión de policía. Chuck y Chico no dijeron nada; sabían que no tenían que darle alas. Pero a Frank le divertía ver a Dwayne hacer números.

—¿Panamá? —preguntó Frank.

—Sí. Su divisa también son los dólares americanos, pero valen muchísimo menos. Allí se puede vivir como un rey. Todo es baratísimo. Una casa, la comida, el *whisky*... —dijo con el puro en los dedos—. Los puros no te cuestan ni un duro allí. Es como volver a vivir en los cincuenta.

—¿Te quieres ir a vivir a Panamá?

—Quiero vivir en algún lugar que me pueda permitir. Joder, me vine aquí pensando que sería más barato que la vida en Houston, pero si todo el mundo se viene a vivir aquí, el precio del *whisky* se pondrá por las nubes.

—Si buscas un lugar barato —dijo Chuck—, ¿por qué no te vas a Camboya?
A comer arroz y pescado.

—No tienen televisión por cable.

Chuck refunfuñó.

—¿Y perderme el canal de deportes ESPN? Eso sería más que un buen motivo para no ir.

—Pero si metes todo tu dinero en un banco de Panamá —dijo Frank—, puede que no esté allí mañana. No tienen garantía de depósito, y todos los gobiernos de esos países son como el de Grecia: cualquier día se levantan y se enteran de que el Gobierno les ha intervenido el diez por ciento de las cuentas bancarias de todo el país.

Dwayne negó con la cabeza.

—No te llevas tu dinero al país, Frank. Lo dejas aquí. No voy a llevar mi dinero a un paraíso fiscal. Soy yo el que se va a ir al paraíso.

—¿Te vas al paraíso?

—Sí. Mira, los tíos ricos como Mitt Romney se quedan aquí, pero tienen todo su dinero en un paraíso fiscal. Pobre de nosotros, que dejamos nuestro dinero aquí y somos nosotros los que nos vamos al paraíso.

Sonaba como si fuese hasta racional. Dwayne desplegó sus cartas sobre la mesa.

—Lo acabo de perder todo.

Se levantó y bajó su pequeña linternita LED como si estuviera apuntando con un arma a un sospechoso. La tenue luz del bungalow no iluminaba toda la oscuridad de la playa.

—Voy a tener que escarbar en busca de más de esos erizos, esos dólares de arena.

Se acercó hacia la playa cuando un teléfono sonó. Frank y Chuck ni se inmutaron porque no tenían teléfonos móviles. Dwayne y Chico miraron los suyos.

—No es el mío.

—Ni el mío.

Sonó otra vez.

—Suena dentro —dijo Dwayne—, no sabía que aún tenías línea de teléfono, Frank.

—Yo tampoco lo sabía. Pensé que me la habían cortado por impago.

Sonó una vez más. Frank no se inmutó y no parecía querer coger la llamada,

pero Dwayne ya estaba de pie. Entró en el bungalow y encontró el teléfono. Respondió a la llamada.

—Casa de Tucker.

No dijo nada durante un momento.

—¿En la cárcel? ¿Solo una llamada?

Regresó al porche con una expresión extraña en la cara.

—Frank... es tu hijo.

Capítulo 18

El sargento sentado detrás del mostrador olisqueaba como un perro de caza buscando a su presa, después miró a los cuatro hombres a los ojos, como si fueran sospechosos.

—Oléis peor que una destilería. ¿Habéis bebido?

Era la tarde del día siguiente. Esa misma mañana, se habían apilado como habían podido en el todoterreno cuatro por cuatro de Chico y habían conducido trescientos kilómetros en dirección a Austin. Cuatro borrachos metidos en un coche tres horas y media. ¿Quién estaría sobrio?

—Estamos borrachos, sargento —dijo Frank—. Así que sí, hemos bebido.

Señaló a Chico.

—Bueno, huele a maría.

El sargento miró a Chico por encima de las gafas. Chico, colocado, sonrió sin saber qué decir.

—¿No eres ya un poquito mayor para eso, pinche? No porque te hayas dejado una coletilla eres Willie Nelson.

El sargento se entretenía él solo, riéndose de sus propios chistes. Habían aparcado en la Décima, delante de los antiguos juzgados en el centro de la ciudad. Caminaron por la plaza entre todas las cámaras con los logos de canales de deportes de la televisión por cable y no de cadenas de programas de noticias; bullía un ambiente casi festivo. A nadie le parecía importar sus ropas de playa. Su presencia no atraía la atención mediática. En ese momento se encontraban de pie delante de la recepción, en la entrada de la cárcel del condado de Travis; el sargento estaba de pie al otro lado del mostrador. En su placa se leía: «Sargento

Murphy». Su pelo pelirrojo y su cara irlandesa decía a gritos que tampoco le hacía ascos a las bebidas con alcohol.

—Solo el abogado.

Frank se dio la vuelta hacia los demás: Dwayne, con un puro sin encender entre los dientes; Chuck, que sostenía un balón de fútbol; y Chico, comiendo Cheetos. Luego se volvió a dar la vuelta hacia el sargento.

—Son parte de la defensa.

El sargento no pudo ocultar su cara de sorpresa.

—¿Equipo legal? Parecen los Beach Boys en su concierto de reunión de tras cincuenta años.

Se volvió a reír de su propio chascarrillo.

—Chicos, erais muy buenos. *Dead Man's Curve* es mi canción favorita.

—Esa canción era de Jand and Den —dijo Frank—. No de los Beach Boys.

—¡Ah! ¿Sí? —refunfuñó el sargento—. ¡Ah! Joder, es domingo, está esto vacío. Pasad.

Con un gesto de mano, les dijo a todos que lo siguieran, pero, mirando al balón de Chuck, empezó a negar con la cabeza.

—No te lo va a firmar. Yo quería que me firmara uno para mi hijo, le prometí que no lo pondría a la venta en eBay; me mandó a tomar por saco.

Se dio la vuelta hacia Frank:

—Tu hijo es un capullo integral, pero juega de puta madre al fútbol americano.

—El blanquito va a jugar con los reclusos de Huntsville en lugar de hacerlo para los *Cowboys* de Dallas. En lugar de marcar *touchdowns* va a marcar matrículas de coches en el trabajo de prisión. Le van a pagar dos dólares la hora en vez de doscientos millones. Va a...

—Si no te callas la boca, te voy a partir la cara.

Los otros «invitados» de la cárcel del condado de Travis se quedaron en silencio. El chico negro, bocazas, lo miró como si alguien le hubiera dicho que su padre era blanco.

—¿Qué? ¿Qué has dicho?

—¿Eres tonto o estás sordo?

William se encontraba en una de las esquinas del calabozo. El otro tío estaba sentado en la esquina opuesta con sus amigos pandilleros. Se levantó y puso los

pies sobre el suelo de hormigón y se acercó con paso tranquilo, vacilón y chulo hacia donde estaba William. Era esbelto y tenía músculos, era un matón de barrio. William era más grande, más fuerte y más joven.

—¿Qué has dicho?

—Te he dicho que como no te calles la puta boca te voy a dar una paliza.

—¿Tú? ¿Un blanquito que está fuerte?

—Lo bastante como para partirte la boca, colega.

—¿Colega?

Al tío se le escapó una sonrisa. Pero no porque pensara que lo que había dicho William fuera gracioso. William había convivido con chicos negros de barrio los últimos cuatro años (como todas las grandes universidades con equipos de élite de fútbol americano, la Universidad de Texas fichaba jugadores negros de las ciudades del interior de Houston y Dallas para asegurar las victorias de los partidos de temporada). William sabía todo lo que tenía que saber de cómo comportarse con los negros de barrio y cómo se comportaban ellos. En la calle no hay normas, solo hay cazadores y presas. Lo primero que siempre hacían era forzar una sonrisita y una risa...

Él rio.

Se dan la vuelta para mirar a sus hermanos y levantan la mano, como diciendo: ¿qué se supone que tengo que hacer con este blanquito tan gilipollas?

Se dio la vuelta para mirar a los otros presos negros y levantó la mano.

Eso lo hacía para que mordieran el anzuelo, y William tuviera una falsa sensación de estar a salvo, pero esa seguridad se evaporaría de forma violenta cuando de repente se diera la vuelta y golpeará al capullo blanquito en la cara. Lo más seguro es que cerrara el puño derecho desde atrás, girara el hombro hacia William y le diera un puñetazo que le dejara la cara del revés...

William le dio un gancho con su enorme puño en el mentón tan fuerte que hasta oyó como el cartílago de la mandíbula crujió tal y como lo hacían los cartílagos de la rodilla cuando se rompían en el campo de fútbol. El tío se había desmayado antes de caer al suelo. William se quedó mirando a sus «hermanos».

—¿Alguno más quiere vacilarme?

—¡William Tucker! —gritó el guardia de prisiones—. Ha llegado tu abogado.

Sentado en la silla de la sala de visitas tras la partición de metacrilato, Frank

sintió un *déja vu*. Como si ya hubiese estado allí antes. Buceaba en las aguas turbias de su mente por el *whisky* hasta que encontró el recuerdo que buscaba. Ya había estado allí antes. En ese mismo cubículo. Delante de Bradley Todd.

Pero no era igual. Su hijo no era Bradley Todd.

Frank no había visto ni hablado con su hijo, salvo por televisión. Cuando el funcionario de prisiones escoltó al recluso vestido con un uniforme de rayas verdes y blancas a la sala de visitas, Frank apenas reconoció a su hijo. Con veinte años, seguía siendo un niño, no obstante, era un niño grande, esbelto y fibroso. Pero con veintidós años, parecía un muñeco de acción: con unos pectorales hinchados, hombros anchos y unos brazos enormes con las venas marcadas que parecían cordones azules. Su cuerpo era tan corpulento que parecía que las costuras del uniforme estaban a punto de estallar y ocupaba todo el espacio de su lado del cubículo. Se quedó de pie. Frank no quería otra cosa que darle un abrazo a su hijo, pero un cristal de metacrilato de más de dos centímetros de grosor se interponía entre padre e hijo. Cogió el auricular de su teléfono y le señaló a su hijo el suyo. William cogió el suyo, se lo acercó y empezó a hablar sin esperar un segundo:

—¡Esto es una puta mierda! ¡No he matado a nadie! ¡Ni he violado a ninguna tía! ¡Estos gilipollas se han equivocado de tío! ¡Soy inocente!

Frank había ido a la cárcel en calidad de padre. Aunque no era el padre de su hijo. No desde hacía seis años. No desde que había empezado a beber; y lo más probable era que no fuera su abogado porque tenía suspendida su licencia de abogacía. El padre que aún quedaba dentro de él sabía que su hijo jamás habría podido cometer tal acto de violencia contra una chica; pero lo poco que le quedaba de abogado tenía la necesidad de formularle aquella pregunta:

—¿Lo hiciste?

Se sintió algo aliviado cuando escuchó a su hijo decir aquellas dos palabras: «Soy inocente». Aquellas palabras apuntaban en una sola dirección: retirada de todos los cargos antes de que se celebrara juicio alguno o que el jurado lo absolviera. Sin embargo: «Soy culpable», habría apuntado en otra dirección completamente distinta: declararse culpable y prisión.

—¡Actúan como si no supieran quién coño soy! No me puedo creer que me hayan dejado aquí toda la noche. ¡Ni siquiera me han dado una celda para mí solo!

Parecía que hablara como si estuviera en un viaje con el equipo en vez de en una cárcel del condado.

—¡Joder! Sácame de aquí.

En ningún momento dijo: «Hola, papá. Me alegra verte después de dos años». Quizá esperaba demasiado. Su hijo estaba en prisión acusado de violación y asesinato. Parecía que le costaba respirar. Tenía manchas de sangre en los nudillos de la mano derecha.

—¿Qué te ha pasado en la mano?

—Una pelea, en el módulo.

—¿Estás bien?

—Esta vez sí, la próxima puede que me tenga que enfrentar a cinco tíos.

William soltó el auricular y caminó de un lado a otro del cubículo. Le corría la adrenalina y la ira a chorros por el cuerpo. Frank le dio un momento para que se calmara. Después de unos minutos, parecía que ya respiraba con normalidad; se sentó de golpe y dio un gran suspiro. La adrenalina seguía apoderada de él, pero su gran cuerpo estaba tranquilo. Frank se inclinó hacia delante, pero su hijo se echó hacia atrás, como si intentara escapar. Pero no tenía adonde ir. Se quedó mirando un buen rato a Frank, luego cogió el auricular.

—Estás mayor.

—Es lo que hace el alcohol al cuerpo.

—¿Lo que hace qué? —dijo Chuck.

Los demás se habían quedado de pie detrás de Frank; solo podían oír lo que decía Frank de la conversación.

—Te hace parecer mayor.

Chuck miró a Chico:

—¿Parezco mayor?

Chico negó con la cabeza:

—Tan solo feo.

William se quedó mirando a Dwayne, Chuck y a Chico.

—¿Quiénes son?

—Tus abogados.

—¿También son unos borrachos?

—Sí.

—Sácame de aquí.

Los periódicos de Austin publicaron que habían fijado la fianza de su hijo en cinco millones de dólares. Su padre era un alcohólico que estaba en la ruina, pero el nuevo marido de su mujer era un multimillonario. Sobrio.

—Lo intentaré.

—Dicen que he matado a una chica. A una animadora de los Tech. Hace dos años.

En los periódicos se leía que habían asesinado a una animadora de los Texas Tech después de un partido que jugaron con UT en Austin, el mismo partido en el que hace dos años Frank había aparecido borracho y había avergonzado a su hijo. Su hijo jugó el peor partido de toda su carrera; después había desterrado a su padre de su vida.

—Soy inocente.

—Lo sé —dijo la parte de padre que quedaba en Frank.

Más de doscientos mil hombres estaban detrás de los barrotes, encerrados, en el estado de Texas. ¿Creían también sus padres que eran inocentes? ¿Creía también el padre de Bradley Todd que su hijo era inocente? Pero no lo era. Frank colocó la portada del periódico con la imagen de la chica muerta sobre el metacrilato. Se llamaba Dee Dee Dunston.

—¿La conocías? —preguntó el abogado que Frank tenía dentro.

Su hijo se acercó y miró con detenimiento la foto. Lentamente, lo negó con la cabeza.

—¿No la reconoces?

—No. No la he visto en mi vida. Lo juro.

—¿La conocía? —preguntó Dwayne.

—No, dice que no la ha visto en su vida. —Cogió nuevamente el auricular para hablar con William—. El periódico dice que la policía encontró tu ADN en su cuerpo.

—¿Cómo? No la conocía, nunca habíamos quedado, no nos habíamos acostado. ¿Cómo pueden tener mi ADN?

Se puede obtener una muestra de ADN de cualquier fluido: saliva, sudor, semen, secreciones, piel...

—¿Por qué tenían una muestra de tu ADN en la base de datos?

—Hace un mes, unos cuantos del equipo salimos de fiesta a la Sexta, un policía se acercó buscando bronca, y la encontró. Nos dijo que nos iba a arrestar por intoxicación pública. Le mandé a tomar por culo. Y me arrestó por resistencia a la autoridad. Me encerró aquí. Pero en cuanto se dieron cuenta de quién era, les firmé un par de autógrafos, me hice unas cuantas fotos con ellos y me dejaron libre. Pero me cogieron una muestra con un bucal.

A cualquier detenido por un delito grave en Texas (y resistencia a la autoridad lo era) se le tomaba una muestra de ADN que incluían en una base de

datos nacional.

—¿Por qué tenían una muestra de su ADN? —preguntó Dwayne.

—Lo arrestaron. Intoxicación pública y resistencia a la autoridad.

Dwayne gruñó.

—Siempre igual.

—Así que tenían tu ADN en la base de datos, y lo emparejaron con un crimen sin resolver —dijo dirigiéndose, otra vez, a su hijo.

—Eso es lo que dijo la policía.

—William, cuéntame todo lo que hiciste aquel día.

Su hijo negó con la cabeza:

—No puedo.

—Hijo, todo lo que me cuentes será confidencial. No soy solo tu padre. Soy tu abogado. Algo así. Ellos trabajan para mí, así que ese privilegio también se les aplica a ellos.

—¿Nos va a pagar? —preguntó Chuck.

—No puedo —dijo William—. Quiero decir, no me acuerdo de lo que pasó.

—¿Por qué no?

—No recuerdo nada de aquel día. Tuve una conmoción cerebral. No me acuerdo de nada de aquel día.

—¿No te acuerdas de nada?

—No. —Se encogió de hombros—. Cada vez que sufría un traumatismo cerebral, ese día, y casi toda la semana siguiente, era como un agujero negro.

—¿Tenía amnesia? —preguntó Chico.

—Conmoción cerebral —le dijo Frank.

—Yo tuve también amnesia después de sufrir un traumatismo —dijo Chuck—. Todavía la tengo.

—¿Quiere alegar amnesia en su defensa? —dijo Dwayne—. Eso no va a funcionar.

—¿Cuántos traumatismos has sufrido? —preguntó por el auricular a su hijo.

—Cuatro o cinco. Puede que siete.

—¿Siete contusiones cerebrales? ¿Y siempre te dejaban seguir jugando?

—No se lo decía a los entrenadores.

—¿Por qué no?

—Porque no me habrían dejado seguir jugando.

—A lo mejor tendrías que haber dejado de jugar.

—A lo mejor, pero a lo mejor también debería dejar de respirar. Soy jugador

de fútbol americano. Es lo que soy. ¿Qué sería de mí si dejara de jugar?

—Mi hijo.

—Eso no me dará un contrato de cien millones de dólares.

No lo haría. Ser el hijo de Frank Tucker no valía mucho en ese mundo. Quizá valiera un poco más que ser el propio Frank Tucker.

—¿Qué es lo que sueles hacer el día de un partido?

—Ese día jugaba un partido, ¿no?

—Sí.

Frank había estado muchísimas veces borracho, pero nunca antes había sufrido una contusión cerebral. Se acordaba del día de aquel partido.

—Me suelo levantar a las ocho, desayuno en el comedor de los deportistas, voy andando al estadio...

Frank se había levantado a las diez aquel día, borracho en un hotel. No uno de cinco estrellas como el Driskill Hotel en el centro de Austin, sino en uno barato delante de la carretera interestatal, no muy lejos del estadio de la UT. Se había quedado inconsciente la noche anterior, dormidito como un bebé; el *whisky* había ahogado todo el ruido del tráfico. Se tomó lo que siempre solía desayunar: zumo de naranja con vodka, con poco zumo de naranja, luego un *brunch* líquido y más tarde otro *brunch* temprano. Estaba demasiado borracho como para conducir, así que se acercó andando al estadio.

Su hijo le había dado una entrada especial en la banda, el *quarterback* estrella podía hacer eso por un padre, por lo que Frank Tucker recibiría un trato VIP, como Matthew McConaughey, y otros antiguos alumnos que hubieran alcanzado la fama. En cuanto entró en el estadio, estaba tan borracho que se tambaleaba. Pero aun así, pensaba que su hijo se alegraría de ver a su padre en la banda del campo. Cuando uno está borracho, se cree esas cosas.

—¿Y qué más?

—Me preparo para el partido. El entrenador me venda los tobillos, me pongo la equipación pero no los protectores, entro al campo y caliente. Estiro, corro, ensayamos pases. Ese fue el partido en el que apareciste, ¿no?

Así era.

Frank Tucker había tropezado y se había caído al campo, borracho, delante de todas las cámaras de televisión, reporteros, personajes famosos, animadoras y de todo el equipo. Se cayó sobre el césped como si le hubiesen hecho un placaje. Lo siguiente que recordaba era que su hijo lo estaba ayudando a levantarse y lo había dejado a buen recaudo con un tal Bennie. Llevó a Frank escaleras arriba a

una *suite* del estadio y le sirvió una hamburguesa y un café. Mucho café. Frank volvía a estar sobrio en el último cuarto del partido cuando William sufrió aquel placaje, casco contra casco. Y la conmoción cerebral.

—Fue el peor partido de mi carrera. Cinco intercepciones.

—¿Te acuerdas?

—Lo leí. No podía soportar ver la grabación. Me costó el Heisman.

—Después del partido, te llevaron al hospital. ¿Te acuerdas?

William negó con la cabeza:

—El entrenador me dijo que me hicieron una resonancia magnética en la cabeza y me suturaron el hombro.

—¿Qué pasó después de que me fuera?

Después de que su hijo le pidiera que se fuera y que ni se le ocurriera volver a aparecer en su vida. Después de que dijera que su padre era un puto perdedor. La verdad duele.

—El entrenador Bruce dijo que me trajeron la cena, me llevó de vuelta a mi dormitorio en la residencia de la universidad y me metió en la cama.

—¿Te quedaste allí toda la noche?

—Seguramente no. Puede que los chicos piensan que me viniera bien un poco de aire fresco.

—¿Quiénes son «los chicos»?

—Entonces puede que fueran *Cowboy* o *Red*.

—¿Son tus mejores amigos?

—Son «los chicos», sin más.

—¿Quién es tu mejor amigo?

Se quedó pensativo un momento.

—El entrenador Bruce, creo.

—¿No tienes novia?

—¿Quieres decir alguien que pueda presentar a mi... hermana?

—Sí, algo así.

—No. Ese tipo de chicas no van detrás de los deportistas. Y no tengo tiempo para comprometerme con nadie en la vida, excepto con el fútbol. No me puedo distraer, me tengo que concentrar en el fútbol. Solo así llegaré a la NFL.

—¿Y qué hay de tu vida?

—El fútbol es mi vida.

Y quizá lo fuera a los veintidós años.

—¿Adonde te llevaron *Cowboy* y *Red*?

—A la Sexta, seguro.

—¿Bebiste algo?

—Seguro.

—En el Dizzy Rooster.

El cuerpo de la víctima había sido encontrado en el callejón de atrás de ese bar.

Su hijo se encogió de hombros.

—Vamos mucho allí. Pero no me acuerdo si fuimos aquella noche.

—¿Estuvo allí? —preguntó Dwayne.

—No se acuerda.

—Eso no va a colar.

Se volvió para seguir hablando con William:

—¿No te acuerdas de nada?

—Cuando sufres una conmoción, estás como en trance días, como en un sueño del que no sabes en qué momento te has despertado.

—¿Cómo pudiste llegar al bar así, en esas condiciones?

—Joder, he jugado partidos enteros así. El cuerpo se pone en piloto automático.

—¿Conociste a esa chica?

—Ya te lo he dicho, no he visto a esa chica en mi vida.

—¿Conociste a alguna otra?

Se encogió de hombros otra vez.

—Seguro. Soy William Tucker. Siempre conozco a alguna. O ellas se acercan para que nos conozcamos.

Era una realidad.

—¿Te acostaste con alguna chica aquella noche?

—No me acuerdo.

—¿Por la conmoción?

—Porque me he acostado con muchísimas chicas en muchísimas noches, todas las que he salido. Incluso sin tener una conmoción, no me acuerdo de con quién me acosté hace dos años.

—¿Qué haces, entras en cualquier bar y eliges con qué tía te quieres acostar?

—¡Guau! —dijo Chuck sorprendido desde atrás.

—Ellas son las que me eligen a mí.

—Te pones siempre condón, ¿verdad?

William negó con la cabeza.

—Nunca uso condones. Nadie lo hace.

—¿No utiliza preservativos? —preguntó Chico—. Tío, está *chalo*.

—Yo no uso condones —dijo Chuck.

—Sí, pero tu mano no te puede pegar ninguna venérea.

—Es verdad.

—¿ETS, sida, embarazo? —dijo Frank a su hijo—. ¿No te suena nada de eso?

—En realidad, no. Pero me fui temprano a la cama aquella noche. Los chicos me llevaron a la residencia.

—¿Volviste a tu habitación? ¿A qué hora?

Los periódicos decían que la chica había sido asesinada entre las doce y las dos de la mañana.

—A eso de la medianoche.

—¿Te acuerdas de eso?

—Los chicos me lo contaron.

—¿A qué hora? —preguntó Dwayne.

—Medianoche.

—Eso nos conviene. No se acuerda de nada menos de que estaba en su dormitorio cuando se cometió el crimen.

—Sácame de aquí —le pidió su hijo—. Tengo partido el sábado.

Frank no tenía las agallas para contarle a su hijo que, para él, la temporada se había acabado.

—Han fijado tu fianza en cinco millones. Intentaré que la reduzcan, pero...

—Llama a mamá. Está en Europa con Dale. Es multimillonario. Dile que necesito dinero para la fianza y para contratar a un abogado.

Frank Tucker era antes el abogado que todo acusado querría contratar.

—¿Tienes su número?

—Lo tengo en mi teléfono móvil. En mi dormitorio. En la residencia de Jester West, habitación cinco veinte uno.

—Puede que la policía lo confiscara cuando hizo el registro.

—¿Han registrado mi dormitorio?

—Es el procedimiento normal de la policía. ¿Tenías algo allí que no debieras tener?

Su hijo hizo un gesto de desdén:

—No.

Padre e hijo se miraron a los ojos a través del metacrilato y de los dos metros

que separaba la partición. Un padre siempre ve a su hijo como el niño de doce años que piensa que su padre es el mejor del mundo; nunca lo ve como el joven de veintidós años que piensa que su padre es un perdedor. Un hombre no puede soportar la realidad. Frank estiró el brazo, extendió la palma de la mano sobre el metacrilato y esperó a que su hijo pusiera la suya en su lado de la partición, que chocaran los cinco en la cárcel. Él se puso en pie.

—Frank, sácame de aquí de una puta vez.

—¿Frank?

—¿Cómo quieres que te llame, papá?

Su hijo colgó el teléfono y le dio la espalda a su padre. Salió de la sala de visitas del lado de los reclusos. Los cuatro hombres que estaban en la parte de las visitas se quedaron quietos como estaban por un largo momento, incómodos, hasta que la voz de Dwayne rompió el silencio.

—No es el tipo de chico al que le coges cariño de inmediato, ¿no?

Capítulo 19

—Entonces, Frank, ¿ya has acabado con tu problema con la bebida?

—No.

Como cada día, había desayunado su batido de proteínas y vodka para empezar el día, se bebió una cerveza en el coche de camino a su cita con el fiscal del distrito del condado de Travis y un chupito de *whisky* justo antes de enfrentarse a él. La última vez que aquellos dos hombres habían estado en la misma sala, fue en la sala del juzgado del piso superior de aquel mismo edificio, en el primer juicio de Bradley Todd, donde el jurado lo había declarado no culpable. Frank había ganado, pero el fiscal del distrito tenía la razón. No le cabía duda de que su acérrimo rival legal de toda la vida le recordaría aquel caso. De ahí, que necesitara un chupito antes de su reencuentro con el fiscal.

Dick Dorkin estaba sentado tras su mesa de escritorio de madera maciza en su despacho del juzgado de Blackwell-Thurman en el cruce de la calle Once con la de San Antonio; el despacho era el apropiado para el político con más poder de todo el condado de Travis, Texas. Llevaba traje y corbata, y no porque viniera de la misa de los domingos. Frank se sentó en la silla de las visitas, enfrente de él. Los chicos ocupaban el sofá pegado a la pared, detrás de Frank. Después de que dejara a su hijo en la cárcel, Frank le había preguntado al sargento que se ocupaba de la recepción quién era el inspector de homicidios que estaba a cargo del caso. Pero el sargento le informó que le habían mandado directamente al despacho del fiscal del distrito. Ya había pasado el caso al gran jurado. Y le habían imputado a William cargos de violación y asesinato.

—Bueno, por lo menos estás moreno, de estar todo el día tirado en la playa.

Frank no llevaba puesto ni traje ni corbata, sino una camiseta y unos vaqueros. Tenía el pelo enmarañado y demasiado largo para un abogado. Llevaba unas gafas de sol colgadas con un cordón al cuello. No llevaba anillo de casado. Pero realmente lucía un buen bronceado.

—Ya he lidiado con estrellitas del deporte antes, Frank, muchas veces, ya lo sabes. Creen que por jugar al baloncesto o al fútbol americano no tienen que cumplir ninguna otra regla que no sea la de su deporte. Pero no existe ninguna excepción legal para los deportistas famosos en el código penal. Tu hijo ya ha tenido algún que otro altercado antes con la ley: intoxicación pública, resistencia a la autoridad, conducir bajo los efectos de sustancias estupefacientes, prostitución...

—¿Prostitución?

El fiscal se encogió de hombros.

—Algunas alumnas se pluriemplean en la Sexta.

Antes, en los años setenta, se corría la voz de que el infame burdel Chicken Ranch en La Grange, a cien kilómetros al sur de Austin, contrataba a las estudiantes de la UT para un musical de Broadway, pero nadie se lo creía. Parecía que aquellos rumores habían llegado a oídos de la calle Sexta.

—... pero él ha jugado siempre la carta de la estrella famosa. Firmaba un par de autógrafos, se hacía algunas fotos y los polis lo dejaban libre. Puede que un Trofeo Heisman consiga que salgas libre por ser un borracho y un gilipollas, incluso si te resistes a la autoridad. Pero no lo conseguirá por un asesinato y una violación.

—Acabo de venir de verle en la cárcel. William jura que nunca ha visto a la víctima, nunca la conoció y nunca mantuvo una relación sexual con ella.

—Todos los acusados mienten, Frank. Como tú ya bien sabes.

Frank sabía que Dick Dorkin lo golpearía con el caso de Bradley Todd como un martillo en una fragua.

—Y que estaba en su dormitorio a medianoche, antes de la hora de la muerte.

—Cuidado con lo que crees saber, Frank.

Como si él supiera algo.

—¿Cómo pudieron sacar su ADN si él no mantuvo relaciones sexuales con la víctima?

—No encontraron su semen. Fue sangre.

—¿Sangre? ¿En la ropa?

—En su piel. Ella peleó con fuerza como para hacerle sangrar. Se

encontraron trazas de sangre en los brazos y los muslos. El ADN no miente. Las personas sí. Es culpable, Frank.

—La sangre no demuestra que sea culpable más allá de la duda razonable.

—Cuéntale eso al jurado. Y después le explicas cómo llegó su sangre al cuerpo de la víctima. Solo hay una forma: contacto físico directo. Como en una violación. Y después la asesinaron. Murió estrangulada.

El fiscal del distrito había ido el domingo para una conferencia de prensa que daría por la tarde; por eso, los medios de comunicación se agolpaban en la plaza. El circo mediático de fuera había desplegado una pantalla plana en uno de los muros. El arresto de William Tucker por violación y asesinato era noticia. Digna de la televisión nacional. Casos así no salían a la luz muy a menudo, por lo que los políticos no podían malgastar esa oportunidad para aparecer ante los focos. Nunca quieras verte envuelto entre un político ambicioso y una cámara de noticias.

—¿No encontraron semen pero se lo acusa de violación?

—Puede que usara preservativo.

—¿Cuántos violadores usan preservativos?

—Pregúntale a tu hijo.

—Él me dijo que nunca usaba.

—¡Ah! Vale, vale. Entonces retiraré todos los cargos.

—¡Vaya! ¡Qué fácil ha sido!

La voz de Chuck resonó desde el sofá, detrás.

—Tío, no ha querido decir eso —dijo Dwayne—. Se llama sarcasmo.

—¡Ah!

El fiscal soltó una carcajada.

—¿De dónde has sacado a estos tíos, Frank? ¿De Alcohólicos Anónimos?

—No creemos en eso —dijo Chuck.

—¿En ser alcohólico?

—En que sea anónimo.

El comentario le provocó otra carcajada al fiscal.

—Son unos cómicos. —Con el ceño fruncido y señalando con el dedo a Chuck—. ¿Por qué se ha traído un balón de fútbol?

Frank no pudo sino encoger tímidamente los hombros antes de seguir preguntándole:

—¿No hubo testigos?

—La única testigo está muerta.

—¿Le tomaron muestras de tejidos de debajo de las uñas?

—No.

—¿Y de saliva?

El fiscal del distrito negó con la cabeza.

—¿Todo lo que tenéis es su sangre?

—¿Todo? Un poco de sangre es una prueba más que suficiente como para condenar a tu hijo.

El fiscal se quedó mirando cómo Frank procesaba toda aquella información: ¿Cómo podían haber encontrado sangre de William en la víctima, pero no su semen?

—Consideraré una propuesta de condena —dijo el fiscal del distrito—. Cadena perpetua.

—Es inocente. Nos veremos en los tribunales, ante un jurado.

El fiscal cogió el mando a distancia y apuntó con él a la tele. Apareció el circo que se había montado fuera. Le subió el volumen. Estaban entrevistando a una mujer de mediana edad, de un gran grupo que se había concentrado.

—Seguí por televisión todo el caso de Casey Anthony.

—¿Por la televisión? —preguntó la reportera.

—Pero esta vez no van a hacer ningún programa ni van a retransmitir el juicio, así que hemos venido hasta aquí.

—¿Programa? ¿Retransmitir? ¿Entiende que es un caso real de asesinato?

—¡Pues claro que sí! Esos son los mejores programas que hacen, de casos reales.

El fiscal del distrito silenció la televisión y miró a Frank.

—De ahí saldrán los miembros del gran jurado. ¿Quieres dejar la vida de tu hijo en sus manos?

No. No quería ni por asomo.

—¿Podemos entrar en su dormitorio de la universidad?

—¿Podemos? —dijo mirando con un gesto de desdén hacia el sofá—. Tú y los «Tres Chiflados», ¿queréis investigar el caso?

—Somos su equipo legal.

—Eso ha sido divertido —dijo el fiscal.

—Entonces, ¿podemos o no ir a su dormitorio?

—Sí, claro. ¿Por qué no? ¡Haced lo que queráis! Los inspectores registraron la habitación y determinaron que no se trataba de la escena del crimen. Y, además, tú eres su padre. —Después de una pausa, continuó—. ¿Eres también su

abogado?

—Va a contratar a otro.

El fiscal del distrito asintió casi sintiendo lástima por Frank. Pero Frank sabía que no lo sentía realmente.

—Debe de ser duro de que ni tu propio hijo quiera que seas su abogado.

—¿Aceptarías rebajar su fianza?

—Está acusado de una brutal violación y de asesinato, su ADN estaba en el cuerpo de la víctima. No podría reducir la fianza ni para mi propio hijo, si lo tuviera. Me presento a la reelección. Mi contrincante republicano me crucificaría. Y, ¿qué pasaría si viola o mata a otra chica, como pasó con Bradley Todd?

—Cinco millones de dólares es una fianza desproporcionada.

—Es un asesinato en primer grado, tiene suerte de que se haya fijado una.

—Se lo solicitaré al juez.

—¿Tú? Querrás decir, el abogado de William, ¿no? Bueno, te deseo buena suerte. El juez Rooney lleva el caso, y también es candidato para la reelección. No puede dejar en la calle a un acusado de violación y asesinato. Tiene que mostrar mano dura contra el crimen, incluso en Austin.

En cuestión de votos, Austin era el hueco azul del donut rojo que representaba Texas.

—Además, Harold no habrá olvidado que dejó libre a Bradley Todd bajo fianza cuando eras su abogado, como ya todos sabemos, porque tú solo defendías a acusados que eran inocentes. Hiciste que pareciera un pardillo, Frank.

—Entonces, será mejor que separes a mi hijo de los presos comunes o no tendrás acusado. Ya se ha metido en una pelea, y a su abogado le encantará preguntarte por qué el sospechoso ha muerto en prisión.

El fiscal reflexionó sobre las consecuencias políticas que podría conllevar todo aquello, luego asintió.

—Está bien. Llamaré a la cárcel, diré que lo transfieran a una celda de aislamiento.

—Quiero el informe policial del caso.

—No tengo por qué entregártelo.

—El abogado de la acusación tiene derecho a tener en su poder todas las pruebas exculpatorias que el Estado posee.

—Es cierto, pero tú no eres su abogado, Frank. Ni siquiera tienes licencia

ahora mismo.

—Soy su padre.

Con cuarenta y cinco años, Dick Dorkin, un bajito, gordinflón y pichacorta. Con cincuenta y cinco, era igual de bajito, estaba igual de gordinflón y seguía siendo un pichacorta. Pero tenía el destino del hijo de Frank en sus manos. Así que Frank intentaba hacer las paces.

—Mira, Dick, sé que hemos tenido nuestras diferencias, pero...

—¿Nuestras diferencias? —El fiscal rio—. Te odio hasta la médula, Frank.

—¿Por qué? ¿Porque te llamé político fracasado? ¿Por Bradley Todd? ¿Por el caso de la senadora?

—Por Liz.

—¿Liz? ¿Qué tiene que ver ella en todo esto?

—Te eligió a ti, y no a mí.

—¿Tú la conocías? ¿Cuando íbamos a la facultad de Derecho?

Asintió.

—¿Le pediste una cita?

Asintió otra vez.

—¿Te rechazó?

Asintió por última vez. Como si aún estuviera dolido porque Liz lo rechazara. Frank casi se partió de la risa. Estaba hablando de infringir una de las leyes del orden natural de hombres y mujeres. Incluso cuando era un joven estudiante de Derecho, Dick Dorkin había sido un número dos de diez del *ranking* de hombres. Un uno era, por ejemplo, el tío de la película *Sling Blade*; pero él no tenía ni la más mínima posibilidad de tener una cita con un número diez como Elizabeth Barton, la reina de la belleza del campus de la UT. Pero nunca había límites para el ego masculino.

—¿Así que todo este rencor de siempre empezó en la facultad? ¿Porque mi exmujer te rechazó?

—¿Ex?

—Se divorció de mí y se volvió a casar con un magnate del petróleo multimillonario —bufó Frank—. Joder, Dick, te hice un favor. Me lo tendrías que estar agradeciendo. Te habrías arruinado manteniéndola.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque me pasó.

El fiscal del distrito miró a Frank a través de la inmensidad maciza de madera. Después de un momento, suspiró.

—Está bien, Frank. Pero encuéntrale ya un abogado, o el juez le designará uno de oficio. El martes a las nueve de la mañana se procederá a la lectura de los cargos.

—Allí estaré.

Frank se levantó y se dirigió a la puerta.

—Y Frank...

Se dio la vuelta.

—... intenta aparecer por allí sobrio.

Capítulo 20

Los cámaras abordaban a cada deportista y estudiante que entraba a la residencia universitaria Beauford H. Jester Center-West de la Universidad de Texas, al norte del campus, en el centro de Austin.

—¿Conoces a William Tucker?

—¿Crees que mató a esa chica?

—¿Cómo se comporta con las demás chicas del campus?

Frank, Dwayne, Chuck y Chico no tenían pinta ni de estudiantes ni de deportistas, así que les dejaron pasar sin que los acribillaran a preguntas. Entraron en el complejo y subieron hasta el quinto piso en el ascensor; allí encontraron la habitación de William. Un trabajador hispano vestido con un uniforme de mantenimiento atornillaba una puerta nueva en su dormitorio.

—Se ve que se tomaron la orden de detención al pie de la «bota» —dijo Dwayne.

No habían precintado la puerta de su dormitorio con cinta policial amarilla en la que se pudiera leer que ese había sido el lugar de un delito. Aunque parecía que ya alguien se había tomado la molestia de hacer saber lo que creía: habían garabateado en su puerta las palabras «violador» y «asesino» como si fuera un grafiti.

—Para ser todo un héroe en el campus, se han pasado siete pueblos —dijo Chico.

—Joder, cuando iba a la SMU los dormitorios no eran mixtos —dijo Chuck.

Algunas chicas ataviadas con minifaldas y otras con mallas ajustadas de licra pasaron contoneándose al lado de los cuatro señores de mediana edad por el

pasillo. Chuck, Chico y Dwayne se quedaron mirando cómo pasaban, embobados, pero unos culos firmes no podían distraer a Frank de su hijo. El trabajador les permitió pasar después de que Frank dijera quién era, gracias a que Chico pudo interpretar todo lo que dijo del inglés al español. Entraron en la habitación y el trabajador cerró la puerta tras ellos. Frank había estado en la habitación de su hijo cuando vivía en casa miles de veces hasta que cumplió los dieciocho años; pero en ese momento sentía como si entrara en la habitación de un extraño. Encontró el interruptor y encendió la luz. Una gran imagen a color de William Tucker en la pared que les quedaba delante les dio la bienvenida al dormitorio. Era una foto en movimiento del número doce realizando un pase en un partido. Era, literalmente, grandioso. Muchas otras fotos de su hijo jugando adornaban el resto de las paredes.

—A tu hijo le gusta mirarse, ¿no? —dijo Dwayne.

—¿Qué estamos buscando? —preguntó Chico.

—Su móvil —respondió Frank—, y pruebas.

—¿De qué?

—De su inocencia.

Se dispersaron por el dormitorio. Chico buscó en el escritorio, Chuck en la cómoda y Dwayne en el armario. La policía ya había efectuado un registro superficial; los cajones estaban sacados de los muebles, vaciados y dejado todo manga por hombro. Pero el crimen se había cometido hacía dos años y no había sido en aquel dormitorio, así que no se molestaron en recoger. Ya tenían todas las pruebas que les hacía falta para acusar a William Tucker: la sangre en el cuerpo de la víctima. Frank había aprendido con el paso de los años que, una vez la policía detiene a un sospechoso, dejan las pesquisas. O si pensaban que lo tenían.

—¡Guau! —soltó Chuck.

Tenía un pequeño tanga negro en una mano y, en la otra, otro pequeño rojo.

—Tiene un montón de tangas. Me pregunto por qué...

—Son como las muescas que hacían los vaqueros en los revólveres cuando mataban a alguien, marcas de guerra —dijo Chico—. ¡Mira! El portátil.

—¿Les hacen ahora muescas a los portátiles?

—Tío, tú has tenido demasiadas conmociones cerebrales en tu vida. Encontré su portátil.

—¡Ah!

—¿La policía no se llevó su ordenador? —preguntó Frank.

—Parece que no.

—¿Me lo puedo llevar? —preguntó Chuck con un balón de fútbol americano en las manos.

—¿Quieres su balón?

—Está firmado.

—¿Quieres un balón firmado por mi hijo?

—Podemos venderlo en eBay —contestó Chico—. Ganaríamos un pastizal.

—¿De verdad?

—¡Te lo garantizo! Un balón firmado por un jugador famoso al que han acusado de asesinato y... lo siento —dijo, titubeando—. He vendido miles de cosas en eBay, y muchas ni siquiera eran mías. Este balón vale su peso en oro.

Frank oía voces que venían de fuera, voces en español del trabajador de mantenimiento y una mujer. La mujer, una chica latinoamericana de mediana edad vestida como una criada de un hotel de lujo, abrió la puerta. Se quedó de piedra cuando vio a los cuatro hombres rebuscando entre todos los cajones y en el armario.

—No pasa nada, no pasa nada —dijo Frank—. Soy el padre de William Tucker.

Seguía petrificada. Chico se acercó a hablar con ella. Le respondió en cuanto él terminó de hablar.

—¿Qué ha dicho?

—Dice que viene a limpiar el dormitorio. Los deportistas tienen servicio de limpieza y de lavandería.

—¿Sabe algo de William?

Chico frunció el ceño.

—¿Qué?

—Mmm, dice que no le gusta nada William.

—Parece que se está creando una opinión general —dijo Dwayne.

—¿Por qué no?

Chico volvió a acercarse a hablar con la mujer. Después se fue y el de mantenimiento cerró la puerta.

—Me ha dicho que es un bestia, un cerdo y que la trata como si fuera su criada particular. Dice que volverá más tarde.

—¿Quién quiere una cerveza? —preguntó Dwayne—. ¿O un Red Bull?

Se agachó y abrió un pequeño refrigerador debajo del escritorio. Estaba lleno de latas de Coors y de Red Bull. Abrió una lata de cerveza.

—No te importa si cojo una —dijo Chuck—. Una cerveza.

—Otra —añadió Chico.

—Puede que así se me quite este dolor de cabeza —dijo Frank.

Dwayne sacó cervezas para el equipo legal. Continuaron con su registro. Todos, menos Chuck. Se desplomó en el sillón reclinable, cogió el mando y apuntó a la pantalla plana que tenía delante en la pared, como si fuera cualquier otra tarde de domingo de fútbol americano. La tele se encendió.

—Joder, tiene suscripción *premium* a todos los canales de deportes del país.

Chuck empezó a pasar canales hasta que dio con los partidos de la NFL, viendo un poco cada uno de ellos.

—Los *Cowboys* contra los *Giants*. A Romo le habían interceptado dos pases en la primera mitad. Los *Cowboys* se han gastado miles de millones de dólares en un estadio, pero cientos nada más en un *quarterback*. Cuando William sea el *quarterback* del equipo van a...

Dwayne le tiró con fuerza una lata de cerveza a Chuck.

—¿¡Qué!?! —Se dio cuenta de lo que había dicho—. ¡Vaya! Lo siento.

—El teléfono móvil.

—¿También se dejaron el móvil? —preguntó Dwayne—. Tío, cuando yo realizaba un registro me llevaba todo lo que no estuviera atornillado, por si acaso.

—Mira el teléfono —dijo Frank.

No hizo falta que se lo pidiera. Ya estaba tecleando los botones y pasando el dedo por la pantalla.

—Esto parece una revista *Playboy*. Hay un montón de tías desnudas. Mucho *sexting*, ya sabéis *sexteo*, sexo por el móvil.

—Siempre he querido hacerlo —dijo Chuck.

—Por favor, no lo hagas —suplicó Dwayne.

—Chico, mira sus contactos —añadió Frank.

—¿A quién busco?

—A mi exmujer.

—Tiene guardado un número en marcación rápida que pone: «Mamá».

—Esa será.

Chico le pasó el teléfono a Frank. Pulsó el botón de llamada y esperó a oír el tono. Pero saltó el buzón de voz. No dejó ningún mensaje. Luego, buscó en los contactos hasta llegar a uno que ponía: «Casa». Después de tres tonos, una voz que le sonaba familiar cogió la llamada:

—Residencia de los Joiner.

—¿Lupe?

—¿Señor Tucker? ¡Oh, Dios mío! Creí que estaba muerto.

—No, solo borracho. Lupe, ¿me puedes pasar con Liz?

—La señora Tucker... que diga, la señora Joiner, está en Polonia.

—¿En Polonia? ¿Qué hace en Polonia?

—Con el señor Joiner en un viaje de negocios.

—¿Tienes su número? Tengo que hablar con ella.

—¿Por lo de William? Lo he visto por la tele.

—Sí, sobre William.

—Espere, déjeme que busque el número de su hotel.

El teléfono enmudeció, por lo que volvió su atención al dormitorio de su hijo. Dwayne tenía experiencia, sabía cómo hacer un registro minucioso.

—¿Has encontrado algo de droga? —preguntó Frank.

—No.

—¿Alcohol? ¿Algo que no sea cerveza?

—No.

—¿Alguna droga para mejorar el rendimiento?

—No. ¿Esteroides o alguna mierda así?

—Con los deportistas nunca se sabe. Si Lance se ponía, cualquiera puede.

—Su estantería parece sacada de un supermercado orgánico de alimentos saludables, lleno de vitaminas, barritas de proteínas y proteínas en polvo. Pero ni rastro de algo para doparse ni de condones.

Lupe volvió a coger el teléfono y le dio el número del Hotel Mamaison Le Regina en Varsovia, donde su mujer y su marido de repuesto se estaban alojando. Frank le dio las gracias a Lupe antes de colgar y hacer una llamada internacional. Él pensaba que su hijo pronto sería lo suficientemente rico como para pagar la llamada. O si entraba en prisión, la compañía telefónica tendría que hacerse cargo. Mientras esperaba que se efectuara la llamada, se reprendió porque ese pensamiento se le pasara por la cabeza. El recepcionista del hotel le respondió en polaco.

—¿Habla inglés? —preguntó Frank.

—Sí, señor, hablo inglés.

—Con la habitación de Elizabeth Tucker... perdón, de Elizabeth Joiner, por favor.

—Un momento, por favor. Le paso la llamada.

Su exmujer respondió tras algunos tonos.

—Hola.

—Soy yo, Liz.

—¿Frank? ¿Qué...? ¿Por qué...?

—¿No has visto las noticias?

—¿Qué noticia?

No sabía nada de lo que le había pasado a William. Al parecer, a los polacos no les importaba que un jugador de fútbol americano hubiera sido acusado de violación y de asesinato. Frank le dio las malas noticias.

—¡Dios mío! ¿Encontraron su sangre? Frank, ¿tú crees que...?

—No.

—¿Qué vas a hacer?

—Lo primero que tenemos que hacer es sacarlo de la cárcel. Necesita dinero para la fianza.

Él no tenía por qué añadir que:

—Y yo estoy en la ruina.

—¿Cuánto necesita?

—Cinco millones. Y un millón más para el abogado.

—Pero si tú eres abogado.

—Necesita un abogado que no tenga la licencia suspendida.

Seis años atrás, Frank Tucker podría haber cubierto la fianza y sacado de ahí a su hijo él mismo. Pero en esos momentos, le tenía que pedir a su mujer que le pidiera a su nuevo marido seis millones de dólares para sacar a su hijo de la cárcel. Al hijo de los dos. Frank nunca había sido el príncipe azul de Liz; tan solo fue su sostén económico. Él le dio todo lo que ella quiso en su vida. Pero cuando no pudo seguir dándole todos los bienes materiales que quería, se buscó a otro que sí pudiera. Al principio estaba sumamente enfadado: le había comprado exactamente todo lo que quiso durante veinticuatro años y después ella le dio la patada tras dos años dándole a la bebida; pero en ese momento se sentía, en realidad, bien con la decisión que ella tomó. Su marido multimillonario se podía permitir pagar la fianza de su hijo y las costas legales del juicio.

—¿Los abogados cobran un millón de dólares?

—La justicia no es barata. Va a ser un juicio de gran repercusión. Se va a montar todo un circo mediático. Tan solo unos cuantos abogados del país aceptarían un caso en un juicio de esta magnitud.

—Creía que la acusación tenía que probar la culpabilidad del acusado.

—Todo el mundo lo cree. Hasta que se dan cuenta de que no y descubren cómo funciona todo esto. ¿Puedes hacer que Dale haga una transferencia lo antes posible? Aquí estamos a domingo. ¿Qué hora es allí?

—Las siete y media.

—¿Está Dale allí?

—Está dormido.

—¡Qué vida más intensa!

—Lo ha sido, estos seis meses.

—Los bancos están cerrados. ¿Podría hacer la transferencia mañana?

Ella no dijo palabra.

—¿Liz, sigues ahí?

—Sí, aquí estoy, Frank... no tenemos tanto dinero.

—¿Dale no es multimillonario?

—Ya no.

—¿Qué ha pasado?

El precio de la gasolina ha caído en picado. De once dólares el lo-que-sea a menos de dos.

Dale Joiner se dedicaba a la extracción de gas natural, en específico gas de esquisto por *fracking*, cuando se patentó la fracturación hidráulica. Texas era el Estado del *fracking* por excelencia en Estados Unidos y Dale uno de los más importantes dueños de empresa en Texas.

—¿Ha perdido mil millones de dólares?

—Dos. Aún tiene gas natural, pero ya no vale lo que valía antes. Ha sido como un derrumbe bursátil. Está intentando aguantar hasta que los precios suban otra vez.

—Podéis hipotecar vuestra casa. Tiene que valer más de seis millones.

—Quince. Pero Dale ya pidió un préstamo participativo para mantener a flote la compañía, para pagar a los empleados y las facturas.

—¿Qué hacéis en Polonia?

—Dale está intentando que el Gobierno le dé un contrato para que pueda hacer *fracking* en el país. Eso lo salvaría.

—No le daría tiempo entonces a sacar a William de la cárcel.

—¿Y tú no puedes representado?

—No con mi licencia suspendida.

Después de que se pasaran unos minutos de charla insustancial, dijo:

—Sí, sigo bebiendo. No, no me he vuelto a casar. —Frank colgó la llamada.

Nadie tenía cinco millones para la fianza. A menos que el juez decidiera reducirla durante la lectura de los cargos, William se quedaría en prisión hasta que hubiera un veredicto. Y no tenían un millón de dólares para un abogado penalista de primera. ¿Quién representaría a su hijo? Su padre había sido una vez el mejor abogado penalista del Estado, puede que del país, pero había decidido ser alcohólico antes que seguir ejerciendo. Su hijo no había precisado de su padre en muchos años; pero en ese momento, cuando realmente le hacía falta, su padre no podía darle lo que más necesitaba: defenderlo de un cargo de asesinato.

—Mirad.

Chuck señaló a la pantalla plana del televisor: en concreto, a la figura del fiscal del distrito del condado de Travis, Dick Dorkin, delante de una aglomeración de micrófonos en la plaza del juzgado. Era la rueda de prensa. Chuck elevó el tono de voz.

—Hoy, hace dos años —dijo el fiscal—, Dee Dee Dunston, una animadora de dieciocho años en su primer año de universidad en la Texas Tech University, llegó a Austin para animar a su equipo de fútbol americano, UT-Tech. Nunca más regresó a Lubbock. Dee Dee fue brutalmente violada y estrangulada hasta la muerte. Encontraron su cuerpo detrás del Dizzy Rooster en la calle Sexta, donde había ido aquella noche. Se encontraron trazas de sangre sobre su cuerpo. Los criminólogos extrajeron el ADN de la muestra de sangre y lo cotejaron con la base de datos, que no arrojó ningún resultado... hasta el mes pasado. La muestra coincidía con la de un deportista famoso. Como definiendo en mi política de casos sin resolver, ordené su arresto. La prueba de ADN coincidía y llevé el caso ante un gran jurado. Acusaron a William Tucker por cargos de violación y asesinato el sábado por la mañana. Anoche, el señor Tucker fue arrestado sin incidentes en su dormitorio. Se emitió una orden judicial de busca y captura aquella misma tarde. El juez ha solicitado fijar una fianza de cinco millones de dólares y mientras tanto está bajo custodia policial recluido en la cárcel del condado de Travis. La lectura de los cargos está fijada a las nueve horas del martes ante el juez Harold Rooney. ¿Alguna pregunta?

Los periodistas comenzaron a gritar sus preguntas:

—¿William ha confesado?

—Todavía no.

—¿Declara que es inocente?

—Por ahora.

—¿Está seguro que William Tucker violó y asesinó a esa chica?

—Estamos seguros que el resultado de ADN es preciso y que la sangre de William Tucker se encontraba sobre el cuerpo de la víctima. Dado que no se ha encontrado más ADN en el cuerpo, estamos seguros de que William Tucker es culpable de asesinato.

—¿Va a pedir la pena de muerte para el acusado?

—Sí.

Los cuatro hombres se quedaron en silencio en el dormitorio del acusado en el campus de la Universidad de Texas. Aquellas tres palabras les cayeron encima como una pesada losa: pena de muerte.

—¡Qué hijo de puta! Eso no me lo dijo —sentenció Frank.

—Podría *hackear* su cuenta bancaria, limpiarla por completo —dijo Chico.

—¿Podemos ir a beber una copa? —preguntó Dwayne—. Alcohol de verdad.

Capítulo 21

—Papi, ¿pena de muerte? Es lo que dicen todas las noticias.

—Becky, tu hermano es inocente. No lo van a condenar, y mucho menos a la pena de muerte.

—También estabas seguro de que Bradley Todd era inocente.

—William es tu hermano.

—Él ya no se parece a mi hermano. Ha cambiado. Cambió cuando se hizo famoso.

Frank terminó de hablar con su hija por teléfono. Estaba mirando la cascada más alta del parque estatal McKinney Falls, al sudeste de Austin, al lado del club de campo Onion Creek. El Onion Creek es un arroyo del río Colorado que transita el sudeste de Austin. Recorre todo el este. El agua fluye sobre formaciones de caliza, lo que crea pequeñas caídas de agua y cascadas que caen sobre diminutas pozas. El parque es un destino muy concurrido en verano cuando se alcanzan casi los 38 grados. Pero no lo era tanto en octubre. La zona de acampada costaba veinte dólares la noche; pero la cerveza y el *whisky* que bebían los cuatro doblaba ese precio. La última vez que tuvo un juicio en Austin, Frank se había hospedado en el hotel de cinco estrellas Driskill en el centro de la ciudad, en la *suite* de setecientos cincuenta dólares la noche con una cama *king size* de matrimonio. Esta vez, dormía en un saco de dormir sobre el suelo.

Lanzó un palo al agua; Rusty corrió a zambullirse para cogerlo. Necesitaba correr tras haberse pasado un día entero dentro de un coche.

—Ya están las hamburguesas —dijo Chuck.

Desde que ganó la barbacoa portátil Weber en un concurso de comida de

perritos calientes en la playa unos años atrás, Chuck se había convertido en un maestro de la parrilla. Veía programas de cocina temáticos de barbacoa; leía libros de recetas a la parrilla. Sabía más de salsa barbacoa y de rociar con su jugo a la carne que ningún otro hombre sobre la faz de la tierra. O eso decía él mismo. Le daba la vuelta a las hamburguesas con la espátula con la mano derecha, mientras que con la izquierda sostenía el balón de fútbol americano firmado por William Tucker. Habían hecho una parada en el supermercado Whole Foods del centro para abastecerse de comida y bebida antes de llegar al parque. Habían llevado consigo la tienda de campaña y el Jim Beam de la playa. Chico y Dwayne estaban sentados en la mesa de picnic. Frank se sentó con ellos y le dio el teléfono de William a Chico. Sobre la mesa, estaba la caja con todo lo que habían podido recoger del registro del dormitorio de William. Chico jugueteaba con el móvil de su hijo; Dwayne le echaba una ojeada al informe del asesinato que el fiscal del distrito les había cedido y hacía anotaciones en su bloc de notas de poli con un rotulador indeleble Sharpie. Fumaba un puro y llevaba puestas sus gafas para leer. Frank se estaba bebiendo una Coors. Se trajeron consigo también todas las cervezas y las barritas de proteínas del dormitorio de William. Chuck tiró platos de papel con las hamburguesas delante de cada uno. Hamburguesas, patatas fritas, cervezas y, de postre, *bourbon*.

—Cinco millones de fianza —dijo Frank—. Si el juez no la baja, se va a tener que quedar en la cárcel hasta que se celebre el juicio. Se va a tirar un par de meses allí, cuando salga no será el mismo.

—Puede que no sea malo del todo —dijo Dwayne—. No es que sea exactamente míster simpatía.

—Podría salir de allí siendo mucho peor.

—Podríamos ayudarlo a que se fugara —sugirió Chico—, y salir pitando hacia Panamá, y vivir como reyes.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Chuck.

—Claro. Pero, por supuesto, tendríamos que ponernos en marcha mientras siga entre rejas en el condado, antes de que lo condenen y lo manden a la penitenciaría estatal de Huntsville. Las cárceles de los condados son como un queso *gruyere*, están llenas de agujeros.

—Tendríamos que haber comprado queso para la hamburguesa —dijo Chuck.

—No hay cárcel del condado que se me resista —dijo Chico.

A lo largo de su carrera delictiva, se había escapado de seis cárceles de

distintos condados. Por tanto, Chico Duran se gustaba tanto a sí mismo como Paul Newman en *La leyenda del indomable*, aunque no se pareciera, físicamente, en nada a él. Lo hacía más a Cheech Marin, con coletilla.

—Creo que deberíamos, a partir de ahora, movernos dentro del margen del sistema de justicia criminal —dijo Frank.

—El sistema es una patraña, Frank, y lo sabes. Dijiste que tu hijo era inocente, ¿cuántos inocentes están entre rejas a día de hoy? ¿Vas a dejar que se pase la vida en la cárcel o que le pongan la inyección por un crimen que no cometió? ¿Solo porque el fiscal del distrito y el juez optan a la reelección?

Frank no sabía lo que haría si William era condenado. ¿Qué hace un padre si el sistema condena por error a un hijo? Le dice: «Lo siento, hijo, el sistema esta vez no ha funcionado, así que tendrás que morir en prisión». Y no sería la primera ni la última vez que no funcionaba en juicios de otros acusados de Texas; en la última década, cincuenta hombres negros habían sido excarcelados cuando las pruebas de ADN habían demostrado su inocencia, algunos tras pasar más de veinte años en prisión. Pero ¿qué pasaba si las pruebas de ADN demostraban su culpabilidad?

—Creo que podemos ganar desde dentro del sistema.

Chico hizo un gesto de desdén.

—Eres caucásico, no creía que pensaras así.

—Bueno, ¿qué hemos encontrado en el dormitorio de William? —preguntó Frank.

—El portátil y su móvil —dijo Chico—. Estoy viendo si puedo llegar a los mensajes de hace dos años.

—Aún no me creo que los polis se dejen lo más importante —añadió Dwayne.

—Y se dejaron mucho —apuntó Chuck.

Cogió de la caja un diminuto tanga de color negro.

—¿Te has traído un tanga?

—Tres.

—¿Por qué?

—Es algo personal, Frank. ¡Ah! También encontré esto.

Chuck sacó otra vez algo de la caja, una foto enmarcada. Frank la cogió y miró la foto en la que salía con su hijo. Era la foto que le hicieron después de un partido, cuando aún iba a la Academia y tan solo tenía doce años. Cuando aún era un niño que soñaba con ser un hombre. El *quarterback* de los *Cowboys*. Una

estrella. Nunca había soñado con ser el acusado de un asesinato y una violación.

—Es inocente —dijo Frank—. Vosotros no lo conocéis como yo. No es capaz de hacer daño a nadie.

—Frank —dijo Dwayne—, voy a hacer de abogado del diablo, pero también pensabas que ese chico, Todd, era inocente. Y te equivocabas.

—No me equivoco con William.

—Que encontraran su sangre en el cuerpo de la víctima, no pinta bien, Frank. No pinta nada bien.

—Mirad, si queréis volver a la playa, no pasa nada.

—¿Te parece que queramos volver a la playa? —le respondió Dwayne—. Pero si vamos a defender a tu hijo, tenemos que ser sinceros los unos con los otros. Decir todo lo que pensamos. Para que no se nos pase nada por alto. —Dio unos golpecitos con el dedo sobre el informe policial del homicidio—. Porque a la acusación no se le pasará nada.

—Bueno, no sé si tu hijo violó y mató a aquella chica —dijo Chico—, pero lo que sí sé es que no querría que se acercara a mis hijas.

Chico protegía la virginidad de sus hijas como el Servicio Secreto protegía al presidente. Lo que no era nada fácil desde que vivían con su madre en Corpus Christi.

—¿Qué has encontrado?

—Algunas conversaciones con sus colegas, hablando de las estudiantes que se les habían abierto de patas, poniéndoles notas del uno al diez y no hablan como te gustaría que hablaran de tu hija —Chico meneó la cabeza de un lado a otro—. Menos mal que encontramos el móvil, Frank, y que estos mensajes no hayan caído en manos del capullo del fiscal del distrito. Al jurado no le habría gustado mucho.

—¿No le habría gustado el fiscal?

—No, tu hijo.

—Lo que ya te he dicho, tu hijo no va ganar el premio a la simpatía, eso está más que claro —dijo Dwayne. Dio una calada, exhaló el humo del puro y miró a Frank—. Así que, ¿cuál es nuestro próximo paso, letrado?

Frank señaló al informe que tenía Dwayne delante.

—William me reconstruyó todo lo que hizo aquel día. Ahora, con el informe policial, podremos reconstruir el último día de vida de la víctima. Comprobar si se cruzaron.

—¿Cuánto te quieres apostar?

Su hijo estaba en prisión, acusado de la violación y del asesinato de una chica de dieciocho años que se llamaba Dee Dee Dunston. Frank se comió la mitad de su hamburguesa y se bebió su cerveza para pasar directamente al postre. Se había jurado mantenerse alejado del alcohol duro, pero le latía la cabeza de dolor. Así que se bebió de un trago el *bourbon*, que no era lo mismo que mitigar el dolor con un ibuprofeno. Pero fue solo uno. Solo un trago. O quizá dos, para que le ayudara a conciliar el sueño. Tenía que dormir para trabajar al día siguiente. Para que pudiera pensar. Pero no se tomaría más de tres, ese era definitivamente su límite.

Cuando la luz del día se comenzara a difuminar con la oscuridad de la noche, el peor día en la vida de Frank Tucker se comenzaría a difuminar con el Jim Beam.

Habían trasladado a William a una celda para él solo. En la otra, la del piso de arriba, se tendría que haber peleado con cada hermano día sí, día también; en esta, apenas tenía suficiente espacio libre en el suelo para poder hacer ejercicio. Había intentado: quinientas flexiones, quinientas sentadillas, cien sentadillas con salto y cien zancadas. Dos veces, pero no se sentía satisfecho. Necesitaba discos de pesas. De cincuenta kilos. Pesas y mancuernas. Necesitaba sentir que la sangre le bombeaba por el cuerpo. Necesitaba llevar sus músculos al máximo. Necesitaba un entrenamiento de verdad. Se tenía que preparar para el gran partido del sábado.

—¡Eh! Tío, ¿quieres hablar?

En el estrecho espacio de la celda no había más que un catre y un retrete. Era tarde; estaba tumbado con los ojos cerrados. Se estaba estrujando el cerebro intentando recordar a esa chica, pero no le ponía ni siquiera cara. Es lo que había hecho durante todo el día. Durante toda la noche. Normalmente era capaz de recordar cada jugada de cada partido, pero no recordaba aquel día. Ni aquella noche. Ni a aquella chica. Había conocido a muchísimas chicas y pasado muchísimas noches en su vida de las que no guardaba recuerdo por culpa del alcohol o de las conmociones. A veces parecía que no conservara ningún recuerdo de la universidad.

—Esto es lo peor de estar en una celda de aislamiento, no puedes hablar con nadie. A mí me gusta hablar.

Por naturaleza, William era un jugador seguro de sí mismo. Pero tenía que admitir que ese giro imprevisto de los acontecimientos en el partido que era su vida: la violación, el asesinato, el ADN y la prisión, había mermado más su

confianza de lo que cinco intercepciones de lanzamientos podrían haberlo hecho. Era como si pudiera sentir cómo cambiaba el impulso de su vida. Casi en veintitrés años, ese impulso lo había llevado a la cima, a toda velocidad. Pero en ese momento, de repente, sentía que el impulso le hacía caer sin control.

—¡Eh! Tú, blanquito.

La solitaria celda estaba sumida en silencio, salvo por la voz que susurraba en la celda de al lado. William suspiró y le respondió entre susurros.

—¿Sí? ¿Qué quieres?

—¿Juegas al fútbol?

—¿No sabes quién soy?

—Aquí no tenemos Twitter, ni nada de eso.

—Sí, soy jugador de fútbol americano.

—Me han dicho que dejaste seco de un golpe a Coco Pop. El negro al que sacudiste.

—¿Así lo llaman, Coco Pop?

—Sí, así lo llamamos porque se pasa todo el día comiendo esos cereales, los Coco Pop. A mí no me gustan, tienen demasiado azúcar. Me gusta más el trigo integral Shredded Wheat con leche fría semidesnatada. La desnatada sabe a agua. Pero claro, uno no viene aquí por la comida.

—Yo no tendría que estar aquí.

—Yo tampoco. Pero ese negrata cabrón me delató.

—¿Coco Pop?

—No, tío. Eugene. Llegó a un acuerdo con el fiscal, le contó que yo maté al madero.

—¿Pero no lo hiciste?

—No, sí lo hice. Pero Eugene se suponía que no se iba a ir de la lengua, no iba a delatarme, por lo que no tendría que estar aquí.

—No la maté.

—¿A quién?

—A esa chica.

—¿Qué chica?

—La animadora.

—¡Ah! Tío, una animadora. ¿Qué te hizo, se tiraba a otros? Esas animadoras, es lo que siempre hacen.

—No, ella no... Quiero decir, no lo sé. No la conocía. Se han equivocado de tío. Soy inocente.

—Eso suena bien. Tú mantente ahí en tus trece, así. Parece que dices la verdad y todo.

—Yo no la maté.

—Mierda, tío. Me lo estoy empezando hasta a creer. Eres bueno, colega, eres realmente bueno. A mí tampoco se me daba mal, lloraba y le decía a todos que era inocente, que no había matado a ese poli. Incluso repitieron el juicio. Pero me condenaron otra vez. Puto jurado de mierda.

—¿Pero lo mataste?

—Joder, pues claro. ¿Iba a dejar que ese puto nenaza de policía infiltrado me diera una paliza? Claro que no. Le disparé a ese hijo de puta justo entre los ojos con mi Glock de nueve milímetros. ¡Bang! Y me lo cargué. Pero el jurado... ellos no me creyeron. ¿Cómo iban a hacerlo? Un pandillero de barrio tatuado y con cara de pocos amigos... Pero un blanquito como tú, puede que se traguen toda esa mierda. Puede que te los lleves de calle y que salgas del juzgado como un hombre libre. Podría pasar.

—¿De verdad?

—No.

El pandillero de la celda contigua se carcajeó.

Capítulo 22

Dee Dee Dunston se levantó a las 6:30 aquella mañana de sábado del 12 de noviembre de 2011. Tenía dieciocho años y era animadora en su primer año en la Universidad Texas Tech en Lubbock, al oeste de Texas. Pero aquella mañana se levantó en la habitación 310 del hotel Omni en Austin, Texas. El equipo de fútbol americano de los Tech, las animadoras, la banda y los seguidores habían viajado seiscientos kilómetros desde Lubbock hasta Austin para disputar el partido contra los Texas Longhorns a las doce de aquel día. Dee Dee Dunston estaba rebotante de la emoción. Nunca había estado en Austin. No sabía que nunca se volvería a ir de allí.

Moriría dieciocho horas después.

Dee Dee Dunston salió de la cama y se metió en la ducha antes de que su compañera de cuarto se despertara. Cissy era una estudiante de segundo año y no le gustaba madrugar; era una chica de ciudad de Forth Worth. Dee Dee era una chica de campo de Sweetwater. Se había criado en un rancho y allí todos los animales y personas se levantaban al amanecer. Llevaba botas, tejanos y sombrero de vaquero. Montaba a caballo, marcaba reses y castraba terneros. Era un vaquero; cualquiera que la llamara vaquera se ganaba un puñetazo en la cara, un puñetazo bien dado. No se maquilló hasta que no fue a la universidad. Nunca se vio como una chica guapa; ningún vaquero lo hacía.

Pero en ese momento se había dado cuenta.

Se secó el pelo, la media melena rubia, y se puso su uniforme de animadora: un top rojo que le quedaba casi a la altura del pecho, una faldita roja que se puso justo debajo del ombligo y que dejaba a la vista de todos su vientre plano, y unos

shorts de licra negra debajo. Se recogió el pelo con un lazo blanco. Formaba parte del equipo de animadoras de la universidad, con otros treinta chicos y chicas más. Actuaban en cada partido de fútbol, pero también competían en torneos universitarios de animadoras. Ya no era como antes. Las animadoras ya no movían los pechos y agitaban pompones. Las animadoras eran gimnastas que practicaban un deporte físico y exigente. Cuando iba al instituto, jugaba al baloncesto, al *softball* y era gimnasta; por eso se unió a las competiciones de animadoras. Se había ganado su puesto en el equipo de los Tech en las pruebas de mayo. Volteretas, mortales, lanzamiento con base, animar el día del partido, todas las jugadas técnicas y la entrevista. Fue como ganar el concurso de belleza *Miss Estados Unidos*, aunque más difícil. Tenía los abdominales marcados, las piernas musculosas y los brazos esbeltos. Las animadoras ya no eran chicas lánguidas. Eran deportistas.

Dee Dee Dunston era una deportista.

—¿Qué hora es?

Salió del baño y vio a Cissy desperezarse.

—Las siete y media. Yo voy a bajar a desayunar.

Sweetwater tenía aproximadamente diez mil habitantes; Lubbock, doscientos cuarenta mil; Austin, un millón. Dee Dee nunca había estado en una ciudad tan grande. Sentía que se había pasado todo el tiempo que estuvo por las calles de Austin con la boca abierta, asombrada. Los edificios tan altos, los sintecho mendigando con la mano extendida, las personas llenas de tatuajes de colores y con *piercings* por todo el cuerpo, los transformistas pavoneándose... Era como el circo, solo que este espectáculo no pasaba debajo de una gran carpa. Pasaba en cada rincón de Austin.

Y volvió a sentir cómo se le abría la boca de asombro cuando pisó el campo de fútbol americano del estadio de la Universidad de Texas. El Mustang Bowl, el estadio del instituto de Sweetwater, tenía seis mil asientos para espectadores; el estadio de los Texas Tech, sesenta mil; y el de la UT, cien mil. Las gradas alcanzaban el cielo azul. Tenían una pantalla gigante en la zona de anotación del sur del campo donde emitían las jugadas del partido.

—¡Qué grande! —dijo Cissy.

—Es increíble —respondió Dee Dee.

—Sí que lo es, mira cómo se mueve.

—Me refería al estadio.

—Yo me refería a él.

—¿Quién?

Cissy, con un gesto de la cabeza, señaló en dirección a la parte del campo donde calentaban los Longhorns. Dee Dee miró en esa dirección.

—William Tucker.

Llevaba los pantalones blancos de su equipación, pero tan solo una camiseta ceñida naranja sin mangas. Se le veía cada músculo de su cuerpo, tenía el pelo largo y rubio y siempre mostraba su gran sonrisa brillante cuando cualquiera lo miraba. Con su voz potente, de hombre, les gritó.

—El Dizzy Rooster en la calle Sexta. Esta noche. No faltes.

Cissy y las otras chicas se rieron entre saltitos. Dee Dee no. Se mantuvo firme en el suelo, como si sus deportivas estuvieran ancladas al suelo. No se movió hasta que Cissy no le dio un tirón del brazo. Había tomado una decisión.

No faltaría. Esa noche, iría al Dizzy Rooster.

En el Dizzy Rooster ponían música en directo los siete días de la semana. Siempre estaba lleno, con la música sonando a todo volumen, con todas las paredes decoradas con logos de cerveza de neón. Era un sitio muy divertido. Las camareras llevaban tutús rojos y rosas, corsés y medias cogidas al muslo con ligeros, lo que explicaba que todos los chicos se apelonaran en la gran barra de bar de madera. Por eso y por las dos chicas que siempre bailaban sobre ella. Dee Dee fue al bar con otras cuatro animadoras de los Tech. Bebieron cerveza. La edad legal para el consumo de alcohol en Texas era a los veintiuno, pero como muchos otros estudiantes universitarios menores de esa edad, Dee Dee tenía dos permisos de conducir distintos: el real, que siempre le entregaba a la policía cuando se lo requerían si sobrepasaba el límite de velocidad en la autopista entre Sweetwater y Lubbock; y el falso, que enseñaba a los porteros de los bares. En ese, su edad era de veintiún años.

Se terminó la cerveza y se pidió otra. Sintió que alguien le tocaba el hombro. Se dio la vuelta lista para decirle a otro jugador de los Techs que se fuera a tomar viento, pero su cara se topó con otra. Otra que no esperaba. Se quedó mirándolo a la cara. La cara que todo Estados Unidos había visto tantísimas veces por televisión. La cara que se veía por todas partes la semana anterior en el campus conforme crecía la expectación día a día por el gran partido que se jugaría en

Texas. La cara de...

William Tucker.

—Ella se defendió, peleó —dijo Dwayne.

Era lunes por la mañana. Habían vuelto sobre los pasos de Dee Dee Dunston hasta el día de su asesinato, basándose en el informe policial del homicidio de hacía dos años: el hotel Omni, el estadio de la UT durante el partido, vuelta al hotel para cenar, fiesta en la Sexta, el Dizzy Rooster... Frank y los demás se encontraban detrás de la escena del crimen en el bar, donde la corta vida de Dee Dee había terminado.

—Los inspectores de antes eran todos unos profesionales —añadió Dwayne—. Le siguieron la pista minuto a minuto ese día. Hasta el bar. El último lugar en el que había sido vista viva aproximadamente a la medianoche. Salió por la puerta de atrás. Por voluntad propia.

—¿Qué significa eso? —preguntó Chuck.

—Significa que no la sacaron a rastras. Se fue por voluntad propia. Y la única razón por la que saldría por su propio pie con el asesino, solo puede ser una: sexo. Sexo consentido que pasó a ser sexo duro y después a sexo con violencia. Suele pasar. El callejón al que daba la puerta de atrás del bar era inhóspito y oscuro; no era el lugar donde debería acabar la vida de una chica joven. Donde no debería acabar ninguna vida.

—La hora de la muerte se fijó entre las doce y las dos de la madrugada —dijo Dwayne—. La causa de la muerte fue por estrangulamiento. Los operarios de limpieza encontraron el cuerpo a la mañana siguiente sobre las seis. Los polis recopilaron todas las pruebas que había, pero no coincidió la muestra de ADN que encontraron. Colgaron su foto por todo Austin y por todo el campus del Tech, preguntaron si alguien tenía alguna pista. Pero nada. El caso se quedó sin resolver.

Dwayne se puso en cuclillas; dio varias caladas a su puro y estudió la escena del crimen como un cazador Sioux rastreaba su presa. Volvía a ser un policía de homicidios, un profesional de las infames calles de Houston. Miró las fotos a color de la escena del crimen una a una. Frank miró por encima del hombro de Dwayne a la última de todas: Dee Dee Dunston sentada en una posición comprometedoramente en una esquina donde acababa un edificio y empezaba el contiguo, como si se hubiese resbalado por la pared de ladrillo hasta sentarse,

con la cara ensangrentada, con el pelo rubio enmarañado, el uniforme de animadora roja descolocado, con las piernas abiertas, las brillantes deportivas con los pequeños pompones rojos enlazadas de una manera incongruente con la del resto del cuerpo y con los ojos azules bien abiertos. Se quedó mirando a esa imagen, del cuerpo sin vida. Frank Tucker estaba seguro de una cosa.

«Mi hijo no le hizo esto a esa chica».

—Quienquiera que le hiciera esto —dijo Dwayne— era grande y fuerte. Porque ella no le puso las cosas fáciles. Ella peleó, con fuerza. Le dio puñetazos, patadas... ella no quería morir.

A Frank se le vinieron a la mente las imágenes de Dee Dee Dunston peleando por salvar su vida en aquel reducido lugar, atrapada en una esquina, dándole puñetazos en los brazos a su agresor mientras él le apretaba el cuello, estrangulándola. Luchando, aunque fuera perdiendo. Todos se quedaron mirando la foto de Dee Dee muerta. Chico se santiguó.

—¿Podemos ir a tomarnos algo? —preguntó Chuck—. De verdad, necesito un trago.

—Yo necesito mi batido de proteínas —dijo William al funcionario de prisiones—. Así que, será mejor que alguien vaya a mi dormitorio y me traiga mis suplementos y mis proteínas de suero de leche. Y hoy necesito entrenar de verdad. Tengo partido el sábado.

El funcionario gordinflón le pasó la bandeja con la comida a través de la ranura entre las rejas. Por su aspecto, ni siquiera había pasado cerca de un gimnasio con el coche en los últimos veinte años.

—Venga, vale. Deja que llame al centro de *fitness* para que te dé cita.

—Gracias.

El funcionario de prisiones se echó a reír.

—¿Qué? —dijo William.

—Chico, te crees el no va más, ¿no? Esto no es un *spa*, machote. Te vas a pasar veintitrés horas al día encerrado en esta celda. Tienes una hora para salir al patio de hormigón interior, rodeado de verjas con la parte alta electrificada. Aquí no se entrena. Aquí se desentrena de la vida real.

—¿Tú sabes quién soy yo? Soy William Tucker.

—¿Y te crees que eso te hace especial?

—¡Claro que sí!

—¿Te lo ha dicho tu mamáíta? ¿Que eres un chico especial? Déjame que te diga algo, William Tucker, aquí no eres nadie.

El funcionario se echó a reír y se marchó. William escuchó como decía entre dientes:

—«Quiero entrenar», me ha dicho. Joder, y yo quiero cobrar más.

El pandillero de la celda de al lado se rio:

—Los blanquitos sois muy divertidos.

Capítulo 23

Hubo un tiempo en el que los policías negros no podían ser inspectores de homicidios en el sur. Pero los tiempos habían cambiado. En Houston y en Austin. Herman Jones era negro. Era el inspector que estaba al cargo de la investigación del asesinato de Dee Dee Dunston, desde hacía dos años y hasta ese momento. Se negó a hablar con Dwayne Gentry hasta que este no le enseñó su placa del departamento de policía de Houston.

—¿Eres del cuerpo?

—Jubilación anticipada.

—¿Por la bebida?

—¿Por qué si no?

—Tienes toda la pinta, y también todo el aliento. —El inspector Jones asintió con la cabeza.

Los dos se pusieron firmes.

—Yo estaré igual dentro de diez años —dijo el inspector—, son los gajes de la profesión.

—Amén.

Parecía que el inspector Herman Jones tuviera cuarenta y tantos años. Puede que fuera también un militar retirado, como Dwayne. Lo miró de reojo y suspiró.

—Ven, sígueme.

Herman llevó a Dwayne a través de una gran sala repleta de escritorios donde trabajaban los inspectores de homicidios. Herman se sentó en su mesa; Dwayne, enfrente, al otro lado de la mesa. Los chicos habían dejado a Dwayne en la comisaría de policía de Austin en el centro de la ciudad antes de ir al

estadio de la UT a conocer al entrenador de William. Dwayne esperaba que Herman lo tratara como un compañero de trabajo, y no como a un cualquiera. Como a un camarada.

—Dee Dee era una chica a la que le gustaba divertirse —dijo Herman—, pero acabó la fiesta con el tío equivocado aquella noche. Una mala decisión.

—Esta mañana hemos reconstruido su último día con vida. Hiciste un buen trabajo.

—Gracias.

—¿En algún momento ha aparecido el nombre de William Tucker?

—¡Qué va! Aún no me lo puedo creer. También me encargué del caso de Bradley Todd y sigo sin creérmelo.

—Su padre tampoco.

—Me han contado que fue a ver a su hijo. Era un abogado buenísimo. Me llamaron para testificar en el juicio de Todd. En el de la primera chica. Hizo parecer al fiscal del distrito un estúpido.

—Todavía el fiscal no lo ha olvidado.

—No. Se la tiene aún guardada a su padre. Oí que se dio a la bebida cuando Bradley mató a la segunda chica.

—Sí.

—Es algo con lo que no puedes vivir. Incluso para un abogado. Pero, joder, la novia de Bradley me convenció hasta a mí de que era inocente. No tendría que culparse tanto.

—Le pasa porque es un buen hombre.

—Sí. ¿En qué puedo ayudarte?

—Por el informe policial del homicidio, vi que eras un gran profesional, Herman. Me preguntaba por qué no requisasteis el teléfono móvil y el portátil de William cuando ejecutasteis el registro de su dormitorio.

—Sin comentarios.

—Vamos tío, no me hagas la jugadita. Yo nunca me hubiera dejado el móvil ni el portátil del principal sospechoso.

El inspector Herman Jones dio un suspiro.

—Lo siento, Dwayne. Son órdenes de arriba.

—¿Del juez?

—Del fiscal. Como se suele decir, no es que sea el mejor amiguito del padre del chaval. ¿Va a llevar al chico a juicio?

—Sí.

—Será el nuevo O. J.

—¿No me puedes ayudar, Herman?

Herman miró a Dwayne, preguntándose si sería como mirarse a un espejo y ver su reflejo del futuro.

—Dile a su padre que el fiscal del distrito va con las de ganar.

Y que tiene la misma ética que un pitbull.

—No se admiten perros en el vestuario —dijo el entrenador Bruce.

Se refería a Rusty.

—Es un perro policía, está adiestrado —le respondió Frank.

—Sería mejor que lo volvierais a adiestrar y le enseñarais otra vez dónde hacer sus necesidades. Se ha cagado en la moqueta. Estoy hecho mierda, casi no puedo ni hablar.

Frank se divertía viendo cómo el entrenador prestaba más atención a Rusty.

—William dice que eres su mejor amigo —dijo Frank.

El entrenador Bruce asintió.

—Es así, siempre pasa, el entrenador del *quarterback* y el jugador. Pasamos mucho tiempo juntos, sobre todo durante la temporada. Es un deportista entregado, señor Tucker. Nunca para de entrenar, siempre entrenando para mejorar. Por eso es el mejor jugador que hay. ¡El mejor que habrá nunca! Podría haber ganado el Heisman en su segundo año, pero aquel partido... y ahora esto. —Parecía consternado—. Ya hemos tenido jugadores que han tenido problemas con la ley, casi todos los jugadores universitarios de fútbol los tienen pero ¿la pena de muerte? ¡Joder! Eso no pinta nada bien para el programa del equipo.

—Ni para él.

El entrenador Bruce Palmer parecía tener en torno a los cuarenta. Era esbelto y estaba en forma, como si alguna vez hubiera jugado, incluso como si todavía pudiera hacerlo. Llevaba una sudadera ocre de los Longhorns, zapatillas de deporte y una gorra de la UT.

—¿Qué piensas de mi hijo?

—Que es un gran *quarterback*.

—Como hombre.

—Es una estrella.

—¿Qué quieres decir?

—Es distinto al resto. Como todas las estrellas lo son.

—¿En qué sentido?

—En todos. Su paso por la universidad no es como el de los demás. En cuanto ponen un pie en el campus, desde el primer día, ya son todos famosos. Todos los demás estudiantes los tratan como si fueran dioses. Y si alguno de ellos fuera el mejor jugador universitario de fútbol americano de todo Estados Unidos, como William Tucker, su vida sería una locura. Es casi imposible que tengan buenos amigos, nunca saben si los que se les acercan es por amistad o porque quieren algo más. Ya sabes, siempre andan pensando si a esa chica le gusta de verdad o solo quiere ser famosa por ser su novia. Y hay muchas así en la vida de William. Créeme, lo sé a ciencia cierta. Todos hemos sido partícipes de la vida de William estos cuatro años.

—¿Así que las chicas salen con él para ser alguien en la vida?

Se encogió de hombros.

—Sí, pasa a menudo. ¿Te acuerdas el año pasado? Durante la final del campeonato nacional de fútbol americano universitario de primera división, las cámaras sacaron a la novia del *quarterback* del equipo de Alabama sentada en las gradas, salió por la televisión nacional. Una chica muy guapa. Lo siguiente que se supo de ella, es que le había salido un curro como reportera durante la Super Bowl. Eso es lo que pueden conseguir por ser la novia de un jugador famoso. Es como si ganaran American Idol pero sin tener que ni siquiera cantar.

El entrenador Bruce les estaba enseñando a Frank y a los chicos las instalaciones del estadio: un estadio de cien mil asientos para espectadores, una sala de entrenamiento de musculación de mil ochocientos metros cuadrados y, por último, el espléndido vestuario, con videoconsolas.

—En mis tiempos, cuando yo jugaba, no teníamos nada así —dijo Chuck.

—Ni tampoco cuando yo lo hacía —dijo el entrenador Bruce—. Pero ganamos más dinero que ningún otro programa de fútbol americano universitario del país, y gastamos más. Lo mejor de lo mejor. Ganar el campeonato nacional, hace ya cinco años, lo cambió todo. Desde entonces despilfarran el dinero. El año pasado ganamos ciento cincuenta millones de dólares de contratos televisivos, promociones comerciales, venta de entradas normales, acceso a las lujosas *suites* de la pista para ver el partido, asientos *premium*... De hecho, tenemos hasta nuestro propio canal de televisión por cable, la cadena Longhorns. Y no tenemos ni que pagar impuestos.

—¿No se consideran ingresos comerciales que no guardan relación con la educación? —preguntó Frank.

—No.

—¿Y por qué no?

—Son temas políticos. Todos los Estados tienen su propia UT: una gran universidad pública tiene que tener una si quiere ser la número uno en el fútbol americano. Eso genera dinero. Mucho dinero. Si tuviéramos que pagar impuestos de nuestros ingresos comerciales como los demás, no podríamos ofrecerle todo esto a la élite. Así que el Congreso exonera los ingresos relacionados con el deporte de pagar impuestos.

—Yo me exoneró solo —respondió Chico—. No he pagado ni un solo centavo en impuestos en años.

La expresión del entrenador Bruce parecía que decía que no sabía si Chico lo había dicho de broma. Y no lo hacía. Vivía su vida al margen de la administración.

—Esta era la taquilla de William... Es su taquilla —dijo el entrenador Bruce.

Como Dwayne no estaba allí con ellos, Chico, el que tenía más experiencia y de primera mano en el sistema judicial criminal, jugó a los policías y registró la taquilla. No había nada que valiera la pena. Estaba llena de zapatos de fútbol, jerséis, proteínas en polvo, barritas de proteínas, bebida de proteínas, vitaminas, suplementos y balones de fútbol americano. El entrenador Bruce cogió uno e hizo un amago, como si fuera a efectuar un pase. Sus emociones sacaron lo mejor de sí.

—Era el mejor al que he entrenado nunca.

—No ha muerto —dijo Frank—. Lo han detenido por un crimen que no ha cometido. Volverá a jugar.

El comentario animó al entrenador Bruce.

—¿Esta temporada?

—Puede que no.

Le cambió otra vez la cara.

—¡Joder! Sin él no podemos hacer nada.

Se dieron la vuelta para marcharse, pero el entrenador Bruce se giró con rapidez.

—Deja ese balón donde estaba.

Chuck había cogido uno de los balones de fútbol de la taquilla de William.

—¡iiiiiiJopé!

Devolvió el balón de donde lo había cogido. El entrenador le lanzó una miradita a Frank. Él hizo un gesto de indiferencia:

—No es de la familia.

—¿Le puedes pedir que pare de una vez?

El entrenador Bruce hizo un gesto a Chico, que en ese momento se puso a jugar con los videojuegos. Era como estar con un niño de viaje. Por fortuna, el *tour* por las instalaciones interiores acabó ahí, y ya se disponían a volver afuera, a la gradería. El estadio era un monumento al fútbol americano. Rusty bajó dando saltos por las gradas y saltó al césped. Volvió a hacer caca.

—Genial —dijo el entrenador Bruce.

—Es abono natural —dijo Frank.

El entrenador fijó la mirada en Rusty y contempló el estadio.

—Lo que William podría hacer en este campo... Cosas increíbles.

—¿Has estado aquí estos cuatro años con William?

El entrenador asintió.

—Así que hace dos años, estabas en aquel partido.

Asintió otra vez.

—Te vi en la banda. Tenías un mal día. Y William también. Lo dejaste tocado, le arruinaste el partido.

—Lo sé —dijo Frank—. Así que, después del partido, ¿lo llevaste al hospital?

—Los médicos me dieron su resonancia magnética.

—¿Le diagnosticaron conmoción cerebral?

—Sí.

—¿Recordaba algo del partido?

—Nada. Se creía que era Troy Aikman.

—Roger Staubach es mi *quarterback* favorito de los *Cowboys* —dijo Chuck.

—¿En serio? —dijo Chico—. Don Meredith, eso sí que era un *quarterback*.

—Bueno, él era el mejor en el programa Monday Night Football, está claro, pero Staubach ganó dos Super Bowls.

—Es verdad, pero...

El entrenador Bruce los observó y lanzó a Frank una mirada de desconcierto. Frank solo pudo encogerse de hombros.

—¿Y después lo llevaste de vuelta a su dormitorio?

El entrenador Bruce asintió.

—Antes, le di de cenar. Le pedí que se quedara y que durmiera. No me enteré hasta que lo detuvieron el sábado por la noche que había salido, hasta que leí todo en el periódico del domingo. Me quedé sin palabras.

—Me contó que sus colegas lo sacaron de fiesta. *Cowboy* y Red.

—Red se graduó el año pasado.

—¿Dónde podemos encontrar a *Cowboy*?

El entrenador Bruce miró la hora en su reloj.

—En el comedor.

Ty Walker, al que llamaban *Cowboy*, era un vaquero de la ciudad de Amarillo. Un vaquero enorme. Vestía una camiseta, unos tejanos Wrangler y unas botas de vaquero. Parecía que lo acabaran de sacar de montar a caballo por el campo. Estaba comiéndose un chuletón en el comedor universitario para los deportistas, sentado solo en una mesa redonda. Tenía delante el periódico local de Austin con las fotos de William Tucker y de Dee Dee Dunston. Se sentaron sin que nadie les hubiera invitado.

—¿Qué salsa le echan al chuletón? —preguntó Chuck.

Cowboy levantó la vista del periódico y le echó una mirada a Chuck.

—La salsa del propio chuletón.

—Ah.

—¿Quién coño sois? —preguntó *Cowboy*—. No parecéis ni polis ni periodistas.

—Yo era poli —dijo Dwayne.

Lo habían recogido cuando se marcharon del estadio.

—Soy Frank Tucker, el padre de William. Estos son mis amigos.

—¿Lo hizo?

—¿Me lo tienes que preguntar?

—En los días que corren, nunca se sabe.

—No parece que te haya sorprendido que lo hayan detenido.

Cowboy se encogió de hombros.

—Nuestra vida es como un partido: nos metemos en peleas, nos hacemos daño, nos arrestan... Pero después no tienes más que prepararte para el siguiente. Así es como va la cosa ahora. Lo malo es que el *quarterback* suplente es una mierda.

—¿Sois William y tú buenos amigos?

Cowboy cortó un trozo de chuletón y lo hincó con el tenedor. Se lo metió en la boca y después contestó a la pregunta que Frank le había hecho.

—¿Buenos amigos? Salimos a tomar algo y a entrarles a las chicas... Bueno,

yo les entro. A él no le hace falta. Pero no sabía que él tuviera buenos amigos.

—¿Por qué no?

—Porque no somos más que jugadores; él es la estrella. Como cuando Garth aún cantaba. Era solo Garth, y detrás estaban todos los demás.

Cowboy asaltó el chuletón con el cuchillo de sierra.

—Entonces, ¿cómo describirías tu relación con William?

—Tan solo soy uno más de su séquito.

—¿Hay alguno más del equipo con el que suele salir de fiesta?

—No.

Cowboy agitó el tenedor, señalando a todo el comedor. El resto de las mesas estaban ocupadas por tíos grandes, aunque parecía que estaban segregados por razas. Los blancos por un lado y los negros por otro.

—Ahora casi todos los del equipo son negros. No salimos mucho con ellos de juerga.

—¿Racismo? —preguntó Dwayne.

—Música. No nos gusta el rap, y a ellos no les gusta el *country*.

—¿Y qué os pasa con la música latina? —preguntó Chico.

—Los mexicanos no juegan al mismo fútbol que nosotros.

—¿Por eso comes solo?

—Esta es nuestra mesa, la mía y la de William. El resto de sillas están reservadas para las deportistas.

—¿Salisteis tú y William a ligar después de ese partido?

—Siempre lo hacemos después de todos los partidos.

—¿Siempre al Dizzy Rooster?

—Ahí hay muchas chicas.

—¿Llevaste allí a William aquella noche?

—Puede. Son ya demasiados partidos y demasiados bares como para acordarme.

—¿Te acuerdas de si lo llevaste de vuelta a casa?

Cowboy negó con la cabeza:

—¿Él no se acuerda?

—Sufrió una conmoción cerebral en aquel partido.

—¡Ah! Sí. Le sacudieron bien el casco. —*Cowboy* lo dijo sin más, sin apenas inmutarse—. Son cosas que pasan. El fútbol americano es un deporte de contacto.

Frank señaló con el dedo la foto de Dee Dee Dunston del periódico.

—¿Viste a William con esta chica?

Cowboy se quedó mirando la foto y puso cara de esfuerzo por recordar.

—Joder, no lo sé. Después de un rato de fiesta, ves las caras de todas borrosas. Y eso fue ya hace mucho tiempo.

—Tan solo fue hace dos años.

—Eso es casi una vida entera de chicas.

Capítulo 24

—El estado de Texas contra William Tucker. Lectura de cargos.

Los medios de comunicación sabían quién era Frank Tucker. Por lo que el equipo legal tuvo que luchar por abrirse paso entre todas las cámaras y los periodistas que se encontraban en la plaza del exterior del juzgado. El juicio por asesinato de William Tucker, ganador del trofeo Heisman, prometía ser el mayor circo mediático de un juicio desde el caso de O. J. Simpson, también ganador del trofeo Heisman en 1995. El juicio de O. J. estuvo marcado por el tema racial: era un hombre negro y tanto la víctima como el policía eran blancos. Además, se oyó algún que otro insulto racial a uno de los inspectores del caso. El abogado de la defensa jugó la baza del racismo; la acusación, la de la ineptitud. O. J. fue absuelto. William Tucker no se podía permitir jugar ninguna de esas bazas: él era blanco, la víctima también lo era y la acusación tenía tablas y era hábil. No cometería ningún error. Además, su jefe necesitaba que ganara el caso para asegurar su reelección.

—En pie —dijo el alguacil.

El juez Harold Rooney entró en la sala del juzgado por una puerta situada detrás del estrado. Frank estaba sentado en la mesa de la defensa; los chicos estaban sentados en los bancos de detrás, como cualquier jubilado aburrido. El fiscal del distrito y tres de sus ayudantes que parecían antiguos marines de las fuerzas especiales estaban en la mesa de la acusación. El banco de los espectadores se puso en pie. El decoro en la sala del juzgado era cada día más parecido al que había en el mundo de los negocios. El juez tomó asiento en el estrado, ojeó algunos papeles y sin levantar la vista dijo:

—Caballeros, hagan acto de presencia.

—El fiscal del distrito del condado de Travis, por parte de la acusación.

—Frank Tucker, por parte de la defensa.

El juez levantó la mirada, justamente hacia Frank. Se lo quedó mirando un buen e incómodo rato. Frank ya había sufrido muchas miradas así antes de mudarse a la playa, cuando antiguos compañeros de la profesión en Houston se lo encontraban en algún lugar público. Después, llamó al estrado a los abogados. Los abogados de la acusación iban vestidos con trajes y corbatas oscuras, con el pelo corto. Frank iba con vaqueros, camisa hawaiana y con el pelo lleno de greñas. El juez miró a Frank por encima de las gafas, después apartó el micrófono y se inclinó hacia él.

—Estás hecho un asco, Frank.

Se había pasado buena parte de la noche bebiendo *whisky* en la zona de acampada, con la imagen de Dee Dee Dunston muerta todavía dándole vueltas por la cabeza.

—Yo también me alegro de verte, Harold.

—Frank, siento de verás lo de tu hijo. Espero que sea inocente.

—Lo es.

—¿Aún tienes suspendida la licencia para ejercer la abogacía?

—Sí.

—Entonces, ¿en calidad de qué te presentas hoy aquí?

—De padre.

Harold suspiró y miró a Frank como quien mira a un viejo amigo que está luchando contra el cáncer, recordando cómo era antes: joven, fuerte y sin que nada pudiera doblegarlo; no como era en ese momento: se encontraba viejo y débil, en definitiva, roto en cuerpo y alma.

—Incluso con resaca, puede que seas el mejor abogado penalista vivo, pero por lo que concierne a esta sala, no eres abogado. No puedo permitir que representes a tu hijo.

—Harold, estoy arruinado. No tengo dinero para contratar a un abogado que represente a William. Y el marido de mi exmujer también lo está. Está en Polonia intentando salir a flote. No puede ocuparse de mi hijo. Pero yo sí.

Con el dedo señaló a la cara del fiscal del distrito.

—Y este hijo de puta no me dijo en ningún momento que iba a pedir la pena de muerte.

—Sorpresa. —El fiscal sonrió con aires de superioridad.

—¡Que te den por culo, Dick! ¡Es mi hijo!

—Caballeros, estamos en un juzgado —dijo, antes de dirigirse nuevamente a Frank—. ¿Puede reunir el dinero de la fianza?

—¿Un millón de pavos? Si no es más que un estudiante universitario.

—Que será el número uno en el *draft* de la NFL en unos meses.

—Es difícil jugar de *quarterback* desde el corredor de la muerte —apuntó el fiscal del distrito.

Frank volvió a señalarlo directamente con el dedo.

—Harold, le voy a partir la cara.

—Por favor, no lo hagas.

Harold dio un resoplido y miró al fondo de la sala; con un gesto le pidió a alguien que se acercara. Frank y Dick se dieron la vuelta y vieron a una mujer joven, de unos treinta años quizá, que llevaba traje y tacones bajos se acercaba al estrado por el pasillo. Tenía el pelo negro y rizado que le llegaba hasta los hombros y se balanceaba a su paso, sobre unas piernas firmes. Parecía que estaba haciendo marcha y que, en cualquier momento, iba a esprintar. En cuanto pasó al lado de donde estaban sentados los chicos, Chuck se asomó inclinándose tanto por fuera de la bancada, por supuesto, para mirarla por detrás, que se cayó al suelo. El fiscal del distrito se echó a reír.

—Los tres chiflados.

La mujer pasó por la puertecita que separaba la bancada de la zona donde se celebraba la vista y se acercó al estrado. Para ser una abogada, era una mujer preciosa. Los ojos del fiscal escrutaban su cuerpo como un policía cachea a un sospechoso de contrabando.

—Frank —dijo Harold—, te presento a Billie Jean Crawford. Es una abogada de oficio. La he citado para que lleve el caso de tu hijo.

Ella miró a Frank como si fuera un famoso que había pasado de moda, hacía ya mucho tiempo. Su mirada irradiaba más lástima que admiración. Le tendió la mano a Frank.

—Señor Tucker, es un honor conocerle. Estudiamos sus casos en el curso de abogacía sobre tribunales.

—Es una leyenda «bebiente» —dijo el fiscal.

—Le voy a dar, Harold —añadió Frank.

Harold miró a Dick.

—Dick, por favor, no seas...

Su mirada se encontró con los ojos de la abogada y pensó que sería mejor no

acabar la frase. Aún tenía tendida la mano a Frank.

—Harold, ¿has citado a una abogada de oficio para que defienda a mi hijo cuando la acusación del Estado quiere pedir la pena de muerte? Tiene derecho a que lo represente alguien que tenga experiencia en este tipo de casos y condena.

—Ese podrías ser tú, Frank. Recuerdo que en el juicio de Bradley Todd también se le pidió la pena de muerte, y si no recuerdo mal, ganaste el caso. — Hizo una pausa, paró para intentar recordar—. Ojalá no lo hubieses hecho. Por nuestro propio bien. Y por el de la segunda chica.

Se inclinó lo más que pudo hasta Frank, casi como si quisiera darle un abrazo de amigos por encima del estrado.

—No fue culpa tuya, Frank. Tan solo hacías tu trabajo.

Frank intentó contener sus emociones.

—Deja que haga mi trabajo ahora también, Harold. Por favor.

—Es lo que intento, Frank. Pero soy el juez y tengo la necesidad de seguir la ley siempre que me sea posible. He citado a la señorita Crawford para que represente de manera oficial a tu hijo.

—Harold...

—Pero te permito que participes en el juicio en calidad de su asistente.

—¿Su asistente?

—Es todo lo que te puedo ofrecer, Frank. ¿Lo tomas o lo dejas?

Ese era el trato del juez: Frank podría defender a su hijo en el juicio, pero solo si el juez le cubría las espaldas ante el tribunal de apelación, convocando a un abogado de oficio con su licencia de abogacía en vigor. Frank miró directamente a Billie Jean Crawford; tenía los ojos color ámbar y vio cómo seguía con la mano extendida. Le dio finalmente la mano.

—Vale —aceptó Frank.

—Perfecto —respondió la abogada.

Harold retomó su rol como el juez Rooney y les pidió que volvieran a sus asientos. Frank le susurró a la señorita Crawford:

—¿Es tu primer juicio por asesinato?

—Es mi primer juicio.

Antes de que Frank pudiera responder, se abrió la puerta de la sala y apareció su hijo. William llevaba un mono de rayas verdiblanco e iba engrilletado de manos y pies. Caminaba como podía escoltado por dos agentes judiciales armados. Se quedó de pie, al lado de Frank.

—Señor Dorkin —dijo el juez.

El fiscal del distrito leyó los cargos de los que se le acusaba. Frank sintió una punzada de dolor en el pecho cuando oyó que los doce ciudadanos que conformaban el gran jurado habían votado que se elevaran cargos de violación y de asesinato de una chica joven contra su hijo. William se inclinó, acercándose a Frank, y le susurró:

—¿Ya han solucionado toda esta mierda de movida?

Parecía como si no hubiera oído que le habían acusado de los cargos de violación y asesinato.

—¿Me van a sacar hoy? Llevo tres noches ahí metido. No tienen ni gimnasio. Tengo que entrenar, prepararme para el partido.

—Ahora no —dijo Frank.

—¿Ha mandado mamá el dinero?

—No.

—¿Por qué no?

—Dale está arruinado.

—¿Cómo? ¿Arruinado?

—Hablamos ahora, después de la lectura de los cargos.

William inclinó la cabeza hacia la señorita Crawford.

—¿Quién es esa?

—Tu abogada.

—William Tucker, ¿cómo se declara ante los cargos de los que se le acusa? —dijo el juez.

—No culpable —le susurró Frank a su hijo.

—No culpable —repitió su hijo.

Frank se volvió hacia la señorita Crawford.

—Pide que se fije una fecha de juicio rápido amparándonos en el estatuto de enjuiciamiento rápido.

—¿Por qué?

—Hazlo.

—Con la venia de su señoría, la defensa solicita que se fije una fecha de juicio rápido amparándonos en el estatuto de enjuiciamiento rápido.

El juez miró a la letrada por encima de las gafas antes de fijar los ojos en los de Frank. Conocía la estrategia que solía seguir en ese tipo de casos: forzar a la acusación a que se celebrara un juicio.

Y que además fuera lo más rápido posible.

—¿Está segura de eso?

—¿Lo estamos? —susurro la señorita Crawford a Frank.

—Sí.

—Sí, su señoría. Estamos seguros.

—De acuerdo. La celebración del juicio se fija para el lunes. Nueve de diciembre. Dentro de seis semanas. ¿Le parece demasiado pronto?

—¿Me lo parece? —susurró la señorita Crawford.

—No —le contestó Frank, también entre susurros.

—No, su señoría —dijo dirigiéndose a la sala.

—Ahora solicita que se reduzca la fianza —susurró Frank.

Así hizo.

—Denegado.

Frank decidió entonces probar su nuevo papel dentro de un juicio.

—Su señoría, como el asistente de la señorita Crawford, me gustaría solicitar que mi... que su defendido sea tratado como cualquier otro acusado sin que se considere que sea un personaje famoso que atraiga la atención mediática. Este es un caso de pruebas circunstanciales. El acusado nunca antes ha estado acusado por un crimen con violencia. El acusado no es ni un peligro para la sociedad ni corre riesgo de fuga. Creeríamos más que conveniente que se establezcan otras condiciones de fianza como un seguimiento por GPS. Por consiguiente, argumenta la defensa que cinco millones de dólares es una fianza inadmisibles de acuerdo con lo que dictaminó el Tribunal Supremo en el caso de Stack contra Boyle.

El fiscal del distrito se levantó de un salto:

—Su señoría, el ADN del acusado, su sangre, fue recogida del cuerpo de la víctima. El autor material del crimen la violó brutalmente y la estranguló con las manos. La miraba a los ojos mientras lo hacía. Por eso creo que el acusado es un peligro para la sociedad.

—Estoy de acuerdo —dijo el juez—. Dada la naturaleza del crimen, a saber, una violación forzada y violenta de la víctima y la estrangulación con las manos; y dadas también las circunstancias de que el crimen, a saber, se cometió detrás de un bar repleto de clientes en el centro de Austin una noche de sábado, lo que evidencia que el autor material no tuvo reparos ni miedo a que lo capturasen, el acusado sí que presenta un peligro para la sociedad. Por tanto, se revoca el cambio de fianza.

—¿Se revoca? —dijo Frank, asombrado—. Su señoría, el crimen ocurrió hace dos años. Si el acusado representara un peligro para la sociedad, habría

reincidido. Es más que evidente que no ha demostrado ninguna tendencia violenta en estos dos años.

—Lo arrestaron hace un mes por resistencia a la autoridad —dijo el fiscal del distrito.

—Se le imputaron cargos por intoxicación pública —sostuvo la señorita Crawford—. ¿A cuántos chicos universitarios se detiene por intoxicación pública en la calle Sexta un sábado por la noche?

—El informe policial afirma que el acusado se mostró agresivo, y que el oficial sintió miedo por su propia integridad física —dijo el fiscal.

—La sangre del acusado que se encontró en el cuerpo de la víctima evidencia que hubo contacto personal con Dee Dee Dunston aquella noche —afirmó el juez—. ¿Puede explicar eso, señor Tucker?

—No puedo —le dijo Frank.

—Cuando pueda, reconsideraré la fianza. Por ahora, el acusado deberá permanecer en la cárcel del condado de Travis hasta que se celebre el juicio.

William se había mantenido en silencio durante toda la discusión, sin darse cuenta de que estaban decidiendo sobre su libertad. Pero, de pronto, lo entendió. Y estalló.

—¡Pero tengo un partido importantísimo el sábado! ¡Contra el estado de Kansas!

El juez miró a William Tucker como si le apenara lo que veía.

—Ya has jugado tu último partido universitario, hijo.

—¿Qué? —dijo casi sin creer lo que había oído—. ¡Tengo que jugar! Si no, ¡no podré ganar otra vez el trofeo Heisman! ¡Y puede que ni el campeonato nacional!

—Señor Tucker, no debería preocuparlo tanto ganar trofeos o campeonatos. Debería preocuparle no entrar en el corredor de la muerte.

—¿El corredor de la muerte? ¿Pero de qué estás hablando?

El juez lanzó una mirada a Frank, que dejaba entrever que se sorprendía de que aún no se lo hubiera contado a William. Después, volvió a mirar al hijo de Frank.

—Señor Tucker, el Estado ha solicitado la pena de muerte para su caso.

—¿La pena de muerte?

El juez dio un golpe con el martillo. Se aplazaba la sesión. Los agentes judiciales cogieron a William por los brazos y lo levantaron. Él miró para atrás, hacia Frank, con cara de no creer lo que estaba pasando.

—Llévenlo a la sala de visitas.

Los agentes le dijeron con la mirada a William: «No somos tus esclavos»; pero ellos lo llevarían, cruzando la plaza, a la cárcel, hasta dejarlo en la sala. Frank dijo a la señorita Crawford que lo esperase allí y luego siguió al juez hasta su despacho. El juez sabía lo que se le había pasado por la cabeza a Frank. Cerró la puerta cuando todos entraron y se quitó la toga negra.

—¿Por qué, Harold? ¿Es por el caso de Bradley Todd? ¿Porque te hice parecer un estúpido?

—No, Frank. Eso ya es agua pasada. Es algo que nos puede pasar a todos: a un abogado cuando acepta un caso y a un juez cuando toma una decisión. Equivocarnos con la persona que tenemos delante. Lo damos todo por intentar ver su alma, pero no podemos. Somos como cirujanos, alguna vez perdemos a algún paciente en la mesa. Alguna vez nos equivocamos con algún cliente, con algún acusado. Los dos nos equivocamos con Bradley Todd. Pero no te culpo.

—¿Entonces a qué viene todo esto?

—Es por tu hijo.

Harold se sentó en su silla y miró a Frank, no como un juez, sino como un amigo.

—¿Sabes lo que veo cuando miro a tu hijo? Un chico de veintidós años que cree que puede hacer lo que quiera, que está por encima de la ley, que es más especial que el resto del mundo, que puede hacer lo que le salga de las narices tan solo porque es el mejor jugador de fútbol americano del país. Esta no ha sido la primera vez que ha transgredido la ley, Frank. Pequeños altercados, no lo dudo, y sé que ese delito de resistencia a la autoridad no es más que una patraña. Pero no es por eso. Esto es algo serio, Frank. Puede que sea inocente... pero también puede que sea culpable. Ahora mismo, no lo sé. Por lo que se quedará en prisión hasta que lo sepa. Y aunque sea inocente, no le vendrá mal una terapia, una dosis de humildad en prisión, puede que sea justo lo que le haga falta. Seis semanas, hasta que se celebre el juicio. Quién sabe, puede que en esas seis semanas se replantee la vida. Puede que se dé cuenta de que no es alguien especial, tan solo alguien con suerte. Puede que salga siendo un hombre. Un hombre mejor.

El juez suspiró.

—Estoy haciendo un favor a tu hijo, Frank.

El juez vio a William Tucker como el hombre que era en ese momento: un deportista famoso de veintidós años con aires de grandeza que pensaba que el mundo giraba a su alrededor; pero Frank lo veía como el niño de doce años que pensaba que su padre era el mejor del mundo. A ojos de su padre, un hijo nunca cambia. Y en ese momento, para él no era más que un niño de doce años asustado.

—¿La pena de muerte? —dijo William, aún sin creérselo.

—El fiscal del distrito está intentando presionarte para que aceptes un trato con la acusación y te declares culpable.

—¡Soy inocente! ¡No he visto a esa tía en mi vida! ¡Ni la violé! ¡Ni la maté! ¿Por qué nadie me cree?

Sonaba tan convincente como Bradley Todd. Se llevó las manos a la cara tras el cristal de metacrilato. Cuando levantó la vista otra vez, por primera vez, se vio la derrota en su cara. La cárcel no podía hacerle eso a un hombre. En especial a un joven.

—Tienes que sacarme de aquí, Frank. Si no juego el sábado, ya puedo despedirme del Heisman. Y del campeonato nacional. ¿Cómo puede el juez dejarme aquí cuando aún me quedan tres partidos de liga? ¿Por qué no puedo hacer frente a todo esto cuando acabe la temporada? ¿Sabe a cuántos antiguos alumnos les va a joder toda esta situación? Hace ocho años que la UT no gana el campeonato nacional.

—Hijo, para ti la temporada ya ha acabado.

—¿No voy a salir de aquí? —dijo, sorprendido.

—No, a no ser que expliques qué hacía tu sangre en el cuerpo de la víctima.

—No sé cómo llegó mi sangre allí. Pero no soy un asesino.

—El jurado piensa que sí.

—¿Por qué?

—Porque la policía te ha arrestado, el fiscal ha elevado cargos en tu contra y el gran jurado te ha acusado.

—¿Y qué hay de eso de «inocente hasta que se demuestre lo contrario»?

—Eso no es más que *vox populi*. El fiscal del distrito y el juez se están jugando la reelección. No la conseguirán si dejan suelto a un acusado de violación y asesinato.

Se sentaron detrás de la partición de metacrilato y siguieron hablando por los

teléfonos que comunicaban ambas partes. La señorita Crawford se sentó al lado de Frank; no podía oír la voz de William. Los chicos se quedaron sentados fuera; ese día solo podían entrar los abogados del caso.

—¿Te han trasladado a una celda de aislamiento?

Su hijo asintió.

—¿Dale está arruinado?

Frank le contó todo lo que Liz habló con él.

—¿Tu mujer te dejó por un empresario de *fracking*? —preguntó la señorita Crawford.

Frank frunció el ceño y, con un dedo, la mandó callar.

—¿Y cómo voy a contratar a un abogado?

Frank señaló a Crawford y a él.

—Trabajamos gratis.

La perspectiva de que dos abogados le representaran gratis no pareció levantar el ánimo de su hijo.

—¿Un exabogado borracho y una abogada de oficio que nunca ha participado en un juicio? ¿Eso es todo lo que me separa de la pena de muerte?

—He estado en cientos de casos. Antes, era un buen abogado. Puedo serlo, otra vez.

William se levantó, aún con el auricular en la oreja.

—¿Pero puedes estar sobrio?

—Puedo. Por ti, hijo, lo haré. Te lo prometo.

Frank se levantó y, como ya hizo una vez, puso la palma de la mano sobre el metacrilato. Su hijo miró la mano de Frank, después colgó el teléfono y salió de la sala de visitas.

El fiscal del distrito del condado de Travis, Dick Dorkin estaba de pie mirando por la ventana que daba a la plaza y, al fondo, a la plaza. Vio al gran Frank Tucker salir de la cárcel y cruzar la plaza con la abogada de oficio.

«¿Dónde está ese gran abogado ahora, Frank, dónde?».

Frank Tucker había tenido siempre una vida perfecta. La esposa perfecta. La familia perfecta. La carrera perfecta. Y la vida de Dick Dorkin había sido siempre de todo menos perfecta. Sin esposa, sin familia y una carrera como funcionario público. Había sido la sombra de Frank durante treinta y tres años, desde su primer día en la facultad de Derecho. Frank era la estrella de la clase,

algo que quedó más que evidente desde el primer día. Sus compañeros gravitaban a su alrededor, pero no en torno a Dick. Frank había sido el número uno de la promoción y después había comenzado su trayectoria profesional como abogado penalista; defendiendo solo a inocentes.

Hasta Bradley Todd.

Había defendido a un acusado que no era inocente, y esa culpa le había destrozado la perfecta vida a Frank Tucker. Su esposa lo había abandonado, su carrera se había desvanecido y su hijo había renegado de él. Era un vagabundo de playa arruinado. Un borracho. Un abogado sin licencia para ejercer la abogacía. Un perdedor. En ese momento, la vida de Dick Dorkin era la que parecía perfecta. Era un honrado abogado de la acusación que luchaba por que se cumpliera la justicia. En ese momento tenía buena prensa. Y deseaba más que nada esa condena.

Una sentencia de muerte para William Tucker podría ser su billete de entrada para la mansión del gobernador.

Capítulo 25

—Enséñeme, señor Tucker.

—Frank.

—Enséñame, Frank.

—¿Nunca has participado en un caso?

—Nunca he tenido un caso. Me acaban de expedir mi licencia.

—Yo he participado en cientos de casos, pero perdí mi licencia.

—Tengo lo que te hace falta, Frank, y tú tienes lo que me falta a mí.

—Necesito un trago.

Se levantó y cogió algo para beber. Una cerveza Shiner Bock. El aperitivo antes del plato principal. Aunque se lo había prometido a su hijo. William necesitaba un abogado sobrio, así que Frank se había quedado sin su *whisky*. Tendría que pasar el mono del Monkey Shoulder, del Jack Daniels, del Jim Beam y de todos sus colegas. Tendría que desengancharse del *whisky* con la cerveza; pero no sabía con qué se desintoxicaría después de la cerveza. Algo que fuera igual de adictivo, puede que con helado. Estaban todos sentados en la mesa de picnic. Chico jugueteaba con el móvil de William, Dwayne ojeaba las páginas del informe policial y Chuck amagaba pases en el aire con su balón. La señorita Crawford tomaba notas en su iPad con una funda de rojo caramelo, del mismo color que su Mustang descapotable.

—Leímos la transcripción de tu alegato final en el juicio de la senadora —dijo la señorita Crawford—. Fue brillante. Conseguiste que el jurado culpara a la acusación en lugar de a la acusada, hiciste parecer al fiscal del distrito un estúpido. Pero no es alguien que guarde rencor, ¿no?

—Me temo que sí es de esos. No olvida.

—Bueno, eso explica cómo se comportó en el juzgado.

—No, eso fue porque es un capullo. El rencor vendrá después.

La señorita Crawford se había acercado hasta la zona de acampada para planificar la estrategia de la defensa. Frank se bebió su cerveza y miró a su compañera. Era una mujer muy atractiva; los demás ya se habían dado cuenta. La miraban como si fuera un quinto de galón de *bourbon* en el estante de una licorería. Un *bourbon* del bueno. Era preciosa y tenía una voz ronca, como la de las actrices, como la de aquella que estaba casada con el tío de *Jungla de cristal*. Se había quitado la chaqueta y llevaba puesta una blusa blanca sin mangas. Tenía los brazos musculados para ser una mujer.

—¿Haces deporte? —le preguntó Chuck.

—Cada día. Al lado del lago, en el YMCA, la asociación de jóvenes cristianos. Después corro ocho kilómetros alrededor del lago.

—¿Qué te pones para entrenar?

Frunció el ceño por la pregunta.

—No le hagas caso a Chuck, señorita Crawford...

—Billie Jean.

—... mentalmente, es un adolescente que aún va al instituto. Así que dime, Billie Jean, ¿cómo lograste ser abogada de oficio?

—Los bufetes de abogados no contratan a abogados de cuarenta años.

No parecía que tuviera cuarenta años.

—No siempre me he dedicado a esto —dijo ella.

—¿A qué te dedicabas antes?

—Era *stripper*.

—Creo que me estoy enamorando —dijo Chuck.

—Algunas chicas prefieren llamarse bailarinas exóticas, pero no hay nada de exótico en quitarte la ropa y poner tus partes privadas en la cara de tíos desconocidos.

—A mí siempre me ha parecido exótico —dijo Chuck—. ¿Alguna vez hacías eso del aceite de oliva?

—No tengo ni idea de qué es eso del aceite.

Chuck resopló, sorprendido.

—Todas las *strippers* de México saben hacerlo.

Ella lo miró durante un segundo y luego meneó la cabeza para intentar borrar aquella imagen de su mente, como si fuera un telesketch. Le tomó un momento

volver a retomar el hilo de la conversación.

—Da igual, soy madre soltera. Tengo una hija que está en la universidad. Me casé con un holgazán cuando era joven y estúpida. Creía que era mi príncipe azul, alto, guapo, un jugador de la liga menor de béisbol que estaba a punto de dar el salto a la gran liga.

—¿Lo consiguió?

Negó con la cabeza.

—Toda su vida jugó en la liga menor. Al final, resultó que también era un hombre de liga menor. Jugó dos partidos seguidos el mismo día mientras yo daba a luz. Lo primero que me dijo cuando llegó al hospital fue: «Joder, nos ganaron por ocho carreras, no corrimos ni siquiera una, nena». Nos abandonó justo después de que naciera.

—¿Dónde está ahora?

—Lo último que supe de él es que estaba en California.

—¿Y qué hace allí?

—Jodiéndole la vida a cualquier otra. Estoy segura. A alguna que otra estúpida que esté buscando a su príncipe azul. ¿Por qué seremos tan tontas?

—Pregúntale a mi exmujer.

—De cualquier manera, volví a la universidad, me gradué en Justicia penal. Trabajaba por las noches, y después iba a clase en la facultad de Derecho.

—¿Lograste aprobar la universidad y pagar la facultad de Derecho con las propinas del club de *striptease*?

—Era muy buena *stripper*.

—Creo que ya me he enamorado —dijo Chuck.

—En el escenario me llamaban Caramelo porque siempre salía con un tanga de hilo de caramelo rojo con sabor a manzana.

—Me estás poniendo malo —añadió Chuck.

—Por eso, tu descapotable es rojo caramelo —dijo Frank.

—Me recuerda de donde vengo... y adonde no quiero volver.

Debió de ver la mirada que puso Frank, pero no era lo que él pensaba.

—No era prostituta, así que no me juzgues.

—Billie Jean, nosotros somos unos alcohólicos que nos hemos jodido completamente la vida. ¿Crees que vamos a juzgarte?

—Frank, quiero que me enseñes.

—¿Cómo ser prostituta?

Ella rio. Tenía una sonrisa bonita.

—Cómo ser abogada. Aprendo deprisa. Quiero ser una buena abogada y tú eres el mejor. O antes lo eras.

Frank se acabó la cerveza, se levantó hasta la neverita, cogió otra lata y la abrió. Le apetecía un trago de *whisky*. Se dirigió a su equipo legal.

—La vida de mi hijo pende de un hilo. Las próximas seis semanas lo deciden todo. Somos lo único que lo separa del corredor de la muerte. La buena noticia es que es inocente. La mala es que no tenemos dinero suficiente para defenderlo y es su palabra contra la del ADN. Y esta historia acaba en el corredor de la muerte. Tenemos que descubrir la verdad.

—Que le hagan la prueba del polígrafo —sugirió Dwayne.

Frank no supo por qué no se decidió a que Bradley Todd se hiciera la prueba del polígrafo. Y muchas veces habría deseado que se la hubiera hecho. ¿Debería hacerle la prueba del polígrafo a su hijo? Un padre no necesitaba pruebas para saber que su hijo era inocente.

—¿Dónde? ¿En su celda? Incluso aunque el fiscal del distrito lo aprobara, sabría que se la habríamos hecho. Si la pasa, sabrán que contaremos la verdad, pero no retirarán los cargos porque todavía tienen su sangre. Si no la pasa y no se lo decimos, sabrán que han detenido al chico correcto.

—Pero, al menos, nosotros lo sabremos.

—Nosotros ya lo sabemos. Es inocente.

—Frank, no te habrás tragado lo de la amnesia, ¿verdad?

—Yo no tengo ninguna pérdida de memoria a corto plazo de todas las conmociones que tuve —dijo Chuck.

—Encontraron su sangre en el cuerpo de la chica —contestó Dwayne—. Eso es difícil de explicar. Tienes, al menos, que considerar la posibilidad de que lo hiciera.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Porque es mi hijo.

—Frank, lo entiendo, pero...

—No, no lo entiendes. No puedes entender nada. Ninguno podéis.

—¿Por qué no?

—Porque ninguno tenéis hijos.

Frank dio un gran suspiro y tomó un largo sorbo de su cerveza. Dwayne dio una calada a su puro y lanzó al aire unos anillos de humo.

—Tienes razón —dijo Dwayne—, eres su padre y somos amigos. Estamos

aquí para ayudarte, para ayudarlo a él.

—Gracias. Bueno, Chuck, tú eres nuestro chico del fútbol, necesito que vayas a Lubbock y hables con los entrenadores y el resto de jugadores. Te puedes entender bien con ellos.

—¿Quieres que vaya a Lubbock, solo?

La incomodidad se le veía reflejada en la cara.

—Tienes cuarenta y nueve años, Chuck. Puedes hacerlo.

—Pero Frank, me preocupa un poco... ya sabes, lo de mi pérdida de memoria. Y no tengo la cabeza muy allá.

Chuck estaba muy preocupado, porque creía que las conmociones que sufrió durante la universidad, que fueron muchas, pudieran haberle provocado algún tipo de daño cerebral, como a muchos otros antiguos jugadores de fútbol. Las conmociones cerebrales repetitivas estaban relacionadas con la pérdida de memoria, la disminución de los procesos mentales, demencia prematura y daño cerebral permanente.

—Seis jugadores de la NFL se han suicidado en los últimos dos años —dijo Chuck—, y ahora McMahon...

Jim McMahon era *quarterback*, como el hijo de Frank. Ganó una Super Bowl con los Chicago Bears en los años ochenta.

—... y Bradshaw...

Terry Bradshaw también fue un famoso *quarterback* que ganó cuatro Super Bowls con los Pittsburgh Steelers en los setenta y los ochenta.

—... los dos sufren lapsus mentales. Tío, no quiero perderme en Lubbock.

—Chuck, pero si fumas esos palitos de cáncer como un carretero —contestó Chico—, deberías preocuparte más por el cáncer que por la posibilidad de que te pierdas.

—Con cáncer al menos solo la palmaría. Lo que es mucho mejor que andar sin rumbo por la playa sin saber cómo volver a casa.

—Lo siento, Chuck —dijo Frank. Ya conocía a Chuck como para pedir que fuera solo a la ciudad—. Dwayne, ve con él. Localiza a todos los testigos que aparecen en el informe: animadoras, jugadores, entrenadores... Comprueba otra vez sus historias, mira si a los inspectores se les pasó algo por alto. Será mejor así, de este modo podéis cuidar el uno del otro.

—¿Dos borrachos cuidándose entre ellos? Eso no puede acabar bien.

—O puede acabar muy bien —dijo Chuck.

Chocaron los puños.

—El problema es que me dejé la furgoneta en Rockport —dijo Dwayne.

—Coge la mía —contestó Chico.

—¿Y cómo volveréis a casa? —preguntó Chuck.

—Yo los llevaré —contestó Billie Jean—. Yo también soy parte del equipo.

—¡Puf! Frank —dijo Dwayne—, viajar a Lubbock y quedarse en un hotel cuesta dinero. Y estoy casi en números rojos hasta que no cobre el mes que viene la pensión. Necesitamos dinero, joder, para poder costear la investigación. Para pagar la gasolina hasta Lubbock.

Frank echó un vistazo a los miembros de su equipo legal: Dwayne Gentry, un policía retirado que complementaba su pensión trabajando a tiempo parcial como guarda de seguridad en un pequeño almacén de trasteros... Chuck Miller, un antiguo entrenador que arbitraba partidos de fútbol americano de benjamines, pero solo cuando los que lo organizaban no pedían antecedentes penales ni los comprobaban... Chico Duran, un antiguo estafador que recibía del Estado de forma fraudulenta prestaciones por discapacidad y repartía *pizzas* los fines de semana... Billie Jean Crawford, una antigua *stripper* que se había convertido en abogada de oficio. Se quedó mirándola un rato. Sus ojos se estrecharon, y después empezó a negar con la cabeza.

—Ni lo pienses. No voy a volver a hacer de *stripper*.

Sus posibilidades para ganar dinero eran limitadas. Pero defender a un cliente acusado de asesinato y sobre el que pendía la pena de muerte, costaba dinero. Frank no veía opción... hasta que Chuck lanzó el balón de fútbol firmada al aire otra vez.

—Venderemos el balón —dijo Frank.

Chuck lo cogió al vuelo y frunció el ceño a Frank.

—¿Tenemos que hacerlo? Le he cogido cariño.

—Pues ya puedes despedirte. Chico, pon el balón a la venta en eBay. Volando.

Dwayne sonrió.

—Un viaje con los gastos pagados, aunque sea a Lubbock.

—Sin bares.

Entonces, frunció el ceño.

—Bueno, eso le quita mucha diversión a nuestro viaje gratis.

—No, me refería a que Lubbock es una ciudad sin bares. Ni uno.

—¡Por favor!

Parecía que Frank le hubiera dicho que el mundo se acabaría al día siguiente.

Chico se santiguó.

—Billie Jean —dijo Frank—, escribe el borrador del requerimiento judicial de la defensa. Pide copias de todas las pruebas de ADN, de todos los informes de pruebas físicas, del resultado de la autopsia, de la grabación del partido, de cualquier cosa que tenga la fiscalía en su poder.

—¿Quieres una copia de la grabación del partido?

—Quiero que Chuck revise la cinta, para ver si aparece en algún momento la víctima en la banda. Puede que hablara con alguien durante el partido.

—Lo analizaré todo —dijo Chuck.

—No nos importan los esquemas ofensivos ni los defensivos, céntrate en las animadoras.

—A eso me refería.

—Nunca he redactado un requerimiento judicial —dijo Billie Jean.

—Mira el modelo en el libro de formas de documentos legales. Escribe un borrador. Yo te lo revisaré.

—Vale, te lo mandaré por correo electrónico.

—Por correo electrónico no.

—¿Por seguridad? ¿Para que el fiscal del distrito no pueda interceptar nuestras comunicaciones?

—Mmm, no. No tengo correo electrónico.

—¿Por qué no?

—Porque no tengo conexión a internet.

—¿Por qué no?

—Porque vivo en una chabola en la playa.

—¡Oh! Vale, te lo mando por fax.

—No tengo fax.

—¿Dirección postal?

—No que yo sepa.

—Te lo imprimiré.

—Chico, ¿has analizado ya el móvil y el portátil?

Tenía la mirada fija en el móvil, como un niño absorto con un videojuego.

—Estoy en ello.

—Y nada de beber, chicos.

Nada más oír eso, hizo que Chico despegara la mirada del móvil; todos se quedaron mirando a Frank antes de romper a reír.

—Esa ha sido buena, Frank —dijo Dwayne.

—¿Alguien sabe el prefijo de Lubbock? —dijo Chico.

Billie Jean escribió en su iPad.

—¿Tienes conexión 3G? —le preguntó Chico.

—Cuatro.

—¡Joder!

—Ocho, cero, seis —contestó.

—Lo que me temía.

—¿Qué? —preguntó Frank.

Chico tecleó los números en el teléfono, después se lo llevó a la oreja y escuchó.

—¡Mierda!

—¿Qué pasa?

Tecleó otra vez los botones y puso el manos libres. Sostuvo el teléfono delante de él. Todos escucharon los tonos de llamada hasta que una voz alegre comenzó a hablar.

«Hola, soy Dee Dee. Ahora mismo estoy de fiesta y en este momento no puedo contestar. Deja un mensaje y ya te llamaré. Hasta luego».

Al final del mensaje, sonó un pitido. Chico colgó la llamada. Frank apenas podía articular palabra.

—¿Su número estaba guardado en el móvil de William?

—Te mintió, Frank —dijo Chico—. La conocía.

—Llama otra vez.

Volvió a hacerlo. William conocía a la víctima. Le había mentido a su padre. Tal y como Bradley Todd le había mentido a su abogado. Frank necesitaba un trago. Un trago de verdad.

—Han pasado dos años —dijo Billie Jean—. ¿Por qué su móvil funciona todavía?

—Porque para sus padres aún no se ha marchado del todo —contestó Dwayne—. Es algo que siempre pasa. Mantienen su habitación exactamente como la dejó el día que se marchó a la universidad.

Soltó una nube de humo de su puro.

—Su familia probablemente mantuvo su teléfono dentro del contrato familiar. No supone un gran gasto.

—¿Por qué harían algo así?

—Para escuchar su voz.

—¡Eh...! William Tucker.

Los susurros del pandillero de la celda de al lado se colaron entre las rejas.

—¡Joder! ¿Pena de muerte? Mierda, tío, ¡qué putada!

—Esto no me puede estar pasando.

William sintió como si alguien le hubiera pegado un golpe en la cabeza. Tenía la mente nublada, sus pensamientos se perdían en un mar de terror. La pena de muerte.

—Claro que te puede pasar. ¡Mírame a mí!

—¿Estás en el corredor de la muerte?

—Cinco años llevo, hasta que me consigan un nuevo juicio. Me llevarán de vuelta. De vuelta a casa.

—¿Qué tal es?

—Aburridísimo. ¡Joder! Allí te devora tanto el aburrimiento que a veces te entran ganas hasta de suicidarte y así ahorrarles todo el percal. Pero no lo haces, tío, porque quieres vivir. No sabes cuánto quieres vivir hasta que alguien te dice que tienes que morir. Por eso te encierran allí, porque la peña quiere vivir. Los dos tíos que tenía al lado hicieron ya el paseíllo a la cámara de gas. Antes se les llenaba la boca, lanzando mierdas como: «¡Cabrón! ¡Te escupiré en un ojo!». Pero cuando les llega la hora, lloran como nenazas, como bebés que llaman a su mami, asustados por dejar de vivir. Al menos no es como antes, en la silla eléctrica. ¿Te lo imaginas? Te enchufan el culo y te meten una descarga de alto voltaje. Dicen que se te salen los ojos de las órbitas, por eso les ponen una capucha y les tapan la cara. Mierda. Me cago por las patas abajo. Y después te vas a dormir, ¡joder! Ya para siempre. Pero no tienes nada de lo que preocuparte, William, todas las apelaciones que puedes pedir, hacen que estés diez años allí, mínimo. Vas a vivir una larga temporada en el corredor de la muerte. Aburriéndote allí. Comiendo una mierda de comida. Esperando.

William oyó al pandillero suspirar.

—Tío, si no tuviera todos estos tatuajes, me habría salvado el culo. Esos del jurado, ven a un tío negro con los brazos y el cuello llenos de tatuajes y se asustan. Eso es algo bueno en las calles, mira, pero nada bueno en un juicio. ¿Tienes algún tatu?

—No.

—¿Juegas al fútbol pero no tienes ningún tatu?

—Me dan miedo las agujas.

El pandillero de al lado rio.

—Eso es divertido.

—¿Por qué es divertido?

—El fiscal del distrito te quiere sentenciar a muerte, pero te dan miedo las agujas. ¡Es un chiste!

Rio de nuevo, aunque William no tenía ni idea de por qué. Tenía la mente tan dispersa que no entendía el chiste.

—Si te condenan a muerte, ya no te electrocutan, William Tucker. Te clavan una aguja y te meten esa mierda directamente dentro de tus venas. Así matan ahora, con una puta aguja. Y, joder, te dan miedo las agujas.

Capítulo 26

«Hola, soy Dee Dee. Ahora mismo estoy de fiesta y en este momento no puedo contestar. Deja un mensaje y ya te llamaré. Hasta luego».

Frank le reprodujo la grabación de voz a William en la sala de visitas a través del auricular. Billie Jean había llevado en coche a Frank a la cárcel del centro a la mañana siguiente, en su Mustang caramelo con la capota bajada. Era un coche de neumáticos anchos y un motor V-8 de 420 caballos. A ella le gustaba la velocidad, algo que no ayudó a la resaca de Frank. Estaba sentada a su lado en la sala, pero no podía escuchar lo que William decía en la conversación.

—¿Eso estaba en mi móvil? —preguntó William.

—Sí. Dijiste que no la conocías.

—Y no la conozco.

—¿Y entonces por qué tienes su número guardado en tu móvil?

—Crees que soy culpable, ¿no?

—No.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Billie Jean.

Frank le levantó el dedo.

—¡Qué tenga su número no significa que la violara y la matara!

—Significa que la conocías. ¿Cuándo la conociste?

—No lo sé.

—Tuvo que ser aquella misma noche. Iba a la universidad en Lubbock.

—Supongo.

—¿Cómo puedes no acordarte de ella?

William puso una mueca en el teléfono:

—A: sufrí una conmoción cerebral. No recuerdo nada de aquella noche. Y B: me juego lo que quieras a que tengo el número de quinientas chicas en mi móvil, o puede que mil. Pero no las conozco a todas.

—¿Cómo puedes no conocerlas a todas si tienes sus números guardados en tu móvil?

—No los guardo yo.

—¿Qué? —le preguntó Billie Jean.

Frank se volvió hacia ella.

—Dice que él no grabó su número en el móvil.

—¿Entonces quién lo hizo?

Volvió a hablar con William por el auricular.

—¿Entonces quién lo hizo?

—Ella.

—¿Ella?

—Mira, Frank así es como funcionan las cosas cuando eres un deportista famoso en Estados Unidos.

Como si existiera un manual que estableciera esa regla.

—Cada vez que salgo de mi dormitorio, en público, a un bar, a un restaurante... ¡Joder! Hasta a la oficina de correos; las chicas se me echan al cuello. Son fanáticas. Soy como una estrella famosa del campus, en cualquier lugar de Austin. Incluso fuera de la ciudad. Cuando viajamos, las chicas se pasan todo el día en el vestíbulo del hotel, esperando que me quede con alguna de ellas. Los entrenadores siempre nos recuerdan a los jugadores del equipo que tengamos cuidado con las chicas. Cuando jugamos la Alamo Bowl el año pasado, una chica se fue a la habitación con dos jugadores, tuvieron sexo y después declaró que la habían violado. Las chicas son los gajes de nuestro oficio.

Billie Jean tiró de la manga de la camisa de Frank.

—Dice que las fanáticas se le arremolinan cuando está en público.

Ella asintió con la cabeza y dijo:

—Igual que con mi ex, y eso que solo estaba en la liga menor. Les fascina un personaje famoso.

Volviéndose a William:

—Vale, lo entiendo. Pero tenías su número en el móvil. Cómo lo puedes explicar.

—¡Que muchas de esas chicas me cogen el móvil! Guardan sus números, y me dicen: «¡Escríbeme, cuando quieras!».

Su hijo se encogió de hombros.

—Ellas son mis «susti».

—¿Tus «susti»?

—Ya sabes, si necesito a alguna chica, si no va bien la cosa con la que estoy o si me aburro viendo el canal de deportes, puedo mandar un mensaje a cualquiera de esos números, y una de ellas aparecerá en mi dormitorio en diez minutos. Son sumisas.

—¿Sumisas?

—¿Para qué si no les escribiría?

—¿Qué ha dicho? —preguntó Billie Jean.

—Que son sumisas.

—¿Las chicas? ¿Sumisas...?

—Sexuales.

Frank estudió a su hijo de veintidós años. La visión que tenía de las chicas cambió cuando tenía dieciséis años. Cuando empezó a arraigar en su mente la idea de que era especial. Cuando comenzó a mirar a los demás por encima del hombro y a no verlos como iguales, sino como parte de su séquito. Los chicos existían para que le cortaran el césped y le limpiaran el coche; las chicas para ofrecerle sexo. Frank intentó entonces explicar a su hijo que tenía una visión equivocada de cómo funcionaba el mundo, pero ¿por qué iba su hijo a creer a un padre cuando el resto del mundo le estaba diciendo que su visión del mundo era la correcta? Cuando los chicos eran felices sirviéndole y las chicas lo eran acostándose con él.

—¿Pero nunca le escribiste o la llamaste?

—No, te lo juro.

—Pero sí la conociste. Guardó su número en tu móvil, aunque no te acuerdes de haberla visto.

—He conocido a cientos, a miles de chicas. Tampoco me acuerdo de todas ellas.

—Tuviste que conocerla aquella noche.

—No puedo recordar nada de aquella noche.

Si los médicos lo hubieran dejado ingresado en el hospital aquella noche en observación, William Tucker no estaría ese día en prisión.

—Tienes que creerme. No la violé, y tampoco la maté.

—Te creo.

—¿Porque crees que soy inocente?

—Porque eres mi hijo.

El inmenso cuerpo de William pareció encoger.

—No tiene buena pinta, ¿verdad? Que apareciera mi sangre en su cuerpo, su número en mi móvil. No voy a ganar este partido, ¿verdad? Me van a condenar, ¿a que sí? Me van a sentenciar a la pena de muerte.

—No permitiré que eso suceda.

¿Qué más podía decir? La verdad era que en Texas era posible. Era probable. Incluso podía llegar a pasar. Había trescientos presos recluidos en el corredor de la muerte en Texas. Algunos de ellos eran culpables.

—¿Que no permitirás que eso suceda? ¡Joder! Estás borracho y, aun así, pretendes salvarme de la pena de muerte. ¿De verdad? —Su hijo lo miró con desdén—. Das asco, Frank.

Frank se sintió como una mierda. Al saber que su hijo tenía el número de Dee Dee en su móvil, se había dado a la bebida. La noche anterior había bebido *whisky* hasta que había caído redondo.

—¿No puedes estar sobrio ni veinticuatro horas, no?

No podía. Frank se levantó y miró el metacrilato donde pensó apoyar la palma otra vez, pero su hijo ya se había marchado de la sala.

—Te voy a ser sincera, Frank —dijo Billie Jean—. Me va a costar mucho tiempo cogerle cariño a tu hijo. ¿Sumisas? ¿En serio?

Capítulo 27

Para Frank, los ladridos de Rusty era como si alguien irrumpiera en su cabeza sin que fuera invitado. Pero no era porque tuviera resaca. Llevaba treinta horas sin probar ni una gota de destilado, el tiempo más largo que había estado en seis años.

—¡Cállate!

Rusty dejó de ladrar. Tan solo unos minutos. Después comenzó a ladrar otra vez. Le lanzó la almohada al animal. Estar sobrio le ponía de mal humor.

Billie Jean lo había llevado en coche de vuelta a la playa el día anterior. Aunque solo costara veinte dólares la noche, no podían quedarse en la zona de acampada de manera indefinida. Él tenía que volver a casa para aconsejar a otros abogados. Tenía que ganarse su salario, tal y como siempre hacía. Tenía que estar sobrio. Corrió ochocientos metros por la playa hasta que tuvo que pararse para vomitar. Escupió bilis y se quedó mirando al Golfo. ¿Podría, de verdad, mantenerse sobrio por su hijo? ¿Después de haber estado seis años, en todo momento, ebrio? No, le parecía imposible. Ni siquiera podía correr ocho kilómetros y llegar hasta el espigón. Pero él lo haría. Encontraría la forma. Por su hijo.

—¡Vamos!

Siguió corriendo por la playa con Rusty.

Frank se bañó en el mar y después en el bungaló. Cambió la receta de su

batido de proteínas: proteína de suero de leche, yogurt, arándanos, fresas, plátano y leche de almendra. Ya no le echaba vodka. Se quedó mirando aquel líquido transparente: el alcohol que le aclararía las ideas, que lo pondría de mejor humor y que haría que se sintiera vivo. Después lo colocó otra vez en el estante de la cocina. Mezcló aquel mejunje y se lo bebió directamente del vaso de la licuadora. Cuando lo probó, estuvo a punto de escupirlo todo.

—¿La gente se bebe esta mierda?

Se echó una siesta antes de que llegara el primer abogado. Dieron su paseo por la playa. Frank lo escuchó, lo aconsejó y se ganó sus cincuenta dólares. Lo repitió con otros dos. Depositó el efectivo en el fondo de la defensa, es decir, en una cajetilla de cigarros.

Luego se echó otra siesta.

Rusty le ladró para despertarlo, era la hora del golf. Pero él no jugaría aquel día. El golf no fomentaba la sobriedad: es el tipo de deporte que te pide un trago después. Tenía que mantenerse sano. Y si no, sobrio.

En lugar de ir a jugar, Frank se comió una barrita de proteínas que cogió del dormitorio de William y se puso a ejercitarse. Flexiones en el porche. Once. Luego se dio la vuelta, se tumbó sobre la espalda e hizo trece abdominales. Le entraron náuseas. Le costó ponerse de pie para hacer veinticinco saltos de tijera. Eso lo mareó. Se agarró a la viga transversal del porche e hizo siete dominadas. Y, finalmente, vomitó.

Debería haber esperado hasta después para comerse la barrita de proteínas.

Se sentó en la silla del porche y encendió la radio. El canal de los viejos clásicos. Buddy Holly cantaba *That'll Be the Day*.

Buddy Holly nació en Lubbock, Texas, en 1936. Desde entonces, pocas cosas habían sucedido allí. Con una población de doscientos cuarenta mil habitantes, era la ciudad más grande de todo el oeste de Texas. Los ganaderos y los agricultores se desplazaban hasta Lubbock para ir al médico, al abogado, para hacer la compra o para ver el rodeo; sus hijos e hijas iban allí para terminar sus estudios superiores. Estudiaban en la facultad de Arquitectura, en la facultad de las Ciencias de la Comunicación, en la facultad de Ingeniería Agrícola o en la de Recursos Naturales y, hasta 1993, en la facultad de la Economía del Hogar.

Treinta mil estudiantes asistían a la Universidad Texas Tech de Lubbock.

Ninguno se perdía un partido de fútbol. A: no había nada mejor que hacer en

Lubbock un sábado por la tarde. Y B: ver al equipo de fútbol americano de los Red Raiders era divertidísimo. El equipo se había inventado la ofensiva NASCAR: a toda velocidad, sin parar, sin hacer *huddles*, corriendo y pasando el balón sin parar; un ataque ofensivo en toda regla. Cualquiera día de esos, los Red Raiders podrían ganar el partido a cualquier equipo de Estados Unidos. No ganaban a menudo, pero a los entrenadores de los equipos rivales siempre les preocupaba viajar hasta Lubbock para jugar contra ellos. Dwayne Gentry y Chuck Miller también estaban preocupados cuando entraron en la ciudad. Pero no era por los Red Raiders.

No había ni gota de alcohol en toda la puta ciudad.

—¿No se puede comprar alcohol en la ciudad? —preguntó Chuck—. ¡Eso no es de ser buenos estadounidenses!

—Tío, estamos en el Cinturón Bíblico.

—Pero nosotros somos pecadores.

—Eso es cierto.

—Y hoy sí que quiero pecar.

—No hace falta que lo jures.

Dee Dee Dunston también era una pecadora. No encontraron alcohol en Lubbock, pero sí a Cissy Dupre. Ya había acabado con su entrenamiento cuando se acercaron para hablar con ella en el campus de Texas Tech. Los inspectores de la policía ya la habían interrogado hacía dos años.

—¿Eres Cissy Dupre?

Se paró y echó una miradita.

—Sí.

—Queríamos hablar contigo de Dee Dee Dunston.

—No.

Comenzó a alejarse, pero Dwayne le enseñó la placa. Siempre la llevaba consigo, por si acaso lo paraba la policía cuando iba con el coche; cuando veían que había estado en el cuerpo, solían hacer la vista gorda.

—Es un asunto policial, Cissy.

No lo era, pero la placa siempre surtía efecto: ella se detuvo.

—Nunca había visto a un policía fumándose un puro estando de servicio.

—No has estado nunca en Houston.

—Ya he hablado con la policía.

—¿Hace dos años?

—Hace dos semanas.

—¿Con el inspector Jones?

—Sería.

—¿Un poli negro?

—Sí.

—Bueno, solo queríamos repetirte algunas de las preguntas.

Ella suspiró, resignada.

—¿Qué quieren saber?

—¿Es cierto que no se puede comprar alcohol en Lubbock? —preguntó Chuck.

—Ahora ya sí. Presentaron una moción al condado hace algunos años y levantaron el veto.

—¡Oh! ¡Gracias, Señor!

Cissy frunció el ceño.

—¿Eso es todo lo que quieren saber?

—No —respondió Dwayne—, queremos saber lo que le pasó a Dee Dee.

Comenzó a negar con la cabeza y parecía que iba a llorar.

—Creo que William Tucker la mató.

—No. Antes de esa noche.

—¡Ah!

Empezaron a brotarle lágrimas de los ojos.

—¿Alguna vez habéis visto a esas chicas despendoladas de *Girls Gone Wild*? —preguntó.

—¡Me encanta! —dijo Chuck—. Tengo todas las temporadas en DVD.

Era como un niño con todas las temporadas de su serie de dibujos favorita.

—Bueno, pues Dee Dee... era como una de esas chicas. Una chica de campo que cuando llegó desde Sweetwater se despendoló.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Dwayne.

—Sexo. A ver, todo el mundo pierde un poco el norte en su primer semestre de universidad. Ya no viven con sus padres, los chicos, las fiestas, el alcohol... Pero a ella se le fue de las manos. Era un encanto de chica, pero le gustaba el sexo. Quiero decir, le encantaba. Era casi una deportista sexual.

—¿Quieres decir que era una chica promiscua?

—Más bien, una ninfómana.

—¿Con quién se acostaba?

—Con deportistas. Con deportistas famosos.

—¿Se lo comentaste a la policía hace dos años?

Negó con la cabeza.

—No quería herir a su familia. Los conocía. Eran una familia encantadora. Iban a la iglesia. Pero se lo conté al poli negro que vino hace dos semanas.

—¿Compartisteis habitación aquel fin de semana en Austin?

Asintió con la cabeza.

—¿Salisteis después del partido?

—Un montón de animadoras salimos.

—¿Al Dizzy Rooster?

Asintió otra vez.

—¿Visteis allí a William Tucker?

—Llegó cuando ya llevábamos un rato allí. En cuanto entró en el bar, se montó un escándalo, muchos le hacían fotos con el móvil y cosas así. Era como si hubiese entrado Channing Tatum.

—¿Quién?

—La estrella de cine.

—¡Ah!

—Pero él nos vio, aún llevábamos puesto los uniformes de animadoras.

—¿Por qué?

—Para que los jugadores de la UT nos reconocieran. Se vino directo hacia nosotras. Dee Dee se le tiró al cuello, así que yo me puse a ligar con otros jugadores.

—¿Así que tú misma presenciaste cómo Dee Dee y William Tucker se conocieron aquella noche?

—Vi con mis propios ojos cómo se metían mano como unos quinceañeros cachondos.

—¿Allí mismo en el bar?

—Allí mismo, sí.

—¿Os quedasteis en el bar toda la noche?

—No, cuando fui a buscarla, estaban yendo hacia atrás.

—¿Hacia atrás? ¿Hacia dónde?

—Detrás del bar. Me imaginé que se iban a enrollar.

—¿Enrollarse? Quieres decir, ¿acostarse?

—Sí.

—¿Los volviste a ver?

—A él sí. Escuché todo el barullo, me di la vuelta y él estaba ahí, vomitando en el bar.

—¿William vomitó en el bar?

—Sí.

—¿Pero Dee Dee ya no estaba con él?

—No.

—¿A qué hora pasó eso?

—No miré el reloj. Cuando una está borracha pierde la noción del tiempo.

—¿Estabas borracha?

—Todos lo que estábamos allí lo estaban.

—¿Dee Dee también?

—Claro.

—¿Le contaste a la policía que ella y William se conocían?

—No.

—¿Por qué no?

—¿Para qué?

—¿No creíste que el mero hecho de que se follara a William Tucker sería importante para la investigación de su muerte?

—No. Cuando la poli vino al hotel la mañana siguiente y me dijo a Dee Dee la habían violado y asesinado, no se me ocurrió que William Tucker hubiese tenido algo que ver.

—¿Por qué no?

Se encogió de hombros.

—Es un deportista famoso. No le hacía falta violarla.

—Aquí en la cárcel no se folla. O, al menos, no como te gustaría.

El pandillero de al lado. En la oscuridad, William se recostó sobre el catre. La celda estaba en silencio. Había tres palabras que le resonaban en la cabeza: pena de muerte. Y dos abogados se interponían entre el corredor de la muerte y él: un borracho y una antigua *stripper*. Era una novata aún sin desvirgar. Él fue un día un gran profesional que había perdido ya todo el talento que una vez tuvo, que se había dejado consumir, que no podía volver a la acción. Que tiró su carrera por la borda por culpa del alcohol, como muchos deportistas famosos tiraban la suya por la borda por culpa de las drogas. ¿Quería que Frank Tucker fuera el *quarterback* de su equipo? ¿Cuando su vida dependía de ello? No, no lo

quería. Pero no tenía dinero para contratar a un abogado mejor. No le quedaba ninguna esperanza. Tal y como a su equipo tampoco le quedaba esperanza alguna en su partido contra los Kansas State del día siguiente. Perderían. Él perdería. Mandarían a su equipo para casa. Él ingresaría en prisión estatal. En el corredor de la muerte.

—¿Era guapa?

—¿Quién?

—La chica a la que mataste.

—Yo no la maté.

—Vale. ¿Era guapa la chica a la que no mataste?

—No me acuerdo de ella.

—Eso no te funcionará, William.

—¿Qué?

—Decir que no te acuerdas de nada, tío. Seguro que el jurado piensa que de algo te acuerdas.

—Sufrí una conmoción cerebral.

—¿De verdad?

—Jugué ese mismo día. Un *strong safety* me hizo un placaje, chocamos casco contra casco. Mi entrenador me dijo que creía que era Troy Aikman jugando con los *Cowboys* contra los *Giants*.

—Siempre me gustó Troy Romo me flipaba, pero Troy... él sí que sabía jugar. Me acuerdo de ese partido; sufrió una conmoción, un *linebacker* le golpeó con el casco en la mandíbula, casi se corta la lengua de un mordisco, le sangraba muchísimo la boca y aun así lanzó el *touchdown* que le dio la victoria. ¿Te pasó eso?

—Yo lancé... lancé la pota.

—¿No te llevaron al hospital?

—Fui, pero me dejaron marcharme.

—¿Y fuiste directo a sus bragas? —El pandillero rio—. Tío, tenías que ser una testosterona con patas. Joder, serías un buen hermano en el barrio, encajarías genial. Nos encanta salir a por tías. Pero eso ya se acabó, William Tucker. Se nos acabó a los dos.

El pandillero suspiró.

—No hay tías aquí en la cárcel.

Capítulo 28

Frank se despertó a la mañana siguiente con la ropa y la cama mojadas. Había sudado toda la noche y no había dormido nada bien. Tan solo un pensamiento ocupaba su mente: *whisky*. Ansiaba un trago. Solo uno.

Pero luchó contra las ganas.

Fue al baño, se cambió la ropa mojada, bebió algo de agua, se puso las gafas de sol y salió del bungalow. Corrió casi dos kilómetros. Antes de vomitar. Todavía estaba con las manos apoyadas en las rodillas, doblado, cuando Rusty ladró. Había visto algo al final de la playa. Frank se incorporó y fijó la atención en la distancia.

—¿Qué coño...?

Una mujer se acercaba al galope, montada en un caballo. Frank intentó quitarse esa imagen de la cabeza. Las alucinaciones eran uno de los síntomas posibles de la privación del alcohol. ¡Joder! Ya había sufrido temblores y sudores, ¿por qué no iba a alucinar también? El caballo y la mujer se acercaban. Parecía que iba desnuda. Bueno, por lo menos esas alucinaciones eran interesantes. Rusty y él se quedaron de piedra cuando pasaron al galope a su lado. Pues sí que iba desnuda.

—Buenos días —lo saludó.

Frank resopló. Al menos, no tenía alucinaciones.

Se fue a dar un baño, se bebió su batido de proteínas, se echó una siesta, aconsejó a un abogado, se volvió a dormir y después se puso a entrenar. Quince flexiones, diez ejercicios abdominales, veinte sentadillas y treinta saltos de tijera.

Se comió otra barrita de proteínas. Y pensó en la sangre de su hijo. Y en Dee Dee Dunston.

—¿Qué tal llevas la desintoxicación?

Billie Jean lo llamó aquella tarde.

—Ahí voy.

—¿Alguna idea de dónde salió su sangre?

—No, pero no puedo pensar con claridad ahora mismo.

—Ya pensarás mejor cuando no te quede nada de alcohol en el cerebro.

—Eso espero.

Se quedó callada, aunque tenía algo que contarle.

—¿Qué pasa?

—Frank, si William no recuerda haber conocido a Dee Dee aquella noche, pero tenía su número guardado en el móvil, ¿de qué más no se acuerda?

—No recuerda nada por la conmoción, pero eso no hizo que se pusiera violento.

—Tan solo pensaba en voz alta. No tienes por qué ponerte así.

Ella colgó la llamada. Frank encendió el televisor para ver el partido de la UT. No se había puesto de ninguna manera. Pero, joder, era un alcohólico que estaba dejando la bebida. Eso le agría el carácter a cualquiera.

—Adam hace el saque... busca a algún receptor... lanza a través del *middle*... ¡interceptaron el pase!

—¡Mierda! —gritó William.

Por un jersey de fútbol firmado, el culo gordo del guarda le había prestado una pequeña radio para que pudiera escuchar el partido de los Texas contra los Kansas State. En el tercer cuarto, los Longhorns iban perdiendo 35-0. Ahí se iba el campeonato nacional... a menos que pudiera salir aquella semana y pudiera jugar el sábado. Aún podrían conseguir un 11-1. Eso podría aún darle opciones para ganar el título. Si Alabama perdía contra Auburn, aún tendrían posibilidades de alzarse con el campeonato. Y con el Heisman.

—Se abre paso y... ¡*touchdown*! —sonó por la radio.

42-0. El *quarterback* suplente había lanzado más pases completos a la segunda línea de defensa de los K-State que a sus propios receptores. No era más

que un novato que jugaba su primer partido. Teniendo en el equipo a William como *quarterback*, el equipo no necesitaba fichar a ninguna otra futura promesa de *quarterback*. Sabía que se quedaría sentado en el banquillo hasta que se graduara. Nadie esperaba que él entrara en la cárcel.

—Tío, están cortando todos sus pases porque se queda embobado mirando a los receptores, no dónde acabarán.

El pandillero de al lado se creía jugador profesional.

—¿Alguna vez has jugado?

—¡Joder! Claro que sí.

—¿De qué jugabas?

—De *quarterback*.

—¿De verdad? ¿Dónde?

—En los Houston Yates.

—Son buenos.

—¡No éramos malos, joder! Al menos, yo no lo era, en absoluto. Corría cuarenta yardas cuatro con cuatro, lancé seis *touchdown* en un único partido. Tenía talento.

—¿No te ofrecieron nada?

—¿Alguna universidad?

—Sí.

—¡Qué va!

—¿Tenías mal el expediente?

—Tenía mal los antecedentes.

—¿En el instituto?

—Tío, he vivido la vida desde que nací. Cuando iba al instituto, ya me conocían muy bien en comisaría. No llegué a graduarme. Me gustaría tener un buen expediente ahora, ponerlo enmarcado en la pared de mi celda, ¿sabes? Darle una razón a mi madre para que estuviera orgullosa.

Capítulo 29

—¿No has bebido nada en doce días?

—Ni siquiera una cerveza.

En su duodécimo día de sobriedad, Frank corrió tres metros antes de vomitar. Hizo flexiones, abdominales, sentadillas y saltos de tijera. Estaba recuperando su fuerza y su resistencia física; su mente funcionaba mejor; se sentía vivo otra vez. Pero la ansiedad y el deseo lo consumían todavía. Cada minuto de cada día.

—Estoy orgulloso de ti, papá.

Frank contuvo la emoción. Los que no son padres creen que todos quieren que sus hijos estén orgullosos de ellos. Pero no es cierto. Un padre siempre está orgulloso de sus hijos. Pero ¿cómo podía estar la hija de Frank orgullosa de su padre cuando ni él mismo lo estaba? Había matado a una chica. Era tan culpable como Bradley Todd.

—Se te ve muy bien. ¿Has perdido peso?

—Cinco kilos.

Su hija lanzó la pelota de tenis por la playa, lejos. Rusty corrió a por ella. Era el primer domingo del mes de noviembre, faltaban cinco semanas para el juicio y el equipo legal se había reunido en el bungalow de la playa para preparar el caso de su hijo. Y para jugar al póker. Se encontraban en el porche, sentados en la mesa. Dwayne, Chuck y Chico, intentando desplumar de sus dólares de arena a Billie Jean; pero ella había aprendido algo más que a ser solo una bailarina de *stripper* antes de que cambiara su vida. Era también toda una jugadora de cartas. Una depredadora.

—Estoy escribiendo una novela —dijo Becky.

Había regresado a casa desde Wellesley para terminar su grado de Inglés y Escritura Creativa en la Universidad Estatal de Texas en San Marcos, a cincuenta kilómetros al sur de Austin. Tuvo como profesores a dos ganadores del Premio Nacional del Libro.

—¿Cómo la vas a titular?

—La autobiografía de Rebecca.

—¿De qué va a tratar?

—De una familia disfuncional. El padre es un famoso abogado penalista en Houston, que se ve arrastrado por la bebida a una casucha en la playa después de que absolvieran a su cliente, un deportista universitario famoso que estaba acusado de violación y asesinato, cuando se dio cuenta de que, en realidad, era culpable, y volvió a matar. La madre es una antigua reina de la belleza que quiere ascender en la escala social que se divorcia del padre para casarse con un magnate del petróleo multimillonario, tan solo para ver cómo lo pierde todo cuando el mercado de la gasolina se desploma. El hijo es una estrella del fútbol americano que siempre tuvo acaparada la atención de su familia y lo acusan de violación y asesinato. El padre tiene que afrontar el mismo caso esta vez, solo que es su propio hijo quien asegura que es inocente.

—¿Es una novela de ficción?

—Claro.

—¿Y quién es Rebecca?

—La hija a la que nunca nadie prestó atención. La niña perfecta que ayudaba a mantener la paz y la armonía entre sus padres. Que todavía está intentando descubrir cuál es su lugar en la familia.

Frank avanzó hasta donde estaba su hija y le pasó el brazo por encima del hombro. Se acercó y la abrazó.

—Este es su lugar. Justo aquí.

Las lágrimas empezaron a brotarle de los ojos.

—Fuiste la mejor primogénita que podría haber. Te criaste sola. Parecía que no necesitabas que estuviéramos muy pendiente de ti.

—Sí, lo sé.

—Lo siento. Intenté ser un buen padre, para los dos. Pero había muchas cosas que no sabía. Pero te quiero, Becky. Siempre te he querido.

—¿Tanto como a William?

—Sí. Pero parecía que él requería mucha más atención, como si necesitara todo el aire de la habitación para él solo.

—Necesitaba mucho para llegar donde quería en la vida.

—Pero ya no. La vida lo ha llevado alto y luego lo ha empujado al fondo, al fango, donde vivimos todos los demás.

—Ojalá no lo hubiera hecho.

—Lo sé, cariño.

Caminaron por la arena, respirando el aire del mar. Pensaron en William: hijo, hermano y un presunto violador y asesino.

—*La autobiografía de Rebecca...* me gusta. ¿Tiene un final feliz?

—Todavía no lo sé.

Regresaron al bungalow y vieron que se había sumado un quinto jugador a la mesa de póker del porche: Ted, que se había descalzado, quitado los calcetines y tenía los pantalones arremangados. Se quedaron de pie en la arena y vieron cómo Ted ponía algunos dólares de arena en el montón del centro. Todos mostraron sus cartas, pero los cuatro hombres las lanzaron. Billie Jean se acercó el montón hacia donde estaba sentada. Dwayne se levantó y caminó, fatigado, por la arena.

—Me ha desplumado. Tengo que escarbar para buscar más dinero.

—Juega muy bien al póker —dijo Frank.

—¿Es una buena abogada? —preguntó Becky.

—Lo será.

—Tú lo eras.

—Lo era, en pasado.

—Puedes volver a serlo.

—Sé que te defraudé. Lo siento.

—Tú no me defraudaste. Nunca podrías hacerlo. Me dolió que te defraudaras a ti mismo.

—Siempre has sido la más inteligente de la familia.

—Lo sé. —De repente, se puso seria—. Mamá está en Hungría.

—Expandiéndose por el bloque del este.

—Papá...

—Papi me gusta más.

—Suena fatal que una mujer llame a su padre «papi».

—Si no es a su padre, sí.

Ella sonrió.

—Papi...

Ahora él sonrió.

—... siempre supe lo que pasaba entre mamá y tú. No encajabais. Siempre me sentí mal por ti.

—¿Por qué?

—Porque ella conseguía todo lo que quería de ti, pero tú nunca conseguías lo que querías de ella.

—¿Qué?

—Amor.

—¿He dicho ya que siempre has sido la más lista de la familia?

—Sí. ¿Crees que ella puede darte lo que necesitas?

—¿Tu madre?

—Billie Jean.

—Es demasiado joven para mí.

—Tú no eres demasiado mayor para ella. Le gustas, sabes...

—¿Cómo lo sabes?

—Soy mujer.

—¿Sí? ¿Lo eres?

Vieron a Billie Jean repartir cartas como si fuera una crupier de Las Vegas.

—Tendría que volver ya a Houston —dijo Becky.

Frank la abrazó y le dijo que la quería. Dwayne regresó con las manos llenas de dólares de arena; vieron cómo Becky se montaba en su coche y les decía adiós con la mano mientras conducía.

—Me ha escrito Herman Jones, el inspector de Austin encargado del caso —le dijo Dwayne—. Me ha dicho que tengo que ir a verlo. Lo antes posible. Puede que haya encontrado algo.

—¿Qué?

—Cualquier cosa, pero no será nada bueno para William.

Dwayne regresó a la partida de *poker*. El aliento de alcohol de Dwayne hizo que Frank se parara en seco; inhaló el embriagador aroma. Realmente necesitaba un trago. Pero, con señas, llamó a Ted a su despacho. Se dieron la mano.

—Hola, Ted.

—Hola, Frank. Siento lo que le ha pasado a tu hijo. Sin él, los UT han perdido dos partidos seguidos.

—¿Cómo va tu caso?

—Mejor.

—¿Qué ha pasado?

—Presenté la moción de recusación.

—¿Y qué pasó?

—El juez se puso como loco. Nos llamó a los abogados aparte y me gritó como si estuviera de vuelta en el colegio.

Frank refunfuñó.

—Después se derrumbó y rompió a llorar. Nos habló de su hijo. Y se disculpó. Le ordenó a la acusación que entregara todas las pruebas. Ocultaban la grabación de una cámara de vigilancia.

—¿Y demostraba que tu cliente era inocente?

—No. Era culpable, Frank. La cámara de vigilancia lo grabó cometiendo el crimen. Él lo hizo. Mató al agente de incógnito. No estaban ocultando una prueba exculpatoria; ocultaban una prueba incriminatoria para que nos cogiera por sorpresa durante el juicio. Después de que mi cliente subiera al estrado y llorara declarando que era inocente, le mostrarían el vídeo en la gran pantalla y el jurado vería cómo disparaba al agente de la DEA a quemarropa en la cara. Lo condenarían a la pena de muerte casi seguro. Cuando enseñé la prueba a mi cliente, empezó a reír.

—¿A reír?

—Sí. Porque lo creí. Es un asesino a sangre fría de diecisiete años, y yo me tragué sus mentiras.

Caminaron en silencio por la arena.

—Quería creer en él, Frank.

Ted le pagó la sesión a Frank de cincuenta dólares y se marchó. Frank se sentó en los escalones del porche y se quedó mirando al mar. Tenía dos dudas que le rondaban la cabeza y luchaban por imponerse la una sobre la otra: una era si su hijo estaba intentando colársela a su padre, tal y como había hecho el cliente con Ted. La otra era si el fiscal del distrito estaba jugando con Frank al mismo juego al que los federales habían jugado con Ted. ¿Estaba el fiscal del distrito ocultando pruebas incriminatorias a plena vista? Finalmente, se respondió a las dos cuestiones él mismo: no y sí.

Su hijo era inocente. El fiscal del distrito, culpable. Los inspectores habían descargado todo el contenido del móvil y del portátil de William. Habían encontrado el número de Dee Dee en el móvil de su hijo. El fiscal del distrito sabía que el testimonio de William en el juicio quedaría más que impugnado:

—Juro que nunca la conocí.

—¿Entonces por qué tenía su número guardado en tu móvil?

El jurado, formado por hombres y mujeres de mediana edad, no entendería cómo son los jóvenes de hoy en día. Era algo normal lo del móvil. A las chicas les gustaba mostrarse sumisas, que les mandaran mensajes para tener sexo. El sexo ya no era un compromiso emocional igual que lo era un besito en la mejilla después de una cita, como cuando ellos eran jóvenes. El jurado condenaría a muerte a William Tucker.

La ley exigía que el fiscal del distrito revelara todas las pruebas exculpatorias a la defensa: pero no que lo hiciera con las pruebas incriminatorias. Por eso el fiscal había dejado el móvil y el portátil en el dormitorio de William. En el móvil había una prueba incriminatoria: el número de la víctima. El fiscal del distrito tenía que permitir a Frank el acceso al móvil, y lo hizo, pero no había conducido a Frank a través de los cientos de números de chicas del móvil hasta el de la víctima. Eso era parte del trabajo de Frank. El plan del fiscal era sorprender a la defensa con el número durante el juicio. La mayoría de los abogados de la acusación malos ocultaban las pruebas exculpatorias; pero este estaba ocultando una prueba incriminatoria que incendiaría al jurado y aseguraría así la pena de muerte. Ocultar pruebas a plena vista, justo ahí, en el móvil. Todo lo que tenía que hacer Frank era encontrarla.

Entonces se dio cuenta de que habría más cosas que tendría que descubrir.

—Chico, ¿qué has encontrado en el portátil?

—No mucho. Vídeos de partidos, vídeos de chicas desnudándose...

—¿En clubes de *striptease*?

—En dormitorios de residencias universitarias; en la suya y en otras. Porno casero.

—¿Aparecía William?

—Sí.

Morboso, pero no era incriminatorio ni admisible. Tenía que haber algo más.

—Vuelve a comprobar el móvil. Se nos está pasando algo por alto.

—No hay nada más, Frank.

—Hay algo más.

—¿Qué?

Frank comenzó a pensar en las pruebas que ellos tenían y en las que el fiscal del distrito podría tener para que estuviera seguro de que su hijo era culpable. Al fin, dio en el clavo: tendría que haberse dado cuenta cuando encontraron el

teléfono, pero tenía la mente muy nublada por el *whisky*.

—¿Cuántas fotos había en el móvil?

—Cientos, quizá miles.

—Tenía fotos de ella en su móvil. Por eso la policía lo dejó en su dormitorio. El fiscal del distrito está ocultando pistas a plena vista.

Billie Jean había conducido de vuelta a Rockport unos días después de que se leyeran los cargos con su requerimiento de pruebas. Había hecho un buen trabajo. Frank le había dado el visto bueno, y ella lo había cumplimentado. Ese mismo día había conducido hasta la playa con el resultado de su solicitud: el resultado de la prueba de ADN, el informe de la autopsia, el informe del análisis de las trazas y un disco con el partido de fútbol. Los resultados del ADN demostraban de manera concluyente que la sangre de William coincidía con la que se había hallado en el cuerpo de Dee Dee. El informe de la autopsia reveló que Dee Dee fue violada con una fuerza descomunal, que la causa fue por estrangulamiento y que la hora de la muerte fue entre la medianoche y las dos de la mañana. El informe del análisis de las trazas no concluyó que hubiese otras pruebas en el cuerpo de Dee Dee: no había semen, muestras de tejido cutáneo, saliva ni la sangre de otra persona.

Frank echó un vistazo por encima a todo lo que habían descubierto. Luego, él y Billie Jean dieron un paseo por la playa mientras esperaban a que llegara el resto del equipo legal. Se podía hablar con ella de cualquier cosa. Hacía mucho que no hablaba con una mujer. Las únicas conversaciones que había tenido con Liz eran sobre qué podían permitirse y del horario del colegio de los niños de la semana siguiente. Del dinero y de cómo ser padres, no sobre la vida ni el amor.

Cuando regresaron al bungalow, Chuck estaba analizando la grabación del partido en el portátil de William. Chico echaba un vistazo a las cientos de fotos que había en el móvil de William. Dwayne ampliaba la información de la investigación en Lubbock. Tenía en una mano su pequeña libretita de policía y en la otra su rotulador Sharpie.

—Dwayne. ¿Por qué llevas ese rotulador? —preguntó Chico.

—¡Ah! Era mi marca característica cuando ejercía, cuando era el mejor policía de homicidios del Departamento de Policía de Houston.

—¿Tu marca?

—Sí, como los policías de homicidios de la tele que siempre llevaban una

piruleta Tootsie Roll Pop.

—¿Como Magnum?

—No, Magnum era investigador privado. El tío calvo.

—¿Bruce Willis?

—No, el otro...

Podían seguir así todo el día, así que Frank puso fin a esa tontería retomando el tema del viaje a Lubbock.

—¿Hablasteis con aquella chica, con Cissy?

—¡Ah! Sí. La mayoría de los jugadores y de las animadoras de entonces ya se han graduado o no siguen allí. Podríamos pasarnos meses y gastarnos mucho dinero buscándolos a todos. No tenemos por qué hacerlo, ninguno podría hacer desaparecer la sangre de William del cuerpo de la víctima. Pero dimos con Cissy Dupre.

Le contaron la conversación que tuvieron con la compañera de cuarto de Dee Dee y que esta conoció a William Tucker en el Dizzy Rooster.

—Dijo que nunca la había visto —dijo Frank—. Pero sabemos que sí, porque encontramos su número de teléfono guardado en su móvil.

—Y ahora el fiscal del distrito tiene a una testigo que presencié cómo se conocieron aquella noche en el bar. Que observó cómo se metían mano como... ¿qué fue lo que dijo, Chuck?

—Adolescentes de instituto cachondos. Los vio irse detrás del bar y después a William, vomitando. Pero no supo decir a qué hora fue.

—¿Dónde?

—Allí, justo en el bar.

—Él nunca dijo que se sintiera mal.

—Frank, cuando estaba en el ejército, todos los veteranos que llevaban toda la vida allí decían que habían vomitado después de matar a alguien por primera vez.

—¿Dónde estaba Dee Dee cuando vomitó?

—Cissy dijo que no la volvió a ver.

Frank reflexionó con las nuevas pesquisas. Hasta entonces, todo lo que habían descubierto eran malas noticias. La sangre de su hijo en el cuerpo de la víctima y su número en su móvil. Pero las peores noticias que podían tener era que su hijo puede que hubiera...

—Mintió, Frank —dijo Dwayne.

—No me lo creo.

—Pues créetelo —dijo Chico.

Chico les enseñó la pantalla del móvil de William, en la que había una foto de Dee Dee Dunston con el letrero del Dizzy Rooster de fondo.

Capítulo 30

—No mentí. Tan solo no me acuerdo de ella. No me acuerdo de nada de aquel día. Sufrí una conmoción.

Lo que puede que fuera cierto, desde el punto de vista médico, pero sería un argumento difícil de vender al jurado. William se encontraba lo suficientemente bien como para salir de fiesta aquella noche, ¿pero no se acordaba de nada? El fiscal del distrito explotaría eso en el juicio, le haría miles de preguntas que no obtendrían más respuesta que un «no me acuerdo». Eso sí, William tendría que testificar. Podría negarse a hacerlo, pero era una estrategia arriesgada. El jurado quería oír cómo el acusado contaba su parte de la historia. Y no confiaban en los acusados que no podían recordar su parte de la historia.

—Es que no me acuerdo.

A la mañana siguiente, Frank y Billie Jean estaban sentados delante de William en la sala de visitas. Frank puso contra el metacrilato el teléfono móvil con la foto de Dee Dee.

—¿No recuerdas haber tomado esta foto?

—Yo no la hice.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Billie Jean.

Estaba sentada al lado de Frank, pero no podía oír a William.

—Dice que él no hizo esa foto.

—Pregúntale quién la hizo.

—¿Quién la hizo? —le preguntó a su hijo.

—Ella.

Frank quitó el móvil del metacrilato y miró con detenimiento la imagen de la

chica.

—Dice que se la hizo ella.

Billie Jean se fijó en la foto.

—Podría ser un selfi.

—¿Un selfi?

—Una foto que te haces tú mismo. Los críos se echan fotos y luego las cuelgan en Facebook y en Twitter.

—¿Por qué?

—No lo sé.

Se giró de nuevo hacia su hijo.

—¿Por qué haría eso?

—Para que me acordara de ella. Para que le escribiera.

Frank sintió un poco de pena. Hace treinta y cinco años, la universidad era mucho más simple; los chicos pensaban siempre en el sexo, pero apenas lo practicaban. Los años de universidad repletos de sexo con completos desconocidos no parecía algo maravilloso. William comenzó a negar con la cabeza.

—Su número, su foto, mi sangre...

Frank llevaba trece días sin probar gota de alcohol. Le temblaban las manos. Las de su hijo también lo hacían, pero no por la privación de alcohol. Lo hacían del miedo.

—¿Sabe la policía que tengo una foto suya?

—Creo que sí.

William parecía estar más delgado. Casi demacrado, casi parecía imposible que un hombre de su tamaño estuviera así. Sus ojos azules flotaban en dos círculos oscuros.

—¿Estás durmiendo?

—No demasiado.

—¿Comes bien?

—No demasiado.

—¿Haces ejercicio?

—¿Para qué? Para mí se ha acabado la temporada. ¿Viste el partido de ayer? Dos derrotas seguidas. Me quedé sin el Heisman, me quedé sin el campeonato. Mi carrera está acabada. Mi vida se ha acabado.

Frank miró a su hijo. El juicio era en cuatro semanas. ¿Podría pasar cuatro semanas más en prisión?

—Dwayne fue a Lubbock, habló con la compañera de cuarto de la chica, con Cissy. Ella también estaba en el bar aquella noche. Dice que tú y Dee Dee desaparecisteis, creía que los dos os estabais enrollando.

—¿Nos enrollamos?

—¿Tampoco te acuerdas de eso?

—No.

Frank puso nuevamente la palma de su mano en el cristal, pero su hijo se llevó las manos a la cara.

—Voy a morir en la cárcel.

A algunas manzanas de allí, en la comisaría de policía de Austin, Dwayne Gentry estaba sentado en el escritorio de Herman Jones. Herman parecía incómodo.

—Tienes que saber la verdad sobre tu chico.

—¿Qué?

—Que él mató a la chica.

—Él dice que nunca se conocieron.

—Pues no. Tenía su número guardado en su móvil.

—Y su foto.

Herman sonrió.

—¿La encontraste? Le dije al fiscal del distrito que lo harías. Pero cree que él es más listo que el resto. Le gusta jugar.

—Pero se puede explicar. Los chicos de hoy en día se envían mensajitos y practican *sexting*. Ojalá fuera joven otra vez.

—Amén, hermano.

Los dos hombres sonrieron, pensándolo. Como se solía decir, la juventud se gasta cuando uno es joven.

—Además, él había vuelto a su dormitorio para la hora de la muerte —dijo Dwayne.

La sonrisa de Herman pasó a un fruncimiento de ceño.

—Por eso te he pedido que vinieras a verme. El chico miente.

Herman metió un disco en su portátil, tecleó y giró la pantalla para que Dwayne pudiera verla. Un vídeo comenzó a reproducirse. Se veía a William Tucker y a Ty Walker, o *Cowboy*, entrando en la residencia universitaria Jester por la puerta principal.

—Mira la hora del vídeo.

—Una y treinta y ocho de la mañana. Trece del once del once. Trece de noviembre, dos mil once. —Dwayne soltó un largo resoplido—. Mierda.

* * *

—La ley dice que tengo que revelar todas las pruebas exculpatorias. No dice nada de que tenga que revelarte las pruebas incriminatorias o que tenga que conducirte hasta las pruebas y decirte cuáles son las que te vienen mejor. Tú también tienes que hacer algo, Frank.

—Estás deseando que lo condenen a la pena de muerte, escondiendo las fotos de la víctima y el número delante de nuestras narices. Eres un capullo, Dick.

Dick Dorkin se encogió de hombros.

—Podré vivir con ello. Pero ¿podrás vivir tú con la pena de muerte de tu hijo? —Exhaló—. ¿Sabes una cosa, Frank? Me gustas más cuando estás borracho. Cuando estás sobrio eres muy intenso.

Dick sonrió. Frank, no.

—Bueno —siguió diciendo Dick—, ahora que lo sabes, ves que no pinta nada bien.

—¿Solicitaste el registro de llamadas desde antes de que muriera?

—Sí.

—¿La llamó o le mandó algún mensaje?

—No.

—¿Y qué te dice eso?

—Nada. Murió aquella misma noche. Él no llamaría a una chica muerta.

—No significa que la asesinara.

—Significa que la conoció aquella misma noche en aquel mismo bar. Frank, las pruebas demuestran que estuvieron juntos la noche que murió a las afueras de ese mismo bar. De acuerdo con lo que afirma la testigo, Cissy Dupre, se besaron y se manosearon. Ella los vio salir por la puerta trasera del bar, que daba al callejón. El mismo en el que se encontró el cadáver, con la sangre de tu hijo. La testigo vio a William otra vez aquella noche, pero no a Dee Dee. Si juntamos todo eso, obtenemos asesinato, condena y pena de muerte.

—Son pruebas circunstanciales.

—La mayoría de las pruebas lo son, ya lo sabes. Te hago una pregunta que sabrás responder, Frank: ¿cómo llegó su sangre al cuerpo de la víctima? Explícamelo. No puedes, porque solo hay una explicación: llegó allí cuando la violó y la estranguló.

—Ni siquiera estaba allí cuando la asesinaron. El informe de la autopsia fija la hora de la muerte entre las doce y las dos de la mañana. Él afirma que volvió a su dormitorio antes de la hora de la muerte.

—Miente.

—¿Cómo lo sabes?

—Justo en este momento, el inspector Herman Jones le está dando a uno de tus chicos una grabación de las cámaras de vigilancia de aquella noche en la que volvió a la residencia a la una y treinta y ocho de la madrugada. Estaba fuera cuando ella fue asesinada. Frank, tu hijo es el nuevo Bradley Todd.

Frank Tucker miró a Dick como si le acabara de pegar una patada en la entrepierna. Era divertido guardarse todos los ases de la baraja bajo la manga. Era algo raro que no solía pasar en las causas penales; la defensa era la que se solía guardar un as y, a veces, hasta dos. O tres. Eso ocurre cuando la acusación a menudo se aventura en el oscuro mundo conocido como «conducta inapropiada de la fiscalía»: cuando, de manera inadvertida, traspapela una prueba exculpatoria u olvida archivar la declaración contradictoria de un testigo o, si fuera necesaria para la condena, simplemente destruye un documento que pueda poner en cuestión al jurado la culpabilidad del acusado. Muchos fiscales de la acusación se las ingeniaban para no confundir a los miembros del jurado con los hechos. Frank todavía estaba sentado en la silla, avergonzado, por lo que Dick se volvió a la abogada de oficio, Billie Jean. Era una fulana muy atractiva. Los cotilleos sobre su pasado se habían propagado por todo el sistema de justicia criminal del condado de Travis más rápido de lo que dura una caja de donuts a dos policías.

—¿Tú eres la *stripper*?

—Era *stripper*.

Dick resopló.

—Uno de mis asistentes se va a casar, y los chicos le van a montar una fiesta de despedida de soltero. Era por si querías ganarte un dinerito extra.

La *stripper* sonrió y le mostró el dedo corazón.

—¿Eso es un no?

Dick se rio y se dio la vuelta hacia Frank.

—¡Eh! ¿Has visto el trozo del programa que ha emitido ESPN del caso? — Cogió el mando a distancia y apuntó a la pantalla—. Te lo he grabado en mi disco duro.

El vídeo comenzaba con el partido que jugó la UT contra los Texas Tech hace dos años. Dee Dee Dunston animaba... William Tucker jugaba... y Frank Tucker se tropezaba con el material de deporte que había en la banda. Dick se rio de Frank Tucker.

—Eso no se debe olvidar.

Pausó el vídeo y miró a Frank.

—Así que la gran estrategia para el juicio del famoso Frank Tucker se ha ido esta vez al garete, ¿no? Pensabas que me presionabas para que se celebrara cuanto antes el juicio, pero esta vez no me pillas desprevenido. Estoy preparado, Frank. Pero creo que tú no.

—Te voy a partir la cara antes de que todo esto acabe, Dick.

—Tendrás que ponerte a la cola —dijo Billie Jean.

Dick se rio. Se lo estaba pasando mejor que en toda su vida.

—Deja que declare, Frank, me conformaré con la perpetua sin condicional. Al menos así tu hijo tendrá una vida.

—Una vida en prisión no es vida.

—Decían que todos mis clientes declararían que son inocentes, pero serían en realidad culpables —dijo Billie Jean—. Decían que era una mera formalidad que les brindaba el derecho a la Sexta Enmienda.

Frank y Billie Jean estaban sentados en un banco en la plaza que quedaba entre el juzgado y la cárcel. Todas las pistas apuntaban a que su hijo era culpable, pero Frank sabía que era inocente. Lo sabía. No tenía más que demostrarlo. La responsabilidad de demostrar la culpabilidad del acusado no recaía ya en el Estado; era responsabilidad del acusado demostrar que era inocente. El sistema judicial criminal de Estados Unidos había predicado desde hacía tiempo como única convicción: «es mejor que diez personas culpables escapen a que un inocente sufra». Pero ya no. Ahora la filosofía que prevalecía era: «es mejor condenar a diez personas inocentes a que escape un culpable». Los delitos habían cambiado Estados Unidos. Había cambiado a los estadounidenses. Temían a los delincuentes y querían vivir a salvo. Así que elegían a fiscales del distrito y a jueces que encarcelaran a gente, y criticaban a

aquellos que no lo hacían. Pero lo que no saben es que puede que un día lo que se interponga entre ellos y una celda sea un fiscal del distrito o un juez que pusiera la reelección por delante de la justicia, o doce ciudadanos que cumplieran con su deber legal y le exigieran a la acusación que demostrara su culpabilidad más allá de cualquier duda razonable. Pero nunca piensan que les pueda pasar a ellos. O a sus hijos o a sus hijas.

Hasta que les pasa.

—¿Qué pasa si se equivocan? ¿Qué pasa si uno de sus clientes es, en realidad, inocente? ¿Qué pasa si dejan que manden a una persona inocente a prisión? Esto te debe perseguir para siempre.

—¿Como dejar a un culpable libre tan solo para ver cómo asesinaba por segunda vez?

—Justo así.

Capítulo 31

Dwayne dio una calada a su puro, Chuck, a su cigarro y Chico, a su cigarrillo de marihuana. Todos exhalaban al unísono. El humo se entremezcló, creando una extraña y dulce atmósfera tóxica de humo y hombría. Por fortuna, la brisa del mar arrastraba todo ese olor. Era domingo, habían pasado dos días y se habían reunido en el porche del bungalow de Frank porque ninguno tenía nada mejor que hacer, no es que fueran a hacer yoga. Sabían que Frank se había vuelto abstemio y no se les uniría. Chico bebía una cerveza, Dwayne, un Jim Beam con Coca-Cola y Chuck, un Gatorade con vodka. Frank había salido a correr por la playa con el perro.

—Creo que para Acción de Gracias voy a freír un pavo —dijo Chuck.

Dwayne puso cara de extrañeza.

—¿Pavo frito?

—Sí, lo he visto por ahí. Fríes todo el pavo en una olla llena de aceite de cacahuete.

—¿Y cómo se te ha ocurrido freír un pavo?

—No puedo hacerlo a la barbacoa. No cabe en la Weber.

Dwayne chasqueó la lengua.

—Bueno, me gusta todo lo que se pueda freír, con cerveza siempre entra bien.

—¡Claro que sí! La cerveza entra bien con cualquier cosa.

Chico dio una calada al porro, aguantó el humo lo que se tarda en contar hasta cinco, y lo soltó.

—¿Tú qué piensas, Dwayne? —preguntó—. Antes eras policía.

—¿Sobre freír un pavo?

—Sobre la decisión de la Reserva Federal de mantener bajos los tipos de interés, no te jode. De William Tucker.

—Yo no me trago su amnesia postraumática. Él se acuerda. Lo que pasa es que no se quiere acordar. Porque lo hizo, porque mató a la chica.

—Ídem.

—Sí, yo también lo creo —opinó Chuck. Exhaló el humo de su cigarro—. Todos esos jugadores de fútbol americano creen que están por encima de las normas, y se dan cuenta de la peor de las maneras de que no es así. El receptor de los Giants, Plaxico Burres, ganó el premio al mejor jugador de la Super Bowl y después entró armado con una pistola en un bar de Nueva York. La llevaba agarrada a la cintura dentro de su pantalón de chándal, ¡como si un elástico pudiera sostener una gran Glock antigua de nueve milímetros! Se le cayó la pistola, cayó al suelo y se disparó. Se disparó él mismo en un pie.

—Tal cual —dijo Dwayne.

—Por lo menos no se voló la polla —dijo Chico.

—Se pasó dos años encerrado por posesión ilegal de armas de fuego —apuntó Chuck.

—Se debería haber pasado dos años más por un delito penal de estupidez —añadió Dwayne.

—¿En qué equipo está ahora? —preguntó Chico—. ¿Philadelphia?

—En Pittsburgh —contestó Chuck.

Siguieron hablando del tema.

—Como O. J. —dijo Chuck.

Orenthal James Simpson, al que todos conocían como O. J., fue un jugador de fútbol americano, *halfback*, ganador del trofeo Heisman, que entró en el Salón de la Fama de la NFL. En 1995 fue absuelto de asesinar a su exmujer y a otro hombre, pero fue juzgado y condenado en 2008 por robo a mano armada y secuestro, por lo que cumple entre nueve y treinta y tres años de condena en prisión.

—Él no juega bien —dijo Dwayne—. Es un delincuente que puede jugar al fútbol americano.

—Era bueno.

—Muy bueno.

—Como Nate Newton. Jugaba en el equipo de los *Cowboys* de la Super Bowl, se retiró y se pasó al tráfico de drogas.

—Imbécil.

—Como Michael Vick, que organizaba peleas ilegales de perros.

Vick era un *quarterback* famoso de la NFL que jugaba en los Atlanta Falcons. Organizaba peleas ilegales de perros clandestinas. Se declaró culpable y se pasó dos años entre rejas. Cuando salió en libertad, volvió a la NFL con los Philadelphia Eagles. A los deportistas famosos siempre les dan segundas oportunidades. Incluso hasta terceras.

—Otro imbécil.

—Y ese jugador de los Patriots, Hernandez, lo condenaron por asesinato. Justo hace unos días, vi una entrevista en la que decían que era un ejemplo para todos los hispanos.

—Solo si vives en Nuevo Laredo.

—¡Ese sí que es imbécil!

—Y ahora tenemos a William Tucker.

—¡El más imbécil de todos!

—Ese sí que puede hacer que un hombre se dé a la bebida —dijo Chico—, o que vuelva a ella.

—Tiene que estar siendo difícil para Frank —dijo Chuck.

—Tiene que serlo todavía más para su hijo, y más cuando le metan la aguja en el brazo —dijo Dwayne—. Son demasiadas mentiras, demasiadas pruebas. Aun con su ADN, él sigue diciendo que nunca la conoció, pero su compañera de cuarto vio cómo se encontraron en el bar aquella noche. Tenía su número guardado en el móvil, pero él también dice que no lo guardó, que fue ella. En su teléfono. ¿Alguna vez habéis guardado vuestro número en el móvil de otra persona?

—No.

—Yo tampoco. También tenía una foto suya en el móvil, pero dice que ella misma se la sacó. ¿Alguna vez os habéis hecho una foto vosotros solos?

—No.

—Ni yo. Además, dice que estaba de vuelta en su dormitorio a eso de las doce, pero las cámaras de vigilancia lo vieron entrar a la residencia a la una y treinta y ocho, lo que encaja con la hora de la muerte. El chico ha mentado en todo. Pero el ADN no miente. Tuvo contacto físico directo con la víctima, no queda otra. Si no, ¿cómo llegó su sangre al cuerpo de la víctima?

—A veces no sé por qué estamos intentando salvar al chico —dijo Chico.

—Porque no lo estamos haciendo por William Tucker —dijo Dwayne—. Lo

hacemos por Frank Tucker.

—Está convencido de que su niño es inocente —dijo Chuck.

—Hay tres cosas ciertas en la vida: la muerte, los impuestos y el amor de un padre por un hijo. ¿Qué padre podría aceptar que su hijo es un asesino a sangre fría? Es algo que se ha visto muchas veces en Houston. Teníamos al asesino confeso, pero su papi seguía diciendo: «Mi hijo no haría daño a nadie. Es un buen chico». Yo siempre les contestaba: «Puede ser, señor, pero su buen chico apuntó con una pistola al dependiente de una tienda y apretó el gatillo, solo porque quería una cajetilla de cigarros». Los padres nunca pueden asumir que criaron a un asesino.

¿Era un asesino? ¿Un violador? ¿Era inocente? ¿O era culpable? Aquella noche había quedado borrada de su memoria para siempre. Aquel golpe que recibió, casco contra casco, hizo que su cerebro rebotara dentro de su cabeza, lo que le había causado un traumatismo y un hematoma cerebral que lo había sumido en un sueño borroso estando despierto durante días. No le había dicho nada a los entrenadores o a los médicos porque no quería que lo dejaran sin jugar el próximo partido; no puedes ganar el trofeo Heisman desde el banquillo. Tienes que jugar a toda costa. Y en el fútbol americano, se juega aunque duela. Ya sea la rodilla, el hombro o el cerebro: juegas sea como sea.

Y aunque no te acuerdes.

Joder, había lanzado *touchdowns* de los que no se acordaba, incluso había ganado partidos así. Había jugado partidos enteros con el piloto automático activado. Era puro instinto. Aunque no le funcionara el riego sanguíneo, el instinto se ocupaba. No recordaba nada de esos partidos como no podía recordar aquella noche. Ni el Dizzy Rooster, ni a la chica, ni nada. Si tan solo se pudiera acordar de haber estado allí o de haberla conocido... Algo que, obviamente, había hecho. ¿De qué más no podía acordarse?

—William Tucker, ¿estás despierto?

La voz que susurraba era la del pandillero de la celda de al lado. William estaba despierto. Siempre estaba despierto. No podía dormir. Ni comer. Ni pensar. No podía articular una oración completa en su cabeza. Ni siquiera una frase. Tan solo tenía tres palabras de las que no se podía desprender: pena de muerte.

—¿Qué he hecho yo para merecer esto?

—No es nada que te hayas merecido, William. Es el destino.

—Este no es mi destino.

—Claro que sí, tío. Pero es que todavía no lo has aceptado. Eso sí, te llevará un rato, aunque tienes mucho tiempo para pensar. Es algo que puedes hacer aquí en prisión, pensar. ¿Alguna vez has pensado en la muerte?

—Ahora sí.

—Yo también. ¿Cuántos años tienes?

—Cumpliré veintitrés en dos semanas. ¿Y tú?

—Veinticinco. Pero no cumpliré veintiséis. Ya es la segunda vez, y no me quedan más apelaciones ni más aplazamientos para la ejecución. Tío, ya tienen la aguja preparada. Pero claro, la aguja ya llevaba mi nombre desde el día que nací. Ese siempre ha sido mi destino.

Capítulo 32

Llevaba veintiséis días sin alcohol en su organismo. Frank Tucker se había sometido a una desintoxicación física completa. Pero no a una mental. Aún quería beber. Con desesperación. Se paró y vomitó después de correr más de cinco kilómetros.

—¿Estás bien?

Asintió y con la mano le dijo a Billie Jean que siguiera. Habían salido a correr por la playa. Bueno, ella corría, él tan solo trotaba. Rusty se puso a ladrar a Billie Jean mientras se alejaba corriendo por la arena.

—¡Y que lo digas! Sí que corre, sí. Venga ve, ahora os alcanzo.

El perro salió corriendo detrás de ella.

—¿Has perdido peso?

—Sí. No duermo. No como. No pienso en otra cosa que no sea la pena de muerte.

—Papá te sacará de aquí.

—¿Cómo? ¿Cómo va a hacerlo?

—Ha dejado de beber. Por ti.

—Volverá a beber. Por él.

Becky Tucker estaba sentada en la zona de los visitantes tras la partición de metacrilato con el auricular en la oreja; su hermano pequeño estaba al otro lado, con el auricular también en la oreja. Era un recluso de la cárcel del condado acusado de violación y de asesinato. Una vez tuvieron una relación muy cercana, de hermanos. Pero se habían distanciado. Eran muy distintos.

—¿Qué hace que sigas adelante, William?

Refunfuñó.

—Por favor, no empieces con esa mierda de escritura creativa ahora conmigo, Becky. No soy uno de los personajes de tu libro.

—¡Pues claro que no! Tú eres el protagonista.

—¿De verdad? ¿Soy un héroe de novelas?

—No, eres el héroe de una tragedia.

—Eso no pinta bien.

—El protagonista nació con el don y el talento atlético que se necesita para convertirse en estrella del fútbol americano en Estados Unidos, y para vivir la vida con la que sueñan muchos y muy pocos consiguen...

—¿Estás escribiendo la historia de mi vida?

—No, estoy escribiendo la historia de la mía. Da igual, él lo pierde todo por un error fatal, por un defecto.

—¿Cuál?

—No sabía la diferencia que había entre ser especial y tener suerte.

—¡Gilipolleces! Becky, sé cuál es esa diferencia.

—A ver, ¿cuál es?

—Soy especial. Todos los seguidores que me ven jugar tienen suerte de hacerlo.

Parecía que lo decía en serio.

—¡Ah! Y se me olvidaba que tiene un ego más grande que todo el estado de Montana.

—Trata de ganar un partido de fútbol con la autoestima baja. Todos los partidos dependen del *quarterback*. Becky, todo depende de mí. Yo tengo que tomar decisiones en el campo que pueden llevarnos a la victoria o a la derrota. Yo tengo que analizar de forma correcta al rival y lanzar los pases perfectos. Yo tengo que reorganizar todo el juego cuando se desmorona nuestra defensa. Yo tengo que hacer todo eso en el campo. Y tengo que llevar a mi equipo hacia la victoria. Todo depende de mí.

—Y que se quería muchísimo. Quedaba más que claro con el uso repetitivo del «yo», del «mí».

—¿Te puedo demandar si escribes algo malo sobre mí?

—Un buen personaje tiene que llegar alto en la vida para caer aún más bajo por un defecto. Por eso eres un gran personaje, William.

—¿Porque he llegado alto en la vida?

—No, porque tienes muchos defectos.

—¡Qué gracia!

—Es la verdad. Pero aun así, eres mi pequeñito... grandísimo hermano y te sigo queriendo.

—Nadie más me quiere. Nadie viene a verme.

—¿No vienen tus entrenadores?

—No.

—¿Ni tus compañeros de equipo?

—No.

—¿Ni ninguna chica?

—¡Por Dios, no!

—¿Quién más viene a verte?

—Frank.

—¿Frank? —dijo sorprendida—. ¿Por qué no lo llamas papá?

—Porque los padres no se presentan borrachos en los partidos de sus hijos.

—Pero sí se presentan cuando estás en la cárcel. ¿Qué te dice eso?

Su enorme hermano menor se quedó reflexionando un rato hasta que dijo:

—No prestaba mucha atención en las clases de Literatura inglesa, pero ¿los héroes de las tragedias no mueren siempre al final?

Podría cargarse a esos pequeños macarras.

Dwayne Gentry pisó a fondo el acelerador y comenzó a perseguir a los delincuentes. Tenía el cochecito a plena potencia, con las luces encendidas. Volaba sobre el asfalto; esos chicos se estaban dando a la fuga, aunque tuvieran los fardos llenos de mercancía robada. Estaban llegando a la frontera, donde acababa su jurisdicción; una vez que la cruzaran, estarían fuera de peligro. Así que Dwayne decidió cortarles el paso. Giró, como pudo, a la izquierda de manera brusca en un callejón lateral; el coche pasó rozando las paredes de los edificios, pero a Dwayne le daba igual, ya había tirado por la borda todas sus acciones con los vehículos oficiales en su carrera. Salió del callejón y, al girar a la izquierda, se inclinaron mucho las ruedas del lado derecho, demasiado, hasta...

—¡Mierda!

El vehículo estaba rodando sobre las ruedas izquierdas. Incluyó su gran cuerpo hacia la derecha hasta que el coche volvió a mantenerse sobre las cuatro

ruedas con una fuerte sacudida, algo que le costó unos segundos que valían oro. Volvió a pisar a fondo y se dirigió directamente hacia la ruta de escape de los delincuentes. Tan solo una esquina más, giraría a la izquierda y estaría justo encima de ellos...

—¡Joder!

Pisó los frenos como si no hubiera un mañana y derrapó hasta que se detuvo. Los delincuentes tiraron los fardos por encima de la valla que delimitaba el perímetro y se escaparon como si fueran ardillas escalando un árbol. Saltaron al otro lado. Fuera de su jurisdicción. Cogieron los fardos y corrieron hasta que estuvieron a una distancia segura, y se dieron la vuelta. Dwayne ya no podía apuntarles con la pistola, pero sí con su puro.

—¡Sé quiénes sois! ¡Putos niñatos, será mejor que no os vuelva a ver por el aparcamiento de mi tienda!

Los delincuentes le hicieron un corte de mangas.

—¡Que te den por culo, Dwayne!

A los niños ya no los educan en casa. Dwayne Gentry se desplomó sobre el asiento de vinilo del carrito de golf con las luces aún encendidas y vio cómo los delincuentes corrían con todo lo que habían robado. Ahora tendría que explicarle a su jefe cómo habían podido asaltar otra unidad de almacenaje a plena luz del día. Miró la hora que era. Las doce del mediodía. La hora del almuerzo. Le apetecía comer *pizza*.

Chico Duran sostenía con la mano izquierda su teléfono móvil, escribía con la derecha y conducía con las rodillas. No cabía duda de que era un peligro para los demás conductores y para los peatones. Pero eso a él no le preocupaba: no tenía seguro. Ni bienes inmuebles. Su patrimonio neto consistía en lo que le dejaran de propina y en su siguiente paga por discapacidad. Aunque, técnicamente, no perteneciera a Chico Duran.

Pegó un frenazo e hizo chirriar las ruedas del todoterreno con el letrero de neón encima en el que se leía «Pizza Man», justo delante de una casa grande en la mejor zona de Rockport. Allí, los ricachones de Houston se habían comprado casas para pasar las vacaciones a la orilla del canal que conducía hasta la costa, para que así pudieran ir en barco hasta la bahía. Eran caserones. Salió con las bolsas térmicas en las que guardaba las cajas de las *pizzas*. Dos *pizzas* extra grandes de *pepperoni*. Unas *pizzas* monstruosas de cincuenta y cinco

centímetros, con extra de queso y extra de *pepperoni* que costaban veintiocho dólares con cincuenta, sin contar con el recargo de cinco dólares por el envío. Ni la propina.

Bajó a la acera y llamó al timbre. Una adolescente con camiseta, una faldita corta vaquera y con un iPhone pegado a la oreja salió a abrirle.

—Acaban de llegar las *pizzas* —dijo a alguien por el teléfono.

—Son treinta y tres con cincuenta.

—¡Qué chico más travieso!

—¿Que soy qué?

Ella miró extrañada, con el ceño fruncido, a Chico y señaló al teléfono móvil.

—¿Que quieres que te haga qué? Mmm, ¡eres un chico travieso de verdad!

Parecía que le gustaban los chicos traviesos.

—¿Ahora? Tengo que pagarle al repartidor. Bueno, vale.

Se dirigió esta vez a Chico.

—Un segundo —le dijo.

Sostuvo el teléfono delante de ella y casi parecía que se lo estuviera dando, pero en realidad no. Puso una cara seductora y apretó un botón del móvil. Se acababa de hacer una foto. Luego cambió de expresión y miró el móvil. Frunció el ceño y le enseñó la pantalla a Chico:

—¿Crees que salgo *sexy*?

Salía muy *sexy*.

—Sí, sales muy *sexy*.

—Es para mi novio.

El chico travieso.

—Las *pizzas* se están enfriando.

Se dio la vuelta hacia la casa y gritó:

—¡Jacy, trae el dinero para las *pizzas*!

Menudos pulmones había dado Dios a esa chica.

Se agachó un poco y se metió el teléfono por debajo de la falda. Chico oyó el mismo sonido que había escuchado unos segundos antes y vio cómo saltaba el *flash* por debajo de su falda. La chica se acababa de sacar una foto de sus partes íntimas. Joder. Estaba mandándose fotos con su novio. Se irguió y miró la pantalla del móvil. Frunció otra vez el ceño.

—Mmm... ¿quieres que también vea esa foto? —preguntó Chico.

Sin ni siquiera levantar la vista de la pantalla, le contestó:

—¡Cómo no se me había ocurrido!

Quería decir que no.

—Las *pizzas* se están enfriando.

—¡Jacy!

—¿Qué?

Otra chica adolescente apareció en el recibidor. Le dio dos billetes de veinte y cogió las *pizzas*. La otra chica, la que hacía *sexting*, le cerró la puerta en las narices. Una propina de seis con cincuenta, no estaba mal.

Chuck Miller hizo sonar el silbato y paró el juego.

—Tenemos a un *facemask* de Blanco. Diez yardas. Así, se retrocede el *touchdown*.

—¡No eres más que un mierda! —gritó un padre desde la banda.

Fútbol americano de benjamines. Niños de guardería con hombreras y zapatillas de fútbol intentando que sus padres estén orgullosos de ellos. Las protecciones eran más grandes que los niños, que apenas se podían contener el pis en los pantalones, aunque sus padres se pusieran como locos cada vez que pitaba algo. Estaba a diez yardas del equipo Blanco. Llevaba puesto una camisa de rayas blancas y negras de árbitro y una gorra negra. Ocultaba sus ojos inyectados de sangre tras unas gafas de sol. Uno de los jugadores le tiró de la manga de la camisa.

—Georgie está sangrando.

—¿Cómo?

—Que Georgie está sangrando.

Chuck siguió al niño hasta la piña de Blanco. Otro de los jugadores se sostenía el brazo y se miraba el hombro. La sangre le goteaba de un corte. Chuck sopló otra vez el silbato.

—Tiempo muerto por fluido corporal —gritó a los entrenadores.

Una vez tuvo que pedir ese tiempo muerto porque uno de los niños se había cagado en los pantalones. Eran cosas que pasaban. Chuck cogió el botellín que llevaba en la cintura y le dio un sorbo. Le encantaba el Gatorade de naranja, sobre todo si estaba aderezado con un poco de vodka. Bueno, con mucho vodka. Se secó la boca con la manga de la camisa y le dijo al niño que estaba sangrando:

—Ve a la banda del campo para que te venden esa herida.

El niño anduvo como pudo hasta donde lo llamaba su madre, que parecía que estuviera completamente histérica. Parecía que su hijo hubiera sufrido un corte en una arteria y se estuviera desangrando a chorro. Por Dios, no era más que un pequeño corte. Cuando vio a la madre ocuparse de su hijo, notó cómo su cerebro quería fijar una idea en su cabeza, aunque no podía terminar de hacerlo, no podía unir los puntos de la forma correcta para que se creara esa idea. Sentía lo mismo que cuando sufría un ataque de pánico. «No, ¡mierda! ¡Que no sea daño cerebral, por favor!». Pero de repente comprendió que tenía que calmarse, justo momentos antes de que se tuviera que tirar al césped y encogerse, en posición fetal. No era el daño cerebral que sufría lo que le impedía a veces pensar con claridad una idea en concreto: era el vodka. Un sentimiento de alivio lo embargó. «¡Solo estoy borracho!». Entonces, tomó otro largo sorbo de su botellín.

¿Alguna idea de dónde viene la sangre? —le preguntó Billie Jean—. Solo quedan tres semanas para el juicio.

Frank se la había encontrado, esperándolo, en el espigón. Con el mejor amigo del hombre. Su meta era correr ocho kilómetros: desde el bungalow hasta el espigón. Cuando lo consiguiera, estaría de vuelta. Volvería a ser el hombre que era. Pero ¿podría volver a ser el abogado que fue en el pasado? Esa era la cuestión. Caminaron por la playa, de vuelta al bungalow.

—No.

—La sangre, el número de teléfono y la foto, la grabación de las cámaras de vigilancia, el mero hecho de que la conociera aquella noche, que Cissy Dupre testificara que se manosearon... no tiene buena pinta, Frank.

—Tiene que haber una respuesta para todo eso, en alguna parte, tan solo tenemos que encontrarla.

—¿Cómo puedo ayudar? Siento que no estoy haciendo nada.

—Ya lo harás. Antes de que acabe el juicio, jugarás un papel muy importante. Cada uno de nosotros, los del equipo, lo jugará.

La ola se replegó, dejando en la arena toda clase de restos del mar y peces muertos. Le lanzó un palo a Rusty, que no dudó ni un momento en salir tras él. Le gustaba tener con quien hablar mientras paseaba.

—Entonces, ¿por qué has venido?

—Me gusta la playa. Me gusta estar aquí, en la playa, contigo. Y me gustas, Frank.

Frank se sintió extrañado. No tenía apuntado en su plan del domingo que una mujer preciosa le dijera «me gustas».

—No sé qué decir.

—Podrías decir: «tú también me gustas, Billie Jean». Si lo sientes.

—Tú también me gustas, Billie Jean. Pero no funcionaría. Lo nuestro.

—¿Por qué no?

—Tú eres un diez.

—¿Cómo?

—Del uno al diez.

—¿Cómo en un *ranking*? ¿Un diez sobre diez?

—Sí, eres un diez. Y yo, con suerte, soy un cinco.

—No soy un diez, Frank, ni mucho menos. Y tú eres mucho más que un cinco. Puede que un seis. O, quizá, un seis y medio.

Ella le sonrió. Cuando Frank le explicó su teoría de la cadena trófica de los seres humanos, cómo los hombres y las mujeres solo podían aspirar a los que estuvieran en el mismo *ranking* de belleza y dinero, dejó de sonreír.

—No lo dices en serio.

—Por supuesto que sí.

—Así que has creado esa estúpida teoría de cómo funciona el amor y la vida mientras estabas borracho, ¿no? ¿Me vas a rechazar porque tu exmujer era una estirada y una estúpida que no supo ver el buen hombre que tenía en casa? Como dirían en West Texas, ¿por esa mierda de teoría?

—¿Sale George Clooney con chicas que son un cinco?

—No.

—¿Sale Amy Adams con chicos que son un cinco?

—No.

—Ergo...

—¿Ergo qué? —dijo moviendo la cabeza de un lado para el otro—. No me puedo creer que me estés diciendo que soy demasiado guapa para ti. ¿Qué pasaría si me hago pasar por un tres?

—No podrías.

—Nunca me has visto recién despierta.

—Cierto.

—Es una estupidez, Frank. Así que cállate y dame la mano.

Lo hizo. Se sintió bien. Caminaron por la arena cogidos de la mano, viendo cómo las gaviotas buscaban su desayuno en el mar.

—Siempre he querido vivir cerca del mar.

—¿Por qué?

—Me crie en Dalhart.

—Tiene sentido.

—¿Tú también querías vivir cerca del mar?

—Sí, desde siempre, desde antes del *whisky*.

—Algunas veces las mejores elecciones son las que nos vienen impuestas.

—Intenta ser una borracha.

La luz de la playa irradiaba sobriedad.

—¿Cómo lo está llevando todo? William.

—No lo hace. Está en estado de pánico... No hace más que pensar en la pena de muerte, sentado en la celda sin hacer nada más.

—Es normal.

—Vamos a ir el domingo a verle, por su cumpleaños.

—¿Puedo ir?

—Sí, creo que sí. Nos estamos dando la mano.

—Eres un buen padre, Frank.

—Lo era, hasta que empecé con la bebida. Pero nunca tuve que desnudarme para pagar las facturas. ¿Tu hija realmente aprecia lo que hiciste por ella?

—Creo que sí.

—¿Es como tú?

—Mejor.

—Me gustaría conocerla.

—Ya la conocerás.

Anduvieron en silencio, respirando la brisa del mar.

—Frank, espero que William aprecie lo que estás haciendo.

Frank negó con la cabeza.

—No funciona así. Yo no aprecié todo lo que hizo mi padre por mí, hasta que fui padre. Pero ya era demasiado tarde para decírselo. Ya había muerto. Así funciona todo. No puedes apreciar a tu viejo hasta que tú no eres uno.

* * *

—William Tucker, ¿conociste a tu padre?

Era otra vez el pandillero de al lado.

—Mmm... sí.

—Yo no lo conocí. Una vez lo vi, bueno pensaba que era él. Lo último que supe de él era que estaba en una cárcel del norte o de por ahí. Puede que en Chicago. Por *crack* o algo así. ¿Está tu padre en prisión?

—No, vive dentro de una botella.

—¿Es alcohólico?

—Sí.

—Mi madre es una borrachuza. Le da al zumo de uva. Mi padre perdía la cabeza por el *crack*. No era exactamente la típica familia feliz.

El pandillero se empezó a reír, pero no porque fuera algo divertido.

Capítulo 33

Frank Tucker se despertó con la mente despejada, sin jaqueca, dolores ni nada. Al menos, no con demasiados. Se sentía bien para tener cincuenta y cinco años. Miró hacia abajo, a su perro, que dormía en el suelo.

—Hora de levantarse, Rusty.

Se puso las zapatillas de correr (no podía correr tanto si iba descalzo), y sus gafas de sol. Salió al porche y comenzó a estirar. Treinta y dos días sin beber. Treinta y dos días corriendo y entrenando. Treinta y dos días vomitando. Treinta y dos días parándose antes de llegar al espigón.

Ese día no.

Puso los pies en la arena y empezó a correr. A un ritmo tranquilo primero; no intentaba ganar una carrera, intentaba solo acabarla. Una maratón de ocho kilómetros. Notaba que el aire de la mañana le inundaba los pulmones. Se sentía bien. Esa mañana veía la playa como nunca antes la había visto. Como si hubiera vivido su vida entre una niebla de vodka, *whisky* y cerveza. Pero en ese momento lo veía, la playa en la que vivía y la vida que aún le quedaba por vivir. Se había sentido como un muerto viviente durante muchos años. En ese momento, se sentía vivo de nuevo.

Su hijo lo necesitaba. Una mujer lo quería.

Los dos primeros kilómetros se le pasaron en un momento. Los siguientes dos apenas le costaron. Pero los dos siguientes empezaron a hacérsele cuesta arriba. Su cuerpo estaba atrofiado, pero su mente no. Su mente se mantenía en forma. La sobriedad le había dado fuerzas. A su cuerpo, pero sobre todo a su mente. Podía pensar con claridad otra vez. Tenía que estar en forma, física y

mentalmente, para salvar a su hijo. Un juicio por asesinato era un esfuerzo agotador. Algunos juicios duraban seis semanas, otros seis meses. Si tu cuerpo te abandonaba, la mente lo haría más tarde. Y una persona inocente puede que acabara en prisión.

El dolor le sobrevino cuando llevaba siete kilómetros. Le dolían las piernas. Le costaba respirar. Su cuerpo le imploraba que parara, pero su mente se negaba a ello. Su mente no lo abandonaría. Y por nada del mundo abandonaría a su hijo.

Rusty ladró. Vio primero el espigón. Cuando Frank lo vio, le parecía un espejismo en la distancia. Apenas le quedaba un kilómetro para llegar. Tras pasar semanas corriendo y entrenando: flexiones, abdominales, sentadillas, saltos de tijeras... cien veces cada una... dos veces al día.

Apenas le quedaban setecientos metros y ya empezaba a segregarse bilis.

Quinientos metros y apenas podía ya respirar.

Doscientos metros y apenas conseguía respirar.

Cien metros y sentía que se iba a desmayar.

Cincuenta metros y ya no sentía los pies.

Frank pisaba el cemento que estaba cubierto de arena y separaba el espigón de las rocas. No había bajado el ritmo; lo subió. Corrió hasta la mitad del estrecho espigón. Hasta donde se propuso. Allí paró. Rusty ladró otra vez. Las olas chocaban contra las rocas y salpicaban por encima. Frank se sentía como Rocky Balboa. Levantó los brazos en el aire. Volvía a ser el hombre que fue. Ahora quería ser el abogado que un día fue. Necesitaba serlo una vez más.

Para salvar a su hijo.

Capítulo 34

William Tucker cumplía veintitrés años aquel domingo. Por lo que, en lugar de correr ocho kilómetros hasta el espigón aquella mañana, Frank conducía hasta Austin. Estaba preocupado por su hijo. William lo llamaba con asiduidad desde que lo encarcelaron; pero esa semana las llamadas habían cesado. Frank había llamado a la cárcel, pero no le habían pasado la llamada. Le dejó mensajes que William no respondió. Cada vez que llamaba, el estado emocional de William parecía que cayera en espiral. Cada vez más rápido. La última vez que llamó le dijo que su destino era morir en prisión.

—Puedo ayudarlo a escapar de allí —dijo Chico.

Dwayne, Chuck y Chico se habían presentado también. Billie Jean y Becky los estaban esperando en la plaza. No había ningún medio de comunicación en aquel *espacio* abierto. Al parecer, la estupidez y la testosterona se habían mezclado y habían producido un resultado catastrófico para un jugador profesional de baloncesto, por lo que todos los medios deportivos de televisión por cable habían trasladado el campamento de Austin a Chicago. Becky le había llevado una tarta de cumpleaños que ella misma había preparado. Frank le prometió al policía del mostrador de recepción que le guardaría un buen pedazo, para que dejara pasar la tarta a la sala de visitas. Frank puso la tarta sobre la mesa que quedaba delante de la partición de cristal y encendió las velas. Su hijo iba a pasar su cumpleaños en prisión.

—Ahora no pongáis cara de preocupación ni digáis nada de su aspecto —añadió Becky—. Apenas come, ni duerme, y ha perdido peso. Parece un alma en pena.

—Un alma en pena que vive en el infierno —respondió Chico.

Se quedaron todos delante de la tarta como un coro. La puerta del lado de los reclusos se abrió y entró un funcionario de prisiones. Frank empezó a cantar a pleno pulmón para que William pudiera oírlo a través de la partición; los demás se unieron.

«¡Cumpleaños feliz! ¡Cumpleaños feliz!».

Frank sintió por un momento que estaba cantando cumpleaños feliz otra vez a su hijo de doce años. El cumpleaños entró como pudo en la sala, engrilletado, con una sonrisa de oreja a oreja. Las voces le cogieron por sorpresa. Y lo confundieron.

«¡Te deseamos, William, cumpleaños feliz!».

William saludó a todos con la mano como haría un niño pequeño en una fiesta de cumpleaños sorpresa. Después, cogió el auricular del teléfono. Frank cogió el suyo.

—¡Os habéis acordado de mi cumpleaños! ¿Ha preparado Becky la tarta?

—Sí, es suya.

—Dile que muchas gracias.

Frank así lo hizo.

—Feliz cumpleaños, hijo. ¿Cómo estás, William? —dijo a su hijo, otra vez por el auricular.

—Me siento bien. Hoy he entrenado: flexiones, abdominales, saltos de tijera... Tengo que ponerme otra vez en forma. Voy a jugar en la liga profesional de fútbol americano la próxima temporada.

—¿Cómo?

Sonrió más, que aún era posible.

—No te lo vas a creer.

—¿Qué?

—Me han ofrecido un contrato para una película.

—¿Para una película?

—¿Le han ofrecido un contrato para una película? —preguntó Becky.

Frank asintió.

—De la historia de mi vida —respondió William a través del auricular.

—¿Desde la cárcel? ¿Cómo?

—Mira, mi carrera universitaria está acabada, ¿no? Tal y como dijo el juez. La temporada terminará antes de que se celebre el juicio. Y joder, han perdido todos los partidos desde que no juego. Por Dios, han perdido ante Baylor. De

cualquier forma, ya no me preocupa dejar de ser un jugador no profesional. Por eso, he contratado a un representante.

—¿A un representante? ¿A quién?

—¿Tiene un representante? —preguntó Dwayne.

Frank le dijo que sí con la cabeza.

—Warren Ziff —dijo William—. Es un cabrón de los buenos. Representa a la mitad de los *quarterbacks* que empiezan en la NFL.

—¿Cómo te ha encontrado?

—Todo el mundo en Estados Unidos sabe que estoy aquí. La ESPN cada día habla de mí.

—¿Tienes televisión por cable?

—No. Warren me lo contó. Miles de representantes me han estado llamando desde que entré en la universidad, intentando que fuera su representado. Muchos más me han llamado todo este año, hasta que me arrestaron. Warren vino a visitarme la semana pasada.

—¿Y qué?

—Ha vendido mi historia a Hollywood por un millón de pavos.

—¿Por un millón de dólares?

—¿Tiene un millón de dólares? —preguntó Chuck.

Frank asintió otra vez.

—¿Nos van a pagar ahora?

—Y está intentando cerrar un contrato con una editorial para un libro —siguió William—. Voy a contratar a Becky para que lo escriba. Frank, estoy salvado. Warren me ha puesto en contacto con un abogado que nunca pierde un caso. Me ha dicho que me puede sacar de aquí. Ya es demasiado tarde para el Heisman, pero no para un *draft* de la NFL. Aún tengo tiempo para ponerme en forma, como estaba. Deslumbrar a los entrenadores de fútbol profesional en los partidos amistosos. Puedo volver a ser el número uno.

—¿Has contratado a otro abogado?

—¿Ha contratado a otro abogado? —preguntó Billie Jean.

Frank la miró y asintió.

—¿A quién? —le preguntó por el teléfono.

William señaló detrás de su padre.

—A él.

Frank se dio la vuelta y vio a Scotty Raines de pie en la puerta. Raines era un hombre de cuarenta y tantos años, una eminencia en Austin, el segundo mejor

abogado penalista de Texas, hasta que Frank se dio a la bebida.

Desde entonces, Scott era el mejor. Llevaba puesta una camisa impecable de cuello abotonado, pantalones de pinza de fruncido áspero y zapatos brillantes; un conjunto informal de domingo. Frank vestía una camiseta, tejanos y unos náuticos. Sin calcetines. Scotty lo miró de arriba abajo con una sonrisa de desconcierto.

—Hola, Frank.

—¿Eres el abogado de mi hijo?

—Sí —respondió Scotty mirando su reloj. Un Rolex—. Y tengo que hablar con mi cliente antes de ver al fiscal del distrito. En privado.

Frank volvió la vista a su hijo; este le brindó también una gran sonrisa. Frank miró a los demás.

—Becky, chicos, ¿por qué no nos esperáis fuera mientras...?

—Bueno, Frank —dijo Scotty—. Lo siento, pero se ha de mantener el secreto profesional entre abogado y cliente. Si te quedas ahí sentado, no se aplica, tú ya lo sabes.

—Yo también soy abogado, Scotty.

—Ya no lo eres. Al menos, no uno con licencia. —Luego señaló a Billie Jean—. Y no necesito a ninguna antigua *stripper* que forme parte de mi equipo de defensa.

—Necesito un trago —dijo Frank.

—Lo que necesitas es un hijo que merezca la pena —le dijo Dwayne.

—He cambiado de opinión —dijo Chico—, ya no quiero ayudarlo a que se fugue.

Los seis estaban sentados en un banco de la plaza con la tarta de cumpleaños.

—¿Te ha despedido? —dijo Becky—. ¿A ti? ¿A su propio padre?

—También me ha despedido a mí —dijo Billie Jean—. Y eso que trabajo gratis.

—Así que estáis todos fuera del caso, ¿no? —preguntó Beckie.

—Sí, lo estamos.

—Ya te dije que había cambiado, papá. Se ha convertido en una estrella. No le importa una mierda nadie que no sea él. ¡No somos más que parte de su puto séquito!

Ella nunca decía palabrotas. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—No, está haciendo lo más sensato. Scotty Raines es el mejor abogado penalista de uno de los mejores bufetes de abogados. Están asociados.

—¿Asociados con quién? —preguntó Billie Jean.

—Con el fiscal del distrito. Con todos los jueces.

—¿Cómo?

—Por el dinero. Por contribuciones a sus campañas electorales. Así es como funciona el sistema judicial en Texas. Los abogados hacen donativos para la campaña electoral de los jueces, y ellos les devuelven el favor.

—Y esos son los que nos mandan a la cárcel —dijo Chico.

—¿Y qué? —preguntó Billie Jean.

—Scotty podrá hacer que reduzcan su fianza o incluso que lo liberen bajo palabra. Él lo puede sacar de ahí.

—¿Pero puede conseguir que lo absuelvan?

Frank Tucker había caído tan bajo que ni siquiera su propio hijo quería su ayuda. Estaba desesperado por un trago.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Billie Jean.

—Irnos a casa. Y ahogarnos en una botella de *whisky*.

Scotty Raines salió del juzgado y los saludó conforme entraba en la plaza. Billie Jean le hizo la peineta.

—¿Quién quiere tarta? —dijo Frank.

Chuck levantó la mano, pero Becky cogió la tarta, se levantó y la tiró a la primera papelera que encontró.

—¡Joder! —dijo Chuck—, yo quería tarta.

—Ahora vengo —dijo Dwayne.

Dwayne cogió el maletín del equipo legal y volvió a entrar en el juzgado.

Dwayne pidió al policía de la recepción ver a William Tucker. Entró en la sala de visitas y esperó. Cuando los funcionarios de prisiones trajeron otra vez a William, se llevó el auricular a la oreja. William hizo lo mismo.

—¿Qué quieres? —le preguntó William.

Dwayne abrió el maletín y sacó todos los recortes de periódicos y de revistas en las que aparecía William Tucker y las puso sobre la mesa, delante del metacrilato que los separaba. Leyó todos los titulares.

—«El nuevo O. J.». «El auténtico psicópata de Estados Unidos». «El número uno del *draft* del corredor de la muerte»... Todo el mundo piensa que eres

culpable. Joder, ¡seguro que lo eres! Solo hay una persona que cree en ti, macho. Tu viejo. Él cree que eres inocente. Espero por su bien que lo seas. Si no fueras el hijo de Frank, me alegraría que te pudieras en prisión. O que te claven la aguja. Un atleta vanidoso y mimado menos, que piensa como todos los demás que el mundo gira a su alrededor. ¿Dónde está todo el mundo ahora, macho? ¿Dónde están todos tus seguidores ahora? ¿Tus entrenadores y tus jugadores? ¿Dónde están todos tus compañeros de universidad? ¿Quién está contigo ahora? Tu padre. Él es el mejor hombre y el mejor abogado que he conocido, ebrio o sobrio. Es un buen hombre al que el camión de la basura de la vida ha atropellado. ¿Y ahora le haces esto? Si así es como tratan los hijos a los padres, estoy contento de no haber tenido ninguno, joder. Puede que seas inocente de asesinato, pero eres culpable de ser una mierda de hijo. ¿Todavía no te has dado cuenta de que todos los que tienen la más mínima relación contigo no te soportan? Joder, yo ni siquiera te conozco y ya no te aguanto. Ni te lo imaginas.

—Pero es mi vida. Scotty Raines puede salvarme.

—Puede que te saque de aquí, macho, pero no te mereces que te salven la vida.

Tan solo treinta y dos hombres en el mundo son lo suficientemente especiales para que empiecen a jugar en la Liga Nacional de Fútbol como *quarterbacks*. Hay más personas que son capaces de convertirse en presidentes de Estados Unidos y dirigir el mundo libre antes que dirigir un partido de fútbol profesional. Joder, ser presidente es mucho más fácil. Que alguien intente dar un discurso del estado de la unión mientras un cabrón de ciento treinta kilos quiere aplastarte la cara contra el suelo del Congreso de Estados Unidos. Así es el día a día de un *quarterback*. En un pequeño espacio de menos de medio metro cuadrado rodeado de cinco enormes linieros ofensivos que se enfrentan a otros cinco linieros defensivos, con un *linebacker* que no dudaría en ningún momento en cargar con un *blitz* o un *defensive back* que se tirarían a por él sin pensárselo. En ese minúsculo espacio del campo de fútbol, en menos de tres segundos, tenía que leer la defensa del equipo contrario, elegir al receptor que estuviera despejado, y realizar un potente y preciso pase mientras ignoraba los enormes brazos, piernas y cuerpos que se sacudían a su alrededor e intentaban por todos los medios que mordiera el césped. Un *quarterback* de la NFL tenía que poseer las habilidades físicas para poder lanzar el balón a treinta yardas en el campo, en

un espacio del tamaño de una lata de sopa, con precisión y en el momento exacto para que la pelota y el receptor llegaran a la vez al mismo punto del campo; y tenía que tener el temperamento de asumir las culpas si el receptor la fastidiaba. Tenía que tener la suficiente confianza para que le interceptaran cinco veces el balón en la primera mitad del partido pero que en los últimos segundos del partido diera el pase preciso para que anotaran el *touchdown* de la victoria. Tenía que ser lo suficientemente duro para aguantar el desgaste físico y mental. Tenía que ser un deportista muy especial. Por todo eso, Dwayne estaba equivocado.

William Tucker era especial.

Valía la pena salvarle la vida a William Tucker. Porque era un deportista especial, que era lo mismo que decir que era un ser humano especial. Ya lo había demostrado en el instituto y en la universidad, y lo demostraría en la NFL. La próxima temporada, él sería uno de esos treinta y dos *quarterbacks*.

—¿Un contrato con Hollywood? ¿Por un millón de dólares? —dijo el pandillero, con sorpresa—. ¿Quién coño eres tú?

—Soy William Tucker.

—¿Y quién coño es William Tucker?

—El mejor jugador de fútbol americano de Estados Unidos.

—Menuda mierda, ¿y qué coño estás haciendo aquí metido?

—Estoy ya casi fuera, eso es lo que estoy haciendo. No estaré aquí mañana por la noche.

«Soy William Tucker. Y soy especial».

Capítulo 35

—En pie.

El juez Harold Rooney entró en la sala, se sentó en su lugar, detrás del estrado, y se puso las gafas. Leyó el registro del primer caso que aparecía en su sumario del día: «El estado de Texas contra William Tucker», recurso de reposición y reducción de la fianza. Levantó la vista hasta la mesa del fiscal del distrito y la acusación. Después miró a la mesa de la defensa y a su abogado.

Allí estaba Scotty Raines.

—Veo una cara nueva. Buenos días, señor Raines.

Scotty se levantó.

—Con la venia, su señoría. Mi cliente, William Tucker, ha solicitado mis servicios para que lo represente en este caso.

—Ya veo. ¿Qué ha pasado con sus anteriores letrados, la señorita Crawford y el señor Tucker?

—Mi cliente ya no precisa de sus servicios.

Harold miró al acusado.

—¿Es eso correcto, señor Tucker? ¿Ya no precisa de los servicios de la señorita Crawford? ¿Ni de los de su padre?

El chico sonrió.

—No, su señoría. Ya no los necesito.

Harold refunfuñó. El chico no necesitaba a su padre.

—Muy bien, señor Raines, ahora usted es el abogado representante, que conste en acta. ¿Sabe usted que se trata de un caso en el que se busca la pena de muerte para su cliente?

—Sí, su señoría.

—Ha presentado un recurso de reposición y ha solicitado una reducción de la fianza a diez mil dólares.

—Así es, su señoría.

—¿Tiene algo que alegar, señor Dorkin?

—La fiscalía del Estado no se opone, su señoría.

Harold suspiró y echó un vistazo rápido al documento que tenía delante de él. El recurso citaba todos los casos que sentaban los mismos precedentes y exponía el razonamiento para la puesta en libertad del acusado: un recurso estándar. Harold había visto ese mismo recurso unas miles de veces. Pero la razón más convincente que favorecía la excarcelación del acusado no aparecía en ningún lado en el recurso: el bufete de abogados de Scotty Raines había donado cientos de dólares para la campaña política del fiscal del distrito. Y para la de Harold. Aunque eso es algo que no debe ponerse por escrito. En ese momento, Scotty quería que se lo pagaran. Que le devolvieran el favor. Dick Dorkin se lo debía y había pagado su parte. Harold también se lo debía, y en ese momento Scotty esperaba que saldara la deuda al completo.

La firma de abogados de Scotty Raines había comprado al fiscal del distrito, tal y como la firma había comprado al juez Harold Rooney. En Texas, los fiscales del distrito y los jueces eran elegidos por elecciones. Adscritos a algún partido político en concreto. Al Partido Demócrata o al Partido Republicano. Conservadores o liberales. No era algo que incumbiera o no a la justicia, o a la injusticia, tan solo importaba conseguir la reelección. En muchas ocasiones, la democracia y la justicia eran parientes lejanos. Porque las elecciones costaban dinero. Pero los ciudadanos no contribuían en la financiación de las campañas de los jueces ya que el noventa y nueve coma nueve por ciento nunca vería en su vida una sala de un juzgado. Pero sí los abogados. Ellos sí contribuían. Los juzgados eran su campo de juego y los jueces, sus árbitros. Era bueno tener a la ley y a los hechos de tu parte, pero era mucho mejor tener al juez. Los abogados tenían siempre un interés particular en saber a qué juez verían cada día, y siempre querían también que esos jueces estuvieran en deuda con ellos. Hace algunos años, la Corte Suprema de Texas elevó una propuesta para que se creara una norma judicial que permitiera que cada partido pudiera inhabilitar a un juez si otro partido o abogado hubiera financiado su última campaña con más de cinco mil dólares. Los abogados de Texas votaron en contra de esa propuesta de manera contundente. Ahí es donde reside la verdad, como muchas veces el

propio Scotty Raines decía en broma (entre demasiadas risas) en los encuentros del Colegio de Abogados: «Texas tiene los mejores jueces que el dinero pueda comprar».

Por eso, Scotty estaba de pie en la sala, con un aire de engreído en la cara, porque sabía que había comprado al juez, y que este le daría lo que él quería: la libertad de su representado.

¿O no?

Harold Rooney llevaba dieciséis años siendo juez en el condado de Travis. Había ganado cuatro elecciones. Había recibido cientos de miles de dólares para sus campañas de manos de abogados. Se lo había devuelto todo a cada uno de ellos.

Pero nunca había salvado una vida.

Los acusados por delitos penales que se solían presentar ante él (pandilleros, traficantes de droga, agresores sexuales, pedófilos...) estaban más allá de ser salvados. Las únicas vidas que podía salvar era la de sus posibles futuras víctimas. Y a ellos no les representaban todos los Scotty Raines del Colegio de Abogados. Los representaban abogados de oficio que no podían permitirse contribuir con ninguna campaña. Así que encerraba a sus clientes tanto como le permitiera la ley, e incluso algo más. Era juez, pero no podía salvar la vida a nadie.

Tal y como no pudo salvar la vida de su propio hijo. Había pedido favores, antes, cuando estaba de prácticas en un gran bufete que hacía donaciones más que generosas a las campañas de los jueces. Consiguió que sacaran a su hijo, acusado de tráfico de drogas, en libertad condicional. Inmediatamente después, su hijo sufrió una sobredosis de heroína. Murió. Con veinte años. Si tan solo hubiera dejado a su hijo en prisión, le hubiera enseñado que querer a alguien también era, a veces, hacer cosas por su bien, aunque doliera, en lugar de ceñirse a cómo funcionaba la defensa y la justicia; su hijo podría seguir con vida en ese momento. Harold nunca se lo perdonó. Un padre nunca podría perdonarse un error así.

Ese día, ese mismo error volvía a ocurrir y en su propia sala esta vez. Un abogado enchufado le pedía el mismo favor que él pidió en su día.

Podría salvar la vida de William Tucker. Podría salvarla. Si es que era inocente; y en su interior, Harold sabía que lo era. Pero, también pensaba lo mismo de Bradley Todd. Y se había equivocado. Fue una equivocación que costó una vida.

Pero solo lo salvaría si era inocente; si salía de aquel proceso como un hombre nuevo, si la experiencia le enseñaba una lección de vida (de su vida y de la vida de otros): si aprendía que no era alguien especial, que solo había tenido suerte. Suerte de haber nacido en Estados Unidos, donde los profesionales cobraban veinte millones de dólares al año. Suerte de haber sido bendecido con un tamaño, una fuerza y una velocidad que se salían de lo normal, y una extraordinaria habilidad para el deporte. Suerte de que le hubieran dado la posibilidad de triunfar como deportista.

Y, sobre todo, si era consciente de haber tenido la suerte de tener a Frank Tucker como padre.

Después de cinco semanas entre rejas, William Tucker no había aprendido nada. Por eso, el juez Harold Rooney intentaría salvarle la vida a ese chico otra vez.

—Recurso denegado.

Capítulo 36

Frank se despertó con una resaca atroz. La noche anterior había bebido *whisky* hasta que había perdido el conocimiento. Mucho *whisky*. Era facilísimo recaer. Un solo trago y el calor del *whisky* le recorría el cuerpo y le facilitaba la recaída. Era como volver a casa por Navidad, aunque fuese Acción de Gracias.

Frank no salió a correr aquella mañana. Ni siquiera entrenó. No fue ni a bañarse en el Golfo. Nada más levantarse fue a prepararse su batido de proteínas con dos chorros de vodka. Lo habían echado del caso y lo habían echado de su desintoxicación. Había vuelto a su vida anterior. Había vuelto a beber alcohol destilado. Había vuelto a ser un abogado vagabundo que no valía un duro y que vivía en una casucha en la playa.

Su hijo ya no lo necesitaba.

Becky salió al porche del bungalow.

—¿Alguien quiere café? —preguntó.

—¿Café? —dijo Chuck, extrañado, como si le hubiera ofrecido brócoli—. La cafeína es mala para la salud.

—¿Y el tabaco y el *whisky* no?

—En la vida hay que saber elegir, Becky.

Había llegado desde Houston para pasar Acción de Gracias con su padre en la playa. Y con sus amigos Dwayne, Chico y Chuck. Les caían bien. Eran grandes personajes en su novela: tenían demasiados defectos. Defectos trágicos. Como su padre. Pero ella no quería que Frank Tucker fuera el protagonista de una tragedia. Quería que fuera su héroe.

—Ecuador —dijo Dwayne.

Los demás refunfuñaron.

—¿Ecuador? —dijo Becky.

—Allí todo es más barato y, además, tiene unas playas preciosas.

—¿Y chicas? —dijo Chuck.

—¡Claro!

—Me apunto.

Becky se sentó con una taza de café en la mano, abrió su portátil, buscó su manuscrito y comenzó a teclear a toda velocidad. Su libro estaba llegando a su fin con rapidez. Pero ¿cómo terminaría?

Billie Jean aparcó su Mustang color caramelo al mediodía. Tenía la capota recogida y el sol le bañaba la piel. Salió del coche y miró la playa. Vio a Becky y a Frank paseando a lo lejos por la arena, lanzándole palos a Rusty. A unos quince metros del bungalow, había una freidora que parecía que habían colocado estratégicamente a propósito para que no pusiera en peligro ni al bungalow ni a ninguno de los que se encontraban allí. Chuck parecía que había preparado algo para la cena de Acción de Gracias. Había una zona delimitada por una cuerda naranja que unía la freidora con el bungalow. Billie Jean estaba bien segura de que no cumplía con los requisitos. Como estaba igual de segura de que encontraría a Dwayne y a Chico sentados en el porche fumando un puro y marihuana. Billie Jean Crawford tenía cuarenta años, y estaba en ese momento en el cual nunca hubiese creído estar en su vida. Estaba en un lugar llamado Rockport, en Texas, y también, enamorada.

Se había enamorado de un hombre mayor que ella. Un abogado destrozado por la vida. La vida también le había dejado por los suelos antes; ella sabía cómo se sentía. Ella había desnudado su cuerpo para sobrevivir. Pero lo había conseguido, había sobrevivido. Se había levantado del suelo y le había dado a la vida una patada en la entrepierna. Así era ella. No era la típica mujer que los hombres veían atractiva. Pero Frank sí. La encontraba atractiva. Eso pensaba. O eso esperaba.

Pero si su hijo ingresaba en prisión, Frank pasaría tiempo con él. Nunca se sentiría libre de culpa. Nunca se sentiría libre para amar o para vivir. Consigo mismo o con ella. Ella quería ayudarlo. A él y a su hijo. Porque ella era la abogada de oficio que había designado el juez. Y porque estaba enamorada de su

padre.

—¿Ya habéis freído el pavo? —preguntó Dwayne—. Tengo hambre.

Estaban todos tirados en el porche. Chuck miró la hora que era.

—Ya debería estar.

Chuck se levantó y caminó por la arena hasta la freidora. Le aseguró una y otra vez a Frank que sabía lo que hacía. Había visto cómo se hacía en un canal de la tele por cable. Frank tenía sus dudas, pero estaba seguro de que Chuck no se haría demasiado daño.

¡Bum!

La fuerza de la explosión hizo que Chuck saliera volando hacia atrás y cayera sobre la arena.

—¡Joder! —gritó Dwayne.

Frank pegó un bote de donde estaba y salió del porche para ver cómo el pavo frito salía volando por los aires y aterrizaba sobre las olas.

—Y decían que los pavos no volaban —dijo Chico.

—¿Estás bien, Chuck? —preguntó Frank.

Chuck se quitó la arena que tenía en la cara.

—Sí. Puede que el aceite de cacahuete estuviera demasiado caliente. Tendría que haber usado aceite vegetal Crisco.

Becky lanzó una sonora carcajada. Después, comenzó a teclear con rapidez.

—Yo no podría haberme inventado un disparate así.

Frank movía la cabeza de un lado a otro.

—Sales en su libro, Chuck.

El equipo legal tenía un saldo de trescientos veinticinco dólares, así que decidieron celebrar Acción de Gracias con gambas fritas y cerveza fría en la ciudad. Billie Jean se había ofrecido para llevarlos a todos en su coche. Dwayne, como era el más grande, se sentó delante. Los otros cuatro se apretujaron en los asientos de atrás. Becky estaba casi sentada sobre el regazo de Frank, como si siguiera siendo su niña pequeña.

—Mamá y Dale están ahora en Rumanía —dijo.

—Chico, echa el humo para otro lado —dijo Dwayne—. Me estoy

empezando a sentir joven otra vez.

—Por eso dicen que es medicinal. Y es mucho más barata que los antidepresivos con prescripción médica.

—¿Estás deprimido? —preguntó Chuck.

—Voy a pasar Acción de Gracias con vosotros en lugar de con mis hijas, jugando al *poker* con dólares de arena; mi mujer se ha casado con otro hombre...

Su mujer lo había dejado por otro mientras cumplía condena, pero él aún la quería.

—... ¡Joder! ¡Claro que estoy deprimido!

Dio una gran calada al cigarrillo de marihuana. Era ya de noche y estaban jugando al *poker* en el porche. Becky ya se había marchado de vuelta a Houston y Billie Jean a Austin. Parecía que Frank no le estaba prestando mucha atención ni a la partida ni a sus dólares de arena. Le había dado mucho a la botella aquellos días y todas sus emociones se habían hundido en el golfo de México. Puso sus dólares de arena en el montón y lanzó sus cartas sobre la mesa.

—¿Intentas marcarte un farol? ¿Conmigo? —dijo Dwayne.

Frank se levantó y caminó por la arena hacia las olas. Se quedó mirando el mar. Había salido del pozo para salvar a su hijo. Había dejado de lado la bebida. Tenía un propósito en la vida. Sentía que alguien lo necesitaba otra vez. Un hombre necesita saber que los demás lo necesitan. Al menos, su familia.

Pero su hijo no lo necesitaba.

Se sentó en la arena, donde las olas besaban la arena seca. Y lloró. Lloró por él y lloró por su hijo.

—Tío, el pavo está muy rico. Me encanta la carne roja.

El pandillero de la celda de al lado rio. William, no. No rio ni tampoco probó bocado. Recurso denegado.

—Pensaba que me habías dicho que te irías de aquí, William Tucker.

—Mi abogado me dijo que podría sacarme de aquí. Pero no pudo.

—Mienten. Solo quieren el dinero, no quieren pringarse. Y nos llaman delincuentes a nosotros.

Capítulo 37

A la mañana siguiente, arrastraba los pies, encadenados, hacia una sala privada de entrevistas donde se encontró con su representante y su abogado, que estaban allí, esperándolo. Se sentó enfrente de ellos.

—¿Nos has conseguido una sala privada?

—Tengo contactos aquí —dijo Scotty.

—No tantos, si no, habrías conseguido sacarme de aquí.

Su abogado hizo como que no había escuchado nada de lo que había dicho, igual que como un receptor que no consigue atrapar un pase de *touchdown*.

—Hay jueces que no siempre puedes comprar. ¿Qué quieres que te diga?

—Voy a morir aquí.

—No vas a morir aquí, William. Te lo garantizo.

William sintió cómo sus esperanzas se renovaban al oír:

—¿Sí? ¿Cómo?

—He hecho un acuerdo.

—¿Un acuerdo? ¿Qué clase de acuerdo?

—Un acuerdo con la fiscalía.

—¿Con la fiscalía? ¿Con la acusación?

—Si te declaras culpable de homicidio involuntario negligente, te caerán entre dos y cinco años. Con buena conducta, saldrás antes de los dos años.

—¿Quieres que me declare culpable?

—Aún tendrías, ¿qué? ¿Veinticinco años? Te quedarían bastantes de carrera deportiva.

—Seré un exconvicto.

Warren, su agente, no sabía qué decir.

—Como Michael Vick. Y gana trece millones. Hay vida después de prisión, William, y más si eres un deportista famoso.

—Vick maltrataba a perros. A mí me van a condenar por un asesinato.

—Pero no premeditado o deliberado. Mira, lo que haremos será sacarte de aquí para que hagas servicios comunitarios con niños en los colegios, para que les cuentes que no deben beber alcohol, que, si eso te pasó a ti, también les puede pasar a ellos. A la gente le encanta la redención. Puedo vender eso así de fácil.

—¿Vender a un asesino? —William miró a Scotty—. Pensé que ibas a defenderme.

—Es lo que hago.

—¿Contándole al mundo que soy un asesino? ¿Que yo la asesiné?

—Diré que no pretendías hacerlo. Estabais los dos borrachos, os acostasteis, se puso algo salvaje la cosa y se te fue de las manos.

—Pero no estaba borracho, ni me acosté con ella, ni tampoco la maté.

—Mira, William, tenía sangre tuya en su cuerpo. Tenías su número y fotos en tu móvil. Las cámaras de vigilancia te grabaron entrando en la residencia a la una y treinta y ocho, después de que se cometiera el crimen. Os vieron juntos aquella noche en el Dizzy Rooster, vieron cómo os metíais mano como dos adolescentes cachondos. Su compañera de habitación vio cómo os fuisteis detrás del bar. Su cuerpo fue descubierto en el callejón de atrás. Si llegamos al juicio con todas esas pruebas en tu contra, entrarás de cabeza en el corredor de la muerte. Te lo garantizo.

—¡Le has dicho al fiscal del distrito que he aceptado ese acuerdo! Ahora pensará que lo hice.

—Ya pensaba que lo habías hecho antes de que dijera nada, William. Desde que comprobó que tu ADN coincidía con la muestra que encontraron sobre la víctima.

—Si el fiscal estaba tan seguro de que me tenía contra la espada y la pared, ¿por qué ha aceptado el acuerdo?

Scotty sonrió.

—Hemos rebuscado en el pasado de la chica, sacado toda su mierda. Básicamente, se tiraba a todo lo que se movía en el departamento deportivo de los Texas Tech. Su entorno le está rogando al fiscal que acepte el acuerdo para que no se manche la imagen de su hija durante el juicio.

—¿Quién haría algo así?

—Yo.

—Pero ¿por qué lo harías?

—Es lo que hacen los abogados, William. Llevar la vida de la víctima al juicio, intentar hacer creer que su muerte no fue una pérdida para la sociedad. A no ser que seas un universitario que no tenga otra afición que no sea follarte a animadoras.

—Mi padre nunca haría eso.

—¿Follarse a animadoras?

—Echar mierda a la víctima.

—Pero él es un borracho, ¿o no te acuerdas?

—¿Qué hay del juez? ¿Por qué ha aceptado un trato así?

—Aún no lo ha hecho. Pero lo hará. Porque me debe una. Por mis donativos a su campaña. Los jueces son reelegidos gracias a los donativos de abogados, igual que los políticos lo son por los donativos de intereses particulares. Los jueces quieren aferrarse al estrado y el fiscal quiere ser el próximo gobernador. Todos estamos conectados, William, y gracias a eso te he conseguido este gran acuerdo. Para ti.

—¿Qué gran acuerdo? ¿El de confesar un crimen que no he cometido? Soy inocente.

Su abogado y su representante se miraron a la vez.

—¿No me creéis? ¿Ninguno de los dos?

—No importa que te crea o no, William.

—Me importa a mí. Dímelo.

—¿Sinceramente? No, no te creo.

—Crees que soy culpable, pero ¿aun así quieres ser mi abogado?

Su abogado se rio como si William le hubiese contado un chiste.

—Si no representara a clientes que son culpables, me quedaría sin clientes.

—Mi padre solo era abogado de clientes que eran inocentes.

—Pero no todos sus clientes lo eran, ¿no te acuerdas?

—Él cree en mí.

—Pero el jurado no. No se van a tragar tu defensa de la amnesia postraumática. Te condenarán a muerte, William. Eso también te lo garantizo.

William quería volver a ser aquel niño de doce años que se pasaba el balón con su padre en el jardín de casa. Quería que su padre lo protegiera otra vez. Que lo defendiera. Que lo salvara. Pero en esos momentos, su padre no podía salvarse

a sí mismo. ¿Cómo podría él salvar a William?

—Mi abogado no me cree.

—Son así. Todos unos embusteros, y cree el ladrón que todos son de su condición.

—¿Le has mentido a tu abogado?

—Joder, ¡pues claro! Pero soy negro. Diga lo que diga, nadie me creerá nunca. Mi madre es la única persona en todo el mundo que cree que soy inocente.

—Pero no lo eres.

—Aunque no lo sea, quiero que mi madre siga pensando que lo soy. ¿Vas a pillar el acuerdo?

—No lo sé. Scotty Raines me ha dicho que no me condenarán a muerte si me declaro culpable.

—¡Ajá! Ahora lo pillo. Un blanquito contrata a un abogado de renombre, y piensa que si se declara culpable podrá escapar de la aguja, ¿es eso? No muerdas el anzuelo, tío.

William Tucker se tumbó, llorando, en el catre de su celda de aislamiento. El único amigo que tenía en el mundo era el pandillero de la celda de al lado.

—¿Qué quieres decir?

—Tío, que el juez no tiene por qué aceptar ese acuerdo. Mira, William, ha sido tu abogado quien ha hecho un acuerdo con la fiscalía, no con el juez. El fiscal no puede echarse atrás, pero el juez puede hacer lo que le salga de los huevos, tío. Porque no ha hecho un acuerdo con el juez. Él es quien decide cómo será el acuerdo. Puede que acepte ese acuerdo o puede que lo haga él mismo. Porque una vez que te declaras culpable, le perteneces. Puede que te diga: «Has confesado asesinar a aquella chiquilla. Como pone en la Biblia, “ojo por ojo”, debes morir. Te condeno a la aguja. Te enfrentarás a la ira de Dios». Los jueces están colgados en Texas, dicen gilipolleces así. Son unos meapilas. Estamos apostando qué pasará en tu juicio, chiquillo. Van cinco a dos las apuestas de que acabas en el corredor. Es tu destino, tío. Ya hay una aguja que lleva tu nombre, William Tucker.

Capítulo 38

Al día siguiente, Frank veía con Rusty el partido de fútbol de la UT en su vieja televisión, mientras se bebía su batido de proteínas y vodka. Los Longhorns perdían ante los TCU. Habían perdido todos los partidos desde que arrestaron a William. Cuando acabó la primera parte, cortaron la conexión y dieron paso al estudio de Nueva York. En el rótulo se leía: «Noticias de última hora».

—Tenemos una noticia de última hora que nos llega directamente de Austin —dijo el presentador—. Fuentes confidenciales del juzgado del condado de Travis afirman que William Tucker se declarará culpable de homicidio involuntario, un término legal para «asesinato», de la muerte de la animadora de los Texas Tech de hace dos años. Se declarará culpable en juicio público el próximo día nueve de diciembre, dentro de exactamente nueve días.

El otro presentador no paraba de menear la cabeza de un lado a otro.

—Todos claman su inocencia, pero todos acaban siendo culpables.

* * *

Becky llamó a Frank antes de que pasara una hora tras conocerse la noticia. Había oído por la radio que su hermano se iba a declarar culpable. Estaba llorando.

—Papá, no puede ser culpable.

—No lo es.

—Entonces, ¿por qué se va a declarar culpable?

—Porque está asustado.

—Pero él no lo hizo, ¿no?

—No, cariño. Tu hermano no es un asesino. Ni un violador.

—Si se declara culpable, todo el mundo creerá que sí.

—Lo sé.

—Papá, no puedes dejarle hacerlo. No quiero que mi historia acabe así.

Capítulo 39

El domingo por la mañana, Billie Jean llegó a primera hora al bungalow de la playa. Había llamado el día anterior para avisar de que iba a ir, aunque llegó antes de lo esperado. Frank aún se estaba bañando en el mar cuando aparcó a un lado de la carretera. Lo que le puso en una extraña tesitura: podría acabar rápido y apresurarse a su casa o podría esperar que ella tuviera un poco de humor. El agua estaba congelada a finales de noviembre.

Pero eligió la puerta número tres. Una vez que ella se dio cuenta de la situación, decidió, con buen sentido común, que daría un paseo por la playa con Rusty. Cuando regresó, Frank ya estaba vestido y listo para marcharse. Había ido a recogerlo para ir a Austin, a ver a su hijo. Para rogarle que no se declarara culpable.

—Conduce tú —dijo Billie Jean—, que llevo ya tres horas conduciendo en el cuerpo.

Frank se puso al volante del Mustang rojo. Los asientos eran de piel negra y tenía una caja de cambios manual de seis marchas. Se sentía de vuelta en el instituto, cuando iba a ver a Steve McQueen en *Bullitt* al autocine con Mary Katherine Parker, su novieta de entonces. Parecía que no habían pasado treinta y siete años. Lo último que supo de ella era que tenía siete hijos.

Frank surcaba la autopista con el Mustang, era un fracasado que tenía a una mujer preciosa sentada en el asiento del copiloto. Le gustaba que Billie Jean Crawford estuviera a su lado. Él era un borracho de cincuenta y cinco años; ella solo una chica de cuarenta. Era un diez, y él solo un cinco. Él la miró: su pelo negro ondeaba al viento y el sol que la bañaba hacía que estuviera

resplandeciente. Parecía mucho más joven de lo que él había creído en un primer momento. Después, se miró por el espejo retrovisor: una gorra, gafas de sol, con arrugas y patas de gallo; el sol le golpeaba la cara y dejaba ver su envejecida piel. Eran un hombre mayor y una chica joven.

—Siento que podría protagonizar un anuncio de viagra —le dijo.

La joven rio.

—No eres tan mayor.

Se dio la vuelta, buscó por los asientos de atrás hasta que encontró la carátula de un disco.

—Tengo Imagine Dragons, One Direction, Lorde...

—¿Tienes algo de Marshall Tucker?

—¿De quién?

—¿De Bachman-Turner Overdrive?

—¿Cómo?

—¿Golden Earrings?

Se quedó mirándolo sin saber qué decir.

—¿Cuántos años tienes?

—Cincuenta y cinco.

—¡Joder! ¡Qué mayor! —Comenzó a reír otra vez—. Pero no tanto.

—Es como me siento, mayor.

Ella frunció el ceño.

—¿Te hace falta tomar viagra?

—¿Sinceramente? No lo sé.

—¿Tanto tiempo hace?

—Incluso algo más.

—Cuando me desnudaba, bailando, los viejos se sentaban solos cerca del escenario. Ellos no eran unos babosos, esos eran los jovencitos. Eran unos asquerosos. Los viejos simplemente se sentían solos. Como mi padre cuando mi madre murió, solo que él no iba a clubes de *striptease*. Al menos, que yo sepa. Ellos nunca intentaban tocarme. Tan solo me metían billetes y me sonreían. ¿No te da pena? ¿Qué tuvieran que darle un billete a una *stripper* para que alguien les sonriera? Nunca esperaban que hubiera algo más, solo querían eso, una sonrisa. Siempre me he preguntado cómo llegaban hasta ahí, hasta ese punto en sus vidas. Sentados, solos, viendo cómo una mujer se desnuda. No quiero que tú acabes así, Frank.

—No lo haré. No me puedo permitir dar dinero a una *stripper*.

—No deberías estar solo, Frank.

—Las mujeres no hacen cola delante de mi puerta últimamente, la verdad.

—¿Todavía piensas en compartir tu vida al lado de una mujer?

—Ya no. Cuando uno se casa con la mujer equivocada, con una mujer que no lo quiere, no se puede recuperar de un golpe así.

—¿Por qué no?

—Porque cuando tienes hijos, sus vidas son más importantes que la tuya.

—Yo también me casé con el hombre equivocado, pero me recuperé.

—Pero te quedaste con tu hija. Nosotros no podemos quedarnos con los hijos. Así que uno, por el amor que siente por sus hijos, sacrifica su vida amorosa para quererlos a ellos. Para estar con ellos.

—¿No te divorciaste de tu mujer para estar con tus hijos?

Frank asintió.

—No sabía que había hombres que hicieran eso.

—Yo sí.

—Tus hijos ya son mayores, Frank. Ya no tienes que sacrificarte más por ellos.

—Ya soy demasiado mayor para el amor.

—Tienes cincuenta y cinco años, Frank. Aún no estás muerto.

—Estoy muerto por dentro.

—Puede que solo tengas que dar el paso. Frank, ¿sabes qué? Hace tanto tiempo que no me acuesto con alguien que ya ni me acuerdo de cómo es el sexo. Pero aún pienso en ello. Todavía tengo ganas. ¿Tú no, Frank?

—No.

—¿Te quieres pasar lo que te queda de vida sin sexo?

—No.

—Entonces no te entiendo.

—No quiero tener sexo con cualquiera, quiero hacer el amor con alguien. Al menos antes de morir, quiero hacer el amor a la mujer que ame y que me ame. No pido más.

Sintió cómo lo miraba desde el asiento del copiloto.

—Quizá yo pueda ayudarte con eso.

—Soy demasiado mayor para ti, Billie Jean.

—Si tuviera treinta y quisiera ser madre, puede que sí. Pero ya tenemos hijos los dos. Y creciditos. Aún nos queda el resto de la vida para nosotros, Frank. Nosotros decidimos cómo vivirla. Y con quién. No quiero a un jovencito en mi

vida. Quiero a alguien lo bastante mayor que todavía tenga tiempo para vivir y que se haya dejado de tonterías en la vida. Que sea maduro para apreciar la vida y el amor. Y que me aprecie a mí. Soy una buena mujer, Frank, y necesito a un buen hombre a mi lado.

—Muchas mujeres de tu edad aún siguen esperando a que su príncipe azul les vaya a rescatar y compartan una vida de cuentos de hadas.

—Ya no soy una adolescente que se enamora de personajes de ficción. No busco a mi príncipe azul. Además, lo que sé con seguridad que no quiero es a un hombre que crea que es un príncipe azul. Quiero un hombre de verdad. Un buen hombre. Y ese podrías ser tú.

—Eres una mujer preciosa, Billie Jean. ¿Crees que te mereces solo un buen hombre?

—Sí, alguien como tú. Tienes todo lo que necesito, Frank, y yo tengo lo que necesitas.

—¿Qué?

—Amor.

—Billie Jean, yo...

—Estoy llamando a tu puerta, Frank.

—Eres mi único hijo. Te quiero. Si pudiera, me cambiaría por ti ahora mismo. ¡Que me juzgaran a mí! Iría por ti a prisión, dejaría que me clavaran esa aguja en tu lugar. Haría todo eso por ti. Pero no puedo. Hijo, una vez que te levantes y declares en el juicio, delante de todo el mundo, que mataste a Dee Dee Dunston...

—¿Tengo que hacerlo?

—Sí, es así. Cuando uno se declara culpable en una vista pública, se ha de poner en pie delante del jurado y del juez y confesar su culpabilidad. Tienes que decir: «Sí, yo maté a Dee Dee Dunston». Una vez que hayas declarado eso, William, tu vida nunca será como antes. Serás ya siempre un asesino confeso. No te podrás recuperar de eso. Nadie creerá nunca que te declaraste culpable para evitar la pena de muerte.

—¡Porque lo digas tú! Las cárceles están llenas de personas inocentes. No quiero ser uno de esos.

—Eres inocente, William. Yo lo sé. Yo te creo. Sigue luchando. No te vengas abajo.

—Pero Scotty me ha dicho que no estaré más de dos años ahí dentro. Seré un hombre libre.

—Hijo, si confieras que mataste a Dee Dee Dunston, nunca serás libre. Te pasarás la vida en prisión.

—Pero Scotty cree que...

—¿Cree que eres inocente?

—No.

—Yo sí lo creo.

—¿Por qué?

—Porque eres mi hijo. Porque eres parte de mi vida. Porque te crie desde el día que naciste. Porque te conozco, y sé que no podrías hacerle daño a nadie.

—Pero mi representante me ha dicho que podré jugar al fútbol cuando salga de aquí.

—William, no se trata de que puedas jugar al fútbol.

—¡Es mi vida!

—No, demostrar tu inocencia debería serlo.

—¿Cómo? ¿Cómo puedo demostrar que soy inocente? Todas las pruebas apuntan a que soy culpable. ¡Joder! No me acuerdo ni de un segundo de aquel día. Puede que en realidad sea culpable.

—No, no lo eres. No harías daño a nadie. Aunque eres grande y fuerte, tu corazón es tierno y dulce. Eso nunca ha cambiado, William.

—No sé yo.

—William, cree en la justicia. Cree en ti. Cree en mí.

—¿Has vuelto a beber?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque me despediste.

—Lo siento.

—Puedo dejarlo otra vez. Pero, por favor, no te declares culpable.

Su hijo se deslizó por la silla. Tenía la mandíbula apretada, tensa. Estaba conteniendo todo lo que sentía. Sentía que había perdido. Y Frank, por lo tanto, también había perdido. Quería abrazar a su hijo. Estrecharlo entre sus brazos. Hacer lo correcto. Quería protegerlo, que se aferrara a él, otra vez. William puso su mano, enorme, contra el cristal. Frank puso la suya en su lado, encajándola con la de su hijo.

—Sálvame, papá.

Billie Jean se enjugó las lágrimas. Puede que, después de todo, aún quedara esperanza para William Tucker.

—Volvemos a estar dentro del caso —le dijo el padre.

—No hasta que despida a Scotty Raines.

—Lo hará. No tenemos más que encontrar al asesino antes del lunes.

—No tenemos mucho tiempo.

Salieron de la cárcel y condujeron hasta su casa, al norte de Austin. Cenaron y tomaron té helado. Después de cenar, se sentaron en el balcón, iluminados por las luces de los rascacielos del centro de la ciudad en la distancia y por la torre del reloj de noventa metros de la Universidad de Texas, que bañaba todo de color naranja. Hablaron de su infancia y de sus matrimonios fallidos, de las decisiones que habían tomado en la vida y de las que les gustaría tomar. Billie Jean se levantó para llenarse el vaso de té pero se paró. Se inclinó y besó a Frank.

—Abre la puerta, Frank.

Se dio cuenta de que no necesitaba viagra.

Capítulo 40

—Se nos escapa algo —dijo Frank.

Se había ido a la cama la noche anterior deseando un trago y se había levantado a la mañana siguiente con muchísimas más ganas de beber. Tomó un café en su lugar. Mucho café.

—¿Qué?

—No lo sé. Parece que es como la foto del móvil, es algo que está ahí, a simple vista. Solo que no podemos verlo.

Billie Jean había llevado a Frank de vuelta a Rockport y se había quedado allí con él. Se habían pasado el día planificando la estrategia del juicio.

—Podemos explicarle al jurado por qué tenía su número guardado y qué hacía la foto en su teléfono...

—A no ser que el jurado sea del siglo pasado —apuntó Billie Jean.

—Entonces tendremos que estar atentos a la selección del jurado y escoger a los más jóvenes de la bancada.

—Nunca he estado en una selección de miembros del jurado.

—Yo sí. Tienes que mirarlos fijamente a los ojos. Si te mantienen la mirada, son los indicados. Si te apartan la mirada, ni pensarlo.

—¿Por qué?

—Porque ya lo tienen decidido. Ya creen que el acusado es culpable.

—¿Qué hay de la grabación de la cámara de vigilancia? Llegó a una hora que cuadra con la hora de la muerte.

—Había cientos de hombres aquella noche en la calle Sexta. Cualquiera de ellos pudo haber visto a Dee Dee con su uniforme de animadora.

—Pero la sangre de ninguno de ellos estaba sobre su cuerpo.

—¿Cómo coño has dejado que pase, Dwayne?

Dwayne Gentry, el que fuera el mejor policía de homicidios del Departamento de Policía de Houston y renombrado interrogador de maleantes, estaba en la pequeña caseta de madera que servía como centro neurálgico del pequeño almacén de trasteros aguantando la regañina que le estaba dando Bob, el propietario. Estaban viendo las grabaciones de la cámara de vigilancia del día en el que los tres vándalos asaltaron un trastero. En las imágenes se veía cómo los chicos escalaban la valla del perímetro, forzaban con una palanca el trastero número 124 y llenaban los fardos con mercancía robada.

—Esos pequeños capullos tuvieron los cojones de intentar robar a plena luz del día.

—¿Intentaron? Robaron. —Bob movía la cabeza—. Habías salido a almorzar, ¿no? Te tenían vigilado, vieron cómo te largabas y se pusieron en marcha. ¿No es lo que pasó, Dwayne?

—No, así no pasó. Estuve aquí toda la mañana.

Bob señaló a la pantalla.

—Rompieron el perímetro a las doce y treinta y cinco, entraron en el trastero a las doce y cuarenta y cinco y saltaron otra vez la verja a la una. La grabación no miente, Dwayne.

—Así no fue. Cuando se escaparon con lo que robaron, eran las doce en punto. Comprobé la hora.

Bob frunció el ceño.

—Pero en la grabación pone que era la una.

—La grabación está mal. Pasó una hora antes.

—¿Una hora antes? —Bob resopló como un jabalí salvaje—. ¡Joder! Ya sé qué pasó. Robbie no atrasó el reloj de la cámara cuando cambiaron la hora. ¡Menudo retrasado!

Robbie era el hijo de Bob. Era algo retrasado.

—Vale, se colaron a las once treinta y cinco. Tú aún estabas dentro. No fue tu culpa, Dwayne. Lo que tengo que hacer es electrificar de una vez la valla, puede que con veintidós voltios. Si esos pequeños cabrones intentan colarse otra vez, les dará un buen calambrazo.

Bob pensó que eso sería gracioso.

Chico Duran río.

—¡Que no te vacilo, tío! Que se hizo una foto por debajo de la falda y se la mandó a su novio. Seguro que él la subió a su Facebook y ahora todo el mundo le ha visto el chocho a su novia.

Keith, el repartidor de diecinueve años que tenía el cuerpo lleno de tatuajes y *piercings*, chistó.

—Es algo normal.

—¿Subir fotos íntimas de chicas a tu página de Facebook?

—Que te manden fotos guarras.

—¿A ti también te mandan?

—Claro.

—¿Quién?

—Todas las tías que conozco.

—¿Por qué?

—Son redes sociales, tío. Te sacas fotos, selfis y las compartes con todo el mundo.

—¿Por qué?

—¿Y por qué no?

Chico movía la cabeza de un lado a otro.

—Cuando yo tenía tu edad, ya estafaba a la gente con el número de su tarjeta de crédito. Los niños de ahora son unos consentidos, una panda de narcisistas, unos pequeños cabrones que se pasan las horas echándose *selfies*, como si a alguien les importara.

Chuck Miller hizo sonar el silbato.

—Fuera de juego. Cinco yardas.

—¡Comemierda! —gritó uno de los padres.

Chuck cogió el balón y retrocedió cinco yardas. Cuando estaba a punto de volver a hacer sonar el silbato para reanudar el juego, uno de los jugadores le dijo:

—Está sangrando otra vez.

—¿Quién está sangrando?

—Georgie.

—Mierda. Ya tenemos a uno de esos que siempre sangra.

—¡No se dicen palabrotas! ¡Somos pequeños! Jugamos en benjamines.

—¡Joder! Hasta tus padres dirán algún que otro taco.

—Joder solo lo dice papá.

Chuck pidió un tiempo muerto por fluidos corporales y mandó a Georgie a la banda. Dio un largo y gran sorbo de su bebida deportiva, Gatorade con vodka. Volvió a asaltarle aquella idea, sangre, pero no consiguió que su cerebro le acabara de dar forma, no era capaz de completar la idea entera en su cabeza.

Algo le pasaba cada vez que pensaba en la sangre.

—Harold se puso en plan ético contigo, Scotty. Suele pasar.

—No muchas veces.

—No. Pero Harold siempre ha tenido esa vena ética. A veces se va por esos derroteros.

Dick Dorkin se terminó de un trago su bebida. Scotty Raines y él habían salido a tomar algo al Capitol Club, el antro de mala muerte al que iban los politicuchos del Estado, los jueces y todos los abogados que financiaban sus carreras.

—¿Entonces, el chico va a declararse culpable y aceptar el trato o no?

—Lo hará. Frank fue allí y lo animó a que luchara por su verdad contra los cargos, pero después le bajé los humos, le puse los pies sobre la tierra con mi discurso de «acercarse a Jesús». Se declarará culpable, te lo aseguro.

—¿Acercarse a Jesús?

—Sí. Que si no se declara culpable, se acercará mucho a Jesús y a la fe, demasiado.

Dick rio.

—Todavía no sé si me alegraría más que no se declarara culpable. Tengo tantas ganas de que lo condenen a muerte que ya noto el olor de su carne chamuscada.

—Dick, si bebes una copa más te pondrás nostálgico. Todavía no sé qué quieres más: vivir en la mansión del gobernador o vengarte de Frank Tucker.

—Es algo mucho más profundo de lo que tú podrías comprender.

—Por Dios, Dick, esto no es algo personal. Esto es profesional.

—Puede que para ti lo sea. Pero para mí, no. Me encantaría ver la cara de Frank Tucker cuando hincen la aguja en el brazo a su hijo.

* * *

William Tucker, el chico de dos metros y ciento seis kilos, estaba tumbado, hecho un ovillo, en el frío suelo de cemento de su celda. Quería morir. Quería cerrar los ojos y morir. Las lágrimas le brotaban de los ojos y se le caían los mocos por la nariz. Su enorme cuerpo se estremeció sin que pudiera controlarlo. Era grande, fuerte y rápido, pero nunca antes se había sentido tan pequeño, ni tan débil, ni que la vida sucediera tan lenta. Siempre había ido hacia donde lo conducía la vida; pero en ese momento, se sentía perdido.

—Ayúdame, Dios.

—Aquí no hay Dios que te ayude —dijo el pandillero de la celda de al lado en un leve susurro—. Esto es el infierno, William Tucker.

Si iba a juicio y perdía, lo condenarían a muerte. Si se declaraba culpable, siempre sería un asesino declarado y condenado.

—Por favor, Dios, sálvame.

El pandillero dio un suspiro.

—Tío, lo tuyo pinta feo. ¿Crees que Dios va a bajar aquí y va a sacar tu culo blanquito de la cárcel porque eres «su hijo especial», como una vez tu mami te dijo desde el día que saliste de entre sus piernas? ¿Crees que bajaría aquí para salvarte? Joder, tío, Dios no tiene tiempo para estas mierdas.

William lloró todavía más.

—¡Oh! El niño grande está llorando. Cree que este no es su destino. Cree que Dios le tiene guardada una vida mejor, que no se ha alejado de su camino, que tiene suerte desde que nació. Yo también creía lo mismo. Toda mi vida. Creía que tendría una vida mejor. Algunos tíos nacen en el cielo. Nosotros... nosotros nacemos en el infierno.

William se limpió los mocos de la cara.

—Hace tiempo que me alejé de mi padre —dijo William.

—¡Ajá! Mi padre también se distanció de mí. Siempre me preguntaba qué pasaría si mi madre se hubiera casado con mi padre, qué hubiera pasado si fuésemos una familia normal como en la serie de Bill Cosby. Me pregunto si estaría en esta celda ahora, si todo esto habría pasado. Puede que yo y mi padre hubiésemos jugado a pasarnos el balón en la parte de atrás de casa y hubiésemos tenido esa charla padre-hijo de ser un hombre, y no un delincuente. Que, si

hubiésemos tenido una casa de verdad, si nos hubiésemos sentado en una mesa a comer en familia y ninguno dijera «que le jodan a esto», «coño» y «joder», puede que incluso hasta bendijéramos la mesa y no nos pidiéramos las cosas entre insultos y gritos. ¿Sabes lo que digo? ¿Sabes que nunca hice nada de eso en mi vida? Comer con mi familia y dar las gracias antes de comer. Los colegas del barrio, ellos eran mi verdadera familia. Si teníamos hambre, nos íbamos al puto McDonalds, nos pillábamos unos Big Macs con patatas, dos menús para cada uno. Además, ya bebía licor de malta desde que tenía ocho años. ¿Nunca te has preguntado cómo habría sido tu infancia si Bill Cosby hubiera sido tu padre?

—Sé cómo hubiera sido.

—¿Conociste a alguien con una vida así?

—Sí.

—¿Quién?

—Yo.

—¿Qué dices?

—Así era mi vida de pequeño.

—Espera, tío. ¿Me estás diciendo que tu vida era como en la serie de Bill Cosby?

—Sí.

—¿Tenías a tu padre en casa? ¿Cenabas con tu familia? ¿Dabais las gracias antes de cenar? ¿Jugabais a lanzaros el balón detrás de casa?

—Sí.

—¿Y cómo coño has acabado encerrado en esa celda?

Elevó el tono de voz, tanto que parecía que se había enfadado con William.

—Creía que eras uno de los míos, que tu vida era una mierda. Que por eso estabas aquí. Pero vienes ahora y me dices que tenías todo eso, una mami y un papi con los que cenabas en la puta mesa cada puta noche de tu vida y que has sido tan gilipollas de acabar aquí. Yo siempre he querido tener una vida así, porque todo lo que tenía era una vida de mierda de drogas, pipas y pandilleros. ¿Por qué si naciste en el cielo has acabado en el infierno? ¿A ti qué coño te pasa, tío? Yo no elegí estar aquí. No es mi culpa que esté aquí. Yo no maté a ese poli. ¡Fue mi destino!

Estaba casi gritándolo a pleno pulmón.

—¡Eres el hijo de puta con más suerte del mundo! ¡Tenías una madre y un padre! ¡Una puta familia! ¡Una mesa en la que cenar con comida de verdad, joder! ¡Puto blanquito! ¡Gilipollas! ¡Espero que la palmes aquí!

Se le quebró la voz, como si también estuviera llorando.

—Ya no quiero volver a hablar contigo, William Tucker.

Los leves sollozos de aquel joven fue lo único que se escuchó en el pabellón de aislamiento aquella noche.

Capítulo 41

A las cinco de la mañana del día siguiente, la abogada defensora, designada por el juez, de William Tucker se despertó cuando su teléfono móvil comenzó a sonar. Con la mano, buscó a tientas en la oscuridad su bolso. Rebuscó hasta que lo encontró y contestó a la llamada.

—¿Sí? ¿Quién es?

—¿Billie Jean?

—¿William, eres tú?

Frank encendió la lamparita y rodó hasta quedar a su lado. Ella le puso un dedo en los labios.

—William, ¿por qué no estás dormido?

—Nunca puedo dormir.

—¿Qué pasa?

—¿Cómo que qué pasa? Voy a morir en el corredor de la muerte, eso es lo que pasa.

—No, no vas a morir. Tu padre te va a sacar de ahí, William. Encontrará la manera.

—Dile que lo siento.

Se acercó a Frank; él acercó la cabeza a la de Billie Jean, para escuchar a su hijo.

—¿Por qué?

—Por haberlo echado de mi vida. Por abandonarlo. Por olvidarme de lo buen padre que es. Por no entender por todo lo que pasó con el caso de Bradley Todd. Por no estar a su lado, como él estuvo siempre conmigo. Por ser una mierda de

hijo. Por llamarlo perdedor.

Lo oyó sollozar.

—Por declararme culpable.

Frank cogió el teléfono y gritó:

—¡William! ¡No!

Pero su hijo ya se había marchado.

Capítulo 42

—Tenemos seis días, seis días antes de que mi hijo se levante y declare delante del juez y del jurado que es culpable de un crimen que no cometió... porque tiene miedo a que lo condenen a la pena de muerte. Una vez que lo haga, ya no hay vuelta atrás. Su vida estará acabada. No vamos a permitir que pase.

William Tucker aceptaría el acuerdo que le propuso su abogado. Las personas inocentes lo hacen mucho más a menudo de lo que la gente podría imaginar. Es desalentador y muy caro luchar en los tribunales contra una acusación que tiene recursos ilimitados y que no tiene otra cosa que hacer que ponerte entre rejas. Pocos pueden permitirse el coste de esa pelea. En 2002, Brian Banks, un jugador de fútbol americano de diecisiete años que tenía una beca escolar para estudiar en la Universidad del Sur de California y con el sueño de jugar algún día en la NFL, fue acusado en falso de violar a una compañera de clase; ella afirmaba que la había forzado en el propio instituto. Era inocente pero su abogada le recomendó que se declarara culpable. Le dijo: «Eres un hombre muy grande, y negro. El jurado te condenará». Pedían una condena de cuarenta y cuatro años de prisión. La chica que lo acusó demandó al instituto y recibió una indemnización de un millón y medio de dólares. Cuatro años después de que lo pusieran en libertad, la chica contactó con él vía Facebook y le preguntó si podían verse. Brian grabó el encuentro; ella admitió que mintió para poder demandar al instituto.

Son cosas que suceden, pero Frank no podía dejar que eso le ocurriera a su hijo.

Eran las diez de la mañana y los abogados de la defensa se había reunido en

el porche. Bebían un café solo mientras hacían una lluvia de ideas con las neuronas que habían sobrevivido a la matanza del alcohol.

—Bueno, chicos, sé que pensáis que William es culpable, pero...

—Es inocente —dijo Dwayne.

Frank miró pensativo al expolicía, que se fumaba un gran puro.

—¿Ya no crees que sea culpable?

—No.

—¿Por qué?

—Porque la hora de la grabación de la cámara de videovigilancia está mal. Aunque pone que era la una y treinta y ocho, eran en realidad las doce y treinta y ocho. Nadie cambió la hora del reloj cuando se retrasó la semana anterior.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo comprobé con la compañía que se encarga de la seguridad de la residencia universitaria.

—¿Te lo confirmaron? ¿Sin más?

—Se lo confirmaron al inspector Gentry, el poli de Houston de homicidios. Frank, William llegó a las doce y treinta y ocho aquella noche. Lo que hace que hubiera sido casi imposible que la asesinara a las doce en el centro, volviera a entrar al bar, vomitara y estuviera de vuelta en su dormitorio; todo en menos de treinta y ocho minutos. Es inocente.

—Ídem —añadió Chico.

Frank miró a Chico Duran, que fumaba marihuana.

—¿Sí? ¿Ya no crees que sea culpable?

—Las redes sociales son un fenómeno mundial. Los chicos se hacen fotos de ellos mismos, de todas las partes de su cuerpo para enseñárselas al mundo. No me preguntes por qué, pero es lo que hacen. Si alguna vez pillo a alguna de mis hijas mandando alguna fotito a alguien, la voy a...

Se sorprendió por lo que acababa de pensar.

—Bueno, Dee Dee Dunston se hizo la foto aquella noche con el teléfono de William. No se la hizo él, fue ella sola.

Enseñó a Frank la imagen de Dee Dee en el teléfono de William.

—¿Ves? Mira cómo tiene el brazo extendido. Se hizo la foto ella misma. No miente. Es inocente, Frank.

—Dwayne, Chico... gracias. Pero aún nos queda saber cómo llegó la sangre a su cuerpo.

—Creo que yo puedo ayudar con eso —dijo Chuck.

—¿Qué?

Chuck dio un suspiro.

—No sé cómo no he caído antes en la cuenta, era tan fácil como sumar dos más dos. Claro. Aunque a veces para mí no sumen cuatro, sino cinco. Ya sabes, Frank, me cuesta pensar con claridad últimamente por todas las conmociones; y está claro que el *whisky* tampoco ha ayudado a que se me aclaren las ideas, claro...

—Chuck, céntrate. La sangre.

—Sí, bueno, ese chavalín que juega en los partidos de benjamines que arbitro, Georgie...

—¿Georgie?

—Son niños de cinco años. Todos se llaman igual, Petey o Bobby o Jimmy o Georgie. Da igual, ese niño es una fuente de sangre. En cada partido, termina sangrando. Siempre tengo que pedir tiempo muerto por fluido corporal, mandarlo a la banda para que lo venden y deje de sangrar para que no manche a cualquier otro niño y lidiar con su madre histérica. El fútbol americano de benjamines es la jungla.

—¿Y qué tiene todo eso que ver? ¿Qué tiene que ver ese niño, Georgie, con William?

—Mira el partido.

Chuck había analizado la cinta del partido cientos de veces. Le dio la vuelta al ordenador para que todos pudieran verlo.

—He visto este vídeo tantas veces que ya ni me acuerdo. Y cuando lo hacía, solo me fijaba en la banda y no en el partido.

—Joder, Sherlock —añadió Dwayne—. Dee Dee era animadora, si está en alguna parte es en la banda, no en el campo con los jugadores.

—Pero William está sangrando.

—¿Qué? —dijo Frank.

—Mira el partido. Ya pintaba feo, William jugó fatal.

—Su padre apareció borracho, eso desconcentraría a cualquiera antes de un partido.

—¡Ah! Bueno, eso lo explica todo.

Chuck hizo clic con el ratón y reinició el partido, que estaba pausado. Se veía en la pantalla cómo William retrocedía para lanzar un pase antes de recibir el balón y correr; tres *linebackers* lo alcanzaban. Chuck pausó la imagen y la amplió.

—Prestad atención. Los cuatro jugadores tienen los brazos al aire. Es la moda de ahora, los jugadores se cortan las mangas de los jerséis para enseñar los bíceps. No se ve que haya sangre por ningún lado.

Volvió a poner en marcha el vídeo. Los jugadores de los Tech derribaron a la vez al hijo de Frank de forma contundente y con fuerza, lo tumbaron en el césped. William se levantó como si nada, como si no acabaran de hacerle un placaje brutal. Chuck pausó otra vez la imagen.

—Mira.

Clicó la imagen muchas veces y amplió el brazo izquierdo de William.

—El hombro izquierdo —dijo Chuck—, le sangra.

Le caía sangre por todo el brazo.

—Cuando lo vi en el hospital, después del partido —añadió Frank—, tenía el hombro izquierdo vendado. Dijo que le habían puesto puntos.

—Es un corte feo —comentó Chuck—. Puede que alguna de las protecciones le golpeará justo en el hueso y que le destrozará algún capilar, que sangran mucho. Una vez me corté en la frente y parecía que me habían pegado un tiro.

—El vídeo.

—¡Ah!

Chuck volvió a poner el vídeo. William se acercó rápidamente, con el equipo a su lado, a la línea de *scrimmage* para que comenzara la siguiente jugada, sin que se inmutara por el corte. El tiempo del partido seguía en marcha y el ritmo de juego era frenético: los jugadores ofensivos y defensivos entraban y salían del campo y los árbitros corrían a su alrededor, siguiéndoles el ritmo.

—¿Por qué los árbitros no pitaron tiempo muerto para que se tapara la herida? —preguntó Chico.

—Se supone que deben hacerlo, por si acaso tiene sida. —Chuck se encogió de hombros—. Supongo que no se dieron cuenta entre tanta confusión. El partido está a punto de acabar. William lleva dos minutos jugando en la ofensiva, tratando de tranquilizar a su equipo para que marcaran el tanto de la victoria. Las jugadas pasaban muy deprisa. Unas cuantas después, sufriría la conmoción.

En el vídeo, William volvía a dar unos pasos atrás para pasar el balón antes de correr. Los mismos tres *linebackers* lo alcanzaron y, justo antes de que lo derribaran, Chuck pausó la imagen y amplió a los jugadores de los Tech.

—Mirad cómo no tienen nada en los brazos.

Volvió a reiniciar el vídeo. Nada más derribar a William y cuando este se levanta, Chuck volvió a parar el vídeo y amplió la imagen del jugador número

cincuenta y dos de los Tech.

—Pero ahora tiene sangre en el brazo.

Chuck volvió a darle al *play*. El número cincuenta y dos corrió para saltar en el aire y chocar con el hombro del número cincuenta y cinco. Sus brazos se tocaron. Hizo lo mismo con el número cincuenta y uno. Chuck volvió a parar el vídeo y amplió para que vieran a todos los jugadores.

—Y ahora los tres tienen sangre en el brazo.

—¿Sangre de William?

—Ningún otro estaba sangrando antes de que lo derribaran.

—Es una prueba de transferencia de trazas —dijo Dwayne—. Algo que suele pasar. Y, además, no recuperaron mucha sangre de la escena del crimen, no hace falta mucha para hacer una prueba de ADN. Por eso lo llaman una prueba de trazas.

—Es un buen razonamiento, Chuck.

Frank extendió el puño hacia Chuck, que se lo chocó.

—Gracias, Frank.

—No quiero aguaros la fiesta —comenzó a decir Billie Jean—, pero ¿no se habrían dado cuenta de que tenían sangre en los brazos?

—Joder —respondió Chuck—, cuando jugaba me llenaba de sangre, saliva, vómito, pis, tabaco de mascar... joder, ¡una vez hasta me llené de mierda que no era mía! Es fútbol americano, un deporte sucio.

—Vale —contestó Billie Jean—, así que tu teoría es que la sangre de William se transfirió al número cincuenta y dos, y del cincuenta y dos al cincuenta y cinco y del cincuenta y cinco al cincuenta y uno. Y que fue uno de estos jugadores el que mató a Dee Dee Dunston.

Chuck se encogió de hombros.

—¿Tienes una teoría mejor?

—No, pero, de hecho, no es una mala teoría. Recuerdo una vez que un tío, un chico joven, uno de esos asquerosos, se levantó para darme un billete de veinte dólares... pero ellos no lo tiraban al escenario, ellos tenían que meterlo dentro del tanga, algo que aprovechaban siempre para meter mano. Así que siempre me ponía de cuclillas para que pudieran llegar... al tanga...

Ella demostró cómo lo hacía, levantando la pierna derecha y poniéndose de cuclillas.

—... me metió el billete y me deslizó el antebrazo por la pierna, dejándome su sudor por todo el muslo. Esos asquerosos siempre estaban sudando. Notaba

cómo me mojaba y veía bajo la luz cómo brillaba. ¡Puaj! ¡Qué asco me daba!

—¿Llevabas ese tanga de caramelo rojo de manzana? —preguntó Chuck.

—¿Estás sudando?

—Mmm, sí, estamos en la playa.

—Es diciembre.

—¡Ah!

Ella sacudió la cabeza para quitarse esa imagen de la cabeza.

—Así que, ¿ese asqueroso me llenó de ADN con su sudor?

—Sí —respondió Dwayne—. Y la sangre es mucho más fácil de transferir que el sudor, porque es más espesa. Y se seca sobre la piel.

—Pero, Dios... yo me duchaba después de cada espectáculo. Me frotaba tan fuerte que me dejaba la piel roja —dijo Billie Jean—. ¿No se ducharían los jugadores después del partido? ¿No se limpiarían la sangre?

Chuck se encogió de hombros.

—Puede que sí o puede que no. Son *linebackers*, se parecen más a animales salvajes domesticados que a personas.

Se quedaron todos mirando a la imagen de los tres jugadores de los Tech.

—Así fue —dijo Frank—. Así fue cómo llegó la sangre de William al cuerpo de la víctima.

—Eso significa que...

—Uno de ellos mató a Dee Dee Dunston.

—Chicos, ¿vais a buscar y seguir a esos tres jugadores de hace dos años? —preguntó Billie Jean, incrédula.

Estaban los cuatro de pie, al lado del coche parado en la carretera. Tenía que volver a Austin; ellos iban a Lubbock.

—No nos queda otra. No le queda otra a William.

—Ten cuidado, Frank. Si uno de ellos mató a Dee Dee Dunston, mataría otra vez para librarse de ir a prisión.

—La verdad es que mi vida no importa mucho ahora. La vida de mi hijo es lo único que realmente importa.

—Tu vida me importa a mí, Frank.

—John Smith, Darrell Jackson y Bo Cantrell —dijo Chico—. Comprobé las

alineaciones. Esos son nuestros jugadores. Smith había empezado su segundo año universitario, Jackson y Cantrell jugaban en su último año.

—Tenemos que encontrarlos, cuanto antes. ¿Por dónde empezamos? —preguntó Frank.

—Lubbock.

—Está a nueve horas de aquí —dijo Dwayne.

—No nos da tiempo a llegar en coche. Tenemos que ir en avión.

—¿Cuatro billetes de avión? Nos hemos fundido todo el dinero que conseguimos cuando vendimos el balón firmado.

—Tenemos que vender algo más en eBay.

—¿Pero qué?

—Otro balón.

—Yo tengo un balón —dijo Chuck.

Sacó la pelota que siempre llevaba con él.

—Pero si no está firmado no vale nada.

—Pásamelo —dijo Chico.

Abrió el portátil de William y buscó la foto del balón firmado que ya habían vendido y se fijó en la firma de William. Después, extendió la mano abierta a Dwayne como haría un cirujano para pedirle el instrumental a la enfermera en un quirófano.

—Rotulador.

Dwayne le puso en la mano su rotulador. Chico miró con detención la foto y firmó el balón: «William Tucker». Levantó el balón para comprobarlo. Comparó la firma falsa que acababa de hacer con la original.

—Te ha salido perfecta —dijo Chuck—. La has clavado.

—¿Has falsificado la firma de mi hijo?

—Frank, he falsificado la firma de gente muerta en documentos de pólizas médicas. Esto no es más que un puto balón de fútbol.

—¿Y ahora vamos a ponerla a la venta en eBay? ¿Con una firma falsa? Eso es un fraude.

Chico le lanzó una mirada de incredulidad.

—Soy un exconvicto, Frank. Podré vivir con ello.

Dos horas después, ya habían vendido el balón por siete mil quinientos dólares. Parecía que la noticia de que William Tucker se iba a declarar culpable de violación y asesinato de una universitaria había incrementado el valor del balón. Solo en Estados Unidos ocurren cosas así.

Capítulo 43

Condujeron a Corpus Christi, desde donde volaron temprano a Lubbock a la mañana siguiente. Tenían solo cinco días para encontrar a los tres jugadores del vídeo, descubrir cuál era el asesino y, después, convencerlo para que confesara.

No tenían tiempo que perder.

Alquilaron un coche en el aeropuerto de Lubbock y condujeron hasta el campus universitario de Texas Tech. Fueron directos al estadio. Aparcaron y caminaron hacia la entrada principal. Las puertas estaban cerradas.

—Es miércoles, estarán entrenando —dijo Chuck—, pero no aquí, no en el estadio.

Un hombre de mantenimiento les señaló dónde quedaba el campo de prácticas. Cruzaron Mac Davis Lane...

—Tío, me encantan las canciones de ese menda —dijo Chuck.

Intentó cantar una canción de Mac Davis, pero no atinaba con la letra.

—Putas conmociones.

—Mac era de aquí, de Lubbock —contestó Chico—, igual que Buddy Holly.

—Interpretó a un *quarterback* en la película *North Dallas Forty*, era clavadito a Don Meredith —añadió Chuck—. Es la mejor película del mundo.

Dwayne se quedó mirándolo, incrédulo.

—¡Qué dices! ¿Una película mejor que cualquiera de la saga de *Jungla de Cristal*? Estás mal de la cabeza.

—Bueno, puede que no sea la mejor, pero es un clásico.

—¡Y tanto que lo es, joder!

—¡Eso es lo que digo!

El edificio del complejo deportivo se encontraba al otro lado de la calle. Detrás del edificio estaba el campo de prácticas. Se quedaron de pie en la valla, viendo cómo entrenaba el equipo.

—Ahí está —dijo Dwayne—, el número cincuenta y uno. John Smith.

Se quedaron allí una hora, esperando a que acabara el entrenamiento, después se plantaron delante del complejo deportivo, esperando a que John Smith saliera. Cuando salió del edificio, se acercaron a él. Estaba fornido y musculado. Tenía el pelo corto y rubio. Lo llevaba mojado. Llevaba puesto un chándal y unas zapatillas deportivas.

—Perdona, ¿John Smith? —preguntó Frank.

Se detuvo en seco.

—Sí, soy yo.

—Tienes el pelo mojado, ¿acabas de ducharte?

John retrocedió.

—Tíos, si sois algunos de esos asquerosos de la Penn State que les gusta pasar el rato en las duchas...

—Soy Frank Tucker. El padre de William Tucker.

John Smith le tendió la mano, pero en cuanto acabó la frase la retiró y comenzó a irse.

—No quiero hablar del tema.

Dwayne sacó la placa.

—Asunto policial, hijo.

John Smith se paró y se rindió. Pero su cara no ocultaba un atisbo de culpa. Los saludó con una leve inclinación de la cabeza.

Parecía triste.

—Lo siento señor Tucker, pero es que me habéis hecho una pregunta muy rara.

—Pues aquí va otra: partido Texas contra Tech, hace dos años, en Austin. ¿Te duchaste después del partido?

—No entiendo por qué me pregunta algo así, pero sí. Me ducho cada día. ¿Mató William de verdad a Dee Dee? Aunque, ¡qué cosas! Si lo ha confesado...

—No. Ni la mató ni lo va a confesar.

John frunció el ceño.

—Pero en la tele han dicho...

—Se equivocan. ¿Conocías a Dee Dee?

—Sí, señor. Todo el mundo la conocía. Era una chica encantadora.

—¿Era promiscua?

John se quedó pensando un momento y asintió.

—Eso es lo que todo el mundo dice.

—¿Tú no te acostaste con ella?

—Señor Tucker, soy mormón. Y virgen, como Tim Tebow.

—Tengo dos hijas. Me gustaría que las conocieras —dijo Chico.

—¿Has visto que Tebow ha fichado por los Patriots? —preguntó Chuck—.

Ni de broma conseguirá vencer a Brady.

Todos se quedaron mirando a Chuck. Él levanto las manos intentando defenderse de las miradas.

—Era por decir algo.

Frank se dirigió otra vez a John Smith.

—¿Conoces a Darrell Jackson y a Bo Cantrell?

—Sí, señor. Éramos los tres *linebackers* de entonces. Estaban en su último año.

—¿Alguno de ellos se acostó con Dee Dee?

John lanzó un suspiro.

—Darrell se ha acostado con todas las chicas del campus, por lo que he oído. Era uno de esos vaqueros guaperas. Ha hecho de modelo para portadas de libros, para novelas románticas. Guarda ejemplares en su habitación.

—¿Qué hay de Bo?

—Bo, es... —John empezó a mover la cabeza—. Era una rata de cloaca sacada de un pantano.

—¿Se duchaban después de los partidos?

—La verdad es que no llevaba el registro de lo que hacían, señor Tucker. Tendrá que preguntárselo a ellos.

—Lo haré. ¿Sabes dónde están ahora?

—Lo último que supe de ellos es que Darrell se volvió al rancho con su familia en Wink y que Bo volvió a Omaha.

—¿Qué hace allí?

—Es jugador profesional, juega con los Wranglers.

—Gracias, John.

—De nada, señor. Espero que William sea inocente.

Se quedaron mirando cómo John se alejaba.

—Él no es el asesino —dijo Dwayne.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Chico.

—He interrogado a cientos de asesinos en mi vida, y ni uno solo de ellos era mormón. —Hizo una pausa antes de proseguir—. Pero claro, a veces te toman el pelo.

—Lo sé —dijo Frank.

Capítulo 44

—Parece una versión XL de Roy Rogers —dijo Dwayne.

—¿Quién es Roy Rogers? —dijo Chuck.

Frank y Chico habían volado hasta Omaha para buscar a Bo Cantrell. Dwayne y Chuck condujeron los doscientos setenta kilómetros que separaban Lubbock de Wink para hacer lo mismo con Darrell Jackson. Y lo encontraron. A las afueras de la ciudad, en el rancho Río Apacible. Se encontraron a Darrell montando en un caballo blanco enorme mientras paraban el coche de alquiler al lado de la casa del rancho. Parecía de verdad un modelo.

—¿Os puedo ayudar? —preguntó Darrell.

—¡Bonito caballo! —dijo Dwayne.

—¿Eres ranchero?

—Policía. Retirado.

—¿Qué te trae por aquí?

—Dee Dee Dunston.

Dwayne casi esperaba que Darrell tirara de las riendas y saliera al galope. Porque eso significaría que habrían salvado la vida a William Tucker. Que habrían salvado la vida de Frank Tucker. Si su hijo iba a prisión, Frank nunca sería libre. Era un buen hombre y un buen amigo. A Dwayne solo le quedaban tres amigos en el mundo. No podía permitirse el lujo de perder uno.

—Sabemos que la conocías —dijo Dwayne—, en el sentido bíblico.

Darrell bajó del caballo y se oyó un tintineo.

—¡Ala! Los vaqueros siguen llevando espuelas —dijo Chuck con una risilla de niño chico.

Darrell se quedó mirando, extrañado, a Chuck y luego se dirigió a Dwayne.

—Sí, la conocía. Pero yo no la maté, si es por lo que estáis aquí.

—Sí, es por eso.

—Creía que William Tucker lo había confesado.

—No, él no mató a la chica.

—He leído en el periódico que la policía encontró su sangre sobre el cuerpo.

—Tú también tenías —dijo Chuck.

—¿Qué? ¿Tú también eras policía?

—Era entrenador.

—Un policía y un entrenador, retirados.

—Cuando jugabas, tu número era el cincuenta y dos, ¿no? —preguntó Dwayne.

—Sí.

—William sangró cerca del final del partido. Cuando lo aplacasteis, os llenó de sangre a John Smith, Bo Cantrell y a ti.

—¿Cómo lo sabes?

—Vimos la grabación del partido —contestó Chuck—. La opción de *zoom* que tiene es realmente potente.

—¿Te duchaste después del partido? —inquirió Dwayne.

Darrell reculó, parecía que le había hecho gracia.

—Tío, ¡qué pregunta!

—¿No te importará entonces responderla?

—Sí, me ducho después de cada partido. Siempre lo hacía. Puede que sea un vaquero, pero no soy una vaca. Tengo un grado en Ingeniería y sé cómo funciona una ducha.

Dwayne y Chuck se miraron a la vez. Darrell se echó hacia atrás el sombrero.

—¿Así que habéis venido hasta aquí solo para preguntarme si me duché después del partido? Tíos, podríais haber llamado por teléfono.

—¿Qué hay de Bo Cantrell? ¿Se ducha después de cada partido?

Darrell rio.

—Bo Cantrell estaba medio chiflado, un colgado paleta cajún de los pantanos de Luisiana que sufrió demasiadas conmociones cerebrales. Y que olía peor que el estiércol de vaca. Para él, bañarse era lo mismo que irse a nadar al pantano.

—¿Qué más nos puedes contar de él?

—Comenzamos juntos en el equipo y aguantamos los cuatro años. Era el *linebacker* central, yo era un lateral. Cuando tenía solo veintidós años, ya había decidido que tendría que jugar en la liga profesional. Pero los *linebackers* profesionales no empiezan su carrera hasta los veintiséis. Se ponía hasta el culo de esteroides desde su primer año. Tenía más mala leche que una serpiente de cascabel. Y las contusiones no ayudaban.

—¿Tú no querías?

—No, ni siquiera me lo planteé. Soy un vaquero, un chico de campo. Tenía que volver aquí, al rancho. Pero Bo... él no tenía ningún motivo para volver a Luisiana. Si no conseguía llegar a la liga profesional, tendría que volver a Luisiana para cazar caimanes en el pantano. Siempre creí que lo siguiente que sabría de él sería por los periódicos.

—¿En la sección de deportes?

—En los obituarios. Siempre pensé que se suicidaría, como todos esos jugadores profesionales con daño cerebral. —Comenzó a negar con la cabeza conforme hablaba—. Bueno, será mejor que vaya a vigilar a las vacas.

Darrell Jackson puso la bota en el estribo y se montó en el caballo. Pegó un tirón a las riendas y parecía que se iba a ir al galope, pero no lo hizo. Dio la vuelta al caballo y miró otra vez a Dwayne y Chuck.

—Cuando acabó su última temporada, Bo terminó de perder la cabeza. Los esteroides lo volvieron paranoico. Si vais a ver a Bo, tened cuidado. Desde hace poco, va siempre armado.

Bo Cantrell había fichado por Omaha en la tercera ronda del *draft* de la NFL hacía dos años. Era uno de los nuevos *linebackers* de los Wranglers. Llevaba la cabeza rapada y los dos brazos tatuados desde el hombro hasta la muñeca. Cuando salió de las instalaciones de entrenamiento de los Wranglers tras terminar de entrenar el martes, Frank lo llamó desde el otro lado del aparcamiento.

—¡Bo!

Vio que se acercaban, pero siguió su camino y gritó con la cabeza girada:

—No firmo autógrafos.

Frank y Chico lo alcanzaron.

—No queremos un autógrafo.

Siguió caminando.

—Mejor.

—Queremos preguntarte por Dee Dee Dunston.

Bo se paró. Se dio la vuelta y los miró de arriba abajo. Y Frank también lo hizo. Parecía que tenía la cabeza más grande de lo normal, tenía el cuello delgado y los hombros anchos y burdos, muy musculosos. Tenía la cara llena de acné. No era una persona especialmente guapa. Llevaba puesta la camiseta de los Wranglers, un pantalón de deporte y unas zapatillas deportivas. Tenía trozos de césped por el pelo y los gruesos brazos llenos de suciedad y de sudor. Su olor corporal era asfixiante.

—¿Sois polis?

—Soy Frank Tucker. El padre de William Tucker.

Bo seguía con la mirada seria, pero Frank vio algo en sus ojos. Culpabilidad.

—Dicen que tu hijo va a confesar que mató a Dee Dee.

—No has oído bien, Bo. Él no la mató.

—Entonces, ¿quién lo hizo?

Mantuvieron el contacto visual. Dwayne ya les había informado de su charla con Darrell Jackson. Solo les quedaba un sospechoso.

—Tú.

Los enormes músculos del cuello de Bob se tensaron. Se le empezó a agitar la respiración y parecía que se estaba poniendo rojo. Él era el asesino.

—¿No te duchas después de entrenar, Bo?

—¿Y qué?

—Nunca lo haces. No te duchaste tampoco después del partido contra UT hace dos años.

—¿Y qué?

—Que William se hizo un corte en el hombro izquierdo antes de que acabara el partido, cuando tú, Darrell Jackson y John Smith lo derribasteis. La sangre le corría por el brazo, y vosotros os manchasteis. Pero ellos sí se ducharon después del partido, se limpiaron la sangre. Tú, no. Aún tenías su sangre en el brazo cuando violaste y asesinaste a Dee Dee aquella misma noche en el Dizzy Rooster.

—Demuéstralo.

—Podemos. Podemos demostrar que mataste a Dee Dee. Se acabó, Bo.

Bo Cantrell se acercó a Frank, como si fuera a pegarle.

—¡Que te den por culo!

Se dio la vuelta y aceleró el paso hacia su camioneta desvencijada, se montó

y salió pegando un acelerón. Chico le hizo una foto a la matrícula con el móvil de William. Después, Frank llamó a Dwayne. Nada más coger el teléfono, Frank le dijo:

—Chuck y tú id a Midland y coged un avión hasta Omaha. Tenemos a Bo Cantrell.

* * *

—¿Cómo vamos a hacer que Bo confiese que la mató? —preguntó Chuck.

Frank y Chico recogieron a Dwayne y a Chuck en el aeropuerto de Omaha aquella noche y los llevaron al hotel.

—Seremos su sombra, nos pegaremos a él como un chicle a un zapato —dijo Dwayne—. Cuando ya se sabe quién es el asesino, y él sabe que están detrás de su pista, tienes que meterte en su cabeza; hay que hacerle saber que lo estás vigilando, incomodarlo, hacer que mire hacia atrás siempre que haga algo. Tiene que estar asustado.

—¿De nosotros? —dijo Chico—. ¿Un abogado fracasado, un policía retirado, un entrenador de benjamines y un timador que ya no tima?

—Tienes razón —dijo Frank.

—Ya he tratado con tíos así antes —dijo Dwayne—. Nunca son los más listos de la clase, pero él se cree que se ha ido de rositas de un asesinato. Y de una violación. Ahora, dos años después, tiene una vida tranquila y hará todo lo que haga falta para que no se vaya al traste. Incluso volver a matar. Porque ya no tiene nada que perder.

—¿Matar otra vez? —preguntó Chico—. Pero no a uno de nosotros, ¿no?

—Podría, sí —le dijo Dwayne.

—Eso se merece un trago.

Capítulo 45

A las ocho de la mañana del día siguiente, viernes, aparcaron en la calle justo enfrente de la casa de Bo, en un lujoso barrio de Omaha. Se parecía a la primera casa de los Tucker en River Oaks, algo que no encajaba para nada con Bo Cantrell.

—Nos va a ver —dijo Chuck.

—Es lo que queremos —le respondió Dwayne—. No estamos aquí para vigilar lo que hace. Estamos acosándolo.

—¿Y qué diferencia hay?

—La vigilancia tiene que ser algo sigiloso, no tienes que dejar que el sospechoso sepa que lo estás vigilando. Cuando se acosa, quieres que te vean, que sepan que estás ahí.

—¡Ah! Pero eso suena más peligroso.

—Lo es.

* * *

Bo Cantrell se puso al volante a las nueve. En cuanto los vio aceleró su camioneta. Lo siguieron hasta el complejo deportivo donde entrenaba con los Wranglers. Vieron cómo salía del coche y entraba dentro. Pero, antes de hacerlo, se dio la vuelta y los miró desde la puerta.

—¿Alguien quiere café? —preguntó Chico.

—¿De Starbucks? —le preguntó Dwayne.

—Por supuesto.

—Un *mocha frappuccino* de *cookie crumble* con extra de nata *venti* descafeinado —dijo Chuck—, y un solo.

—¿Y un café solo?

—No, un *whisky* solo.

—Un *pumpkin latte* grande, un solo y un donut —dijo Dwayne—. Siempre comía donuts en las vigilancias.

—¿De qué tipo?

—¿El *whisky*?

—No, el donut.

—Que tenga azúcar por encima.

—Yo también quiero un donut —dijo Chuck.

—Un bollo —añadió Frank—. Café normal *tall*, pero sin *whisky*.

—Avisadme si Bo sale del entrenamiento —pidió Chico—. Vuelvo en diez minutos.

Bo salió a las tres de la tarde. Frank lo saludó con la mano. Él no le devolvió el saludo. Se montó en el coche y se fue a la tienda de licores...

—Ahora nos está vacilando —dijo Chico.

... y después a un club de *striptease*.

—Ahora nos toma el pelo —dijo Chuck.

No entraron. Bo puede que tuviera algún amigo ahí dentro. Se quedaron esperando. Y esperaron. Unas horas más tarde, salió con una *stripper*.

—Ha sido una transacción en toda regla —contestó Chico.

Los siguieron hasta su casa. Entró con la chica, pero vieron cómo se asomaba por la ventana para mirarlos.

—Buen trabajo, chicos. Ya empieza —dijo Dwayne.

Capítulo 46

A la mañana siguiente, ya estaban aparcados de nuevo delante de la casa de Bo.

—¿Crees que esto funcionará? —preguntó Frank.

—Estoy convencido —respondió Dwayne.

El sábado no fue muy distinto al viernes, salvo que Bo se paró para comer antes de ir al club de *striptease* en un sitio de comida cajún^[17]. Se sentó al lado de la ventana. Frank lo saludó otra vez. Él le hizo un corte de mangas.

—¡Dios! Come como un cerdo —dijo Chico.

—Es cajún —añadió Dwayne.

—¿La comida?

—No, Bo.

—Me pregunto una cosa, ¿podría hacer cangrejo de río a la barbacoa? —inquirió Chuck.

Capítulo 47

El domingo, el equipo de Omaha jugaba contra los Patriots en el estadio de los Wranglers. Le compraron cuatro entradas justo detrás del banquillo de Omaha a un tío que las revendía a las afueras del estadio. Una vez dentro, Chuck se compró un balón de los Wranglers...

—Me pregunto si conseguiré que alguno de los jugadores me lo firme después del partido.

—Eres un fanático, Chuck —le dijo Dwayne.

... y Dwayne se compró un sombrero de vaquero de plástico naranja, el color del equipo. Parecía que era un niño que esperaba a la cola de un paseo en poni. Chico compró camisetas para sus hijas y Frank un póster. Tomó prestado el rotulador a Dwayne. Encontraron sus asientos. Cuando el equipo salió al campo, gritaron: «¡Bo!» hasta que llamaron su atención y los miró. Cuando los vio en las gradas, Frank desenrolló el póster, en el que había escrito por detrás en letras mayúsculas: «Bo Cantrell es un *linebacker* asesino». Bo caminó, ofendido, por la banda.

* * *

—¡Buuu! ¡Bo! ¡Bo!

Los seguidores abucheaban a Bo. Había fallado una defensa hombre a hombre; el que tenía que cubrir recibió un pase corto y corrió hasta anotar un *touchdown*. Los Patriots estaban aplastando a los Wranglers. Sobre todo, a Bo Cantrell. Cuando llegó a la banda, dio una patada a la mesa de los Gatorade.

Después, miró hacia donde estaban ellos, en las gradas. Frank levantó el póster una vez más.

—Esto es un acoso en toda regla —dijo Dwayne.

El partido de Bo fue de mal en peor. De peor a horrible. Fallaba en la defensa de su contrincante y en los derribos. Los Patriots pasaban por su lado, incluso por encima. Los entrenadores le gritaban, su equipo le gritaba, hasta los seguidores le gritaban. Los Wranglers perdían 48-7.

—¡Eh! Bo, ¿me firmas el balón?

Bo acababa de salir del vestuario del estadio. Unos cuantos seguidores se agolparon, esperando agarrar a algún jugador para que les firmara un autógrafo.

Chuck sostuvo el balón delante de Bo para que se lo firmara cuando pasó a su lado.

—Vamos, Bo. ¡Enróllate! —gritó Chuck.

Bo le lanzó una mirada de pocos amigos a Chuck, como si quisiera tumbarlo de un golpe. No lo hizo. Ni le firmó el balón, ni lo tumbó. Salió como un rayo hacia su camioneta en el aparcamiento. Condujo directo hacia su club de *striptease* favorito. Cerró el club a las dos de la mañana. Lo siguieron hasta su casa y aparcaron delante de ella. Entró dando bandazos y pareció que nada más llegar se fue a la cama, ya que todas las luces de la casa se apagaron. Bajaron las ventanillas y se quedaron sentados, tranquilos, en el coche una hora. Y otra. Montaron turnos de guardia para que pudieran dormir algo. Chuck roncaba; Chico hablaba en sueños. Frank no podía dormir. Él y Dwayne hablaban de cómo era su vida en Houston, antes del alcohol. Parecía que había pasado una eternidad de eso. Parecía otra vida.

—Esto no funciona —dijo Frank—. Son las cuatro y media. También es esa hora en Austin. La vista está fijada para las nueve, a esa hora William se declarará culpable. ¿Qué hacemos ahora?

—Bajad del puto coche, joder.

Bo Cantrell estaba fuera, de pie, apuntándolos con una revólver enorme.

Capítulo 48

Frank, Dwayne, Chuck y Chico estaban sentados en el sofá de la sala de estar de Bo Cantrell, delante de una pantalla plana gigante. Había puesto un canal deportivo de la televisión por cable que repetía los partidos de fútbol americano del día anterior; tenía el volumen silenciado. Bo ponía sonido a la retransmisión. No hacía más que soltar un insulto tras otro cada vez que veía algún fiasco de jugada, y en el canal no hacían más que poner una detrás de otra. Apuntó con la pistola a la pantalla.

—Esa puta jugada no fue mi culpa, ¡joder! El puto *strong safety* tendría que haber subido a ayudar, ¡joder! Pero me echaron a mí la puta culpa.

—Tiene un vocabulario limitado —susurró Dwayne.

—Es un *linebacker* —le respondió entre susurros Chuck.

Los canales de deportes por cable emitían todos los días del año a todas horas; pero el problema era que no había suficientes momentos deportivos que pudieran cubrir toda la emisión. Así que reponían en bucle los mejores y los peores momentos. Si alguien se perdía el resumen del partido de su equipo, lo volvían a emitir a los diez minutos. Habían visto ya el resumen del partido de los Wranglers más de diez veces en las dos horas que llevaban allí sentados, desde que Bo Cantrell los había secuestrado a punta de pistola. No hacía más que ir de un lado para otro, delante de la pantalla, con el gran revólver en una mano y una botella de *whisky* en la otra. Dwayne no hacía otra cosa que pensar.

—Jack Daniels Tennessee Honey —susurraba.

—Vamos a morir —susurraba, en cambio, Chuck.

—Sí. No me importaría tomarme un trago de JD antes de hacerlo.

—¿Por qué dices eso?

—Porque me encanta.

—Eso no. Que vamos a morir.

—¡Ah! Solo te daba la razón.

—Bueno, no lo hagas más.

Bo disparó contra la televisión.

—¡Mierda! —dijo Chico.

—Mira, la tele todavía funciona —dijo Chuck—. ¿De qué marca es, Bo?

—¡Cállate!

—Solo era una pregunta. Bo, ¿me firmarías el balón de fútbol?

Chuck se había llevado el balón de los Wranglers, que se compró como recuerdo con ellos.

—¡Qué te calles, joder! ¡Intento pensar qué hacer!

—¿Tú también lo pasas mal cuando tienes que pensar? ¿También es por los traumatismos? Yo sufrí diez traumatismos cuando jugaba en la universidad, y otro con los benjamines.

—¿Cuando eras un niño?

—No, era árbitro.

Bo disparó al techo.

—¡Que os calléis!

—Me estoy haciendo pis —dijo Chuck.

—¡Vas a morir!

Bo comenzó a ir de aquí para allá, otra vez.

—¿Sabéis qué? —dijo Dwayne—. Nunca he querido mudarme a Panamá, ni a Ecuador, ni a ninguno de esos sitios de verdad.

—¿Y eso? ¿Por qué no?

—Porque vosotros, chicos, sois todo lo que tengo. Nunca he tenido una familia de verdad.

Chuck se inclinó hacia él.

—Dame un abrazo, tío.

Se fundieron en un abrazo, y Dwayne susurró:

—Podemos atacar por sorpresa a Bo, puede que Frank y Chico puedan escapar.

—O podrían atacarlo ellos y escapar nosotros.

—Nosotros somos más grandes que ellos.

—Pero puede que ellos sean más rápidos.

—Tenemos que echarle huevos, Chuck.

—¿Estás seguro?

Dwayne lanzó un suspiro de resignación y dijo, encogido de hombros:

—Sí, lo estoy.

—¡Joder! Todos tenemos que morir en algún momento.

—Pero ¿por qué tenemos que morir esta noche?

—Tienes toda la razón. Vais a morir —contestó Bo Cantrell.

—¿Nos vas a matar también, Bo? —preguntó Frank—. ¿Como mataste a Dee Dee Dunston?

Capítulo 49

Dee Dee Dunston estaba en la barra del Dizzy Rooster. Estaba muy borracha. Una mano rechoncha le atenazó el brazo.

—Vamos a bailar, Dee Dee.

Ella se dio la vuelta y se encontró, cara a cara, con Bo Cantrell. Vio su cara entre las sombras del bar, oscura, igual que sus ojos y su estado de ánimo. Era feo y apestaba. Retrocedió todo lo que pudo por su olor corporal.

—Bo, ¿te has duchado después del partido? Es sábado por la noche.

Se liberó como pudo y le dio otra vez la espalda. Bo mostró su descontento con lo poco que sabía decir.

—¡Que te den por culo, Dee Dee!

—¡Ni en tus sueños más salvajes, capullo! —contestó mirando hacia atrás.

Dee Dee se pidió otra cerveza. Otra mano enorme le volvió a coger el brazo; se dio la vuelta rauda para mandar a la mierda otra vez a Bo Cantrell pero, ante ella, se encontró los ojos más azules que había visto en su vida.

Le comenzaron a temblar las rodillas.

Se había criado en un rancho, por lo que su vida social era más que limitada. Cuando llegó a Lubbock, se dio cuenta de que las chicas y los chicos estaban desatados. Muchos habían llegado del campo y era la primera vez que vivían fuera del rancho o de la granja y estaban más que dispuestos a dejarse llevar. Bailar. Beber. Follar. Por Dios, ¡todos follaban como conejos! Dee Dee aguantó virgen exactamente una semana desde que llegó al campus. Le encantaba el sexo. En privado. En público. Sexo salvaje. Sexo. A cualquier hora. En cualquier lugar. Pero solo con deportistas. Con deportistas famosos. Como el de los ojos

azules que estaba delante de ella.

—Hola, nena. Soy William Tucker.

Le puso la mirada más seductora que pudo y le contestó:

—Me llamo Dee Dee.

Él no prestó atención. Estaba pidiendo algo de beber a la camarera. La golfa que estaba detrás de la barra llevaba puesto un corsé de seda roja, un liguero y unas medias tupidas negras; ella le lanzó una mirada con ojitos seductores y susurró:

—Hola, William.

Dee Dee sentía que la envidia la invadía de los pies a la cabeza. Se controló las ganas locas que tenía de estrangular a aquella zorra. Ninguna más hablaba con William, solo ella. Vio cómo le sobresalía el móvil por el bolsillo de su camisa; lo cogió y le guardó su número de teléfono. Después, buscó la cámara, sostuvo el móvil delante de ella y se sacó un selfi tan *sexy* como pudo. William se volvió para mirarla otra vez. Le deslizó el móvil de vuelta al bolsillo.

—Te he guardado mi número y me he hecho una foto. Para que no te olvides de mí.

Tenía la mirada perdida.

—¿Cómo has dicho que te llamabas?

Cuando lo oyó, el putón de la camarera se echó a reír. Dee Dee la miró con los ojos inyectados en sangre, como si quisiera matarla. Aunque eso era exactamente lo que quería hacer. Sin embargo, sonrió a William.

—Dee Dee.

—¡Claro! ¡Eso!

—Aquí tienes tu cerveza, William —dijo la zorra de la camarera.

Cuando William se dio la vuelta para coger la cerveza, ofreció a Dee Dee una mirada arrogante. Dee Dee apretó los puños; la zorra de la camarera no sabía que Dee Dee castraba terneros. No iba a permitir que ninguna golfa de ciudad le robara a su semental. Así que agarró a William Tucker por la camisa y lo atrajo hacia ella. Le lanzó los brazos por el cuello, le abrazó con las piernas la cintura y le dio un largo y apasionado beso. No necesitó más invitación que esa. Ahuecó las manos para coger aquel firme culo y la levantó del asiento. Olía a limpio. A hombre. En ese momento, lo deseaba más que nada en el mundo. Dee Dee abrió un ojo para mirar a la camarera que había detrás de la barra; esta sonrió, sacudió la cabeza de un lado a otro y se marchó.

—¡Por Dios, id a un hotel! —gritó Cissy por detrás.

Sin despegar los labios de los de ella, William la llevó en volandas a un pequeño pasillo, más allá de los cuartos de baño. A un pequeño recoveco oscuro al lado de la puerta de atrás del bar. La apoyó contra la pared antes de deslizar la mano por debajo de sus mallas para tocarle el culo y pasarla entre sus piernas. Le tocó con los dedos la vagina; deslizó un dedo dentro y fuera. Ella sintió cómo el calor lo consumía por dentro. Necesitaba sentirlo en su interior. Se agachó como pudo para meter la mano por dentro del pantalón hasta que lo encontró. ¡Dios! Estaba más que preparado. Él lo quería tanto como ella.

—Fóllame, William —susurró.

Ella escuchó las voces de los tíos borrachos que se reían por detrás.

—Universitarios en pleno apogeo.

—Tío, grábalos en vídeo. Ese es William Tucker. Lo colgaremos en YouTube, nos dará millones de visitas.

William, como era obvio, también los escuchó porque se incorporó, abrió la puerta de atrás y la fresca brisa de la noche, de repente, les golpeó en la cara. La levantó con la mano que tenía libre, pero ella aún tenía la mano dentro de su pantalón; ella se cayó para atrás y se aferró a su brazo con la otra mano.

—¡Joder! Los puntos —balbuceó del dolor.

Tenía el brazo izquierdo vendado. Lo agarró por la camisa mientras salían. Pero una vez fuera, quizá porque lo agarró del brazo que tenía dolorido o por el cambio brusco de temperatura, el deseo disminuyó, así como la erección. Igual que pasa con el agua fría. La bajó al suelo. Pero ella sabía cómo volver a encender su deseo. Le bajó la cremallera del pantalón, se la sacó, se puso en cuclillas y se la metió en la boca. Los chicos se ponían como una moto cuando hacía eso.

—Espera, nena —suplicó William—. Me he dejado dentro la cerveza. Ahora vengo.

Se subió la cremallera y volvió a entrar en el bar como si le estuviera diciendo: «Gracias, señorita». Ella estaba como loca, pero el calor que sentía la tenía apoderada.

—Date prisa —le dijo.

Se bajó las mallas y se las quitó. No hacía falta ponerle las cosas difíciles ni que se peleara con su ropa. «Dios, ¿dónde está?», pensaba. Creyó que lo mejor que podía hacer era que no se le pasara el calentón, así que se puso contra la pared de ladrillo y deslizó la mano entre las piernas. Sabía bien cómo darse placer a sí misma, algo que solía hacer con los vaqueros de Lubbock. Sintió que

estaba a punto de llegar al orgasmo ella sola cuando oyó que alguien se acercaba y vio un cuerpo enorme entre las sombras.

—Llegas justo a tiempo.

Pronunció aquellas palabras entre jadeos, pero ¿cómo podría hablar alguien en un momento así? Tenía ganas de gritar de placer.

—Vamos, William, fóllame.

Entonces, la golpearon en la cara con la mano abierta y sintió que le ardía. Dio un traspié, pero consiguió mantener el equilibrio. Notaba el sabor a sangre en la boca.

—¡Menuda zorra que eres! ¿Quieres que te folien?

Ella reconoció aquella voz y aquel hedor.

—¡Bo Cantrell!

El chico dio un paso atrás y la luz lo iluminó. Ella vio su cara, horrorosa y enfadada. Se bajó los pantalones y se la sacó.

—Mierda, mejor será que me ponga un condón. Te has follado todas las pollas de Texas. Me podrías pegar cualquier cosa.

Abrió un condón y se lo puso en el pene erecto. Bo la tenía acorralada en una esquina del callejón trasero. No podía correr. Pero sí pelear. Desde pequeña, Dee Dee Dunston había hecho frente a toros, a caballos bravos y a vaqueros. Estaba segura de que podría con un paleta cajún de pantano. Escupió la sangre y, con lo primero que encontró, un ladrillo, se acercó a Bo y se lo tiró con todas sus fuerzas en la cabeza. Lanzó un gemido, se tambaleó hacia atrás y se escabulló por su lado, pero el chico la agarró del pelo, la empujó hacia atrás y la lanzó contra la pared. Le pegó un puñetazo en la cara. Se golpeó con fuerza la cabeza contra la pared de ladrillo y sintió que se desplomaba. Luchó por mantenerse en pie y pensar con claridad, pero tenía la cabeza ida por el golpe y oía su voz en la distancia. Notó cómo le agarraba del cuello con las manos, cómo le aprisionaba las piernas abiertas con las rodillas. Su hedor la asfixiaba y las continuas embestidas de aquella bestia en su interior le hacían daño. La empujaba con su cuerpo enorme contra la pared de ladrillo. Dee Dee sentía que le faltaba el aire, cómo este abandonaba su cuerpo, y tenía que esforzarse por respirar, ya que la tenía agarrada con fuerza por el cuello y cada embestida era más violenta que la anterior. Quería defenderse y le pegaba con los brazos, que, en ese momento, parecían no tener fuerza; ni siquiera los sentía; apretaba cada vez más y más fuerte y la empujaba una y otra vez contra la pared, gruñendo como un jabalí salvaje, mientras la embestía. Dee Dee Dunston cerró los ojos, dolorida, y sintió

cómo el mundo se desvanecía. No pudo más que pensar en su madre, en su padre y en su hermana, y...

Capítulo 50

—¡Yo no quería matarla! Se cayó al suelo. ¡Ya estaba muerta!

Bo Cantrell parecía estar totalmente turbado. Pero también estaba borrachísimo y armado hasta los dientes.

—¿Viste a William? —preguntó Frank.

—Lo vi salir. Después volvió a entrar a por la cerveza, pero se puso a potar y alguno de sus colegas decidió llevarlo a casa. Así que salí.

—Tú la mataste, Bo. Tienes que responder por ello.

—¡Y qué coño hago! ¡Fue un puto accidente, joder!

—Fue una violación. Y un asesinato. Irás a prisión, Bo.

—¡Que te jodan!

Apuntó con los ojos y con el revólver a Frank.

—¡Yo no quería matarla!

* * *

Era cierto. Nunca había querido matarla. Se le fue de las manos, eso es todo. Estaba furioso. Seguía con el subidón de los esteroides del partido. Siempre se inyectaba una buena dosis antes de cada uno, y lo seguía haciendo. Por eso, siempre estaba furioso. Conocía la ira. La conocía desde que era pequeño. Mamó de la teta de la ira. Vivir en un lugar remoto de Luisiana hacía que brotara. Es un lugar lleno de ella en el que vive gente furiosa. Su padre se enorgullecía de que su hijo fuera el cabrón más iracundo de Beauregard Parish, y también estaba seguro de que Bo y sus hermanos eran así por las palizas que les pegaba casi a

diario, para hacerlos más fuertes, decía, de lo contrario no podrían salir de aquel pozo de mierda y llegar a lo más alto. Acabarían en una cárcel estatal como en la que él había estado en más de una ocasión.

Pero los esteroides lo llevaban a un nivel nuevo e inquietante de ira. Una furia que se veía en su cuerpo. Una cólera que se apoderaba de él. Una rabia que le hacía ser el mejor *linebacker* del país. Jugaba con una ira desenfrenada. En el campo de juego, era algo buenísimo; fuera de él, le granjeaba más de un encontronazo con la justicia. La gente cree que se puede encender y apagar como si fuera un interruptor, pero no funciona así. Más bien funciona como un regulador de intensidad. Hace falta tiempo para que se atenúe del todo. Y la ira no se había atenuado aquella noche, cuando vio a la zorrilla pija de Dee Dee lanzarse a los brazos de ese jugador de los UT como una perra en celo. La ira tomó el control de su mente y de su cuerpo en el bar.

Fue la ira la que pegó en la cara a Dee Dee. Fue la ira la que la forzó. Fue la ira la que la estranguló. Cuando Bo vio lo que la ira le había hecho a Dee Dee, corrió a dos manzanas de allí y vomitó. Se volvió a la habitación de su hotel y se dio una ducha, porque estaba seguro de que la poli llamaría a su puerta en cualquier momento. Pero no lo hicieron. Nunca llegaron a llamar. Pasó una semana, después un mes y luego un año. La policía no apareció. Ni lo detuvieron ni fue a la cárcel. Dejaron el crimen como un caso sin resolver.

Bo volvió a casa libre. Y quería seguir siendo un hombre libre. No podía renunciar a todo. No iba a hacerlo. Ni a su casa, ni a su coche, ni a sus cosas. A nada. Joder, había llegado a lo más alto. Era un héroe en Beauregard Parish. ¿Cómo podría volver allí siendo un asesino? ¿Cómo podría plantar cara a sus antiguos colegas y al borracho de su padre? Por supuesto que no podría volver. Iría a la cárcel. ¿Cómo podría hacerlo? ¿Cómo podría demostrar a su padre que llevaba razón todos esos años? ¿Qué pasaría si lo condenaban a muerte? ¿Cómo podría soportar que su padre, ese hijo de puta borracho, se sentara al otro lado del cristal mientras le clavaban la aguja y riera o dijera: «te lo dije, hijo, nunca podrás salir del pozo de mierda»?

No pudo.

Solo podía hacer una cosa.

—¡Hazlo! —gritó Frank—. ¡Vamos, Bo, mátanos! Pero esta vez no será un accidente como lo de Dee Dee. Esta vez serás un asesino de verdad. Un maldito hijo de puta. Como tu padre.

Bo tenía la cara tensa y roja, y el dedo tenso en el gatillo... Frank esperaba

que disparase y que le metiera una bala en el pecho... A Bo le temblaban las manos y la pistola, como si le pesara demasiado... y dio un paso hacia Frank.

—¡Yo no soy como mi padre!

Bo Cantrell levantó la pistola, apuntó con el cañón a su cabeza y apretó el gatillo. Cayó redondo al suelo. Todos dieron un salto en el sofá.

—¡Mierda! —gritó Chuck. Después sonrió, aliviado—. Joder, no hemos muerto.

Miró a Dwayne.

—¿Choque de pecho?

—Creo que no.

Dwayne se acercó al cuerpo sin vida de Bo, en el suelo. Tenía media cabeza destrozada y la sangre le rezumaba sobre la alfombra. Dwayne le quitó el arma de la mano con el pie, por si el muerto decidía disparar.

—Una Magnum 357 —dijo—, menudo desastre.

Chico se acercó el cuerpo y se santiguó.

—¿Te santiguas por él? —dijo Chuck.

—También era un hijo de Dios.

—Un colgado que no controlaba la ira, un violador y un asesino, pero también hijo de Dios.

—Cierto. Y por sus pecados, su alma arderá en el infierno durante toda la eternidad.

—¡Qué putada! Por lo menos, estamos vivos.

Los cuatro hombres se pusieron de pie alrededor del cuerpo sin vida de Bo Cantrell, una víctima más de aquella tragedia que llamaban vida.

—Él mismo lo confesó —dijo Dwayne.

—No podrá testificar en el juicio —contestó Frank.

—Pero nosotros sí.

—Nuestro testimonio no salvará a William —añadió Frank—. Yo soy su padre, y vosotros, mis amigos.

Chico sacó el teléfono móvil de William.

—Pero esto sí lo salvará.

—¿Su teléfono? —dijo Frank.

—Lo ha grabado todo.

—¿Se pueden grabar vídeos con un móvil? —preguntó Frank, atónito.

—Tío, tienes que salir más a menudo de la playa.

Chico reprodujo el vídeo. Había grabado la confesión de principio a fin. Frank miró la hora en su reloj.

—Son las siete. La vista comienza a las nueve. ¿Cómo podemos hacer llegar la confesión al juicio?

—Starbucks —respondió Chico.

—Ahora no tenemos tiempo para tomarnos un *frappuccino*.

—Tienen *wifi*. Puedo mandarle el vídeo a Billie Jean por correo electrónico. Ella puede llevarlo al juzgado y enseñárselo al juez. Caso cerrado.

Chuck refunfuñó.

—No está mal para no ser más que una panda de borrachos.

Capítulo 51

Llamaron a emergencias. Dwayne se quedó esperando a la policía en la casa de Bo. Chico encontró el Starbucks más cercano en el móvil y, a las siete y media, Frank estacionó el coche en el aparcamiento de la tienda. Salieron a toda prisa y entraron. Chico tecleaba sin parar en el móvil.

—Ya está. Ya estoy conectado a la red. ¿Cuál es su dirección de correo?

—¿Y yo por qué debería saberlo? —respondió Frank.

—Te acuestas con ella.

—¿Cómo lo sabes?

—Somos unos borrachos, pero no estamos ciegos. Necesitamos su dirección.

—Pásame el teléfono.

Llamó al número de Billie Jean.

* * *

Billie Jean Crawford estaba al volante de su descapotable Mustang rojo caramelo en la interestatal 35, la autopista que recorría la ciudad de norte a sur, separando a Austin en dos mitades. Llevaba sentada más de media hora. En hora punta siempre se formaba un auténtico atasco, pero pocas veces se quedaba totalmente parado. Habían informado por la radio que se había producido un accidente múltiple en la calle Quince. Ella iba por la Cuarenta y seis. Conducía hacia el juzgado para ser testigo de una tragedia estadounidense: un hombre inocente se iba a declarar culpable. A menos que su padre lo salvara. Sonó su móvil. Miró en la pantalla quién la llamaba: Frank. La última vez que la llamó

estaba a punto de coger un vuelo a Omaha para dar con Bo Cantrell. Respondió.

—¿Habéis encontrado a Bo?

—Sí.

—¿Lo ha confesado?

—Sí, antes de suicidarse.

Frank le contó todo lo que había pasado durante la mañana.

—¿Y Chico lo ha grabado todo en vídeo, con el móvil?

—Sí, lo ha grabado todo.

—Tenemos que llevar la grabación a la vista.

—Estamos en Omaha. Tendrás que llevarlo tú.

—Mándame el vídeo por correo electrónico, lo veré desde el iPad.

—¿Puedes hacer eso desde tu coche?

—Frank, tienes que ponerte al día de una vez... Sí, claro que se puede.

Le dio a Frank su dirección de correo.

—Que Chico me lo mande. Te llamo en cuanto lo vea.

Frank colgó. Ella abrió el iPad y esperó. El corazón le latía como si acabara de correr ocho kilómetros alrededor del lago.

«William Tucker es inocente. Y su padre puede demostrarlo».

Estaba feliz por William, aunque quizá más por Frank. Ahora podría seguir adelante con su vida. Puede que con ella.

El iPad se iluminó. Había recibido un correo. Lo abrió, descargó el vídeo y llamó a Frank.

—Lo tengo. Lo estoy viendo ahora.

—Cuidado con el tráfico.

—Estamos parados en un atasco. Ha habido un accidente más adelante.

Ella no dijo nada durante unos minutos, pero Frank oyó por el altavoz la voz de Bo y, luego, el disparo. Después escuchó otra vez la voz de Billie Jean.

—¡Au! Eso le va a dejar marca.

—Billie Jean, lleva el vídeo al juicio.

Billie Jean colgó el móvil y miró la hora en el reloj del salpicadero. Las 8:07. Estaba todavía en la I-35, a la altura de la Cuarenta y seis. La vista estaba convocada a las nueve en la calle Once. No pintaba bien. Sacó otra vez el móvil y llamó a la cárcel. Cuando el funcionario de prisiones le respondió, se identificó y le dijo que quería hablar con William.

—Es una emergencia. Soy su abogada.

—No puedo hacerlo, señorita —le respondió el funcionario.

—¿Por qué no?

—A: porque, de acuerdo con nuestro registro, usted no es su abogada, sino Scotty Raines. Y B: se acaban de llevar a William Tucker al juzgado.

El funcionario de prisiones colgó sin ni siquiera decir adiós.

—¡Y C: es usted un cabronazo! —gritó Billie Jean al teléfono.

William Tucker andaba sin separar mucho los pies por el largo pasillo subterráneo que conectaba la cárcel con el juzgado. Estaba engrilletado de manos y de pies. Dos agentes judiciales armados lo escoltaban, uno a cada lado, cogiéndolo por los brazos. No podía parar las lágrimas que le caían por la cara.

—Paso al condenado a muerte —dijo uno de los agentes.

Los dos rieron.

El fiscal del distrito del condado de Travis, Dick Dorkin, miró a través de la ventana de su despacho en la primera planta. El circo mediático ya se había desplegado por la plaza. Pronto, todas esas cámaras lo apuntarían a él. Todos y cada uno de los canales de deportes de la televisión por cable de Estados Unidos, donde vivían sus votantes. Daría un paso de gigante ese día para convertirse en gobernador.

Salió del despacho y se dirigió al ascensor. Se montó, subió hasta la tercera planta y se encaminó hacia el tribunal de justicia. Entró allí como si estuviera en casa. Recorrió el pasillo y dio la mano a Scotty Raines, que ya estaba allí. El alguacil los llevó al despacho del juez.

El reloj del salpicadero marcaba en números rojos las 8:14. Billie Jean llamó al despacho del juez. Respondió la secretaria judicial.

—Hola, soy Billie Jean Crawford. Tengo que hablar con el juez.

—Está reunido con el fiscal del distrito y con el señor Raines.

—Pásame con él.

La mujer rio.

—¿Quiere que interrumpa al juez? Creo que no. No es más que una abogada de oficio.

—Estoy pidiéndole que le diga al juez que no permita que William Tucker se declare culpable.

—A: No trabajo para usted. B: No es su abogada. Y C:...

—¡Estúpida! ¡William Tucker es inocente!

—Creía que se iba a declarar culpable hoy.

—Su padre ha encontrado al asesino.

—¿Dónde?

—En Omaha.

—¿En Omaha? ¿Y qué hace en Omaha?

—¿Qué? ¿Y yo qué coño sé?

—¿Lo ha arrestado la policía?

—Está muerto.

—Los muertos no pueden testificar.

—Lo hemos grabado en vídeo.

—Entonces, su abogado tiene que presentar la grabación al juez.

—¡Eso es lo que intento hacer!

—Usted no es su abogada.

Colgó la llamada y Billie Jean gritó con el móvil en la oreja:

—¡Menuda panda de gilipollas!

Uno de los agentes judiciales encadenó el pie de William a una argolla del suelo de una celda de detención fuera de la sala.

—No salgas corriendo —dijo.

Los dos agentes se quedaron en la puerta.

—No son más que las ocho y veinte. ¿Vamos a por un café?

Capítulo 52

La policía llegó a la casa de Bo cuando Frank, Chico y Chuck ya habían vuelto del Starbucks. Frank llamó al número de Billie Jean. Ella respondió. Eran las 8:24.

—¿Estás ya en la sala?

—No. Sigo atrapada en el atasco.

—¿Dónde?

—A la altura de la Cuarenta y seis. La siguiente salida es la del aeropuerto.

—Sal.

—La salida también está saturada, todo el mundo quiere salir ya y alejarse del accidente. Ha sido una colisión múltiple de diez coches.

—Billie Jean, ¡sal de la autopista!

* * *

Billie Jean puso el intermitente y avanzó con el coche hacia la derecha, acercándose al Mercedes Benz que le bloqueaba el camino. El conductor levantó la vista del móvil y le hizo un corte de manga.

—¡Capullo!

—¿Yo? —preguntó Frank.

—¡Tú no! ¡El conductor!

El coche que tenía delante se adelantó de golpe al coche que venía por la izquierda y el capullo de la derecha seguía con el móvil, así que giró a fondo el volante y le cortó el paso. La miró y le pitó, pero su coche costaba diez veces

más que el de Billie Jean, así que no hizo otra cosa que volver a hacerle un corte de mangas. Le devolvió el saludo y condujo por el arcén de la autopista.

—Frank, ya he salido de la autopista.

—Tienes que llevar ese vídeo al juicio.

—El tráfico está parado en todas direcciones. Estoy a treinta y cinco manzanas al sur y a doce al oeste del juzgado. Son más de cinco kilómetros.

—Llamaré al tribunal, intentaré retrasar la vista.

—¿Y qué quieres que haga yo?

—Corre.

Entraron de nuevo a la casa y vieron que habían esposado a Dwayne.

—¡Eh! ¡Que es policía! —dijo Chuck—. Bueno, expolicía.

—¿Quién eres tú?

—Un exentrenador.

El agente miró a Frank.

—¿Y tú?

—Exabogado.

Y luego miró a Chico.

—Exconvicto.

—¿Y ninguno conoce a mi exmujer? —dijo entre risas el policía—. Tíos, parecéis sacados de la secuela de *Red*.

—¡Me encantan esas pelis! —contestó Chuck—. ¿Te puedes creer que Mary-Louise Parker tenga cuarenta y ocho tacos?

—¡Me estás vacilando!

—¡Que no!

—Voy a tener que verla otra vez.

—No te pierdas esta película —dijo Chico.

Mostraron la grabación al policía.

—¡Bo Cantrell! ¡Qué hijo de puta!

A las 8:32, Frank llamó al juez. La secretaria judicial respondió la llamada.

—Es inocente. Tenemos una confesión grabada. El asesino se ha suicidado.

—Hable con su abogado.

—Yo soy su abogado.

—Scotty Raines es su abogado. Llámelo a él.

—¿Me da su teléfono?

Scotty Raines estaba fuera de la sala, esperando junto al representante de William, Warren.

—¿Y representas a muchos deportistas famosos que tienen problemas con la ley?

—¡Qué cosas! Es redundante.

—¿Qué?

—Si tienes que representar a un deportista es porque tiene problemas con la ley.

El móvil de Warren vibró. Leyó el mensaje que acababa de recibir.

—¡Mierda! Es uno de mis clientes. Hernandez, el *tight end* de los Patriots. Lo han acusado de asesinato en Boston. Bueno, pues la ampliación del contrato se va a la mierda.

—¿Necesita un abogado?

Entonces, el teléfono de Scotty comenzó a sonar. Miró quién lo llamaba y sacudió la cabeza de un lado a otro.

«Frank Tucker».

Rechazó la llamada.

Miró la hora en su reloj deportivo. 8:38. Billie Jean se metió las manos por debajo de la falda y se quitó las medias; afortunadamente, también se había puesto ropa interior. El conductor del enorme tráiler parecía que no se había perdido detalle de lo que acababa de hacer; hizo sonar la sirena para mostrarle su agradecimiento.

Le levantó el dedo sin ni siquiera mirarlo. Abrió su mochila del gimnasio, sacó los calcetines y las zapatillas para correr y se las puso. Más de cinco kilómetros la separaban del juzgado. Podía correr un kilómetro y medio en ocho minutos. Doce kilómetros por hora. Eran las 8:43. Tenía diecisiete minutos para correr casi cinco kilómetros. Con falda. Metió el móvil en el bolso y se lo echó al cuello. Cogió el iPad, salió del coche y cerró la puerta. No tenía sentido bloquear las puertas, era un descapotable. Miró en dirección al sur y respiró profundamente. Empezó a correr.

Capítulo 53

A las 8:45, los dos agentes judiciales regresaron a la celda de detención.

—Tío, ¿es que no vas a parar de lloriquear?

El agente giró la cabeza y miró a su compañero.

—Aún tenemos quince minutos. Aún nos da tiempo para comernos un donut.
Dejaron a William, otra vez, solo en la celda.

La interestatal 35 se desviaba al este hacia la zona norte del centro de la ciudad, así que Billie Jean se desvió de la ruta. Corrió dirección sureste para llegar sin rodeos, todo recto, hasta el centro. Cruzó la carretera de acceso y, después, pasó entre los coches parados en el atasco en el bulevar del aeropuerto. Decidió atajar por el aparcamiento del centro comercial Hancock y salir directa a la calle Red River. Atravesó el hoyo nueve del campo de golf Hancock. ¡Joder! Una pelota casi le da de lleno. Los golfistas la increparon. Ella les levantó el dedo. Eran las 8:47.

* * *

Becky entró en la sala del juicio y se sentó en un banco, cerca de la puerta. Su padre ya la había llevado antes a otros juicios, pero esa vez era diferente. En pocos minutos, su hermano se declararía culpable de un crimen que no había cometido. Había llegado desde Austin en coche esa misma mañana. Necesitaba estar allí, por él.

Billie Jean supo entonces cuál iba a ser su papel en el caso. Ella corría. Y eso es lo que haría. Para salvar a William Tucker. Y a Frank Tucker. Para salvar a su cliente y a su padre.

A las 8:50, Frank llamó a Billie Jean. En cuanto respondió, lo primero que le dijo fue:

—¿Dónde estás?

—Cruzando por la calle Treinta y ocho.

—Corre más rápido.

Aceleró el ritmo. Corrió por los barrios que estaban al norte de la universidad, después entró en el campus de la facultad de Derecho. Atajó por san Jacinto y corrió por el sur, al lado del estadio de fútbol en el que William Tucker había alcanzado el estrellato.

Los agentes judiciales regresaron a las 8:55.

—Te toca responder ante la justicia, macho.

Le quitaron los grilletes, lo dejaron salir de la celda y lo condujeron a un pequeño recibidor, justo delante de la puerta que llevaba a la sala del juicio. William quiso secarse las lágrimas, pero no podía acercarse las manos a la cara por las esposas. Uno de los agentes se dio cuenta.

—¿Me secas las lágrimas?

Rompió a reír.

—Cuando el juez te mande de cabeza al corredor de la muerte, vas a tener que limpiarte tú solito el culo.

—¿Al corredor de la muerte? ¡No puede ser! Mi abogado tiene un acuerdo.

—No conoces al juez Rooney.

El agente abrió la puerta de un empujón y entraron en la sala. No vio más que luces de cámaras por todos lados. La sala estaba llena de cámaras de televisión y de fotógrafos. Parecía más un acontecimiento deportivo que una sala de juicios. Los agentes judiciales llevaron a William hasta la mesa de la defensa, donde lo esperaba Scotty Raines.

—¿Ha llamado mi padre?

Scotty negó con la cabeza y respondió:

—No.

William se sentó. Se sentía solo. Abandonado. En ese momento, supo cómo

se había sentido su padre cuando lo había abandonado.

Billie Jean esquivaba los coches que circulaban por el bulevar Martin Luther King. Le sonó el móvil. Ella respondió.

—¿Dónde estás?

—Justo al norte del Capitolio.

—¡Te quedan dos minutos!

Frank colgó. Miró a los chicos.

—No va a llegar a tiempo. ¿Qué podemos hacer para detener la vista?

—Llamamos y decimos que hay una bomba —sugirió Chico.

—¿Un aviso falso de bomba? ¿En el juzgado?

—Yo lo hice una vez con mi móvil. El mismo día que me iban a leer la sentencia, pedí llamar a mi abogado. Pero en su lugar, llamé al juzgado y dije que había una bomba. Evacuaron todo el edificio. Y claro, retrasaron la lectura un día y el juez sumó un año más a la condena por la treta.

Frank se encogió de hombros.

—Merece la pena intentarlo.

Marcó el número y esperó a oír los tonos de la llamada. Al rato, colgó.

—¡No me lo puedo creer!

—¿Qué pasa?

—Ha saltado una grabación.

—¿Hasta dónde vamos a llegar? —preguntó Chico—. Ya ni puedes hablar con una persona de verdad si quieres dar un aviso falso de bomba. Llama otra vez y deja un mensaje.

El juez Harold Rooney estaba orgulloso de su puntualidad. Se apresuró a la sala del juicio justo cuando el reloj marcaba la hora en punto. A las 9:00, entró en la sala.

—¡En pie! —ordenó el alguacil.

Harold avanzó hacia el estrado y tomó asiento en su lugar. Abrió el expediente del caso que ya estaba en su mesa. «El estado de Texas contra William Tucker». Dio un suspiro. Aún seguía pensando que el chico era inocente. Pero no lo era. Era culpable. Igual que Bradley Todd lo fue. Pasó las

espantosas fotografías de la escena del crimen de la joven cuya vida había sido sesgada. A manos de William Tucker.

Dee Dee Dunston merecía que se hiciera justicia.

—Señor fiscal del distrito, ¿está listo para comenzar con el procesamiento de esta causa?

Por supuesto, Harold era más que consciente de que el fiscal del distrito y Scotty Raines habían llegado a un acuerdo. Dick Dorkin se puso en pie.

—Con la venia de su señoría, el Estado y la defensa han llegado a un acuerdo con el acusado por el que admite ser culpable del crimen para reducir su sentencia. Acuerdo que me dispongo a presentar para que la corte lo apruebe.

Se acercó al estrado y le entregó el documento a Harold. Ya conocía los puntos del acuerdo. William Tucker se declararía culpable de homicidio involuntario a cambio de una reducción de su sentencia, de entre dos a cinco años en total. Saldría en uno. No aparecía nada de los cargos por violación, por lo que no quedaría registrado de por vida como agresor sexual en el estado. En tan solo un año, William Tucker volvería a vivir una vida completamente normal. Pero Dee Dee Dunston no podría vivir nunca más su vida. A ojos de Harold Rooney, ahí no tenía cabida la justicia.

—Entiendo, pues, que el acusado ha decidido cambiar su declaración, declararse culpable. ¿Es eso correcto, señor Raines?

—Sí, su señoría.

—Señor Tucker, para que esta corte acepte el acuerdo que ha presentado, estoy obligado a realizar una serie de preguntas para permitir que la corte llegue a una determinación independiente de los hechos y de su culpabilidad; y también para saber que ha aceptado declararse culpable de manera voluntaria y no bajo coacción o buscando que se le reduzca su posible condena. Sepa que no por tener un acuerdo de sentencia con la fiscalía dicho acuerdo está vinculado a la decisión que se tome en este tribunal. La sentencia a la que se lo condena incumbe únicamente a la jurisdicción de este tribunal...

El móvil de Becky vibró. Se lo sacó del bolsillo y miró quién la llamaba: «Papá». Salió al pasillo y contestó:

—¿Papá?

—Estás en el juicio, ¿no?

—Sí.

—Sabía que estarías allí para apoyar a tu hermano.

—¿Dónde estás tú?

—En Omaha.

Le explicó todo lo que había pasado aquella mañana. Ella se echó a llorar. Su hermano era inocente. Y Billie Jean iba de camino con la prueba.

—¿Y dónde está? El juez ya está hablando con William.

—Becky, tienes que parar la vista. No puedes dejar que William se declare culpable.

—¿Cómo?

—Monta un escándalo en la sala.

—Pero papá, me da miedo que...

—Piensa en lo bien que quedará algo así en tu libro.

A las 9:06, Billie Jean corría por los jardines del Capitolio de Texas. Iba hacia el sur, pasó al lado del Great Walk y por el monumento de la Guerra de Secesión. Salió de los jardines por delante de la puerta de entrada al Capitolio y giró a la izquierda por la acera de la calle Once. No le quedaban más que cuatro manzanas. Pasó a toda velocidad por delante de la mansión del gobernador.

—... y que este tribunal puede fijar cualquier sentencia que permita la ley, entre las que se incluye la pena de muerte. Este tribunal no se adscribe a dicho acuerdo, sino únicamente a la ley. A la justicia. ¿Lo entiende, señor Tucker?

William asintió.

—Por favor, señor Tucker, levántese y hable claro para que el taquígrafo judicial pueda transcribir sus respuestas.

—Sí, señor.

Harold no se creía que el hijo de Frank Tucker realmente hubiera asesinado a aquella chica. Estaba seguro de que tenía que haber alguna otra explicación a la sangre que se halló en el cuerpo de la víctima. Pero solo había una: él la había asesinado. La había violado y estrangulado. Harold Rooney no podía salvar a Dee Dee Dunston, ni a William Tucker. Como tampoco había podido salvar a su hijo. Parecía que su papel en la vida no era salvar a las personas. Su papel era ser reelegido.

—Señor Tucker, la Corte Suprema impone que una corte estatal no pueda

aceptar un acuerdo de culpabilidad como este si el acusado se declara inocente. Por consiguiente, la corte debe recoger su testimonio bajo juramento, así como los actos que constituyen los cargos del crimen que se han presentado en su contra, y debe también confirmar que usted lo hace de manera consciente sin renunciar a sus derechos constitucionales. William Tucker, ¿jura decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad con la ayuda de Dios?

—Sí, señor.

—William Tucker, ¿entiende que declarándose usted culpable, está renunciando a sus derechos de ser juzgado por un tribunal popular?

Scotty Raines le dio un codazo al chico.

—Sí, señor.

—William Tucker, ¿entiende usted que está renunciando a sus derechos de que lo interroge la fiscalía?

Le dio otro codazo.

—Sí, señor.

—William Tucker, ¿entiende usted que está renunciando a su derecho de no declarar contra usted mismo?

Esta vez no hizo falta que le diera otro codazo.

—Sí, señor.

—William Tucker, ¿alguien lo ha coaccionado para que acepte este acuerdo?

—No, señor.

—William Tucker, ¿va a declarar en el día de hoy de forma voluntaria y bajo ninguna coacción?

—Sí, señor.

—William Tucker, ¿violó y estranguló a Dee Dee Dunston hasta matarla hacia la medianoche del 12 de noviembre y la madrugada del 13 de noviembre de 2011?

Billie Jean pasó corriendo delante de los antiguos juzgados del condado de Travis y entró en la plaza, entre la cárcel y el juzgado. Eran las 9:11.

—¡Joder!

La plaza estaba colapsada por la prensa. Cámaras y periodistas que estaban esperando a que William Tucker terminara de declararse culpable. Algunos se manifestaban con gritos: «¡Justicia para Dee Dee!» y «¡Prohibición del fútbol americano, ya!» o «¡Aborto libre!», que se aprovechaban de la cobertura

mediática y televisiva del caso. Todos le bloqueaban el camino.

—¡Moveos! ¡Quitaos de en medio!

No se movieron. No se apartaron de su camino. Se tuvo que abrir paso como pudo.

Tres pisos más arriba, las lágrimas recorrían la cara de William Tucker. Miró a su abogado; Scotty Raines le asentía con la cabeza, como si quisiera sacarle a la fuerza las palabras. El fiscal del distrito asentía también. Miró hacia atrás, hacia su representante, Warren, que también asentía con la cabeza. Los periodistas, los cámaras, los asistentes del fiscal, los alguaciles... todos asentían. Todos querían que William Tucker confesara un crimen que no había cometido. Solo había un hombre en el mundo que quería que no lo hiciera: su padre.

—William Tucker —siguió el juez—, responda a mi pregunta. ¿Violó y asesinó usted a Dee Dee Dunston?

Becky Tucker ya había entrado de nuevo en la sala. Billie Jean todavía no había llegado. No lo conseguiría a tiempo. Becky respiró profundamente y se levantó:

—¡No! ¡Él no lo hizo!

Su hermano se dio la vuelta. Todos lo hicieron.

—¡No lo hagas, William!

El juez dio unos golpes con su martillo.

—Jovencita, tome asiento. Está fuera de lugar.

—¡No! ¡Usted sí que está fuera de lugar! —respondió con una mirada asesina al juez.

Y no se quedó todo ahí.

Los agentes judiciales de la sala se levantaron en cuanto comenzó a increpar al juez. Se dirigían hacia ella.

—¡Ese también está fuera de lugar! —dijo, señalando al fiscal del distrito.

—¡Y aquel también está fuera de lugar! —añadió después, señalando a Scotty Raines—. ¡Mi hermano no ha violado ni matado a nadie!

Los agentes la cogieron de los brazos, la levantaron del suelo, la sacaron de la bancada y se la llevaron por la puerta. Ella se aferró al quicio de la puerta. La escena casi había terminado. Todavía tenía tiempo para una última intervención.

—¡William! ¡Cree en ti! ¡Cree en la verdad! ¡Cree en papá!

Los alguaciles le soltaron los dedos del marco de madera y la sacaron de la sala. Sin embargo, oyó las palabras de su hermano.

—Becky, lo siento.

Capítulo 54

Billie Jean empujó las puertas de entrada al edificio. El guarda la detuvo, pero, cuando la reconoció, la dejó pasar. Entró corriendo por el detector de metales. Tiró su bolso y todo lo demás al guarda de seguridad que se encargaba de vigilar el acceso al arco y corrió con el iPad en la mano.

—¿No quiere sus cosas? —gritó a sus espaldas el guarda.

Corrió escaleras arriba. La sala de juicios de Rooney estaba en la tercera planta.

—Señor Tucker, por favor, responda a la pregunta: ¿violó y asesinó usted a Dee Dee Dunston?

Justo en ese momento, William Tucker entendió de una vez por todas cómo funcionaba el sistema judicial. No el sistema por el que el acusado tenía que defender su inocencia ante un tribunal de justicia rodeado de abogados. El abogado de la defensa jugaba con la vida de las personas como si fuera un entrenador de fútbol americano, dibujando las jugadas en una pizarrita; el fiscal del distrito no velaba porque se cumpliera la justicia, sino que se dejaba guiar por la ambición y los celos; y el juez solo quería que sus votantes vieran que castigaba con mano dura el crimen para ser reelegido. Todas las personas que seguían el juicio penal no eran más que espectadores de un *reality show*. Había periodistas a los que les encantaban los escándalos y cámaras que capturaban todo para la televisión por cable. En ese sistema, él era un inocente que se iba a declarar culpable. Ese sistema no tenía ni pies ni cabeza.

William entendió el sistema judicial que todos conocían como la vida. Un

sistema judicial que había acusado, juzgado y condenado a William Tucker. Porque era culpable de ser un pecador. Él era una estrella famosa, un creído y un egoísta que pensaba que tenía el mundo a sus pies. Un capullo. Un ser humano repugnante. Un compañero de equipo repugnante. Un amigo repugnante. Un hermano y un hijo, repugnante. Sobre todo, un hijo repugnante. La vida le había dado a William Tucker lo que el pandillero que vivía en la celda de al lado siempre había querido: un padre. No un padre biológico, sino un padre de verdad. Un buen padre. Un padre que siempre había estado ahí, para él. Un padre que había estado de su lado cuando todo el mundo le había dado la espalda. Pero él lo había tratado como a un fan que esperaba un autógrafo. No le había dedicado tiempo a su propio padre.

En ese momento, la vida de William Tucker se había derrumbado. La vida le había dado su veredicto, un veredicto duro. Tenía que ser castigado. ¿Cómo podía haber justicia si la vida dejaba que un culpable no recibiera su castigo? Era un mal hijo. Era culpable de su pecado y tenía que pagar por ello. Entendía lo que era la vida, así que había aceptado su penitencia. Era su destino. Se puso en pie y miró al juez a la cara.

—Sí, su señoría, soy...

—¡Inocente!

William se dio la vuelta y vio a Billie Jean irrumpir en la sala sosteniendo el iPad por encima de la cabeza.

Epílogo

Era el día de Navidad y todos estaban en la playa. Las luces de Navidad adornaban el bungalow; Dwayne, Chico y Chuck llevaban puestos gorritos de Papá Noel. Dwayne fumaba un puro, Chico, un porro, y Chuck ahumaba el pavo. Jugaban al *poker* y bebían ponche de huevo. Y Jack Daniels Tennessee Honey.

—Belice —dijo Dwayne.

Chuck y Chico refunfuñaron. Pero estaban contentos. William Tucker les había firmado un balón de fútbol a los dos. Chuck lo llevaba siempre consigo; Chico había vendido el suyo por eBay y había ganado diez mil dólares. Sin embargo, ganar dinero así, sin cometer un delito, no era muy emocionante.

Billie Jean Crawford, su hija Bobbie Jo y Becky Tucker jugaban con Rusty en la playa. Billie Jean había por fin encontrado a su príncipe azul: un abogado arruinado, que se estaba recuperando de su adicción al alcohol y que vivía en una casita destartalada en la playa. Nunca habría pensado, ni por asomo, que su príncipe azul fuera así. La vida le había sacado toda la mierda a patadas y, por ello, había mejorado como persona. Era un buen hombre. Era el hombre que ella necesitaba.

Becky Tucker le lanzó el *frisbee* a Rusty, que corría por la playa para cogerlo. Ya había acabado su novela. Al final no había sido una novela trágica. Se quedó mirando al mar, al héroe de su historia.

Frank Tucker estaba dentro del mar, con el agua por las rodillas en el golfo de México. Miraba un recorte de periódico en el que aparecía la foto de Sarah Barnes, la foto que había llevado siempre con él y lo había atormentado durante

seis años.

—Lo siento tanto, Sarah. Rezo porque estés en el cielo. Pero he de dejarte marchar. Espero que encuentres la forma de perdonarme.

Soltó la foto en el agua y contempló como las olas se llevaban a Sarah mar adentro. Se enjugó las lágrimas que le caían antes de recorrer con los dedos las arrugas que tenía en la cara. Solo dos tipos de hombres llegaban a Rockport: pescadores y perdedores. Atardecía en el golfo de México y Frank Tucker, en la orilla, pescaba. Con su familia en la playa, con su hijo a su lado. Medía dos metros y pesaba ciento seis kilos, pero para su padre siempre había sido aquel niño de doce años que pensaba que su padre...

—Eres el mejor padre del mundo.

Y puede que él fuera el mejor hijo del mundo. Frank se merecía tener un hijo así. La vida había concedido una prórroga en el último minuto a William Tucker. Una segunda oportunidad en la vida. Gracias a su padre. Lo había salvado. William lo miró y levantó la palma de la mano. Chocaron los cinco.



MARK GIMENEZ (La Marque, Texas), es un escritor y abogado estadounidense, conocido por sus novelas de intriga y misterio relacionadas con el mundo de la abogacía.

Giménez se crio en La Marque, Texas. Estudió Ciencias Políticas en la Southwest Texas State University en San Marcos, y obtuvo una licenciatura con honores. Más tarde asistió a la Escuela de Derecho de Notre Dame en Indiana y obtuvo un doctorado en leyes *magna cum laude* en 1980.

Ejerció con una gran firma de abogados de Dallas y se convirtió en socio del bufete.

Durante diez años, no dejó de practicar a solas la escritura.

Su primera novela *El color de la ley* (*The Colour of Law*, 2005), llegó a la lista de los libros más vendidos del New York Times.

Notas

[1] Círculo que forman los jugadores en el campo en el fútbol americano y otros deportes para motivarse, comentar estrategias y jugadas o celebrar. (*N. del E.*) <<

[2] Los *safeties* son la última línea de la defensa y su labor es la de ayudar a los *cornerbacks* con los pases más profundos. El *free safety* es experto en cobertura de pase y más bajo y rápido que el *strong safety*, que aporta ayuda extra en las jugadas de carrera. (N. del E.) <<

[3] Trayectoria de pase en la que el receptor avanza hacia el frente unas diez yardas para repentinamente cortar en escuadra y dirigirse hacia una de las bandas. (*N. del E.*) <<

[4] Apertura sobre la línea ofensiva entre el último liniero y el *wide receiver* en cualquiera de los lados de la línea de *scrimmage*. (N. del E.) <<

[5] Ruta seguida por un receptor en la que finge que va a correr una gran distancia, darse media vuelta y recibir el balón, pero, antes de hacerlo, echa a correr a gran velocidad hasta la línea final del equipo que defiende. (*N. del E.*)

<<

[6] Posición de fútbol americano. Habitualmente, son los jugadores ubicados en el frente de cada jugada durante el partido. (*N. del E.*) <<

[7] Jugador ubicado en el lado exterior de la línea ofensiva. (*N. del E.*) <<

[8] Formación de varios jugadores ofensivos que rápidamente se agrupan y alinean de espaldas al *quarterback* en semicírculo para protegerlo mientras lanza un pase. (*N. del E.*) <<

[9] Línea imaginaria que atraviesa transversalmente el terreno de juego a través de su parte más estrecha. Ningún equipo puede cruzarla hasta que la siguiente jugada haya empezado. (*N. del E.*) <<

[10] Los *linebackers* son miembros del equipo defensivo que se alinean aproximadamente de tres a cinco yardas por detrás de la línea de *scrimmage*. (N. del E.) <<

[11] Maniobra de un equipo defensivo en la que se ordena a uno o más jugadores que permanecen en el lado defensivo a cruzar la línea para hacer un placaje al *quarterback* u obstruir un intento de pase. (*N. del E.*) <<

[12] Jugador que se coloca en el centro y por detrás de la línea del equipo defensivo. Generalmente es el capitán del equipo. (*N. del E.*) <<

[13] Jugador ofensivo de la línea que da inicio a las jugadas. (*N. del E.*) <<

[14] Jugador defensivo que se coloca como a diez yardas por detrás de la línea de *scrimmage*. Por lo general, todos los equipos defensivos cuentan con dos hombres que cubren esta posición. (*N. del E.*) <<

[15] Pase que se puede interceptar fácilmente. (*N. del E.*) <<

[16] *Touchdown* que se marca desde una gran distancia. (*N. del E.*) <<

[17] Comida francesa típica del sur de Luisiana. (*N. del T.*) <<